Breve historia de las leyendas medievales (Spanish Edition)

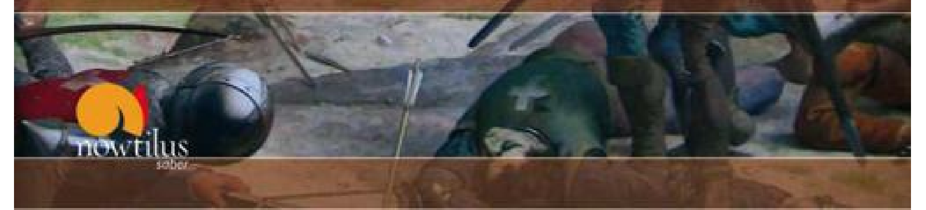
Ruiz, David González



LEYENDAS MEDIEVALES

David González Ruiz

La verdadera historia de los más fascinantes héroes, princesas, lugares sagrados y leyendas recogidas por las crónicas, poemas y tradición oral de toda la Europa medieval.



BREVE HISTORIA DE LAS LEYENDAS MEDIEVALES

David González Ruiz



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de las leyendas medievales

Autor: © David González Ruiz

Director de colección: José Luis Ibáñez

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio **Diseño del interior de la colección:** JLTV

ISBN: 978-84-9763-937-8

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Irene, mi sincero agradecimiento

por su ayuda en la búsqueda de la verdad.

Índice

Introducción

Fueron los hombres del Renacimiento quienes utilizaron el concepto

peyorativo de *Edad Media* para definir una oscura noche de mil años entre dos etapas doradas: la cultura clásica grecorromana y la *rinascitá* italiana, vocablo este acuñado por el poeta y humanista del siglo XIV Francesco Petrarca para definir a su vez el *Renacimiento*, palabra esta última que no sería usada tal y como la conocemos hoy hasta varias centurias más tarde. En el siglo XVI serán habituales expresiones como *media aetas* (edad media), *medium aevum* (época medieval) o *media tempora* (tiempos medios) para explicar el largo silencio sin interrupción e interés aparente que habría tenido lugar entre los siglos V y XV. Afortunadamente, hoy parece estar bastamente superado este menosprecio por lo

«medieval», pero alguno de esos prejuicios deben de permanecer en el acervo cultural de la humanidad cuando muchos historiadores todavía tenemos que empezar nuestros libros rebatiendo la idea de que el periodo medieval fue una época de tinieblas y oscuridad.

La periodización clásica fijó el inicio de la Edad Media entre los años 306, con la llegada al poder del emperador romano Constantino I, y 476, cuando el rey ostrogodo Odoacro destronó a Rómulo Augusto, último emperador romano de Occidente. Según esta calendarización, el Medioevo terminó en 1453, fecha de la caída de Constantinopla en manos del sultán turco Mehmed II. En la actualidad se tiende a no fijar fechas de inicio o final, tal y como sugiere el historiador italiano del siglo XX Francesco Cognasso, partidario de una suave época de transición entre «las luces del ocaso y las luces de la aurora».

Pero no debió ser una época tan oscura cuando florecieron personajes de la talla de Carlomagno, Ricardo Corazón de León, Saladino, el papa Silvestre II o Juana de Arco, todos ellos protagonistas de algunas de las leyendas de este libro. Sus vidas, repletas de hechos extraordinarios, impresionaron a muchos cronistas que exageraron los relatos de sus gestas dando origen a la aparición de leyendas. A ojos del lector puede parecer contradictorio que para explicar el contenido de algunas leyendas de este libro se citen fuentes contemporáneas a los hechos o escritos de historiadores posteriores. Pero, efectivamente, un mismo suceso puede estar narrado de formas muy distintas según el momento, la coyuntura política o los intereses del propio autor.

Las leyendas son una deformación de los hechos históricos y en la mayoría de los casos es difícil saber cómo, cuándo y quién dio pie a esta idealización de la realidad. Fuentes como las crónicas, hagiografías, memorias, cantos populares, cantares de gesta, poemas y la tradición oral fueron las transmisoras de las leyendas medievales que, modificando la trama argumental y añadiendo elementos

inventados, convirtieron los errores históricos en verdades poéticas.

Breve historia de las leyendas medievales es un libro de historia pero también de historias muchas veces entrelazadas entre ellas, donde el texto viene acompañado de ilustraciones con información adicional que ayudan al lector a profundizar en el conocimiento de cada leyenda.

Asimismo, incorpora una selección de la bibliografía utilizada que puede ser de interés para el lector que quiera ahondar en sus conocimientos. Pero son muchos más los libros consultados que han contribuido en la redacción de esta obra, haciendo buena aquella frase del erudito romano del siglo I Plinio el Viejo que decía: «No hay libro tan malo que alguna de sus partes no pudiera ser útil».

Servir a la verdad, desmitificando algunos actos y corroborando otros, es uno de los pilares de

esta obra. El escritor francés del siglo XIX Anatole France afirmaba que «todos los libros de Historia que no contienen mentiras son mortalmente aburridos». Espero, modestamente, poder desacreditar sus palabras ofreciendo una visión amena pero rigurosa de las principales leyendas medievales, reivindicando este periodo de la Historia y ahondando en la búsqueda de la verdad.

1

Héroes y villanos

Las leyendas hallan su mejor expresión en las aventuras de los héroes o en las epopeyas nacionales.

Su lectura nos adentrará en disciplinas como la historia, la mitología, el folclore, la filosofía o la antropología para ver cómo los poetas y el público de la Edad Media entendían la figura del héroe.

El poder de las leyendas heroicas de la Edad Media, que mezclan historia y religión, reside en que parte del argumento es verídico, pero la tendencia de las fuentes a engrandecer la figura del héroe creará ambigüedad en las historias. Esto se debe a una herencia de la cultura clásica que sitúa al héroe, en el aspecto físico y espiritual, por debajo de los dioses pero por encima de los hombres.

El héroe medieval es enaltecido por los poetas que fijan en el papel las historias contadas por la tradición oral. Sus versos también loan al

héroe como un ser superior cuya única meta es obtener el honor a través de las acciones más nobles. En la cultura latina, estas leyendas heroicas tienen unos rasgos comunes: un nacimiento ilegítimo, la crianza en el extranjero, destierro o huida del héroe ante la cólera del señor, encarcelamiento, la búsqueda del padre, la venganza por una afrenta sufrida... En este capítulo veremos constantes referencias a todo ello.

Dejaremos para otros capítulos una fuente inagotable de información para las leyendas, la hagiografía o vida de los santos. Un santo es un modelo de vida y muerte perfectas, pero no lo podemos considerar un héroe, para conseguir este estatus tiene que poder luchar con escudo y espada en mano. El campo de batalla del santo es totalmente espiritual y con sus acciones manifiesta las intenciones divinas; un ejemplo de ello es la leyenda de Santa Eulalia explicada en el capítulo *Reinas y doncellas* donde la protagonista rechaza la heroicidad en favor de la santidad.

Los poetas de la Alta Edad Media intentan introducir la moral cristiana en la retórica de sus obras. El héroe tiene que luchar para la cristiandad, si está al servicio de la fe conseguirá redimir sus errores del pasado. La batalla por la fe y la muerte sirviendo a Dios son un modelo de salvación para un héroe humano que puede haber pecado anteriormente. Las crónicas y poemas medievales utilizan una fórmula con dos partes: el cristianismo y el heroísmo. Reyes de las cortes europeas cristianas como Ricardo I Corazón de León o Jaime I el Conquistador dedicarán parte de sus vidas a cumplir con este ideal.

En la Baja Edad Media la labor cronística se mantiene con autores como Geoffrey de Monmouth y su obra *Historia Regum Britanniae,* donde se cuentan las gestas de héroes como el rey Arturo desde una perspectiva histórica. En el siglo XII, en el norte de Francia, un nuevo género literario surge a la sombra de la historia: *el roman*. La vida de los héroes deja de ser una traducción de poemas latinos para convertirse en una novela donde la perspectiva histórica es absorbida por la ficción, pero este apartado lo analizaremos más detalladamente en el capítulo titulado *Amor y honor*.

BEOWULF, EL CAZADOR DE DEMONIOS

Beowulf es el poema épico más extenso de la literatura medieval germánica. La obra fue escrita en Inglaterra en *old english* o inglés antiguo, pero no hace ninguna referencia ni a Inglaterra ni a sus habitantes. Este hecho puede explicarse porque los descendientes de

anglos, jutos y sajones que se habían establecido en la isla en el siglo V se consideraban germanos y no ingleses. La obra tiene su origen en la trasmisión oral escandinava si bien, con el paso del tiempo, la verdad histórica ha quedado tergiversada con la introducción de anacronismos y elementos fabulosos.

El poema de Beowulf es básico para entender la figura del héroe en la Alta Edad Media, ya que el protagonista no es un héroe cristiano sino pagano, de modo que su heroicidad no viene marcada por su santidad. El autor de la versión más antigua del poema pudo ser un monje copista que habría introducido interpolaciones cristianas para dar sentido a los actos del héroe. Podríamos decir que Beowulf es un héroe pagano ético. Para entenderlo conozcamos su argumento con más profundidad.

Skild llegó a las playas de Dinamarca siendo un niño sobre un escudo recubierto de paja, creció entre los daneses y con el tiempo se convirtió en un poderoso rey que infundía pavor a sus enemigos.

A su muerte, sus guerreros obedecieron su voluntad y llevaron los restos del cuerpo a la orilla del mar dentro de un navío cargado de tesoros. Así, el niño que un día llegó de la mar volvía a ella después de crear una nueva dinastía de reyes, los skildingos.

El rey Rodgar, hijo de Halfdan y de estirpe skildinga, reunió a su alrededor una gran hueste de bravos guerreros, y para albergar la corte decidió construir un lujoso castillo con el nombre de Hérot. En la hermosa mansión siempre reinaba la alegría y se hacían magnificas fiestas en las que el monarca repartía joyas entre sus vasallos. Pero sobre ellos se cernía una grave tragedia.

En las profundidades del pantano habitaba un monstruo maligno con una ira terrible, era un animal de tiempos prehistóricos que respondía al nombre de Gréndel. La música y los cantos de los banquetes de Hérot turbaban su vida en la solitaria ciénaga. Una noche, aquel espantoso monstruo salió en dirección al hermoso palacio y, viendo que los daneses disfrutaban del dulce sueño que provoca el hidromiel, sembró con sus garras la muerte en la estancia. Después de haber matado a unos treinta vasallos escapó orgulloso para hundirse de nuevo en las lúgubres aguas del pantano.

A la mañana siguiente, el rey Rodgar descubrió los estragos de Gréndel y su corazón se llenó de tristeza. El monstruo no quería la paz y cada noche salía de su morada para destrozar con sus garras a los guerreros de Hérot. Muchas veces los guerreros daneses, borrachos de

hidromiel, prometían quedarse esperando y luchar contra Gréndel, pero cada mañana el palacio se levantaba teñido de sangre. Ya no había banquetes que celebrar y poco a poco el castillo fue quedando desierto, los skildingos sufrieron este ultraje durante doce años seguidos. Las noticias de las desgracias de Hérot se extendieron por todo el mundo y llegaron a oídos del país de los gautas, gobernados por el rey Híglak.

Entre los guerreros gautas destacaba por su fuerza y coraje un joven llamado Beowulf, hijo de Ekto, que reunió a catorce hombres entre los mejores guerreros de la corte de Híglak y partió a bordo

de un navío en socorro del rey Rodgar. Cuando llegaron a las costas danesas, un vigía los condujo hasta Hérot ante la presencia del rey.

Beowulf ofreció su ayuda a Rodgar con estas palabras: «¡Te saludo, Rodgar! Yo soy pariente y vasallo de Híglak. Ya de joven logré muy gloriosas hazañas y noticia me vino en mi tierra natal de tu lucha con Gréndel. [...] Ahora quiero enfrentarme yo solo con Gréndel, acabar con el ogro». Solo le pidió al rey: «Envíale a Híglak si muero en la brega la cota de malla que cubre mi pecho, mi arnés excelente: es herencia de Rédel, una obra de Wéland. ¡Decida el destino!».

La llegada de los bravos guerreros llenó de alegría las salas de Hérot y las jarras de cerveza se volvieron a alzar entre skildingos y gautas. Fuera, el sol había desaparecido, y el rey Rodgar decidió confiar la defensa de la sala principal a Beowulf ofreciéndole una gran recompensa si salía victorioso: «Guarda celoso la excelsa morada, piensa en tu gloria, muestra tu fuerza y espera al maligno. ¡Cuanto quieras tendrás si no pierdes la vida en la dura batalla!».

Beowulf había decidido luchar contra Gréndel sin armas y le esperaba sin adentrarse en el sueño reparador. El monstruo salió de su ciénaga entre las sombras y se dirigió hacia el castillo de Hérot donde vio una sala repleta de los jóvenes héroes. Su primera presa fue un guerrero dormido al que destrozó con sus garras y del que bebió su sangre, pero de pronto Gréndel notó cómo un brazo le agarraba tan fuerte que sentía que se ahogaba. El monstruo trataba de escapar pero Beowulf le rompió un hueso del hombro y le arrancó un brazo, mientras los guerreros gautas le golpeaban con sus espadas, porque estos no sabían que un poderoso hechizo protegía a Gréndel de los filos de las armas. Herida de muerte, la pérfida fiera huyó al pantano y Beowulf clavó en la pared su trofeo para que lo vieran todos los skildingos.

El rey Rodgar, al ver que colgaba del techo una garra de Gréndel, dijo:

«¡Ya demos las gracias al dios Poderoso por esto que vemos! [...] Hace aun poco tiempo pensaba que nunca, jamás en mi vida, hallaría remedio a mi dura desgracia». Pero Beowulf estaba inquieto porque el monstruo había conseguido escapar con vida. Después de esto, el castillo de Hérot organizó una gran fiesta y Rodgar repartía tesoros, caballos y armas entre los gautas, como agradecimiento por su valentía. Cuando terminó el festín, quedaron durmiendo en la sala muchos guerreros como pasaba antaño, nadie podía adivinar que el horror volvería a llamar a las puertas de Hérot.

En el mismo pantano vivía la madre de Gréndel; las heridas causadas por Beowulf a su hijo provocaron en ella un terrible odio, y aquella misma noche se dirigió a Hérot en busca de venganza.

Al llegar a la sala donde dormían los guerreros, cazó al primero que tuvo a su alcance y huyó sin esperar a encontrarse con Beowulf. Su víctima era Asker, el más fiel de los vasallos de Rodgar, y la noticia volvió a ensombrecer la corte del monarca. Beowulf consuela al rey diciendo: «¡No te aflijas, oh rey! ¡Más cumple en el hombre vengar al amigo que mucho llorarlo!». Y juró no volver sin haber vencido al monstruo.

Gautas y skildingos siguieron su rastro por sendas de bosques y campos abiertos hasta llegar a un precipicio. En el fondo había un pantano con aguas ensangrentadas, y la cabeza de Asker colgaba de un árbol. El monstruo estaba cerca. Beowulf tomó sus mejores armas para luchar contra la madre de Gréndel y uno de sus guerreros, Únfer, le ofreció la antigua espada curtida en sangre de muchas batallas conocida como Estacón. El príncipe gauta cogió carrerilla y desapareció sumergido en las aguas del pantano. Estuvo nadando gran parte del día, hasta que la madre de Gréndel advirtió su presencia y salió a su encuentro atrapándolo con sus garras feroces y arrastrándolo a su cueva.

El héroe golpeaba con todas sus fuerzas la espada Estacón contra el monstruo, pero no le ocasionaba daño alguno. Siguió la lucha en un cuerpo a cuerpo y la madre de Gréndel con sus garras tumbó a Beowulf en el suelo y sacó un cuchillo para vengar a su hijo. La cota de malla salvó la vida

a Beowulf que, exhausto, levantando la cabeza vio una espada de hierro, forjada por gigantes, que solo un hombre con su fuerza podía manejar. En un último suspiro de rabia, cogió la excelente espada y asestó un golpe mortal en el cuello a la madre de Gréndel que cayó moribunda ahogándose en su sangre. Beowulf decidió explorar la

cueva y descubrió a Gréndel agonizando en un lecho.

Recordando todo el dolor que había provocado en Hérot, le cortó la cabeza.

Arriba en el pantano, los skildingos y los gautas observaban como las aguas se teñían de sangre y auguraban el peor final al ver que su héroe no volvía. Los skildingos decidieron regresar al castillo, y solo los gautas esperaron tristes la llegada de Beowulf, que apareció al cabo de unas horas con el preciado botín de la cabeza de Gréndel. El trofeo tuvo que ser transportado al castillo por cuatro guerreros, y el rey Rodgar, al verlo, quedó asombrado, alabó el valor de Beowulf y organizó un banquete de despedida para los gautas. A la mañana siguiente, marcharon Beowulf y sus hombres a su patria querida intercambiando palabras de amistad con los skildingos y cargados con todos los regalos que el rey les había ofrecido. Así terminan las aventuras de Beowulf en el país de los daneses.

Con el paso del tiempo, tras la muerte del rey gauta Híglak, Beowulf se convirtió en un prudente monarca por espacio de cincuenta años. Siendo ya un anciano, un dragón que había venido a habitar sus tierras guardaba un valioso tesoro en lo alto de un túmulo al que se accedía por un sendero oculto. Pero un hombre encontró el tesoro maldito, y robó una copa de oro adornada con preciosas incrustaciones mientras el dragón dormía. La serpiente voladora «trescientos inviernos llevaba guardando los ricos anillos allá en su mansión cuando vino aquel hombre a encenderle su furia»; y llena de odio decidió vengarse incendiando casas y sembrando la muerte entre los gautas.

Los súbditos acudían en masa a pedir a Beowulf que les librara del castigo del dragón. El héroe se había salvado de muchos peligros en duros combates, y de nuevo decidió ir a la busca del reptil con once valerosos guerreros gautas. Al llegar a la gruta, un mal augurio le asaltó, intuía que el destino le llevaría a la muerte y se despidió de sus fieles vasallos antes de entrar en busca del dragón.

La gruta de la cueva expulsaba olas de fuego, nadie podía acercarse al tesoro sin antes quemarse.

Beowulf gritaba con fuerza llamando al dragón al combate y este salió de las profundidades golpeando el escudo del señor de los gautas. Esta vez el valor de Beowulf no se veía correspondido con la fortuna en la batalla y las llamas del dragón le causaron graves heridas. Su tropa observaba a lo lejos la derrota y solo Wíglaf, hijo de Wistan, acudió en

su ayuda diciendo al resto de guerreros: Yo el día recuerdo en que estando en la sala bebiendo hidromiel juramento prestamos al gran soberano que anillos nos daba de estar a su lado si falta le hacía y pagarle en la lucha. [...] Ha llegado el momento en que mucho al monarca el apoyo le urge de buenos vasallos. ¡Acudamos al rey! ¡Prestémosle ayuda! ¡El fuego terrible y las llamas lo abrasan! Dios es testigo que yo por mi parte prefiero morir con mi buen soberano.

Wíglaf avanzó solo por la humareda de la gruta para ayudar a su rey, en tanto que el dragón atacaba con ira a los dos caballeros y en su tercera embestida cogió a Beowulf por el cuello entre sus dientes causándole graves heridas. En un último aliento Beowulf tomó un puñal que llevaba en la cota de malla y lo clavó en el dragón partiéndolo en dos. La serpiente había muerto, pero no hay gloria ninguna en esta victoria porque esta era la última hazaña de Beowulf. Antes de morir, Wíglaf le mostró el asombroso tesoro que el monstruo había guardado celosamente en su cueva.

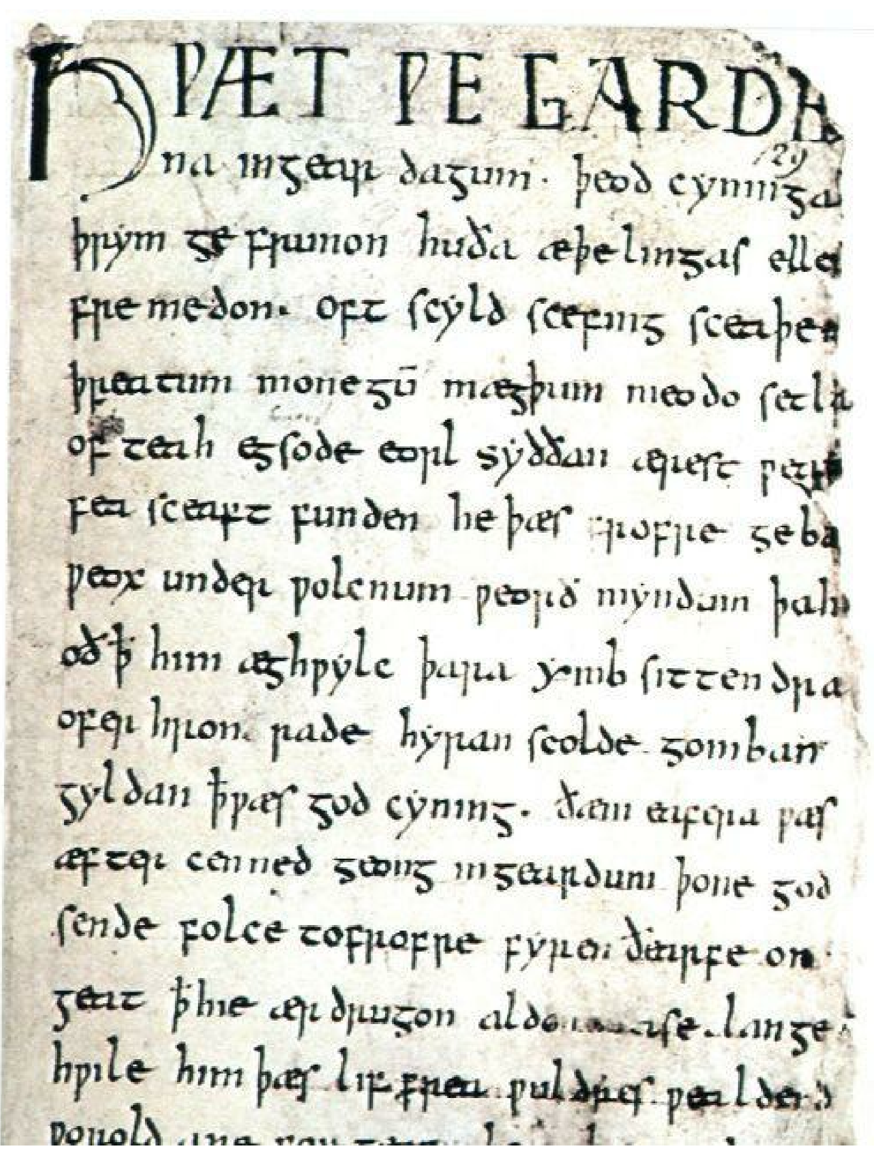
En su última voluntad, Beowulf pidió que, después de incinerarlo, construyeran un túmulo alto,

grande y glorioso en la orilla del mar para que fuese visto por los navegantes y perpetuara la memoria del héroe entre su pueblo. Así se cumplieron los últimos deseos del rey, en diez días acabaron la tumba y en ella enterraron el tesoro del dragón.

La figura de Beowulf es legendaria, pero el trasfondo histórico del poema parece gozar de gran verosimilitud, ya que coincide con la información obtenida en las excavaciones arqueológicas y las fuentes escritas. La acción se desarrolla en los siglos V y VI, pero el manuscrito que se ha conservado en el Museo Británico está fechado alrededor del siglo X y existe un gran debate acerca de si el autor del manuscrito es el mismo autor del poema o un monje copista que le añade algunos elementos cristianos. *Beowulf* es el poema épico más antiguo que nos ha legado el mundo germánico, por ello su importancia es equiparable a otras grandes narraciones medievales como *El Cantar del Mío Cid, La Chanson de Roland* o el *Lebor Gábal Érenn*.

Las referencias al cristianismo dentro del poema aluden al poder divino que rige el destino de los hombres: «El Señor de la vida, el Dios Celestial, concedióle renombre: fue famoso Beowulf»; y a escenas de la creación en el Antiguo Testamento para justificar la existencia de Gréndel: Desde tiempos remotos vivía esta fiera entre gente infernal,

padeciendo la pena que Dios infligió a Caín y a su raza. Castigó duramente el Señor de la Gloria la muerte de Abel, no obtuvo Caín de su hazaña provecho: Dios le exilió y apartó de los hombres. Es de él que descienden los seres malignos, los ogros y silfos.


HWÆT WE GARDE
na in geardagum . þeod cyninga
þrym ge frunon hu ða æþelingas elle
fremedon . oft scyld scefing sceaþe
þreatum monegū mægþum meodo setl
of teah egsode eorl syððan ærest wear
fea sceaft funden he þæs frofre geba
weox under wolcnum weorð myndum þah
oð þ him æghwylc þara ymb sittendra
ofer hron rade hyran scolde gomban
gyldan þ wæs god cyning . ðæm eafera wæs
æfter cenned geong in geardum þone god
sende folce to frofre fyren ðearfe on
geat þ hie ær drugon aldor . . . lange
hwile him þæs lif frea wuldres wealdend

Primera página del poema anónimo Beowulf. El origen del manuscrito es desconocido, pero puede que perteneciera a alguno de los monasterios que disolvió Enrique VIII.

Es citado por primera vez en 1563 y se sabe que formó parte de la colección de la biblioteca del anticuario sir Robert Cotton. El manuscrito

Beowulf era designado con el nombre Vitellius A. XV por ser el volumen número quince del primer estante ubicado bajo el busto del emperador romano Vitellius.

Estos elementos no pueden borrar el espíritu pagano del poema original, son añadidos posteriores que intentan crear un paralelismo con la lucha entre el bien y el mal en el cristianismo.

Sus 3.182 versos narran tres hazañas de Beowulf ordenadas de menor a mayor dificultad y con diferente grado de motivación, que van desde el heroísmo juvenil a las obligaciones de un rey. En realidad, podemos hablar de dos poemas en uno solo, el primero narra las gestas de Beowulf en Dinamarca ayudando al rey Rodgar contra Gréndel y su madre; y el segundo es el enfrentamiento con el dragón en el país de los gautas que le lleva a la muerte siendo ya un anciano.

El final trágico del poema muestra los límites de Beowulf. La leyenda pagana sugiere que el ideal heroico está vacío después de la muerte ya que no hay nada más allá de ella. Por contra, la muerte del héroe cristiano siempre estaba dentro de un objetivo más grande, como por ejemplo salvar a la cristiandad del peligro musulmán. El ideal cristiano de la Edad Media va más allá de la propia heroicidad y está marcado por la redención y el destino.

LA VIDA DEL REY ARTURO SEGÚN LA *HISTORIA REGUM BRITANNIAE*

El rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda como Lancelot, Percival o Tristán son los héroes de muchas de las leyendas contadas en nuestro libro. La leyenda artúrica forma parte de la denominada *materia de Bretaña,* que es el punto de encuentro de dos civilizaciones: la tradición céltica de las islas Británicas y la cultura latina de la Europa continental. La vida y leyenda de Arturo se convirtió en la gran preferencia del público en las cortes feudales del siglo XII, pero ¿cuál fue el marco en el que nació y se desarrolló la primera leyenda artúrica?

Los primeros textos que hablan del rey Arturo proceden en su mayoría de Gales y están escritos en lengua latina o galesa. Los textos latinos fueron escritos por monjes eruditos que buscaban las raíces del héroe en los clásicos grecorromanos y en el cristianismo. La literatura en la lengua vernácula está principalmente escrita en lengua galesa, y coexistió con la literatura latina debido a la poca o nula profundidad del grado de romanización de los celtas insulares. Pero ambas, a partir

del siglo IX y X, despertaron el interés por los orígenes e intentaron poner por escrito su pasado rescatando la figura de antiguos héroes del periodo final de la ocupación romana.

La referencia más antigua al rey Arturo en la literatura la encontramos en el poema épico galés *The Gododdin*, fechado en el siglo VI. Presenta a Arturo como un bravo guerrero con el que no pueden competir el resto de héroes. Otros textos posteriores en lengua vernácula son obra de los *cyfarwyddiaid,* bardos narradores de origen galés que, a partir del siglo IX, reflejan la tradición heroica de la figura de Arturo mezclada con leyendas de carácter folclórico. Un ejemplo de ello son los poemas del libro de Taliesin, datados entre 850 y 1150, titulados *Preiddeu Annwfn (Los despojos del otro mundo), Kat Goddeu (El combate de los árboles), Cadeir Teyrnon (El asiento de Teyrnon)* y *Marwnat Uthyr Penn (Canto de muerte de Uther Penn*) .

En la literatura latina, la primera fuente de la leyenda artúrica es la *Historia Brittonum* (*Historia del pueblo bretón*), escrita cerca de 830 por un monje galés de nombre Nennius, en la cual se menciona a Arturo como un *dux bellorum* , un «líder guerrero», luchando contra los sajones en doce batallas. El siguiente texto latino con referencias artúricas son los *Annales Cambriae*, escritos en la primera mitad del siglo X, que citan la presencia de Arturo en la batalla de Mont Badon, en 516:

«Batalla de Badon, en la que Arturo llevó la cruz de nuestro Señor Jesucristo durante tres días y tres noches sobre sus hombros y los bretones resultaron vencedores». También destacan otras obras como la crónica del monasterio del Mont-Saint-Michel, del siglo XI; el *Liber Floridus*, de Lamberto, de Saint-Omer, de 1120; o la *Gesta Regum Anglorum,* de William de Malmesbury, de 1125.

El clérigo galés Geoffrey de Monmouth escribe entre 1136 y 1139 la *Historia Regum Britanniae* o *Historia de los reyes de Britania* y construye el mito del rey Arturo. Para su redacción, el autor utilizó fuentes clásicas escritas en latín y fuentes galesas tanto escritas como orales. Geoffrey no inventó la leyenda de Arturo, pero no hay noticia de ninguna obra que mezclara todas las fuentes anteriores, esta es su gran aportación y, por ese motivo, la suya es la crónica que utilizamos aquí para narrar la leyenda del rey Arturo.



A partir del siglo XII, al lado de la literatura latina de origen eclesiástico, aparece un nuevo género literario que contribuye a la difusión de la leyenda artúrica, es el *roman* o novela escrita en lengua francesa. Estas obras estaban destinadas a un público laico y culto que paulatinamente abandona la oralidad para adoptar la lectura. En 1155, el clérigo anglonormando Wace traduce el texto latino *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth al francés con el título de *Roman de Brut*, adaptando la obra a las necesidades cortesanas de la época y convirtiéndolo en algo parecido, salvando las distancias, a un best seller.

El rey Arturo presidiendo la mesa redonda rodeado de sus caballeros. La mesa redonda se introduce en la literatura artúrica con la obra Roman de Brut del poeta Wace, en el siglo XII. El autor también dio el nombre de Excalibur a la espada del rey Arturo.

En el último tercio del siglo XII escribe el gran novelista de la corte de Champaña, Chrétien de Troyes del cual hablaremos detenidamente en capítulos posteriores. La temática de sus novelas gira alrededor de la ficción en la corte del rey Arturo y sus caballeros de la mesa redonda. A él debemos el amor de Lancelot y Ginebra o la búsqueda del santo grial en novelas como *Erec y Enide*, *Yvain ou le Chevalier au Lion*, *Lancelot ou le Chevalier de la charrete* y *Perceval ou le Conte du Graal*.

La leyenda del rey Arturo en la *Historia Regum Britanniae* es un brillante ejercicio de historia-ficción por parte de su autor. Geoffrey de Monmouth cuenta de forma amena la historia del pueblo de los britanos con deformaciones conscientes de la realidad al tomar como fuente a poetas y prosistas latinos, pero también relatos tradicionales y fábulas. Su aspiración era proporcionar un tratado histórico de las islas Británicas desde el fundador Bruto a los sucesores de Arturo pero,

como dijo Guillermo de Newburgh en 1198, la obra de Geoffrey «hizo el meñique de Arturo mayor que el torso de Alejandro Magno».

Geoffrey dedica los capítulos 137 a 178 de su obra a narrar la vida del rey Arturo creando la figura de uno de los héroes más universales de la historia medieval. Arturo era hijo del rey Uther Pendragón y de Ingerna. El día de su coronación, el rey Uther organizó una fiesta en Londres a la que asistieron todos los nobles del país acompañados de sus esposas. El rey se enamoró de Ingerna, la doncella más hermosa del reino y esposa del noble Gorlois. Al darse cuenta del cortejo, Gorlois abandonó airado la corte y protegió a su esposa en el castillo de Tintagel. Uther Pendragón utilizó los servicios de Merlín, que preparó un sortilegio para cambiar la apariencia del rey por la de Gorlois, y así este pudo introducirse en el castillo de Tintagel para pasar una noche de amor con su amada Ingerna. Fruto del enlace la doncella quedó encinta del futuro Arturo y de una niña llamada Ana. El nacimiento de Arturo supone la desaparición de la escena del mago Merlín en la *Historia Regum Britanniae*, hecho que se contradice con el papel de consejero de Arturo que tendrá Merlín en la

novela artúrica francesa a partir del siglo XII.

El mago Merlín profetizó que en Britania después del rey Vortigern reinarían Aurelio Ambrosio y Uther. Tras ellos llegaría un nuevo rey, un héroe llamado *Aper Cornubie* o «jabalí de Cornubia», el futuro Arturo. Después de la muerte de Aurelio Ambrosio, un espectacular fenómeno celeste dibujó en el cielo una estrella en forma de dragón de cuya boca salían dos rayos más. Solo Merlín fue capaz de interpretar su significado, la estrella y el dragón representaban a Uther, mientras que los dos rayos eran los dos futuros hijos de Uther: Arturo y Ana.

Al cabo de los años, Uther cayó enfermo y ello fue aprovechado por los sajones para atacar su reino y causar graves pérdidas. Uther salió a combatirlos y venció pese a su precario estado de salud, pero los espías sajones descubrieron que el rey se mantenía con vida gracias al agua de una fuente milagrosa y, entonces, la envenenaron. Tras la muerte de Uther le sucedió su hijo Arturo, con quince años de edad y bajo la amenaza de un ataque conjunto de sajones, pictos y escotos, que fueron derrotados por el nuevo rey en las batallas a orillas del río Douglas y en las proximidades de la ciudad de Lincoln.

Después de sus primeras victorias el rey Arturo se dirigió a Escocia y liberó la ciudad de Alclud del asedio de pictos y escotos. Persiguiendo a sus enemigos, entró en la provincia de Moray y, en la batalla del lago Lomond, derrotó a otra nueva coalición de irlandeses, pictos y

escotos. Tras las batallas recompensó a sus caballeros nombrando a Angusel rey de los escotos, a Urién gobernador de Moray y a Lot, esposo de su hermana Ana y padre de Galván y Mordret, duque de Lodonesia. En ese momento contrajo matrimonio con Guennuera, más conocida como Guinièvre en francés o Ginebra en español, una dama de origen romano y la mujer más hermosa de la isla; de cuya historia de amor con el caballero Lancelot hablaremos más adelante en otro capítulo.

En próximas campañas, Arturo también sometió bajo su dominio a Irlanda, Islandia, las islas de Gotland y las Orcadas, Noruega y Dinamarca. Los territorios de su imperio aumentaban sin cesar y Arturo dirigió sus miradas a la Galia, todavía bajo control romano, donde combatió por espacio de nueve años contra el tribuno Frolón y el emperador León. El tribuno murió luchando contra Arturo y su poderosa espada Caliburna en un duelo singular a las afueras de París. Después de la victoria, la ciudad de París se rindió y en poco tiempo Arturo ocupó toda la Galia.

De regreso a Britania, Arturo fue coronado rey solemnemente en la ciudad galesa de Caerleon el día de la festividad de Pentecostés. A la esplendorosa ceremonia acudieron todos sus vasallos y el acto culminó con un suculento banquete. Pero la sesión fue interrumpida por la aparición de la embajada de Lucio Hiberio, en representación del emperador romano León (401-474), que recriminó a Arturo la conquista de la Galia y otros territorios pertenecientes a Roma, así como el hecho de haber dejado de pagar los tributos que Britania pagaba a Roma desde los tiempos de Julio César.

Arturo y sus caballeros decidieron vengar la ofensa de Lucio Hiberio y reunieron un gran ejército, formado por soldados de todos los territorios, para atacar a los romanos. En su ausencia delegó el gobierno en manos de su esposa Ginebra y de su sobrino Mordret. En plena campaña, cerca de la ciudad francesa de Autun, las tropas de Arturo derrotaron varias veces a Lucio Hiberio. Entre los contendientes se encontraban los mejores caballeros del rey, tales como Cador de Cornwall, Hoel de Armórica, Lot y su hijo Galván, Keu, Bedwyr o Urién. La batalla definitiva fue una lucha sin tregua y Arturo desenvainó su mítica espada Caliburna liderando a sus hombres hacia una sangrienta victoria. En la contienda encontró la muerte Lucio Hiberio, pero también compañeros de armas del rey como Bedwyr o Keu.

Los planes de Arturo eran llegar a Roma y castigar al emperador León por sus actos, pero malas noticias le obligaron a volver

inesperadamente a Britania: su sobrino Mordret en complot con la



reina Ginebra le había usurpado el trono en su ausencia. Mordret se había aliado con los tradicionales enemigos de los britanos: sajones, escotos, irlandeses y pictos. La primera batalla tuvo lugar cerca de Richborough, y en ella Arturo sufrió muchas bajas, como la del fiel caballero Galván, pero al final Mordret fue derrotado y huyó a la ciudad inglesa de Winchester. Un segundo enfrentamiento tuvo lugar en dicha ciudad obligando a Mordret a huir de nuevo, esta vez a Cornualles. La batalla final estaba cerca; tuvo lugar en las orillas del rio Camlann, cerca de Cornualles, y en ella el traidor Mordret perdió la vida y Arturo resultó gravemente herido.

El rey fue trasladado a la isla de Avalon para curar sus heridas y, al no tener descendencia, cedió la corona a su primo Constantino, hijo de Cador de Cornwall. En este punto, la *Historia Regum Britanniae* da la única precisión cronológica de todo el periodo: cita la muerte del rey Arturo en 542.

Tras conocer la leyenda y las fuentes en las que es citado el personaje, surge una pregunta:

¿existió realmente la figura del rey Arturo? Los textos conocidos lo presentan como un héroe legendario, lo que hace difícil encontrar una base para la figura histórica. Otro problema añadido es que las obras que mencionan a Arturo son más tardías y distan mucho de la época en la que lo sitúan, por lo que pierden credibilidad histórica en la narración de los hechos. La discusión por los orígenes de Arturo empieza en el mismo nombre, algunos historiadores apuestan por un origen romano, mientras que otras corrientes buscan sus raíces en el vocabulario celta.

Lienzo titulado El último sueño de Arturo en Avalon, obra de Eduard

Burne-Jones en 1895. La leyenda sitúa Avalon en un lugar desconocido de las islas Británicas. Geoffrey de Monmouth pensaba que su nombre significaba «isla de las Manzanas».

Según la mitología celta los manzanos daban sabrosas frutas todo el año.

Los partidarios del origen romano del nombre defienden que el legendario rey Arturo era un oficial romano llamando *Lucius Artorius Castus* que ocupó diferentes cargos en el Imperio entre los siglos I y II d.C. Este nombre fue encontrado en dos inscripciones del siglo II d.C. halladas en Epetium, la actual Stobrez en Croacia. La carrera militar de Arturo se inició luchando en oriente por el emperador Adriano, en las campañas de Judea, entre el 132 y 135. Posteriormente dirigió una flota en Miseno y acabó siendo nombrado prefecto de la VI Legión *Victrix* en Eboracum, la histórica ciudad fortaleza de York, en Britania. Entre sus gestas destacaría la campaña a la provincia de la Armórica para someter una revuelta de los galos a mediados del siglo II. Durante el periodo de dominación romana de Britania era habitual que algunos nombres latinos fueran adoptados por las lenguas indígenas. Es posible que el nombre de Arturo se transmitiera a través de sus descendientes o fuera adoptado por algún líder britanorromano de finales del siglo V que destacó por sus gestas militares y es el que nos han legado las crónicas posteriores.

Otra teoría sobre el origen del nombre de Arturo alude a la palabra céltica *Artos*, que significa

oso, y *Viros*, que significa hombre. El nombre de *Arturo* derivaría de «Hombre Oso», lo que le convierte en un héroe legendario caracterizado por la fuerza del animal.

En resumen, pudo existir un líder britanorromano llamado Arturo entre los siglos V y VI, pero es difícil conocer su biografía. El fin de la influencia romana y las invasiones bárbaras provocaron con toda probabilidad la destrucción de muchas fuentes escritas de la historia de Britania contemporáneas a nuestro héroe. Por este motivo, no se puede dar mucha credibilidad a las fuentes literarias del siglo XII que hablan de Arturo, a no ser que puedan ser contrastadas con información arqueológica o textos históricos.

Una pista sobre su existencia pueden ser los restos encontrados en 1998, durante unas excavaciones dirigidas por Chris Morris, profesor de la Universidad de Glasgow, en el castillo de Tintagel. Allí se localizó un fragmento de pizarra del siglo VI con la inscripción *Pater*

coliavi ficit Artgonou que podría traducirse por «Artognou, padre de Coliavo/ de un descendiente de Coll hizo

[esto]» . Basándose en la similitud fonética se ha supuesto que Artognou, un rey que tuvo su residencia en Tintagel, podría ser Arturo, certificando así su veracidad histórica; pero el problema es que se sabe muy poco de quién pudo ser Artognou y habrá que esperar a que la arqueología aporte más respuestas.

EL OBISPO MAELOC Y LA PRESENCIA BRITANA EN GALICIA
Dejemos de momento la leyenda del rey Arturo, la retomaremos en capítulos posteriores, pero ahora seguiremos hablando del pueblo britano. Los britanos componían un pueblo de origen celta que habitaba en la provincia romana de Britania, en la parte sur de la actual Gran Bretaña. Sus habitantes practicaban el cristianismo, estaban militarmente bien organizados y eran leales a Roma pero, a menudo, estaban expuestos a los ataques de otros pueblos como los sajones, los pictos o los escotos.

Las invasiones bárbaras también llegaron a Britania con la entrada de los pueblos de origen germánico. Como ya hemos visto en la leyenda del rey Arturo, a mediados del siglo V, anglos, sajones, frisios y jutos crearon asentamientos en Britania obligando al éxodo de la población indígena hacia Gales, Cornualles, Escocia o el continente europeo. Los britanos que embarcaron hacia el continente se establecieron en la provincia romana de la Armórica, que tomó el nombre de Bretaña, y en las costas de la Gallaecia, actual Galicia.

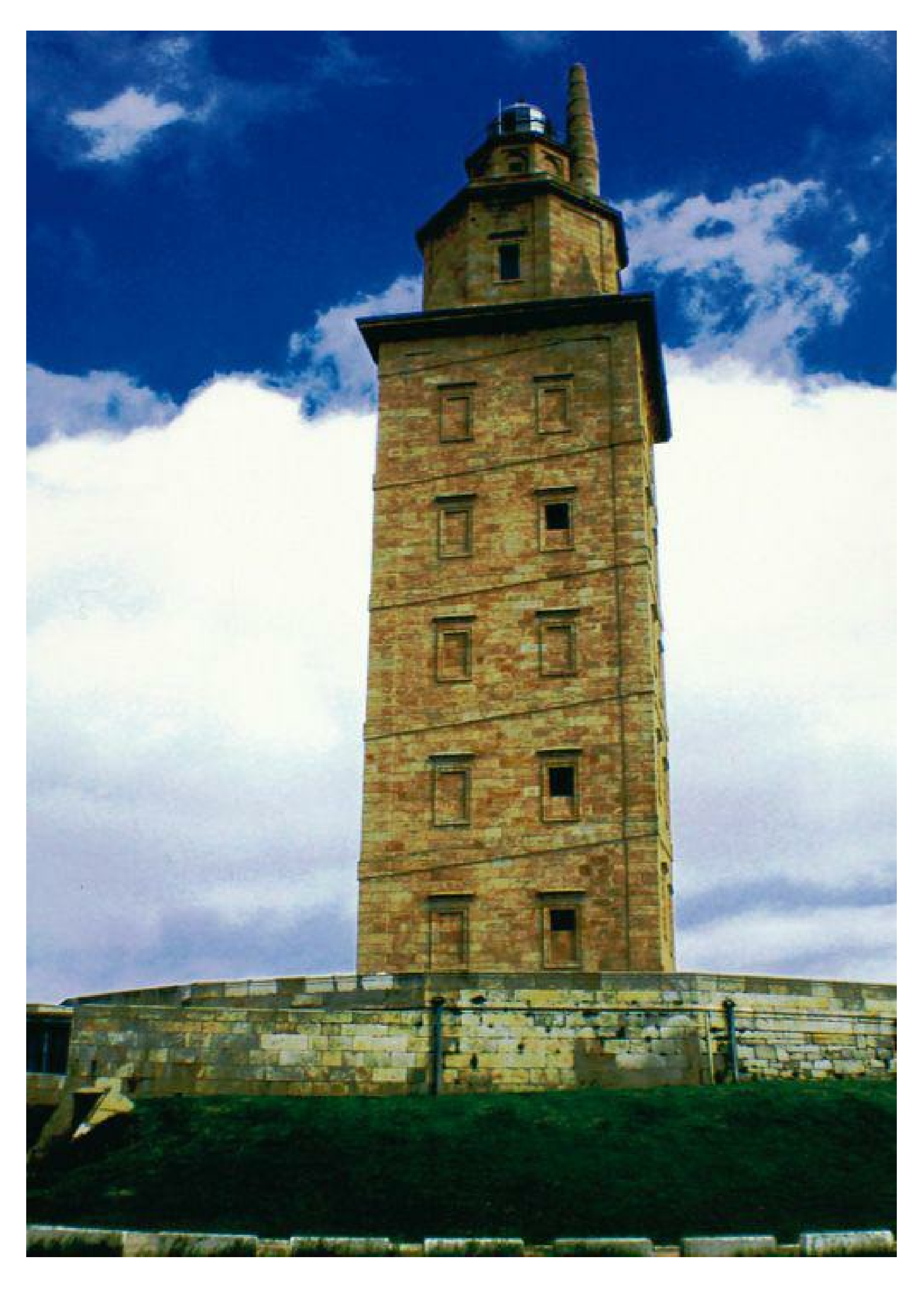
Puede que los britanos en su diáspora no escogieran Gallaecia por casualidad, y es que los vínculos culturales de estos celtas, ahora romanizados y cristianos, con Galicia eran ancestrales.

Muestra de ello es el *Lebor Gabála Érenn* o *Libro de las invasiones irlandesas*, que relata la historia de la formación de Irlanda y cómo los futuros colonizadores se habían establecido antes en el norte de Galicia fundando la ciudad de Brigantia: «Ganó muchas batallas y combates contra las duras tribus de Hispania. Breogán, vencedor de batallas, fundó Brigantia». El rey Breogán mandó construir una torre, posiblemente en el mismo lugar que la actual Torre de Hércules de la ciudad de La Coruña, desde donde su hijo Ith pudo divisar la silueta de una isla en el horizonte.

Ith viajó en busca de esta isla misteriosa y llegó a Irlanda, donde fue traicionado por la nobleza local, que lo asesinó para evitar que revelara el secreto de su ubicación. Un ejército liderado por los hijos

de Mil Espáine, sobrino de Ith y cuyo nombre deriva del latín *Miles Hispaniae*, que significa

«soldado de Hispania», deciden vengar su muerte conquistando Irlanda. Según el *Lebor Gabála Érenn,* «la flota de los hijos de Mil en el océano desde España en claros barcos tomó, no es necesario decir mentira, los campos de Irlanda en un día».



La Torre de Hércules, en La Coruña, es un faro de origen romano de 68 metros de altura, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 2009. En la tradición celta es conocido como la Torre Brigantia y desde ella Ith, hijo de Breogán, avistó las costas de Eirín o Irlanda.

La ausencia de inscripciones o de cualquier recuerdo de la lengua usada por los britanos hace difícil poder estudiar su asentamiento en la península Ibérica con exactitud. De lo que no hay duda es de su localización en Galicia, entre Ferrol y el río Eo, con la sede central de su espiritualidad en la parroquia de Santa María de Bretoña, en el municipio de Pastoriza de la provincia de Lugo, posiblemente precursora de la iglesia de San Martiño de Mondoñedo. Según un libro parroquial suevo, el asentamiento de los britanos en la península Ibérica podría extenderse entre el monasterio de Máximo, en el norte de Galicia, y la zona de Asturias: « *Ad sedem Britanorum ecclesias que sunt intro Britones una cum monasterio Maximi et que in Asturiis sunt*» .

La leyenda cuenta que Maeloc era el líder de los britanos que se instalaron en Galicia huyendo de las invasiones germánicas en el siglo VI. Este poseía una piedra preciosa de color azul con poderes sobrenaturales, que, a su muerte, fue depositada en un cofre de oro macizo y enterrada a gran

profundidad entre las montañas de Cornería y Penabor, también en la actual provincia de Lugo.

Dejando a un lado la leyenda, la figura de Maeloc existió realmente y participó, representando a la diócesis de Britonia, en los concilios de Braga en 561 y 572. Parte de la historiografía ha llevado la llegada de los britanos a Galicia a la segunda mitad del siglo VI, tomando como referencia las fechas de los concilios de Braga y la figura de Maeloc. El origen celta de Britania y la figura histórica del obispo Maeloc son indiscutibles, lo que genera más dudas entre los historiadores es el tipo de relación que existía entre los britanos de Galicia y los que se instalaron en la provincia romana de la Armórica.

Maeloc es indudablemente un nombre de origen celta. Aparece citado en las actas del Concilio de Braga del 561 con el nombre de *Maliosus*. La asamblea de Braga había reunido ese año a los obispos de la provincia de Gallaecia por mandato del rey suevo Ariamiro, con la participación de un total de ocho obispos: «Lucretius, Andreas, Martinus, Cotus, Ildericus, Lucetius, Thimoteus, Maliosus». En el II Concilio de Braga, celebrado once años después por mandato del rey suevo Miro, se habían producido modificaciones en la organización

eclesiástica y asistieron los metropolitanos de Braga y Lugo acompañados de los obispos de doce sedes; entre los asistentes también estaba Maeloc, citado por las crónicas como «Mahiloc Britonensis» *,* representando la diócesis de Britonia.



San Martiño de Mondoñedo pertenece al municipio de Foz, en la provincia de Lugo. Esta basílica románica de finales del siglo XI es considerada la catedral más antigua de España y es heredera de la diócesis de Bretoña, a la cual representó el obispo Maeloc en los concilios de Braga (561 y 572).

Algunos historiadores han querido presentar a Maeloc como un líder político y religioso, pero es improbable que un obispo ejerciera una autoridad política dentro del mundo celta. En el siglo VI, la antigua provincia romana de Gallaecia formaba parte del reino de los suevos. Las migraciones britanas se asentaron en la costa gallega dentro del reino de los suevos y, en palabras del historiador español del siglo XX, Claudio Sánchez Albornoz, «abandonaron la espada para tomar el arado».

Puede que los britanos instalados en Galicia, en tanto que cristianos, ayudaran al proceso de conversión a la fe católica de los suevos. El primer rey suevo católico es Teodomiro, que se convirtió en el 560, la misma época en la que se supone que vivió el obispo Maeloc.

La relación entre el mundo celta de Galicia y los habitantes de las islas Británicas es evidente y existen múltiples ejemplos de ella. Los investigadores han encontrado paralelismos entre los castros gallegos y los poblados fortificados de Cornualles, y algunos defienden la teoría de que la cultura megalítica llegó a Irlanda procedente de la península

Ibérica. Leyendas como la de Maeloc o la Piedra del Destino, que veremos en el capítulo *Objetos sagrados y lugares mágicos*, no hacen más que seguir reforzando los vínculos culturales entre estos territorios.

GERBERTO DE AURILLAC, EL PAPA DEL AÑO MIL

Seguimos hablando de la Iglesia católica, pero trasladándonos en el tiempo hasta el final del primer milenio para conocer la vida legendaria de Gerberto de Aurillac. En el año 999 el mundo vivía en compás de espera, los Evangelios habían predicho que con el cambio de milenio el anticristo seduciría a los pueblos de la Tierra y que Jesucristo volvería de entre los muertos para juzgar a la humanidad. La fecha fatídica se acercaba y los terrores milenaristas sobre el fin del mundo se apoderaron de la sociedad.

La idea del fin del mundo aparece en muchas culturas y siempre va seguida de un proceso de resurrección. En el siglo I a.C., clásicos como Marco Tulio Cicerón en su obra *Natura Deorum* ya dicen que «el mundo perecerá por el fuego, pero como el fuego es alma y Dios, el mundo renacerá tan bello como antes». En la cultura cristiana, los textos del Evangelio anuncian la catástrofe, la clave de las tribulaciones y temores del año mil nos las proporciona el capítulo XX del Apocalipsis: Vi a un ángel que descendía del cielo, trayendo una llave del abismo y una gran cadena en su mano. Tomó al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás, y le encadenó por mil años. Le arrojó al abismo y cerró, y encima de él puso un sello para que no extraviase más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será soltado por poco tiempo.

El papa del año mil es Gerberto de Aurillac que escogió para su consagración el nombre de Silvestre II. Su figura está asociada a una leyenda negra de pactos con el diablo para acumular poder y sabiduría ilimitada en sus manos. No es un caso extraño, otros hombres extraordinarios para su tiempo también fueron acusados de prácticas mágicas y ocultismo como los filósofos Boecio y Juan el Gramático en el siglo VI o el científico Galileo Galilei en el siglo XVI.

Gerberto nació entre 920 y 940 en la villa de Belliac, en la región francesa de Auvernia. Cuenta una leyenda popular que el día de su llegada al mundo un gallo cantó tres veces y lo pudieron escuchar desde Roma, era un presagio de la vida extraordinaria que le esperaba. En su infancia se educó en el monasterio vecino de Saint

Geraud de Aurillac, bajo la tutela del abad Geraud de San Cere y del maestro Raimond de Lavaur, con los que siempre mantuvo una estrecha amistad. En el monasterio estudió gramática y latín, una lengua poco utilizada pero imprescindible en la cultura y el poder de la Alta Edad Media.

En 967, el conde de Barcelona Borrell II, con motivo de su boda, hizo un viaje a Francia y visitó el monasterio de Aurillac para venerar la tumba de Saint Geraud. De la visita obtuvo el consentimiento de los frailes para seguir el camino a Barcelona acompañado de un excepcional alumno, Gerberto, con el objetivo de que este siguiera su instrucción en los condados catalanes.

Su discípulo y biógrafo Richer de Reims narra como Hatton, obispo de Vic y profundo conocedor del cuadrivio (aritmética, música, geometría y astronomía), se encargó de su educación. Seguramente Gerberto frecuentó la biblioteca del monasterio de Santa María de Ripoll, donde estudió sus



manuscritos y conoció las obras de Boecio e Isidoro de Sevilla.

Estatua en honor del papa Silvestre II, obra del escultor Pierre-Jean David d'Angers en la población francesa de Aurillac.

La mano de derecha del papa no aparece en gesto de bendición como sería habitual sino como si estuviera impartiendo una conferencia, en un símbolo para unir religión e ilustración.

El historiador inglés del siglo XII William de Malmesbury, en su libro *Gesta Regum Anglorum* o *Historia de los reyes ingleses,* cuenta cómo Gerberto fue a Córdoba para estudiar astrología. Allí sedujo a la hija de un sabio andalusí para que robara a su padre un manuscrito que este guardaba bajo la almohada titulado *Abacum,* el cual contenía los secretos para alterar las leyes de la naturaleza.

Cuando el preciado manuscrito estuvo bajo su poder, Gerberto invocó al diablo para que lo

«trasladase sobre sus alas por encima del mar» y así huyó de las iras del sabio cordobés.

Es discutible que Gerberto llegara a hacer el viaje a Córdoba como afirman algunos cronistas. La capital andalusí era uno de los mayores centros culturales de Europa, y la biblioteca del califa Al-

Hakam II tenía más de 400.000 volúmenes; pero para viajar a la corte musulmana de la península Ibérica hacían falta credenciales especiales, y además, es más que probable que Gerberto tuviera en Vic y en el monasterio de Ripoll material de sobra para completar su aprendizaje.

Richer de Reims describe a Gerberto como el introductor del número 0 en Europa y dice de él que construyó un ábaco para enseñar matemáticas que le permitía hacer cálculos a gran velocidad para asombro de los que le rodeaban. No olvidemos que en estos tiempos el uso de las cifras árabes y su combinación supuso un cambio en la concepción del estudio del cálculo en Europa occidental.

En 970, el conde Borrell II viajó a Roma con el obispo Hatton y en el séquito que les acompaña se encontraba Gerberto. Su objetivo era convencer al papa Juan XIII para que otorgara al obispado de Vic la independencia de Narbona, en un gesto más de distanciamiento con el rey de Francia. El papa emitió cinco bulas en las que reagrupaba la Iglesia de los condados catalanes en torno a Vic: el objetivo estaba cumplido. Pero Borrell II volvió solo a Barcelona, porque el obispo Hatton murió asesinado el 22 de agosto de 971 y Gerberto sedujo con sus conocimientos de música y astronomía a Juan XIII y al emperador Otón I, que se disputarán sus servicios.

William de Malmesbury cuenta cómo Gerberto descubrió un gran tesoro en el campo de Marte, cerca de Roma, y fundió el metal de una estatua para construir una cabeza de bronce o de oro, según las fuentes, que vaticinaba el futuro y respondía con un «sí» o un «no» a

sus preguntas. El *Liber Pontificalis* o *Libro de los Papas*, un compendio biográfico de los Papas hasta el siglo XVII, describe la leyenda diciendo «Gerberto fabricó una imagen del diablo con objeto de que en todo y por todo le sirviese».

La cabeza parlante respondió «sí» a la pregunta de si Gerberto llegaría al pontificado de Roma y respondió «no» a la de si moriría antes de celebrar una misa en Jerusalén. Sus predicciones estaban a punto de cumplirse. Pero ¿qué fue lo que fabricó Gerberto? ¿Una de las primeras máquinas binarias basada en cálculos de álgebra boleana? ¿El primer fonógrafo capaz de reproducir la voz humana?

Gerberto estaba llevando a cabo una carrera meteórica dentro de la Iglesia católica. Continuó su formación en Reims junto el arzobispo Adalberon, que le encargó la dirección de la escuela y, bajo la protección del emperador, fue nombrado abad del monasterio de Bobbio en 983, uno de los más prestigiosos de Europa, y ocho años después, arzobispo de Reims, arzobispo de Rávena en 998 y, finalmente, obispo de Roma en 999, tal y como había adelantado la cabeza parlante, convirtiéndose así en el primer papa francés de la historia.

El emperador Otón III y Silvestre II pasan juntos en Roma lo que podría ser la última noche, el 31

de diciembre de 999. Pero no sucedió nada especial, no hubo epidemias ni el cielo se desgarró y al día siguiente los dos protagonistas siguieron desempeñando con normalidad sus actividades.

Quedaba la duda de si los catastrofismos que predecía el milenarismo había que asociarlos al nacimiento o a la muerte de Jesús. ¿Cuándo sería soltado Satanás? ¿A los mil años de la encarnación o de la redención? Después de superar los temores del fin del mundo, la vida siguió con normalidad, pero aún quedaban importantes hechos por suceder en la vida de Silvestre II.

Otón III, el emperador que fue conocido como *Marabilia Mundi* o *la Maravilla del Mundo* por su voluntad de renovar el Sacro Imperio Romano Germánico, muere el 24 de enero del 1002 afectado por graves fiebres en el castillo de Paterno, a la edad de 22 años, y pone fin a la ambición de restaurar el Imperio romano de Constantino. El sueño del imperio universal se desvanece.

El 3 de mayo de 1003 Silvestre II está en Roma oficiando misa en el

templo de la Santa Cruz y sufre un malestar. Al preguntar a sus allegados en qué iglesia se encuentra, alguien le responde que la capilla se llama Santa Cruz de Gerusalemme. En aquel momento comprende que la profecía de la cabeza de bronce está a punto de cumplirse y que morirá en breve. Recordemos que la leyenda negra

afirmaba que Gerberto había hecho un pacto con el diablo que le prometió que viviría ilimitadamente mientras no cantara misa en Jerusalén. El Papa ordenó que le trasladaran inmediatamente a sus aposentos de San Juan de Letrán, donde murió el 12 de mayo de ese año y donde también fue enterrado. William de Malmesbury siguió alimentando la leyenda erróneamente y cuenta que el papa sintió remordimientos de sus actos y ordenó trocear su cadáver prohibiendo que fuera enterrado en un lugar sagrado.

Pero hay otra leyenda que también se vincula con la figura de Silvestre II. A finales del siglo XIII, el diácono de San Juan de Letrán afirma que la tumba de Gerberto emite una especie de sudor cada vez que un papa o un alto dignatario romano está a punto de morir. La historia continúa vigente en el siglo XV y se dice que los huesos del papa crujían para anunciar el acontecimiento. La tumba de Silvestre II fue abierta para investigar el misterio y el cuerpo estaba intacto, pero el contacto con el aire lo convirtió en polvo.

La vida de Gerberto fue extraordinaria y se vio envuelta en una leyenda negra que empieza a circular rápidamente ya desde el siglo XII. Autores medievales como Bennon de Osnabruck; Hugo, abad de Flavigny; Sigeberto, abad de Glemboux; o escritores del siglo XIX como el francés Víctor Hugo se encargan de gestar el mito. Pero, como afirma el historiador francés Pierre Riche, no se puede sacrificar la historia por la leyenda. Para el estudio de la figura de Silvestre II se conserva un corpus de 220 cartas, las bulas de su pontificado, obras de filosofía y ciencia y las obras de contemporáneos como por ejemplo la de alguien a quien conocemos bien, su discípulo y biógrafo, el monje y cronista Richer de Reims. Gerberto de Aurillac es el maestro de toda una generación y ejerció sobre su época una influencia profunda. La leyenda le ha dotado de un aura misteriosa que poco tiene que ver con la realidad de su calidad como científico y erudito.

ALMANZOR SAQUEA LA CIUDAD DEL APÓSTOL, SANTIAGO DE COMPOSTELA El héroe en las fuentes medievales árabes no es un personaje modélico para el lector, sus acciones están al servicio de Alá, pero no tienen por qué ser modélicas ni suponer una doctrina como sucede con los héroes cristianos. Un ejemplo es la leyenda del saqueo de la ciudad de Santiago de Compostela por Muhammad Ibn

Abi Amir, también llamando Al-Mansur o el Victorioso y conocido por Almanzor.

Las fronteras de los reinos cristianos de la península Ibérica hacía tres centurias que estaban bajo la constante presión militar musulmana. Solo la resistencia de héroes como el rey Pelayo en Asturias o el conde Wifredo el Velloso en Barcelona, cuyas leyendas conoceremos más adelante, parecían inquietar alguna vez a los líderes del Al-Andalus. A finales del siglo X, en época de Almanzor, contemporáneo de hombres como el papa Silvestre II, los territorios cristianos eran castigados un año tras otro por sus victoriosas expediciones militares que traían a Córdoba tesoros, armas, objetos de lujo y esclavos. Los cautivos cristianos eran vendidos y destinados a los trabajos más duros o, en función de su dignidad, secuestrados a la espera de cobrar un buen rescate. La capital andalusí era una ciudad lujosa, comparable en opulencia a Bagdad y embajadores de toda Europa acudían a pedir tratados de paz y acuerdos comerciales.

Las riquezas y el reconocimiento no eran lo más importante para Almanzor que estaba dispuesto a llevar la palabra de Mahoma a todos los rincones de la península Ibérica aunque fuera por la fuerza de las armas. Sus continuas victorias sobre los reinos cristianos habían extendido la idea de que era un brazo ejecutor de la voluntad suprema de Alá. La yihad o «guerra santa», prevista por la ley islámica, era el medio para conseguir sus objetivos.

Los cristianos describen con pánico sus acciones en la *Crónica Silense*, del siglo XII: Lleno de audacia, profanó hasta lo más sagrado, dominó todo el reino e hizo que le rindiera tributo. Durante esta tempestad, el culto de Dios desapareció de España, los cristianos perdieron sus glorias y las riquezas de las iglesias fueron fundidas.



La mezquita de Córdoba fue ampliada por Almanzor en 987. Sus 23.400 metros cuadrados la convirtieron en la segunda mezquita más grande del mundo durante la Edad Media, solo por detrás de la de La Meca.

La peor humillación para la cristiandad aún estaba por llegar. Almanzor necesitaba un golpe de efecto dentro de Al-Andalus para superar sus discrepancias con Subh, la madre del califa Hixam II.

No había mejor escaparate que saquear uno de los centros de culto del cristianismo, la ciudad del Apóstol, Santiago de Compostela.

Fue en julio de 997 cuando Almanzor ultimó su cuadragésima octava expedición, esta vez contra Santiago de Compostela. Partió de Córdoba el sábado 8 de ese mismo mes y en unas jornadas llegó a las ciudades de Coria y Zamora, donde nobles cristianos se le presentaron como aliados y vasallos.

Antes de dirigirse a Santiago de Compostela decidió someter algunas plazas cristianas del reino de León. Sin gran resistencia quedaron bajo su control Viseo, Lamego y Braga. Un manto de terror se extendió por Galicia, no había ningún noble cristiano que osara enfrentarse contra «el que recibe la victoria de Dios». Las calamidades de los tiempos del rey visigodo Rodrigo volvían a la mente de los cristianos.

Un miércoles, el 10 de agosto de 997, llegó a las murallas de Santiago. La ciudad estaba desierta, sus moradores habían decidido abandonarla asustados por las noticias de la crueldad de Almanzor.

Las huestes entraron en la ciudad y se abandonaron al saqueo. A Almanzor no le interesaban las riquezas, él buscaba algo más importante, y se dirigió al templo del apóstol Santiago para

profanarlo.

Entró a caballo en la iglesia y, al llegar a la capilla, cuenta la leyenda que un rayo cayó a sus pies como amenaza del Todopoderoso para que no cumpliera su propósito. Almanzor reconoció el aviso, imploró perdón a Alá y para evitar la profanación del sepulcro puso guardias con el objeto de que lo protegieran de los saqueos.

El cronista musulmán del siglo XIV Ibn Idari introduce una nueva leyenda que cuenta cómo se salvó del saqueo el sepulcro del apóstol Santiago. Según sus fuentes, al llegar a la ciudad desierta Almanzor solo encontró un ermitaño sentado sobre el sepulcro y le preguntó: «¿Por qué estás aquí?» , a lo que el guardián respondió: «Yo soy familiar de Santiago». Entonces, puede que por respeto o por superstición, el héroe musulman mandó que nadie hiciera daño al ermitaño y que se protegiera la tumba de su profanación.

El botín era de lo más apetecible y Almanzor quería llevarse un gran trofeo de tan significativa victoria. En el siglo XIII la *Crónica General* del rey Alfonso X el Sabio narra cómo Almanzor mandó descolgar las campanas del templo de Santiago de Compostela, que fueron trasladadas a Córdoba a hombros de esclavos cristianos y utilizadas como lámparas para iluminar la mezquita. También mandó llevar a Córdoba las puertas del templo para clavarlas como trofeo en el artesonado del

mismo edificio. Aparte de proteger la capilla y el sepulcro del Apóstol, el resto de la iglesia fue demolida al igual que toda la ciudad, como si esta nunca hubiera existido. Las fuentes coinciden en afirmar como un hecho histórico que Almanzor llevó consigo un gran tesoro a Córdoba, pero, al igual que en muchos otros casos, se hace difícil saber dónde acaba lo verídico y empieza la leyenda con tintes de verosimilitud.

La crónica cristiana del obispo Sampiro, escrita alrededor de 1020, da una dolorosa versión de los hechos:

Por los pecados del pueblo cristiano aumentó el número de sarracenos y su rey, que adoptó el falso nombre de Almanzor, tomando consejo de los musulmanes del otro lado del mar, y con todo el pueblo ismaelita, entró en los confines de los cristianos y comenzó a devastar muchos de sus reinos y a matar con la espada. [...] y destruyó la ciudad de Galicia en la que está sepultado el cuerpo del beato Santiago apóstol. Pues había dispuesto ir al sepulcro del apóstol para destruirlo, pero aterrándose volvió. Destruyó iglesias, monasterios y

palacios y los quemó con fuego.

La *Crónica Silense*, ya citada, retrata la sumisión de los cristianos a la violencia del hayib o primer ministro:

Después de estas cosas los moros sin encontrar fuerzas que les obstaculizaran, sometieron a su dominio a toda España triturada por el hierro, la llama y el hambre. [...] De sus matanzas y de los estragos de los cristianos dan fe abundantemente y de sobra las provincias despobladas, las murallas derruidas de las ciudades, las iglesias destruidas en lugar de las cuales es adorado el nombre de Mahoma.

En el camino de vuelta, Almanzor recompensó generosamente a los condes cristianos que le habían ayudado, incluso con telas de seda y oro. Sin más dilación tomó camino hacia Córdoba donde entró con gran pompa celebrando tan exitosa expedición y acompañado de un generoso botín y unos 4.000 prisioneros. El cronista Ibn Idari así lo cuenta: «El ejército entró en Córdoba sano y salvo y cargado de botín, después de una campaña que había sido una bendición para los musulmanes». Y

sigue alabando la figura de Almanzor diciendo: «Igual que el Sol extiende el día, tu conquista llena de luz la tierra. Ahora que has destruido la peregrinación de los cristianos, vuelve a peregrinar con los musulmanes».

Las fuentes cristianas dan un final infeliz a la expedición de Santiago. Unas fiebres azotarán a los musulmanes por haber profanado el santuario del Apóstol, llevando a la muerte al mismo Almanzor.

La *Crónica Compostelana,* del siglo XII, habla de cómo la disentería mermó las huestes del *hayib*:

«El santísimo Santiago, que no quería que escaparan impunemente de su iglesia aquellos que con tanta soberbia la habían pisoteado, los castigó con una enfermedad tan grande de disentería que, muertos la mayoría, solo algunos pocos regresaron a sus casas».

El obispo Sampiro asocia el declive de los sucesores de Almanzor con los saqueos y la crueldad de sus actos pasados diciendo: «El rey celeste, acordándose de su misericordia, tomó venganza de sus enemigos, y la estirpe de los musulmanes comenzó a perecer de muerte súbita o por la espada».

Almanzor era la espada del califato de Hixam II y sus continuas victorias le convirtieron en un héroe militar, aunque sus expediciones no sean un ejemplo de moralidad. Pero la genialidad no se hereda y, tras su muerte, en agosto de 1002, sus hijos no estaban preparados para gestionar su enorme

legado. La obsesión de los grandes hombres por perpetuar su estirpe en el cargo raramente dará frutos y la estirpe de Almanzor no será una excepción. Como dice el historiador español Emilio Beladiez: «No vio que sus sucesores carecían de las cualidades que él amontonaba».

RODRIGO DÍAZ DE VIVAR Y LA JURA DE SANTA GADEA La figura de Almanzor es legendaria a la par que histórica y constituye el mejor ejemplo de héroe árabe al servicio de los intereses de Al-Andalus, pero si cruzamos la frontera con los reinos cristianos encontramos figuras homónimas de talla europea como la de Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, o El Cid, sin más, y protagonista de la siguiente leyenda.

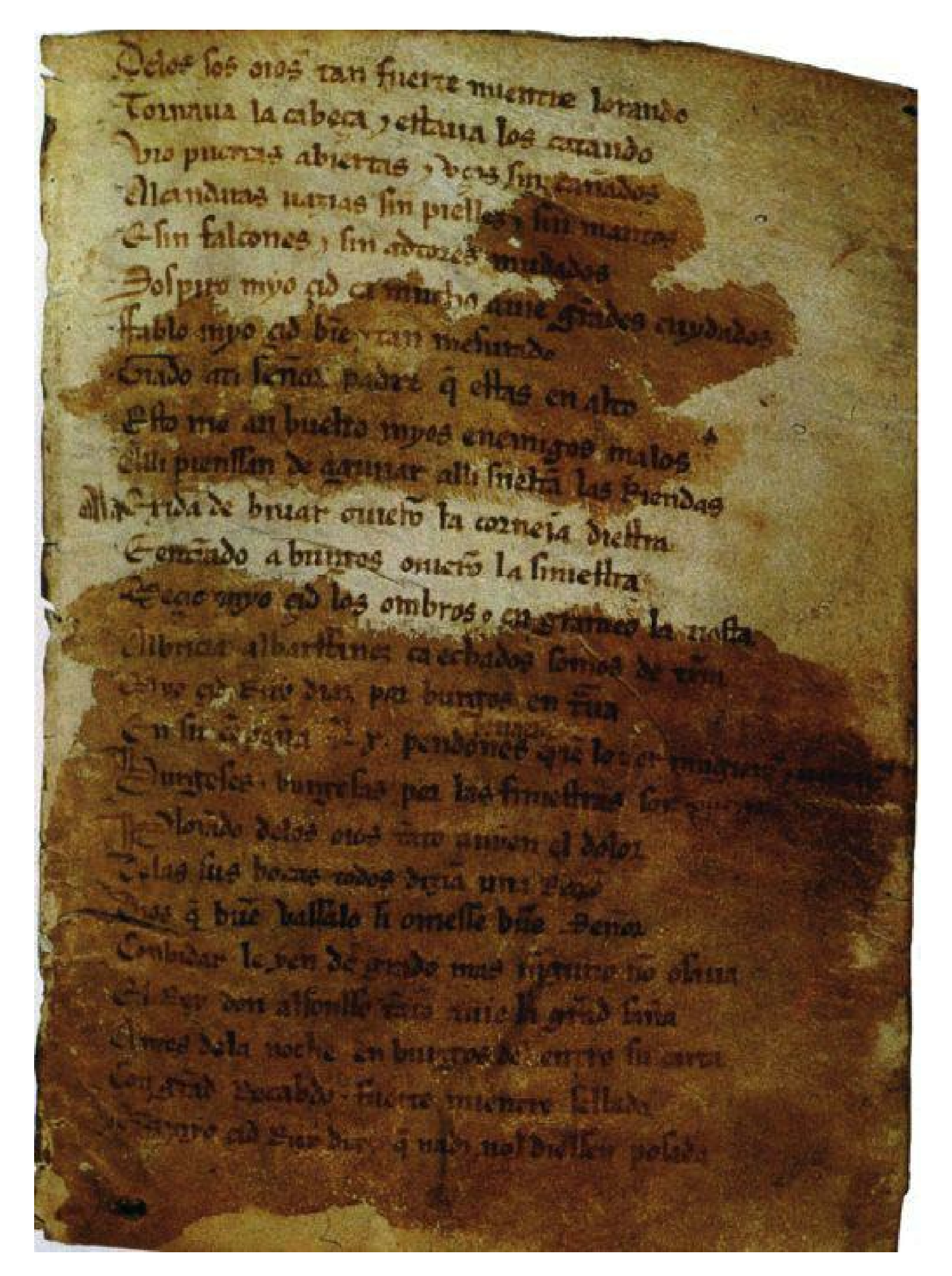
Rodrigo Díaz de Vivar, a diferencia de otros héroes legendarios citados en este libro como Beowulf, Lancelot o Tristán, es una figura histórica perfectamente definida. Para su estudio disponemos de diferentes fuentes de origen cristiano y musulmán escritas en los cuarenta primeros años que siguen a su muerte en 1099. El primero en hablar de El Cid fue un poema anónimo compuesto en latín, el *Carmen Campidoctoris*, escrito cerca de 1093 y conservado en un manuscrito del monasterio de Santa María de Ripoll. Otra fuente básica para conocer la historia del de Vivar es la *Historia Roderici*, escrita por un testigo ocular de los hechos antes de 1110. Los musulmanes Abu Abd Allah Muhammad ibn Al-Jalaf ibn Alqama y Abu-l-Hasan Alí ibn Bassam, contemporáneos de El Cid, escriben a principios del siglo XII *Elocuencia evidenciadora de la gran calamidad* y *Tesoro de las excelencias de los españoles,* respectivamente. Estas dos obras son hostiles a la figura de El Cid, pero aportan una gran cantidad de datos a su biografía. Por último, otras fuentes documentales de estudio son los diplomas o cartas conservados en monasterios y catedrales, como el *Cartulario Cidiano*.

Más tardío es *El Cantar del Mío Cid*, un cantar de gesta anónimo escrito cuarenta años después de la muerte de Rodrigo Díaz de Vivar. El historiador español del siglo XX Ramón Menéndez Pidal, un experto en El Cid, plantea la hipótesis de la existencia de dos poetas en su redacción: el llamado poeta de San Esteban de Gormaz, más antiguo y mejor conocedor de los tiempos pasados, y el conocido como poeta de Medinaceli, más tardío y extraño a los hechos sucedidos. El

manuscrito que se conserva tiene fecha de 1307 y fue copiado por un tal Per Abbat de un texto más antiguo. *El Cantar del Mío Cid* es la primera obra narrativa extensa de la literatura española, solo comparable a otras epopeyas europeas como *Beowulf*, analizado anteriormente, la *Chanson de Roldan* o *El Cantar de los Nibelungos,* leyendas estas dos últimas que conoceremos más adelante.

Rodrigo Díaz nació entre 1041 y 1047, originario de la localidad burgalesa de Vivar, era hijo de Diego Laínez, un infanzón castellano de antiguo linaje, y de una dama de la que las crónicas no nos han proporcionado el nombre. Será conocido por la historia con el sobrenombre de El Cid Campeador. El origen etimológico del título es árabe, en la palabra cid, que proviene de *sidi,* que significa señor, pero también latino, pues de *Campi Doctus*, es decir, diestro en el campo de Batalla, es de donde viene Campeador.

Rodrigo Díaz nació cuando reinaba en León el rey Fernando I, que ejercía con autoridad su poder sobre los reinos de taifas musulmanes, muy debilitados por conflictos internos. La muerte en 1009 de Abderramán Sanchuelo, hijo del ya conocido Almanzor, había sido el inicio de la desmembración del Califato de Córdoba en un conglomerado de estados independientes llamados taifas. Este periodo se


De los sos oios tan fuerte mientre lorando
Tornaua la cabeça y estaua los catando
Vio puertas abiertas y vços sin cañados
Alcandaras uazias sin pielles y sin mantos
E sin falcones y sin adtores mudados
Sospiro myo çid ca mucho auie grandes cuydados
Fablo myo çid bien tan mesurado
Grado a ti señor padre que estas en alto
Esto me an buelto myos enemigos malos
Alli pienssan de aguiiar alli sueltan las riendas
Ala exida de biuar ouieron la corneia diestra
E entrando a burgos ouieron la siniestra
Meçio myo çid los ombros e engrameo la tiesta
Albricia albarffanez ca echados somos de tierra
Myo çid ruy diaz por burgos entraua
En su conpaña [illegible] pendones que lo[illegible]
Burgeses e burgesas por las finiestras son
Plorando delos oios tanto auyen el dolor
Delas sus bocas todos dizian una razon
Dios que buen uassallo si ouiesse buen señor
Conbidar le ien de grado mas ninguno non osaua
El rey don alfonsso tanto auie la grand saña
Antes dela noche en burgos del entro su carta
Con grand recabdo e fuerte mientre sellada
Que a myo çid ruy diaz que nadi nol diessen posada

conoce como la *fitna* o división. Gracias a su linaje materno y al prestigio adquirido por su padre en la frontera con los musulmanes, Rodrigo completó su educación en la corte del infante primogénito don Sancho, en Burgos.

Página inicial de El Cantar del Mío Cid, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid. Es posible consultar un ejemplar digital del poema en

la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: http:// www.cervantesvirtual.com.

El 27 de diciembre del 1065 murió el rey Fernando I de León, y en el testamento dividió el reino entre sus cuatro hijos: Sancho, Alfonso, García y Elvira. El primogénito Sancho heredó el reino de Castilla, Alfonso recibió el reino de León, García el de Galicia y a Elvira le correspondieron las ciudades de Zamora y Toro.

Rodrigo Díaz, que siguió sirviendo como caballero a las órdenes de Sancho II, ahora nuevo rey de Castilla, dirigió los ejércitos castellanos contra las tropas de Alfonso, rey de León y hermano de

Sancho, en las batallas de Llantada, en 1067, y Golpejera, en 1072. La leyenda cuenta cómo el rey Sancho cayó prisionero por los leoneses en la batalla de Golpejera, y Rodrigo Díaz se enfrentó solo a los catorce caballeros que lo custodiaban matando a trece de ellos.

En 1072 Sancho II consiguió volver a unir bajo su mando los territorios de su padre, pero su hazaña duró poco ya que fue asesinado en el cerco de Zamora por un caballero que supuestamente había desertado, el domingo 7 de octubre del 1072.

La noticia del regicidio llegó al destronado Alfonso, que permanecía en Toledo. Por derecho de sangre le correspondía la herencia de su hermano Sancho y fue reconocido rey de León, Castilla y Galicia en noviembre de 1072 con el nombre de Alfonso VI. Rodrigo Díaz, que conservó su situación también en la corte de Alfonso VI, y sus relaciones con el rey inicialmente eran buenas, hubo de vivir bajo la sospecha de la presunta implicación del monarca en la muerte del rey Sancho.

La mayoría de los castellanos atribuían la maquinación de la muerte de Sancho a su hermana Urraca, consejera de Alfonso, y los más atrevidos señalaban directamente al nuevo rey como urdidor de un complot con los zamoranos para matar a Sancho. Muchos nobles se sentían con el derecho de exigir a Alfonso VI un juramento para exculparse de la muerte de su hermano. Los fratricidios eran habituales en el siglo XI, un ejemplo cercano sería la muerte de Ramón Berenguer II llamado *El Cap d'Estopes* el año 1082, en el condado de Barcelona, supuestamente por obra de unos desconocidos, pero la mano de su hermano Berenguer Ramón II siempre estuvo bajo sospecha.

Los castellanos accedieron a reconocer la figura de Alfonso VI como

rey a condición de que jurase no haber participado en la muerte de Sancho II. Rodrigo Díaz, el más allegado de los caballeros del difunto rey, fue el encargado de tomar la jura, por ese motivo algunos cronistas justifican la futura ingratitud del monarca con su caballero. El Cid se negó a besar la mano del rey, al que se dirigió en el momento de tomarle juramento con estas palabras: Señor, cuantos hommes aquí vedes, aunque ninguno vos lo dice, todos han sospecha que por vuestro consejo fue muerto el rey Sancho, vuestro hermano; e por ende vos digo que si vos non ficiéredes salva de ello, así como es derecho, yo nunca vos besaré la mano nin vos recibiré por señor.

La jura sucede a finales de 1072 en Burgos, en la iglesia de Santa Gadea. Allí el rey jura, con los Evangelios sobre el altar y sus manos tocando las sagradas escrituras, su desvinculación de los hechos. El Cid sentencia con sus propias palabras: «Pues si vos mentira yurades, plega a Dios que vos mate un traidor que sea vuestro vasallo, así como lo era Vellid Adolfo del rey Don Sancho».

Alfonso VI por tres veces jura y niega las acusaciones palideciendo como el invierno en cada una de ellas.



Estatua ecuestre en bronce de El Cid Campeador en la ciudad de Burgos, obra del escultor Juan Cristóbal González Quesada, de 1955. En el cercano puente de San Pablo hay ocho estatuas más que representan un cortejo de caballeros que acompaña al héroe en su camino al destierro.

Alfonso estaba públicamente muy enojado. Después de la jura, El Cid le ofrece su mano diciendo: «Vasallo no era, solo ahora lo soy, ayer no

quise besar vuestra mano, hoy la beso si me la dais». El rey respondió un escueto «no» y abandonó airado la sala con ingrato recuerdo por el trato recibido del que fuera alférez del rey difunto. Alfonso, contrariado por el interrogatorio, acabó desterrando de sus dominios a Rodrigo Díaz en 1081.

La llamada *Jura de Santa Gadea* en realidad carece de cualquier base histórica, y no es sino una leyenda que aparece en crónicas tardías del siglo XIII. Es significativo el silencio sobre los hechos de obras contemporáneas a El Cid, como la *Carmen Campidoctoris* o la *Historia Roderici*, y que la narración de tal juramento inducido no aparezca hasta 150 años después en el *Chronicon Mundi* y *De Rebbus Hispaniae* con fabulaciones y anacronismos.

LA MUERTE DEL REY RICARDO I CORAZÓN DE LEÓN

Ricardo I de Inglaterra es un personaje histórico que en vida se comportó como un héroe legendario. Su fama solo es comparable a otra de las grandes figuras de las leyendas medievales bien conocida ya por nosotros, el rey Arturo. Ricardo se consideraba el descendiente legítimo del poder mítico del rey Arturo, este ideal respondía a un interés político que pretendía unir a sus súbditos britanos, normandos y anglosajones entorno a la figura de un rey caballero, heredero de los ideales heroicos medievales.

La leyenda de Ricardo I se desarrolló después de su muerte, pero es difícil separar el héroe histórico del legendario, porque en vida el propio rey ya buscaba comportarse como un personaje de leyenda conforme al ideal de caballero. Ricardo nació el 8 de septiembre de 1157, era hijo del rey de Inglaterra Enrique II Plantagenêt y de Leonor de Aquitania. Nació en Oxford pero tenía poco de inglés, pasó la mayor parte de su reinado fuera de Inglaterra preocupado por sus aventuras caballerescas. Su muerte tiene tintos novelescos y alimenta la leyenda de una maldición divina sobre la familia de los Plantagenêt como castigo por su libertinaje y su lujuria.

En 1199, el rey de Inglaterra Ricardo I Corazón de León había decidido poner fin a la revuelta del vizconde Aimar V de Limoges en el castillo francés de Châlus-Chabrol. En principio parecía una afrenta menor comparada con las grandes gestas vividas por el rey, pero el asedio se prolongaba más de lo esperado.

Ricardo era un experto en el arte de la guerra. Para facilitar la toma del castillo enviaba grupos de zapadores, que habían de minar sus

murallas, y sometía a los defensores a lluvias diarias de flechas lanzadas por sus arqueros y ballesteros. Las tropas del vizconde Aimar de Limoges se vieron reducidas a cuarenta hombres, no parecía que fueran a resistir mucho.

Normalmente, en Cuaresma los reyes no tenían por costumbre guerrear, pero en este caso Ricardo no estaba dispuesto a conceder una tregua y continuaba con el asedio. Pero ¿por qué tanta prisa?

Algunas fuentes dicen que el vizconde había hallado un tesoro de incalculable valor con estatuas de oro de la corte imperial romana y se había negado a entregarlo al rey de Inglaterra. Este hecho importunó enormemente a Ricardo, que asedió el castillo sin tregua ni negociación.



Estatua ecuestre del rey Ricardo I Corazón de León construida en 1851. Actualmente está delante de las puertas de las cámaras del Parlamento inglés, en el palacio londinense de Westminster.

Según Rigord, monje de la abadía de Saint Denis en aquellos días, los

lugareños conocían el castillo de Châlus-Chabrol como *castruum Lucii de Capreolo*. El nombre latino derivaría de un tal Lucius, procónsul de Aquitana en el siglo I en época del emperador romano Augusto, conocido como *Capreolus* (la cabra) por sus habilidades militares en las regiones montañosas. Lucius habría amasado una gran fortuna que se encontraba escondida en los campos del vizconde de Limoges. Un campesino la desenterró siglos más tarde y la entregó a su señor.

La noche del tercer día de asedio, después de cenar, Ricardo y los suyos decidieron dar un paseo cerca de las murallas del castillo para supervisar el avance de su asalto. Puede que incluso se dedicara a disparar algunas flechas por deporte contra los defensores. Su afán guerrero no tenía tregua, un ejemplo de ello era que estando enfermo con fuertes fiebres en la toma de San Juan de

Acre mataba enemigos con una ballesta mientras lo transportaban en una camilla.

Pero esa noche estaba tranquilo y confiado. Ricardo se acercó a la torre del castillo sin armadura, solo con un casco de hierro y un escudo. Desde la almena uno de los sitiados tensaba su ballesta, y apareció bruscamente para disparar una flecha en dirección al rey. Ricardo lo miró y aplaudió sin apartarse. El proyectil había impactado en su hombro izquierdo, cerca de las vértebras del cuello.

Ricardo era un rey orgulloso y se dedicó a felicitar al tirador, parecía que la herida no le afectaba, pero sus fieles lo trasladaron al campamento donde el rey animó a los suyos a continuar el asedio. No había de qué lamentarse, una herida más no tenía por qué alterar los planes. Ricardo había recibido tantas en la Tercera Cruzada que esta no le tenía que impedir conquistar el castillo.

En la tienda el rey partió la madera de la flecha, pero el hierro estaba hundido en el fondo de su cuerpo. Había que llamar a un cirujano para extraer la punta. La intervención no fue fácil, el exceso de peso de Ricardo lo dificultaba, y este quedó muy debilitado. Las rudimentarias técnicas quirúrgicas de la época y la falta de obediencia a las prescripciones médicas hicieron empeorar el aspecto de las heridas. Aparecieron infecciones y gangrena. Esta vez sí, Ricardo se dio cuenta de que estaba a punto de morir.

Como era previsible, el castillo de Châlus-Chabrol se había rendido y Ricardo ordenó colgar a todos los prisioneros menos al ballestero capaz de matar al Corazón del León, al que trajeron ante él.

Había llegado el momento de redimir sus pecados, el rey lo sabía, y el cronista inglés Roger de Hoveden, una de las fuentes más fiables de la época, reproduce la conversación entre Ricardo y el preso: «¿Qué daño te he hecho yo para que me mates así?». El otro respondió: Has matado con tus manos a mi padre y mis dos hermanos y ahora has querido matarme a mí.

Véngate de mí, pues, de la manera que te plazca. ¡Sean cuales sean las terribles torturas que puedas inventar, las sufriré de buena gana, pues tú, que tantas y tan numerosas desgracias has traído al mundo, mueres también!

Ricardo sentenció: «¡Vivirás a tu pesar! ¡Vive, pues yo te concedo la gracia! ¡Sé la esperanza de los vencidos en esta tierra conquistada! ¡Serás un ejemplo de mi corazón generoso!». Dicho esto, el reo quedó en libertad y el monarca ordenó que le dieran cien sueldos de moneda inglesa. Pero Mercadier, uno de sus fieles soldados, no pudo perdonar que «un ministro del diablo» causara la muerte del «mejor príncipe del mundo» y, a escondidas de Ricardo, lo metió en prisión y lo mandó matar.

El cronista Guillaume le Breton, capellán del rey francés Felipe Augusto, en su opera prima *Gesta Philippi Augusti* habla de la muerte de Ricardo y nos explica que el rey inglés



El castillo de Châlus-Chabrol, en el suroeste de Francia, fue donde el rey Ricardo I Corazón de León halló la muerte por el impacto de una flecha en 1199. Según el cronista inglés del siglo XII Robert de Hoveden, el ballestero que hirió mortalmente al rey fue Bertrand de Gourdon. Pero en el siglo XIX, el abad Arbellot demostró que el asesino era un miembro de la

pequeña nobleza local llamado Pierre Basile, hipótesis mayoritariamente aceptada por los historiadores actuales.

es codicioso, impío, irrespetuoso de Dios y de sus leyes, se sublevó contra su propio padre, violó las leyes feudales de la naturaleza; culpable, además, de haber introducido en Francia una arma mortífera como la ballesta. Debe pues sufrir el mismo fin que esta funesta iniciativa causó en otros hombres.

Pero los últimos actos del rey de Inglaterra buscaron la caridad de la Iglesia como exige la moral de la época. Ricardo decidió confesarse a un capellán, sacramento que hacía siete años que no profesaba, y mandó llamar a su madre que se encontraba en Fontevraud, en la región francesa del Loira, para tenerla cerca en el momento del traspaso.

Milton, abad de Pin y capellán de Ricardo, narra el desenlace de la absurda muerte: El seis de abril, es decir al cabo de once días de ser herido, murió al final del día, después de ungirse del aceite santo. Su cuerpo, vaciado de entrañas, fue transportado a los monjes de Fontevraud e inhumado allí, junto a su padre, con los honores reales, por el obispo Lincoln, el domingo de Ramos.

Después de gobernar nueve años, seis meses y diecinueve días, el rey ha muerto por culpa de una flecha en el asedio inútil de un castillo sin importancia política. Las crónicas recriminan a Ricardo su avaricia en la búsqueda de un tesoro legendario y la falta de escrúpulos para conseguir sus objetivos. Encontró la muerte en pos de una quimera, no en el campo de una gran batalla heroica como sería de esperar de una figura de su talla. «El león fue asesinado por una hormiga».

El ya citado Roger de Hoveden se muestra muy crítico con Ricardo al afirmar: «Veneno, avaricia, crimen, libido monstruosa, apetito vergonzoso, orgullo exacerbado, avaricia ciega […]. Un ballestero con su arte, su brazo, su tiro, su fuerza lo abatió todo». Algunas crónicas insisten en la idea de la providencia divina del disparo, nadie puede escapar al castigo de Dios y el rey pagaba por el trato y la explotación fiscal a que había sometido a la Iglesia.

Hay que preguntarse si realmente existió el tesoro áureo del castillo de Châlus-Chabrol.

Especialistas en la figura de Ricardo como el historiador francés del siglo XX Jean Flori afirman que de las once crónicas que narran el asedio del castillo cinco hablan del episodio del tesoro y seis lo ignoran. Las más antiguas son las que citan los hechos legendarios por lo que se les puede atribuir mayor veracidad. Rigord, el monje de Saint Denis a quien ya hemos recurrido, habla del tesoro en el año 1206 diciendo:

En el año del Señor de 1199, el 6 de abril, Ricardo, el rey de Inglaterra, murió gravemente herido cerca de la villa de Limoges. Estaba a punto de asediar un castillo que los habitantes de Limoges llaman Châlus-Chabrol, durante la semana de la Pasión del Señor, a causa de un tesoro que encontró un caballero del lugar. Llevado por su extrema ambición, el rey exigió la entrega del tesoro.

Los cronistas a menudo están impregnados de la ideología de la época y en sus crónicas pueden tomar partido a favor de un rey. Este es el caso de Guillaume le Breton, capellán del rey de Francia, que muestra una hostilidad manifiesta hacia Ricardo. Roger de Hoveden también novela los momentos finales de la vida del rey juzgando con dureza sus intenciones. Ricardo contribuye a aumentar su leyenda con la historia de su muerte.

EL NACIMIENTO «MILAGROSO» Y LA INFANCIA DEL REY JAIME I EL CONQUISTADOR

Jaime I es el prototipo del héroe medieval, un rey entregado a la defensa del cristianismo que con sus acciones engrandece el prestigio de su pueblo. La leyenda de su nacimiento la conocemos gracias al *Llibre dels feits* o *Libro de los hechos*, una de las cuatro grandes crónicas escritas entre finales del siglo XIII y durante el XIV que narra la historia de los reyes de la Corona de Aragón. Los historiadores están de acuerdo en aceptar que el *Llibre dels feits* incluye elementos épicos de la leyenda arturiana en pasajes como el engendramiento de Jaime. La figura del rey Arturo será un referente para muchos monarcas europeos de la Edad Media, tal y como hemos visto con Ricardo I Corazón de León.

El rey Jaime I de Aragón ha pasado a la historia con el sobrenombre de el Conquistador. A lo largo de su dilatado reinado (1218-1276) consolidó la estructura de la Corona de Aragón con la conquista a los musulmanes de las islas Baleares y Valencia. Pero toda esta vida plagada de éxitos estuvo a punto de no suceder, y es que los avatares

de su nacimiento parecen extraídos de una novela de caballerías. Jaime era hijo de Pedro I el Católico, rey de la Corona de Aragón, y de María de Montpellier. Pedro I había accedido a dicho matrimonio con el objetivo de incorporar a sus dominios la villa de Montpellier, en el sur de Francia.

En la ceremonia, celebrada en junio de 1204, Pedro se comprometió con la mano sobre los Evangelios a no separarse de María mientras viviera, una promesa poco meditada conociendo el carácter libertino del monarca. Sea como fuere, miles de habitantes de Montpellier fueron testigos de los juramentos del rey Pedro.



Pintura mural gótica del rey Jaime I el Conquistador con sus tropas en la conquista de Mallorca en 1228. La obra se conserva en el barcelonés Museo Nacional de Arte de Cataluña. Los detalles de esta expedición los conocemos gracias al Llibre dels feits y un manuscrito árabe del siglo XIII del cronista Ibn Amira.

Este matrimonio no era más que un juego de intereses para el rey, que al cabo de poco tiempo consideró que su esposa no estaba a la altura de su figura. Sus estratagemas políticas, combinadas con una tendencia acentuada a la promiscuidad, hicieron que frecuentara el amor de concubinas que le esperaban en la alcoba del castillo cuando partía de viaje.

Las disputas entre los cónyuges aparecieron enseguida, el rey necesitaba dinero para financiar sus campañas y exigió a su esposa la donación de Montpellier bajo amenaza de abandonarla y de no ayudarla en la defensa de sus dominios. La presión del marido fue tan fuerte que María accedió a la donación de sus territorios, pero hizo una protesta secreta denunciando las presiones de las que había sido objeto.

En 1205 nació el primer hijo del matrimonio, era una niña y fue bautizada con el nombre de

Sancha. Esta ventana de esperanza se desvaneció rápidamente con la muerte prematura de la criatura.

Pedro I empezó a hacer planes de futuro para satisfacer los egos de un monarca internacional de su talla, y en estos planes no entraba María de Montpellier porque no era hija de rey.

El objetivo de Pedro I era casarse con María de Montferrat, reina de Jerusalén desde 1205, y organizar una cruzada a Tierra Santa. Con este matrimonio el rey aumentaba su caché casándose con una reina, pero antes tenía que divorciarse de la desdichada María de Montpellier. Las evasivas del papa Inocencio III a las peticiones del monarca aragonés supusieron una dura humillación para él, puesto que debía continuar con un matrimonio que le era repugnante y cuya disolución era la base de sus planes de futuro. En esta tesitura parecía imposible que María pudiera concebir un heredero para la Corona de Aragón.

El engendramiento de un heredero fue un hecho «milagroso», como describe el mismo Jaime I en el *Llibre dels Feits*.:

Nuestro padre el rey Pedro no quería ver a nuestra madre la reina, pero sucedió que una vez el rey nuestro padre fue a Llates y la reina nuestra madre estaba en Miravalls. Y vino al rey un rico hombre, por nombre Guillermo de Alcalá, y le rogó tanto que lo hizo venir a Miravalls, donde estaba la reina nuestra madre. Y aquella noche que los dos estuvieron en Miravalls, quiso Nuestro Señor que fuéramos

engendrados.

Jaime I defiende la figura de su madre y se muestra distante con la conducta irregular de su padre sin llegar a la condena de los hechos.

Los cronistas Bernat Desclot y Ramón Muntaner, autores de dos de las mencionadas cuatro grandes crónicas de la Corona de Aragón entre los siglos XIII y XIV, describen los acontecimientos con mayor picardía. Desclot afirma que gracias al caballero Guillermo de Alcalá el rey se trasladó a la villa de Miravalls, en la provincia de Lérida, para citarse con una concubina y en la oscuridad de la estancia María de Montpellier sustituyó a la amante con el beneplácito previo de Alcalá.

Ramón Muntaner presenta una versión ligeramente diferente de los hechos. Las presiones de los prohombres de la ciudad de Montpellier indujeron a María a ejecutar la trama. El rey disfrutó en Miravalls de una noche de amor a oscuras sin saber que la mujer que se acostaba con él era en realidad su esposa. A la mañana siguiente la sorpresa de Pedro fue mayúscula. Los habitantes de Montpellier, ciudad natal de María, pidieron clemencia a su majestad por lo sucedido, y el rey aceptó la situación si tenía como fruto un embarazo que diera un heredero a la corona.

El nacimiento del infante Jaime fue un milagro para los cronistas. La reina y los habitantes de Montpellier habían puesto todas sus esperanzas en el fugaz enlace y como describe el propio Jaime en sus crónicas: «Y así quiso nuestro Señor que sucediera nuestro nacimiento en casa de los Tornamira, la vigilia de Nuestra Señora Santa María de la Candelera», la noche del 1 al 2 de febrero de 1208.

Pedro I inicialmente no hizo mucho caso a su primer hijo varón. El día de su nacimiento se encontraba ausente de Montpellier y a lo largo de todo el año no se molestó en conocer a su primogénito. Pero el destino tenía buenos augurios para el recién nacido, se cuenta que el mismo día del nacimiento su madre pidió que lo llevaran a la iglesia y al entrar se cantaba el *Benedictus Dominus Deus Israel* cuya letra dice: «Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su Pueblo, y nos ha dado un poderoso Salvador», todo un presagio para el futuro.

Las crónicas refuerzan la creencia en la fuerza de la providencia divina al narrar cómo Dios también interviene en la elección del nombre del recién nacido. *Jaime* era un nombre poco utilizado

por las dinastías europeas, pero María hizo encender a la vez doce

cirios con el nombre de los doce apóstoles, con el juramento de que el cirio que se mantuviera más rato encendido daría nombre al futuro rey. Según la leyenda, Dios quiso que el infante tuviera el mismo nombre que el apóstol San Jaime.

No acaban aquí los peligros para María y su hijo. El cronista Bernat Desclot cuenta que el nacimiento de Jaime no sentó nada bien a algunos nobles de la corte del rey Pedro, los cuales confiaban en que el monarca muriera sin descendencia para poder optar a su sucesión. Desclot narra cómo, gracias a Dios, Jaime sobrevive a una gran piedra lanzada por manos anónimas que rompió la cuna pero que no llegó a alcanzar al infante.

Los problemas se acumulaban para el rey Pedro I. Occitania sufría la agitación del catarismo, una desviación del catolicismo que veremos más adelante en otro capítulo del libro, y el papado estaba dispuesto a perseguirlo sin tregua. Después del asesinato del enviado pontificio Pierre de Castelnou, el papa convocó una cruzada liderada por Simón de Montfort. Pedro I el Católico lo intentó todo para defender a sus vasallos occitanos, pero sus gestiones diplomáticas con el papa Inocencio III y Simón de Montfort obtuvieron siempre un no como respuesta.

En un ataque de desesperación, en enero de 1211 el rey promete en matrimonio a su hijo Jaime de tres años de edad con la hija del líder cruzado, Amicia. El pacto incluía, como muestra de la buena voluntad, que el primogénito de la corona sería «alimentado» por Simón de Montfort en Carcasona.

El pequeño Jaime abandonó Montpellier y a su madre fruto de un pacto temerario y de sumisión aceptado por el rey. Una muestra más del poco aprecio del monarca hacia su hijo. La tragedia siguió llamando a la puerta de los reyes de la Corona de Aragón con la muerte de María de Montpellier a finales del mes de abril de 1213. En su última voluntad encomendaba Jaime a los Templarios, protagonistas de otra leyenda en nuestro libro, para que se encargasen de su educación.

Sin más soluciones diplomáticas, en septiembre de 1213 aconteció la decisiva batalla de Muret.

El rey Pedro y sus vasallos lucharon contra el ejército cruzado dirigido por Simón de Montfort con un final sorprendente: la derrota catalana y la muerte del rey en el campo de batalla. Jaime en pocos meses quedó huérfano de madre y padre. En vista de los hechos, el papa

Inocencio III buscó el equilibrio de la situación, temiendo un posible atentado contra el joven Jaime, y ordenó a Simón de Montfort que entregase a su «yerno» al legado pontificio Pedro de Douai. A partir de ahora y hasta su mayoría de edad, el templario Guillermo de Montrodon se encargó de la educación del futuro Jaime I en el castillo de Monzón.



El castillo de Monzón pertenecía a la orden del Temple des de 1143. El infante Jaime, tras la muerte de sus padres en 1213, quedó bajo la tutela del caballero templario Guillermo de Montrodon que se encargó de su educación y lo recluyó en la fortaleza oscense. En 1309 Jaime II, segundo hijo de Pedro II el Grande y Constanza de Sicilia, expulsó a los templarios de Monzón ante las noticias sobre la detención de templarios franceses acusados de herejía.

No hay mejor final a la historia del «milagroso» nacimiento que el recuerdo que tiene el rey Jaime I el Conquistador de sus padres, así nos habla de ellos en el *Llibre dels Feits.* Guarda un elevado concepto de María de Montpellier, diciendo: «Nuestra madre, queremos ahora decir, que si buena mujer había en el mundo, que ella lo era...». Su padre Pedro I el Católico era «el más franco de los reyes que había en España, y el más cortés...», pero guarda silencio a los aspectos familiares y personales de la relación argumentando que «de las otras buenas costumbres que él había no queremos hablar por alargamiento del escrito».

2

Nación e identidad

El filósofo griego Aristóteles escribió, en el siglo IV a.C., en el primer libro de la *Política* una frase que seguramente todos hemos escuchado alguna vez: «El hombre es un animal social por naturaleza».

Esta capacidad natural del ser humano de vivir en sociedad es un aspecto básico para la configuración de la identidad de las naciones. Pero para cohesionar la convivencia también es necesario un proyecto en común que ayude a justificar la constitución, supervivencia y plenitud de un pueblo. Muchos siglos después de Aristóteles, el presidente de la República francesa después de la II Guerra Mundial, Charles de Gaulle, añadió un interesante colofón a la frase: «El hombre es un animal social que siempre se autojustifica». La necesidad de las naciones de buscar un proyecto común y justificar sus orígenes, aunque sea a través de la leyenda, es lo que veremos en este capítulo.

El impacto del pasado sobre nuestro presente explica por qué la memoria histórica a veces actúa de forma selectiva sobre lo sucedido. Los estados siempre han sentido la necesidad de justificar su existencia buscando los orígenes en un pasado lejano y glorioso. Al escoger qué partes de la historia formaban parte de su identidad, a menudo magnificaron gestas honorables, con una tendencia a crear un pasado legendario, y ocultaron las miserias o actos indignos de sus ancestros. Esto ha sido así porque, para los pueblos, la historia siempre fue y será la sangre que corre por sus venas.

La mayoría de los pensadores de la Edad Media opinaban que no había una comunidad sin un origen en común. Cabe preguntarse cuál fue la misión común que unió a individuos de diversos orígenes en un mismo proyecto nacional. En la península Ibérica, la Corona de Castilla o la Corona de Aragón encontraron sus orígenes en la reconquista de territorios a los musulmanes de Al-Andalus.

En ese contexto, fue inevitable la aparición de héroes glorificados por las crónicas y cuyas hazañas se convirtieron en leyendas nacionales, como el rey Pelayo o el conde Wifredo el Velloso.

La defensa frente a un enemigo común fue un gran factor de cohesión. El papado quiso unir todos los estados cristianos para luchar contra el infiel musulmán en las Cruzadas. Luchar por la defensa de las fronteras y por la fe era el ideal de todo caballero cristiano. János Hunyadi es un ejemplo de ello, defendió en el siglo XV la frontera del reino de Hungría contra los ataques del sultán turco y a la vez se convirtió en un modelo para el resto de reyes cristianos. Otra muestra es la unión de los escoceses contra la dominación inglesa contada en la última leyenda de este capítulo: William Wallace representa el

carácter nacional del pueblo escocés, un grupo étnico de origen celta que no estaba dispuesto a perder su identidad.

PELAYO, PRIMER REY DE ASTURIAS, Y LA LEYENDA DE COVADONGA Todas las naciones buscan un héroe sobre el que cimentar sus orígenes y Pelayo se ha convertido en uno de los símbolos de identidad de la nación española. Sus actos no fueron improvisados, buscaban restaurar el antiguo reino visigodo perdido frente a los musulmanes. Su figura y la victoria de Covadonga significaron el origen del reino de Asturias, el inicio de la reconquista frente al poder musulmán y la génesis del futuro Estado español. Sabemos muy pocas cosas de Pelayo antes y después de la batalla de Covadonga; la escasez de documentos y las crónicas tardías facilitaron la aparición de fabulaciones y leyendas sobre los hechos. Pero lo que está fuera de toda duda es la historicidad del personaje.

Los orígenes de Pelayo son confusos. La *Crónica Albeldense*, un manuscrito anónimo en latín del siglo IX, cuenta que era hijo del duque Fávila y ambos sirvieron en la corte del rey visigodo Witiza (700-710). La crónica del rey asturiano Alfonso III (848-910) o *Crónica Alfonsina* adjudicó a Pelayo una ascendencia real y al mismo tiempo decía que sirvió como *espatario*, o portador de la espada, en las cortes de los reyes visigodos Witiza y Rodrigo (710-711). No es la primera vez que las fuentes intentan demostrar los vínculos de un personaje con la dinastía real para dignificar su acceso a la corona. Más adelante veremos cómo en otra leyenda de este capítulo sucede algo parecido con el caballero János Hunyadi.

La *Crónica Alfonsina* nos dice que Witiza era un «hombre deshonesto y de escandalosas costumbres que se contaminó con numerosas esposas y concubinas». Estando en Tuy, en la actual provincia de Pontevedra, el duque Fávila y el rey visigodo Witiza discutieron por una mujer. Fávila fue víctima de la ira de Witiza y recibió un golpe en la cabeza que le ocasionó la muerte. Tras la muerte de su padre, Pelayo sintió que estaba en peligro y decidió abandonar la corte visigoda de Toledo. En su exilio huyó con su familia al norte de la península Ibérica con la clientela de su padre.

Es de suponer, que se unió a las facciones visigodas que conspiraban contra Witiza. Pero el rey no estaba dispuesto a olvidar a la estirpe de Pelayo y lo atosigó hasta obligarle a peregrinar a la ciudad santa de Jerusalén. Su exilio duró hasta la muerte de Witiza, en 710.

Los magnates y hombres ilustres reunidos en la Aula Regia visigoda escogieron como nuevo rey a Rodrigo, en perjuicio de Akhila, hijo de

Witiza y gobernador de la Narbonense y la Tarraconense.

Los intentos de Witiza de vincular a su hijo al trono habían fracasado y Pelayo decidió volver al servicio del nuevo rey Rodrigo.

La traición de Oppas, arzobispo de Sevilla y hermano de Witiza, y del conde Julián, señor de la Mauritania Tingitana, permitió la entrada de los ejércitos musulmanes a la península Ibérica en 711.

El ataque cogió por sorpresa al rey Rodrigo que estaba combatiendo a los vascones en el norte y tuvo que dirigirse apresuradamente al encuentro de las tropas bereberes de Tariq Ibn Ziyad. En julio de 711 tuvo lugar la batalla de Guadalete, cerca de Gibraltar, que fue decisiva para acabar con el poder visigodo y la vida del propio rey.

Fuentes como la *Crónica Silense* en el siglo XII, o los eruditos españoles del siglo XVI Ambrosio

de Morales y Alfonso Marañón de Espinosa, entre otros, crearon la leyenda de que Pelayo participó en la batalla de Guadalete al lado del rey Rodrigo y después de la derrota huyó a Toledo para salvar el maravilloso tesoro de los visigodos. En el tesoro había elementos de orfebrería de la iglesia de Toledo, obras de san Isidoro y san Ildefonso y su joya más preciada, el Arca de la Alianza, construida en Jerusalén con madera incorruptible. Parece ser que Pelayo escondió el tesoro en el Monsacro o Monte Sacro, cerca de Oviedo. Allí se guardaron las reliquias hasta los tiempos del rey asturiano Alfonso II el Casto (791-842). La providencia y la leyenda habían dispuesto que Pelayo pasara de ejercer un cargo secundario en la corte de rey a ejecutar una misión trascendental como fue esconder el Arca de la Santa Alianza a los musulmanes; una misión que presenta similitudes con la protección del tesoro de los Nibelungos, cuya leyenda veremos en el capítulo titulado *Amor y honor*.

Los musulmanes ocuparon rápidamente la península Ibérica sometiendo la nobleza visigoda.

Asturias y Cantabria no fueron una excepción y, desde el gobierno del valí Al-Hurr (716-719), vivieron bajo dominación musulmana. Pelayo se estableció en Asturias con su hermana, pagando sus impuestos a los musulmanes igual que el resto de la nobleza. El historiador musulmán del siglo XVII Al-Maqqari relataba los hechos con estas palabras:

Los cristianos prestaron obediencia, se avinieron a la paz y al pago del tributo personal y los árabes se establecieron en los pasos más

difíciles. Los árabes y los berberiscos, cuando cruzaban por el pasaje que les parecía bien, fundaban allí un pueblo y se establecían en él.

Munuza, un bereber nombrado gobernador de Asturias por el valí Al-Hurr, mantenía unas buenas relaciones con Pelayo y lo envió a Córdoba como parlamentario. En su ausencia, el gobernador aprovechó la ocasión para intentar seducir a la hermana de Pelayo, una mujer de gran belleza, y este cuando lo descubrió montó en cólera y prometió venganza. La actitud de Munuza no era extravagante, había ejemplos de uniones entre damas de la nobleza visigoda y dirigentes musulmanes; el mejor ejemplo fue el matrimonio entre el primer valí de Al-Andalus, Abd Al Aziz, y Egilona, viuda del rey Rodrigo.

Pelayo huyó de Córdoba entre abril y agosto de 717, su sed de venganza lo convirtió de nuevo en un fugitivo que esta vez huía de Munuza. Estando en la villa asturiana de Infiesto, los alguaciles musulmanes estuvieron a punto de apresarlo, pero consiguió huir cruzando con su caballo a nado el río Piloña.

Una gran fortaleza natural de 40 kilómetros de largo y 20 de ancho lo protegía de los secuaces del gobernador. Entonces llegó al valle de Cangas donde el pueblo de los astures celebraba un *concilium* y consiguió convencerlos para que se unieran a él en una revuelta popular. Los sucesos ocurrieron en 718 y, seguramente, las primeras acciones consistieron en evasiones de impuestos y algunas escaramuzas contra las guarniciones musulmanas. La sublevación de los astures de momento era un problema insignificante para Al-Andalus. Los musulmanes sabían que el territorio no estaba totalmente pacificado y preferían concentrar sus fuerzas en la conquista de la Galia Narbonense.

En 721 Anbasa Ibn Suhaym-al-Kalbi, nuevo emir de Al-Andalus, sufrió una importante derrota en la ciudad francesa de Toulouse, y planteó recuperar la moral de sus tropas con una expedición aparentemente sencilla, como podía ser el sometimiento de la revuelta astur.

Un año después, un ejército dirigido por el general Alqama penetró en Asturias por la vía romana que cruzaba la cordillera y, ante la falta de efectivos de los astures para asegurar los pasos, la expedición de castigo fue un éxito completo. Al-Maqqari escribió:



Se levantó en tierra de Galicia un asno salvaje llamado Pelayo. Desde entonces empezaron los cristianos en Al-Andalus a defender contra los musulmanes las tierras que aún quedaban en su poder [...] los musulmanes no cesaron de atacarle hasta que sus soldados murieron de hambre.

La situación llegó a ser penosa y al cabo los despreciaron diciendo: Treinta asnos salvajes,

¿qué daño pueden hacernos?

Es curioso el tratamiento despectivo que dan las crónicas musulmanas posteriores a Pelayo y sus seguidores cuando sabían las consecuencias que tuvo la batalla de Covadonga, ello revela lo tendenciosas que pueden ser las fuentes y la cautela con que hay que leerlas.

El general Alqama no pensaba que los astures resistieran mucho, lo más posible es que pensara que habría que negociar la rendición como pasaba a menudo con la nobleza visigoda. Para pactar la capitulación iba acompañado del conocido y traidor obispo Oppas, hermano de Witiza. Alqama estaba dispuesto a acabar con lo que quedaba de Pelayo y sus huestes, que parecían una presa fácil.

Pelayo, viendo que estaba en inferioridad, decidió retirarse al monte Auseva, la garganta que hoy llamamos Covadonga. Era un sitio estratégicamente ideal para resistir y bien conocido por los astures. Según la leyenda, un ermitaño había revelado a Pelayo los secretos de la cueva que disponía de una salida por la gruta de Orandi, donde entraba el río Deva que salía a Covadonga. Puede que los astures también confiaran en la mística de su ubicación. Antiguamente en ella

se rendía culto a la Virgen, y se la conocía como Cueva Dominica o Cueva de la Señora.

Estatua de Pelayo frente a la basílica de Covadonga, en el municipio de Cangas de Onís, obra del escultor Gerardo Zaragoza, de 1964.

El 28 de mayo de 722 tuvo lugar la batalla de Covadonga. Las crónicas cristianas describen con detalle pero de forma muy exagerada los hechos, contribuyendo a gestar la leyenda de una victoria heroica con la ayuda divina. La actitud de fuentes como la *Crónica Alfonsina* tiene su lógica si entendemos que intentaban justificar que el reino de Asturias, embrión de la nación española, no podía nacer de una simple escaramuza. Separar la parte verídica, eliminando las imprecisiones que pueda contener la leyenda, sería un error por nuestra parte, los cronistas se permitieron la exageración y la falta de rigor histórico porque estaban justificando los orígenes de la monarquía asturiana. Para ello necesitaban argumentos de peso, verdaderos o no.

Los musulmanes liderados por su general Alqama no dudaron en adentrarse en el corredor con un ejército de 187.000 hombres, una cifra del todo desorbitada citada por la *Crónica Alfonsina*. Antes

del enfrentamiento armado, el obispo Oppas intentó conseguir la capitulación de Pelayo con estas palabras:

Juzgo hermano e hijo, que comprenderás que si cuando toda España estaba dentro de un solo orden bajo el régimen de los godos, regida por la misma doctrina y ciencia, y así como dije antes que todos sus ejércitos congregados no pudieron oponerse al imperio de los ismaelitas,

¿cuánto tú desde el pico de este monte te podrás defender?

Pelayo respondió con autoridad citando las Santas Escrituras al decir: La Iglesia de Dios es un grano de mostaza que por la misericordia del Señor puede crecer y convertirse en una gran planta. [...] Teniendo fe en la misericordia de Jesucristo, desprecio esta multitud de árabes y no les tengo ningún miedo.

Oppas, contrariado por lo que acababa de escuchar, desciende en dirección al ejército musulmán diciendo: «Avanzad y luchad, vosotros habéis oído lo que me respondió, pues dada su voluntad, preveo que

únicamente por la espada podréis tener paz y pacto con ellos».

Alqama mandó atacar y una nube de flechas, dardos y piedras lanzada por los honderos, arqueros y saeteros musulmanes cayó sobre la cueva. Pero Pelayo resistía desde su posición en altura; sabía que la cueva era un señuelo y los astures, buenos conocedores de la orografía del terreno, se habían distribuido por las cimas vecinas. En el momento oportuno, cayeron sobre un ejército musulmán demasiado numeroso para maniobrar en tan poco espacio. Según la ya nombrada *Crónica Alfonsina* 124.000 musulmanes murieron en el campo de batalla, entre ellos el propio general Alqama. Faltos de un líder, los supervivientes huyeron desorganizadamente en dirección a Liébana, en lo que hoy es Cantabria. Pero un alud sepultó a otros 63.000 soldados. Aquí la leyenda se ve afectada por otra intervención divina al describir cómo a Pelayo se le apareció una santa cruz que asustó a los musulmanes y embraveció a los astures. Es posible que la visión de la cruz de Pelayo esté inspirada en la cruz que vio el emperador romano Constantino en la batalla del Puente Milvio, en 312.

La *Crónica ad Sebastianum* o *Sebastianense*, una versión coetánea de la *Crónica Alfonsina* y llamada así por una carta del rey Alfonso III al obispo Sebastián que encabeza el documento, dice que el gobernador Munuza estaba en Gijón esperando la llegada de su ejército, pero cuando vio llegar a los supervivientes de su retaguardia decidió huir por miedo a una sublevación general de la nobleza local. Los astures consiguieron darle caza en Olalíes, el actual municipio de Proaza en Asturias, y allí fue derrotado y muerto. El clérigo leonés del siglo XIII Lucas de Tuy afirma que después de conocer la derrota, los musulmanes también ajusticiaron al conde Julián y a los hijos de Witiza.

La miopía política de Córdoba con el conflicto astur y la inoperancia estratégica de Alqama en la batalla de Covadonga consolidaron el nacimiento de una dinastía convirtiendo a Pelayo en el primer rey de Asturias. En resumen, y como se ha dicho más arriba, las crónicas cristianas coincidieron en atribuir la victoria a una intervención divina y exageraron al hablar de la cantidad de tropas musulmanas que lucharon y murieron en Covadonga. Todo ello estaba encaminado a gestar la leyenda del nacimiento del reino de Asturias sobre la base de un personaje, sin duda histórico, como fue Pelayo.

WIFREDO EL VELLOSO Y LA LEYENDA DE LAS CUATRO BARRAS

Wifredo el Velloso es otro héroe épico en las leyendas medievales,

pero a su vez también es un personaje histórico de gran trascendencia política para Cataluña. Como sucede con Pelayo en Asturias, ambos pusieron las bases para el nacimiento de sus naciones, pero con el paso del tiempo su vida se vio rodeada de aspectos novelescos y legendarios. La presencia de cuatro barras rojas en el escudo de Cataluña es una imagen que ha aprovechado la leyenda para explicar los orígenes de la nación catalana. Estos hechos legendarios son falsos y no tienen correspondencia alguna con la actividad política de Wifredo como conde de la Marca Hispánica. Conozcamos pues la leyenda y lo que realmente sucedió.

El primero en citar la leyenda de las cuatro barras en el escudo del conde Wifredo el Velloso fue el historiador y sacerdote de origen alemán Pere Antoni Beuter, en 1551. No hay ningún rastro de la leyenda en fuentes anteriores como son la crónica *Gesta Comitum Barcinonensium et regnum aragonum*, obra de los monjes del monasterio de Santa María de Ripoll a partir del siglo XII, o las cuatro grandes crónicas de las historia de la Corona de Aragón, escritas entre los siglos XIII y XIV por el rey Jaime I el Conquistador, Bernat Desclot, Ramón Muntaner y el también rey Pedro III el Ceremonioso. Pere Antoni Beuter fue el forjador de la leyenda, y para ello se inspiró en una idea recurrente en la literatura como era explicar el origen de los escudos de armas o banderas a partir de una hazaña militar.

Posteriormente aparecieron otras adaptaciones destacables, como la versión de Joaquim Rubió Ors, publicada en el *Diario de Barcelona* con el título *Lo compte Jofre l'Pelós* (1839), donde reconoce que la versión que cuenta no es la más veraz sino la más gloriosa y poética. Y también sobresale una versión poetizada titulada *Les barres de sanch* (1880), obra de Jacinto Verdaguer Santaló, uno de los poetas catalanes más representativos del siglo XIX.

En el contexto histórico, el ímpetu de la expansión musulmana más allá de la península Ibérica se vio frenado por la derrota contra los francos en la batalla de Poitiers (732). El Imperio carolingio estaba amenazado por diferentes frentes: eslavos, ávaros, vikingos y musulmanes que castigaban sus fronteras. Para defenderlas, los francos organizaron un sistema de territorios de seguridad llamados *marcas*. La Marca Hispánica era la frontera franca con los musulmanes de Al-Andalus en la península Ibérica y estaba delimitada geográficamente por los ríos Llobregat, Segre y Cardener.

Administrativamente se dividió en condados, gobernados por un conde designado directamente por el emperador franco.

Wifredo pertenecía a la familia de los Belónidas, una estirpe de nobles feudales vinculados al poder condal en la Marca Hispánica. Su padre, Sunifredo, hijo de Bellón, acumuló bajo su poder los condados de Urgell, Cerdaña, Barcelona y Girona. La saga de los Belónidas apoyó a la dinastía Carolingia en las luchas por el poder que sucedieron en el seno del Imperio franco, y los emperadores recompensaron su fidelidad con cargos de responsabilidad en la Marca.

En 870, Wifredo recibió de manos del emperador Carlos el Calvo (875-877) la investidura de

los condados de Urgell y Cerdaña. Ocho años más tarde, en el Concilio de Troyes, el nuevo emperador franco Luis II el Tartamudo (877-879) lo invistió conde de Barcelona, Gerona y Besalú, con lo que ejercía el poder sobre los mismos condados que su padre había administrado treinta años atrás.

Wifredo consolidó el prestigio de su linaje con la fundación de monasterios como los de Santa María de Ripoll y San Juan de las Abadesas o la restauración del obispado de Vic con el obispo Gomar. También favoreció la repoblación de la actual Cataluña central protegiendo los movimientos colonizadores en las tierras de la plana de Vic, Ripollés, Moianés y las Guillerías.

Cuenta la leyenda de Pere Antoni Beuter que los normandos invadieron el país de los francos y el emperador Luis I el Piadoso pidió ayuda a sus vasallos. Entre los que acudieron se encontraban Wifredo y sus huestes. Después de duras batallas, los normandos fueron derrotados y el conde de Barcelona, que destacó por su coraje, fue herido en el combate.

Pasada la batalla, el propio emperador visitó la tienda de Wifredo en reconocimiento de la actitud valerosa de su caballero. El conde suspiraba de dolor, y el emperador conmovido lo tranquilizaba diciendo que el médico estaba al llegar. Pero a Wifredo le dolía más el honor que las llagas de la batalla y pidió al monarca que le diera unas armas que pudiera portar en su escudo dorado para honrar a su linaje. Luis I el Piadoso se acercó al conde y hundió su mano derecha en las heridas, con la sangre en sus manos pasó los cuatro dedos por el escudo de oro haciendo cuatro barras. Este fue, según Beuter, el origen de las armas que lucieron los condes de Barcelona y los reyes de la Corona de Aragón y que ha llegado hasta nuestros días. Pero la leyenda es absolutamente falsa, la expedición de Wifredo contra los normandos no existió jamás y, de ser así, el emperador franco de aquel entonces no sería Luis el Piadoso (814-840), sino Carlos el

Calvo.

Está bien documentado que la primera utilización del escudo de las cuatro barras no tuvo lugar hasta mediados del siglo XII, en tiempos del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, y no en el siglo IX con Wifredo el Velloso. No obstante, los símbolos del conde de Barcelona son de los más antiguos de Europa. Se conservan siete ejemplares sigilares del conde Ramón Berenguer IV en los Archivos Departamentales de Bouches du Rhone de Marsella y en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. En el anverso llevan la leyenda *Raimundus Berengarius Comes Barchinonensis*, Ramon Berenguer conde de Barcelona, y en el reverso *Princeps Regni Arragonensis*, príncipe del reino de Aragón, título obtenido por el matrimonio con la princesa Petronila. El rey Jaime I el Conquistador, de quien ya conocemos gracias al capítulo anterior la leyenda de su nacimiento, concedió el privilegio de usar las barras en el escudo a sus territorios de Mallorca (1269) y Valencia (1312).

Pero ¿qué ocurrió realmente? Wifredo murió el 11 de agosto de 897 a consecuencia de las heridas en el combate contra el señor de Lérida Llop Ibn Muhammad. Los movimientos repobladores y la intensa actividad del conde no habían pasado desapercibidos a los musulmanes, que decidieron atacar Barcelona. La población civil fue evacuada y las tropas de Wifredo salieron a defender la ciudad pero fueron estrepitosamente derrotadas.

El cronista árabe Isa Ibn Ahmad, contemporáneo de Wifredo, habla de que fue herido de «una lanzada» por Llop Ibn Muhammad en el castillo de Aura, en el territorio de la ciudad de Barcelona.

La ubicación exacta del castillo de Aura está en discusión, pero según el prestigioso historiador catalán del siglo XX Miquel Coll Alentorn podría interpretarse como Vallis Laurea, es decir, en el término de Valldaura en la sierra de Collserola.

Las heridas del combate causaron la muerte a Wifredo pocos días después y fue enterrado en el monasterio de Santa María de Ripoll, iniciando de esa forma el panteón de los condes de Barcelona.

Wifredo no creó el escudo de las cuatro barras, ni llevó a los territorios catalanes a la independencia



pero no por ello deja de ser un personaje de primera magnitud en la historia de la nación catalana.

Tumba de Wifredo el Velloso en el crucero del monasterio de Santa María de Ripoll. En la basílica se encuentran enterrados los restos de algunos de los condes de Barcelona desde Wifredo hasta Ramón Berenguer IV. La dinastía iniciada por Wifredo el Velloso perduró hasta la muerte del rey Martín el Humano, en 1410.

A su muerte, los condados fueron repartidos entre sus hijos. Guifré II heredó Barcelona, Girona y Osona; Miró Cerdaña, Berguedá y Conflent; Sunifredo Urgell; y Sunyer recibió Besalú. Era el inicio de la sucesión hereditaria y los orígenes de la dinastía nacional de los condes de Barcelona. Debido a su lejanía y debilidad los emperadores francos quedaron fuera en la toma de decisiones sobre quiénes serían a partir de ahora los próximos condes de la Marca Hispánica.

JÁNOS HUNYADI, EL CABALLERO BLANCO

La lucha contra la expansión musulmana tenía, como hemos visto, un frente abierto en la península Ibérica, pero también otro en la Europa oriental, con los Balcanes como uno de sus escenarios. En la segunda mitad del siglo XIV los turcos otomanos, procedentes de Asia Menor, se habían convertido en el enemigo más poderoso del reino de Hungría. En 1389 consolidaron su presencia en Europa sometiendo buena parte de los Balcanes y llegaron a la frontera húngara obligando a sus monarcas a concentrar todos sus esfuerzos para contener los ataques sobre las regiones más meridionales. La defensa de la cristiandad se convirtió en el argumento más repetido por los reyes húngaros para justificar sus acciones militares buscando la complicidad del papado y la del resto de estados feudales cristianos.

János Hunyadi nació alrededor de 1400. Su padre era Vajk, un noble rumano que destacó en las campañas contra los turcos otomanos llevadas a cabo por el rey húngaro Segismundo de Luxemburgo (1368-1437), y su madre Erzsébet Morzsinai, una doncella procedente de un alto linaje de Valaquia, en la parte meridional de la actual Rumania. Su padre Vajk adoptó el nombre familiar de Hunyadi en 1409 al recibir las tierras alrededor del castillo de Hunyad, cerca de Budapest, de manos del rey Segismundo por sus servicios.

Una leyenda difundida en la segunda mitad siglo XV por el historiador húngaro Johannes de Turocz, en su obra *Chronica Hungarorum* (Crónica de los húngaros), asoció el linaje de los Hunyadi al pueblo de los hunos y hablaba de Matías I Corvino, hijo de János Hunyadi, como el segundo Atila.

En el siglo XVI, otro escritor húngaro, Gaspar Heltai, difundió la falsa leyenda de que el rey Segismundo de Luxemburgo después de la muerte de su esposa se enamoró de Erzsébet Morzsinai y tuvo un hijo ilegítimo con ella, János Hunyadi. El rey prometió ocuparse de la educación del niño y como prueba le entregó un anillo a Erzsébet. Madre e hijo se trasladaron al palacio de Segismundo en Buda, actual Budapest, pero durante el viaje el niño lloraba mucho y su madre decidió dejarle el anillo para que jugara, con la mala fortuna que un cuervo se lo robó. El mismo János Hunyadi con seis años de edad tomó un arco y una flecha y disparó al cuervo recuperando el anillo sin herir al animal. El epíteto corvino con el que los biógrafos denominaban a su hijo Matías hace referencia al cuervo que robó el anillo y esta denominación también se aplicó a János Hunyadi. La parte más discutida de la leyenda no es el episodio del cuervo, sino la presunta descendencia real de János Hunyadi que parece una invención para justificar que por sus venas corría sangre de los reyes y así legitimar a su hijo como aspirante a la corona de Hungría.



Estatua ecuestre de János Hunyadi en la ciudad húngara de Pécs, esculpida en 1956 con motivo del quinto centenario de su muerte. János Hunyadi también era conocido como el Caballero Blanco por el color de su armadura. Sus hazañas traspasaron las fronteras de su país y novelas de caballerías como Tirant lo Blanch en el siglo XV se inspiraron en su figura.

János Hunyadi formó parte de la corte de los reyes de Hungría Segismundo de Luxemburgo, Alberto I de Habsburgo (1437-1439),

Wladyslaw I Jagellón (1440-1444) y Wladyslaw V de Habsburgo (1444-1457). Por sus servicios recibió diversos títulos nobiliarios entre los que destacan el de *ban* de la ciudad rumana de Szörény o *voivoda* de Transilvania. Su actividad militar se desarrolló principalmente en dos frentes: la frontera húngara atacada por los turcos a las órdenes de los sultanes Murad II y Mehmed II y las conspiraciones de los *voivodas* de Valaquia Vlad II Dracul y su hijo Vlad III Tepes, conocido como el Empalador.

Los voivodas de Valaquia pactaban con los turcos o los húngaros en función de sus intereses. Por un lado Vlad II Dracul formaba parte de la orden del Dragón, una orden de caballeros creada por el rey Segismundo de Hungría para proteger las fronteras frente al avance turco. Pero por otro, Vlad II Dracul también entregó a sus hijos Vlad y Radu al sultán turco como garantía de sumisión y

obediencia, un hecho que no era extraño en las cortes europeas, valga el ejemplo de Pedro I el Católico de la Corona de Aragón que hizo lo mismo con su hijo Jaime al confiarlo a su enemigo Simón de Montfort, tal y como contamos en el capítulo *Héroes y villanos*.

En 1442, el rey húngaro Wladyslaw I y su general János Hunyadi iniciaron una campaña de castigo contra los turcos conocida como la «larga campaña de invierno», que acabó en el verano de 1444 con el tratado de paz de Adrianópolis. El otoño del mismo año, alentados por el papa Eugenio IV, Wladyslaw I y János Hunyadi rompieron la tregua ocupando Vidin al sur del río Danubio, quemando la ciudad búlgara de Nicópolis y avanzando hasta la ciudad de Varna a orillas del mar Negro. Para esta campaña reclamaron la presencia de Vlad II Dracul en su ejército en tanto que miembro de la orden del Dragón. El voivoda de Valaquia envió a su primogénito Mircea II en su lugar. El 10 noviembre de 1444 las tropas del sultán Murad II derrotaron a los húngaros en la batalla de Varna y el rey Wladyslaw murió en ella. János Hunyadi pudo escapar y culpó a los valacos de no permanecer en sus puestos durante el combate y ser los responsables de la derrota. La venganza de Hunyadi no se hizo esperar. En 1447, con la ayuda de parte de la nobleza valaca, Vlad II Dracul murió apaleado y a su hijo Mircea le sacaron los ojos con un hierro caliente y lo enterraron vivo.

En 1448 los turcos apoyaron como nuevo voivoda de Valaquia a Vlad III Tepes, más conocido por el personaje de ficción del conde Drácula, inspirador de la novela de vampiros escrita por el irlandés Bram Stoker en el siglo XIX. Vlad III se había criado prisionero en la corte del sultán hasta la edad de diecisiete años. Los turcos lo liberaron al enterarse de la violenta muerte de su padre Vlad II Dracul y le

apoyaron para recuperar el cargo, pero la experiencia duró dos meses, János Hunyadi forzó a Vlad III a devolver el cargo y huir durante ocho años.

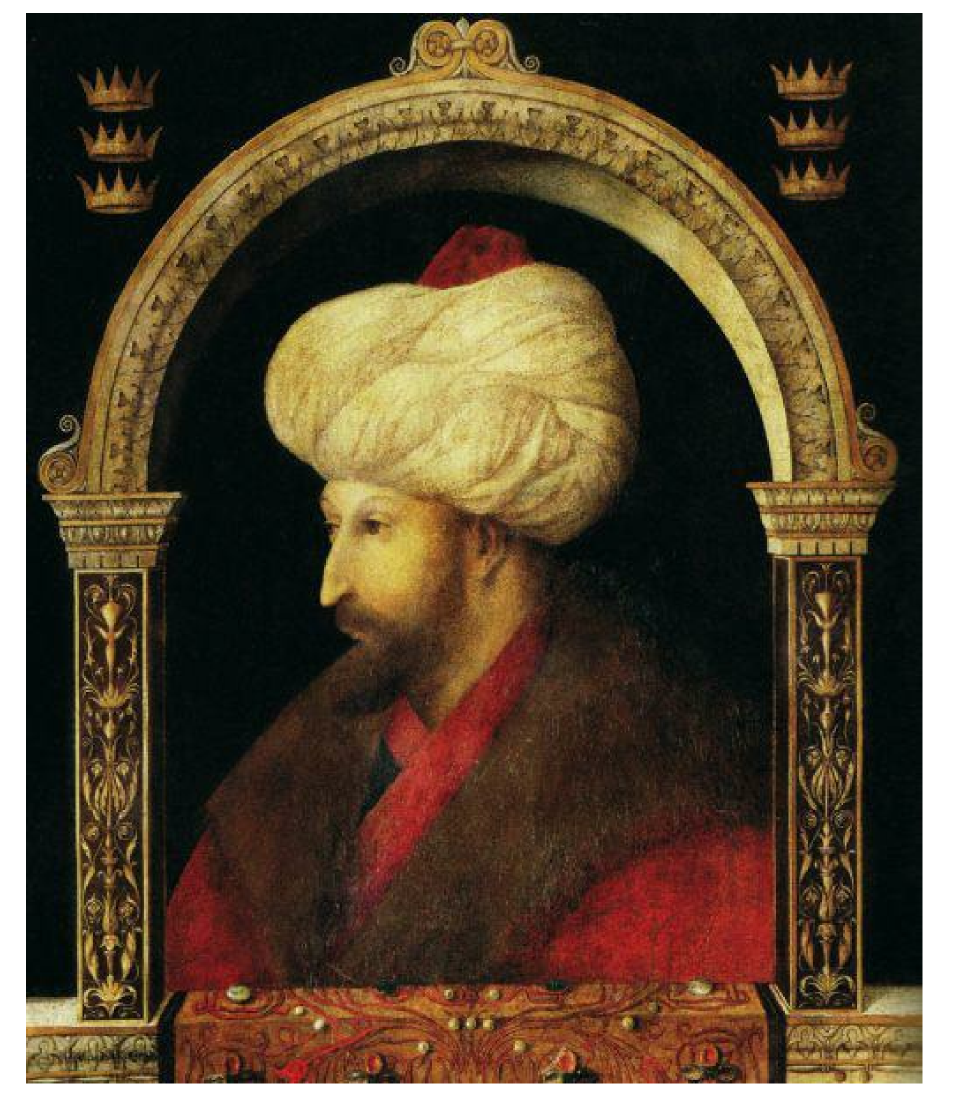
Con el paso del tiempo, János Hunyadi aprendió a valorar el conocimiento y el odio que Vlad III Tepes sentía hacia los turcos y lo incorporó como consejero en su corte. Vlad recuperó el cargo de voivoda de Valaquia en 1456 hasta 1462. En las diferentes etapas de su gobierno se vivieron las más horrendas y sangrientas matanzas del siglo XV. Su crueldad no tenía límites, organizó empalamientos masivos contra sus enemigos ejecutando a más de cien mil personas en siete años. Su leyenda negra se extendió en vida y el propio sultán Mehmed II en 1461 regresó a Estambul enfermo de vómitos al ver 20.000 turcos y búlgaros empalados con sus familias cerca de Tirgovisthe, en el sureste de Rumanía.

El otro frente que János Hunyadi debía atender era la amenaza turca sobre las fronteras de Hungría. El 29 de mayo de 1453 Constantinopla, capital del imperio bizantino, fue ocupada por el sultán Mehmed II: los detalles y leyendas asociadas a la conquista las veremos en otro capítulo más adelante. El avance turco prosiguió con la ocupación de la Serbia meridional los años 1454 y 1455.

El siguiente paso era dominar el reino de Hungría, pero para ello hacía falta tomar la fortaleza de Nándorfehérvár, actual Belgrado, que era la llave de la Europa central. Por entonces János Hunyadi ejercía como regente del nuevo rey húngaro Wladyslaw V de Habsburgo.

Mehmed II, con un ejército de alrededor de 60.000 hombres y numerosas piezas de artillería, algunas de más de nueve metros de longitud, asedió Belgrado en julio de 1456. El sultán quería ocupar la fortaleza en diez días y llegar a Buda al cabo de dos meses, coincidiendo con el ramadán, objetivo que después del éxito de Constantinopla no parecía difícil. El panorama no era halagüeño para los defensores de la ciudad, los nobles húngaros ante la amenaza del poder turco se escondieron en sus castillos a la espera de los acontecimientos y el mismo rey Wladyslaw huyó de Buda a Viena con la excusa de una cacería.

El miedo también se apoderó del papa Calixto III, que incluso excomulgó al cometa Halley por considerarlo un mal augurio para la cristiandad cuando este hizo su aparición en 1456. La leyenda se



basa en una biografía póstuma del papa del siglo XV, pero la falta de documentación coetánea hace pensar en su falta de sustento histórico. El mismo papa intentó socorrer Belgrado y recuperar Constantinopla con un ejército cruzado, pero su proyecto fracasó por la falta de iniciativa de los reyes cristianos. Solo acudieron a socorrer Belgrado el incombustible János Hunyadi con 12.000

caballeros y un ejército de campesinos pobres y mendigos sin armas ni instrucción militar reclutado por el fraile franciscano Giovanni de Capistrano y el legado pontificio Juan Carvajal.

Retrato de Mehmed II, obra del italiano Gentile Bellini, que trabajó como pintor en la corte del sultán turco entre 1479 y 1481, actualmente

expuesta en la National Gallery de Londres. El invierno antes del asedio de Belgrado, Mehmed II reunió un gran ejército en la ciudad turca de Edirna. El 7 de julio de 1456, el grueso de las huestes turcas apareció frente a Belgrado y sus defensores tuvieron una sensación «como si acabara de nevar», al ver una nube de tiendas blancas cubriendo las llanuras de la ciudad.

Los historiadores húngaros y rumanos contemporáneos

exageraron al cifrar sus tropas en 400.000 soldados.

Los soldados de János Hunyadi y los campesinos de Giovanni de Capistrano rompieron el asedio naval y reforzaron con sus hombres la defensa de Belgrado. El día 21 de julio de 1456 el sultán Mehmed II lanzó un ataque liderado por él que fue rechazado y al día siguiente las andrajosas tropas de Giovanni Capistrano atacaron el campamento turco sembrando el desconcierto y obligando a los

musulmanes a la retirada. El sultán perdió 24.000 soldados y un numeroso arsenal en la batalla, en la retirada los turcos cargaron con 140 carros de heridos graves de los cuales muchos murieron por el camino. El sabor de la victoria duró poco, pues el 11 de agosto János Hunyadi moría víctima de una epidemia de peste en su campamento.

La victoria de Belgrado tuvo un gran eco en todas las cortes europeas. El papa Calixto III llegó a calificar a János Hunyadi como «el más grande de los hombres nacidos los tres últimos siglos». Su hijo Matías I Corvino fue rey de Hungría a partir de 1458 y contuvo la amenaza turca durante su mandato. La fama de Hunyadi, conocido como el Caballero Blanco por el color de su armadura, se ha conservado hasta el día de hoy, y actualmente todavía es un héroe nacional en Hungría y Rumanía.

WILLIAM WALLACE, EL «CORAZÓN VALIENTE»

William Wallace es un personaje histórico, como todos los protagonistas de las leyendas de este capítulo, que luchó contra el rey inglés Eduardo I para defender las libertades de los escoceses.

Desconocemos muchos de los detalles de su vida por la falta de fuentes contemporáneas a los hechos y es por ello que, como sucede a menudo, la leyenda ha contribuido a magnificar sus gestas y su resistencia lo elevó a la categoría de héroe nacional en Escocia.

Eduardo I de Inglaterra, llamado *Longshanks* o el Zanquilargo por su estatura, fue el primer rey de la dinastía de los Plantagenêt que intentó terminar la conquista inglesa de las islas Británicas. En 1277 dirigió personalmente una campaña contra los galeses y les sometió a las *Common Law* inglesas. Las revueltas fueron severamente castigadas y líderes como Llywelyn y su hermano David murieron en el campo de batalla o ajusticiados. A partir de 1301 Eduardo I concedió a su primogénito el título de príncipe de Gales, honor que los reyes de Inglaterra han conservado hasta la actualidad. Otro de sus planes era la anexión de Escocia, que parecía un objetivo fácil debido a que muchos nobles de la provincia escocesa de Lothian tenían posesiones a ambos lados de la frontera y no aparentaba ser un problema poder pactar con ellos.

Cuando murió el rey de Escocia Alejandro III dejando como única heredera a su nieta, que vivía en Noruega, el rey inglés propuso un matrimonio entre su hijo y la princesa de dos años de edad, conocida como Margarita «hija de Noruega». Pero la niña no superó las dificultades del viaje a Inglaterra y murió en alta mar. Inmediatamente, la nobleza escocesa empezó a disputarse la corona y Eduardo I tomó partido por el candidato John Balliol, que fue coronado en la abadía escocesa de Scone.

Eduardo I exigió a la nobleza escocesa que reconociera su posición de soberano. Igual que en Gales, tuvo una actitud inicial misericordiosa con sus vasallos, pero fue inflexible en la aplicación de las leyes inglesas. Tras descubrir los pactos de John Balliol con el rey Felipe IV de Francia, y la negativa de aquel a prestar sus ejércitos para combatir a los franceses, Eduardo I decidió invadir Escocia. Derrotó a los escoceses en la batalla de Dunbar en 1296 apoderándose de la Piedra del Destino, la roca sagrada de Scone donde los reyes escoceses eran coronados y cuya leyenda veremos en el capítulo *Objetos sagrados y lugares mágicos*. El rey inglés había acabado con la oposición de los barones, pero un líder imprevisto surgió en escena liderando la revuelta del pueblo escocés, era William Wallace.

El poema *Blind Harry* (*Harry el Ciego*) cuenta cómo el alguacil inglés Lanark mató a la esposa de William Wallace y este se rebeló contra la autoridad del rey matando al asesino de su mujer y liderando la revuelta escocesa. Lo cierto es que no hay fuentes contemporáneas de la vida de William Wallace. El poema *Blind Harry* es muy posterior, de la década de 1470, y se hace difícil el estudio de los orígenes del héroe escocés sin más evidencias documentales.

Las tropas inglesas sufrieron una espectacular y dolorosa derrota el 11

de septiembre de 1297 en la batalla del puente de Stirling. Los ingleses, dirigidos por John de Warenne y Hugh de Cressingham,



se confiaron por su superioridad numérica y la reciente victoria en Dunbar. Los rebeldes William Wallace y Andrew Murray esperaron con sus hombres en la orilla del rio Forth, y aprovecharon la ansiedad inglesa por obtener una victoria rápida para convertir el puente de Stirling en una trampa mortal. La *crónica de Lanercost* cuenta de forma legendaria cómo el cuerpo de Hugh de Cressingham fue despellejado

tal y como él había despellejado Escocia con sus impuestos. William Wallace utilizó las tiras de su piel para fabricar una funda para su espada, y el resto fue repartida por todo el país para informar de la derrota de los ingleses.

Detalle de la escultura de William Wallace en la torre situada en la cima del monte Abbey Craig, cerca de Stirling. La torre, de 70 metros de altura, es conocida como el Monumento Nacional a William Wallace y se construyó en el siglo XIX gracias a una campaña de recaudación de fondos en la que participaron personajes como el revolucionario italiano Giusseppe Garibaldi.

En el invierno de 1297 William Wallace dirigió sus ejércitos al norte de Inglaterra para dinamitar el prestigio del rey. Artesanos y granjeros escoceses se habían convertido en guerreros que, por



cinco semanas, expoliaron los territorios de Northumberland y Cumbria sin recibir un rasguño de los ingleses. Eduardo I no estaba dispuesto a ir a la mesa de negociación con un plebeyo por la quema de cuatro casas, y en marzo de 1298 volvió de Flandes para preparar una nueva invasión de Escocia y restaurar el prestigio de su corona. El rey reunió el mayor y mejor dotado ejército, con 12.000

soldados de infantería y 2.000 de caballería pesada. Esta vez lo lideraría él mismo.

El 16 de mayo de 1298 Eduardo I estaba en York; pensando que la campaña sería breve, trasladó su corte con él creyendo facilitar así la administración de la guerra. Mantener un ejército tan grande no era sencillo, los ingleses sufrieron problemas de intendencia y conflictos entre la infantería inglesa y galesa que mermaron su moral. Eduardo I quería forzar a los escoceses a la batalla, una victoria era la mejor forma de eliminar el descontento de sus vasallos por los impuestos extraordinarios y las quintas de soldados. Wallace era consciente de

que podía resistir pero no enfrentarse cara a cara con el rey inglés y evitó el enfrentamiento. Pero unos espías informaron a Eduardo I que Wallace se encontraba a solo 8 o 10 kilómetros y acudió a su encuentro.

Óleo sobre tela titulado El juicio de William Wallace en Westminster, obra del artista británico William Bell Scott de alrededor de 1870 y conservado en la Guildhall Art Gallery de Londres. A las acusaciones de traición, William Wallace respondió: «Nunca pude traicionar al rey Eduardo I porque jamás fui su súbdito», dando a entender que su verdadero rey era el escocés John Balliol.

La batalla definitiva tuvo lugar en Falkirk en julio de 1298, y en ella William Wallace desarrolló sus dotes como estratega creando un arma secreta contra la poderosa caballería pesada inglesa: los *schiltroms*, soldados con unas lanzas de más de dos metros de altura que tenían que frenar el avance enemigo. En el fragor de la batalla la caballería escocesa al mando de John Comyn desertó abandonando a los hombres de Wallace. Entonces, Eduardo I recurrió a la táctica de los arqueros que inundaron con una lluvia de flechas el campo de batalla y, si bien los escoceses fueron destrozados, William Wallace consiguió escapar.

Wallace, decepcionado de la nobleza escocesa, se distanció de ella y viajó por Europa para defender la causa de su pueblo hasta ser traicionado por su sirviente, que lo delató a los ingleses en agosto de 1305. Eduardo I no mostró piedad y, tras un juicio parcial en Londres, lo condenó a una muerte despiadada. Lo arrastraron con un caballo durante ocho kilómetros desde Westminster hasta Simthfield, le abrieron en canal para arrancarle los intestinos y solo murió cuando le arrancaron el corazón. Su cuerpo fue decapitado y descuartizado; repartieron los restos por toda Escocia, y su cabeza colgó del puente de Londres.

No obstante, pese al aplastamiento de la figura de William Wallace, todos los esfuerzos de Eduardo I para someter a los escoceses fueron inútiles. Al igual que ocurrió con la dominación de los romanos, mejor hubiera sido reconocer que una victoria en Escocia era el preludio de una derrota. Al final de su vida, Eduardo I estaba enfermo y la última campaña de Escocia acabó con su

vida en julio de 1307. En su última voluntad, pidió a sus hijos que su corazón fuera enviado a Tierra Santa por cien caballeros, y su cuerpo no se sepultara hasta que los escoceses fueran derrotados. Los huesos

de Eduardo I eran trasladados al campo de batalla, para que vivo o muerto fuera él quien condujera las tropas a la victoria.

La vida y leyenda de William Wallace dieron la vuelta al mundo en 1995 con la película *Braveheart*, ganadora de cinco Óscar de Hollywood, dirigida y protagonizada por Mel Gibson y con Patrick McGoohan como el rey inglés Eduardo I. Los anales del cine recogerán para siempre la frase que resume el espíritu nacional de los escoceses durante la revuelta de Wallace: «Pueden quitarnos la vida pero jamás nos quitarán la libertad». En realidad es una adaptación moderna extraída de la obra *Enrique V* de William Shakespeare.

3

Reinas y doncellas

En la cultura medieval, las mujeres desarrollaban un papel secundario dentro de una sociedad patriarcal. A diferencia de los hombres, a los que se dividía por su función (los que guerreaban, los que trabajaban y los que rezaban), las mujeres tradicionalmente fueron consideradas ante todo mujeres, como una categoría de seres distintos, un grupo cohesionado por el sexo. Esta posición de inferioridad en el orden social las relegaba al cumplimiento de unas funciones básicas como la maternidad y el cuidado de la familia para perpetuar la estirpe de sus antepasados.

La falta de fortaleza física (*infirmitas*) y moral (*levitas animi*) justificaba el sometimiento de la mujer, que era un apetecible envoltorio mientras era joven y podía procrear, pero que era considerada por naturaleza un ser caprichoso, conspirador y desprovisto de toda moralidad. Los roles impuestos a las mujeres no eran fruto de sus cualidades innatas, sino que tenían motivaciones basadas en un sistema ideológico diseñado por los hombres. Por ello, a menudo, su educación se confiaba primero al padre o hermano, después al marido y finalmente a Dios.

Reinas y doncellas se convirtieron en valiosas armas políticas que facilitaban o reforzaban las estrategias de sus linajes. Los matrimonios de Estado eran el destino de las jóvenes para sellar pactos de paz, aumentar los territorios o simplemente para incrementar el prestigio social de su familia. Los príncipes buscaban en sus futuras esposas mujeres castas, bellas, bondadosas y discretas que se ocuparan de la casa y la familia. Había una división de los espacios y funciones entre los sexos que contraponía el poder de la mujer en la esfera privada y

doméstica con la autoridad pública y la autonomía política del hombre.

La doncella ideal era aquella que también se dedicaba con entusiasmo y asiduidad a las obras de caridad, ayudando a aliviar el sufrimiento de los más desfavorecidos con la limosna. Para los moralistas medievales era una forma de canalizar las pasiones de la mujer hacia unos fines justos.

Con las obras piadosas, la mujer entraba en contacto con el mundo fuera de su ámbito doméstico, un mundo lleno de pobres, enfermos y mendigos.

Uno de los pocos entornos donde la mujer gozó de una situación de igualdad respecto al hombre fue en la moral cristiana. Los cristianos sufrieron persecuciones y martirios independientemente de su género y con el tiempo las vidas de hombres y mujeres por igual se convirtieron en leyendas hagiográficas que aclamaban a sus protagonistas como prototipos de caridad al servicio de Dios. Los autores de la vida de los santos querían contribuir con sus obras a la cohesión de la sociedad cristiana y no dieron importancia a la veracidad histórica de sus contenidos. Un ejemplo de ello lo analizaremos en la leyenda de Santa Eulalia de Barcelona.

En el capítulo anterior hemos visto cómo la figura del héroe era patrimonio de hombres como Beowulf, Arturo, Almanzor, El Cid o Ricardo I Corazón de León. La fortaleza de algunas mujeres excepcionales rompió con estos esquemas sociales: no estaban dispuestas a ser portadoras de un hábito que ellas no habían diseñado, y Gala Placidia, Juana de Arco o Itimad, por citar algunas, llegaron a ejercer una gran influencia política participando en la toma de decisiones de los asuntos

de Estado. Otras como Santa Eulalia de Barcelona no fueron campeonas en el campo de batalla, pero sí ganaron la batalla de la fe. Sus vidas estuvieron envueltas en muchas ocasiones de una aura legendaria. Este capítulo muestra el ejemplo de cinco mujeres de diferente condición social que hicieron oír su voz entre un coro de hombres.

EL MARTIRIO DE SANTA EULALIA DE BARCELONA

En los siglos III y IV, los avatares internos y los ataques de los pueblos germánicos mostraron los primeros signos de decadencia del Imperio romano. Aunque en el año 313 el emperador Constantino adoptó el

cristianismo como religión oficial del Imperio, hasta entonces los cristianos habían sufrido con diferente intensidad en el tiempo las persecuciones del poder.

La sociedad romana estaba fuertemente estratificada, en el ámbito familiar el hombre era el *pater familias* o cabeza de familia y tenía potestad legal sobre la mujer. El cristianismo ofrecía a la mujer romana la oportunidad de considerarse una persona independiente desarrollando una autoestima que le otorgaba una potencialidad espiritual igual a la de los hombres para conseguir la perfección moral.

Paralelamente, los cristianos vivían en una atmósfera hostil por la negativa a sumarse a determinadas prácticas públicas vinculadas al culto idolátrico de la figura del emperador y los dioses romanos.

La historia del martirio de Santa Eulalia de Barcelona fue escrita bastante tiempo después de su muerte. El primero en hablar de su vida fue el poeta hispano Aurelius Prudentius, que escribió hacia 405 el *Peristephanon* o *Libro de las coronas*, dedicado a la vida de los mártires cristianos. Otro vestigio de su culto lo encontramos en un texto zaragozano del siglo VI titulado *Passio de communi,* que narraba las sangrientas acciones del gobernador Daciano persiguiendo a los cristianos en Hispania durante el siglo IV. Estos datos hacen suponer que el culto a Santa Eulalia de Barcelona podría remontarse al siglo IV, poco después de su muerte, pero aún no hay pruebas definitivas de ello.

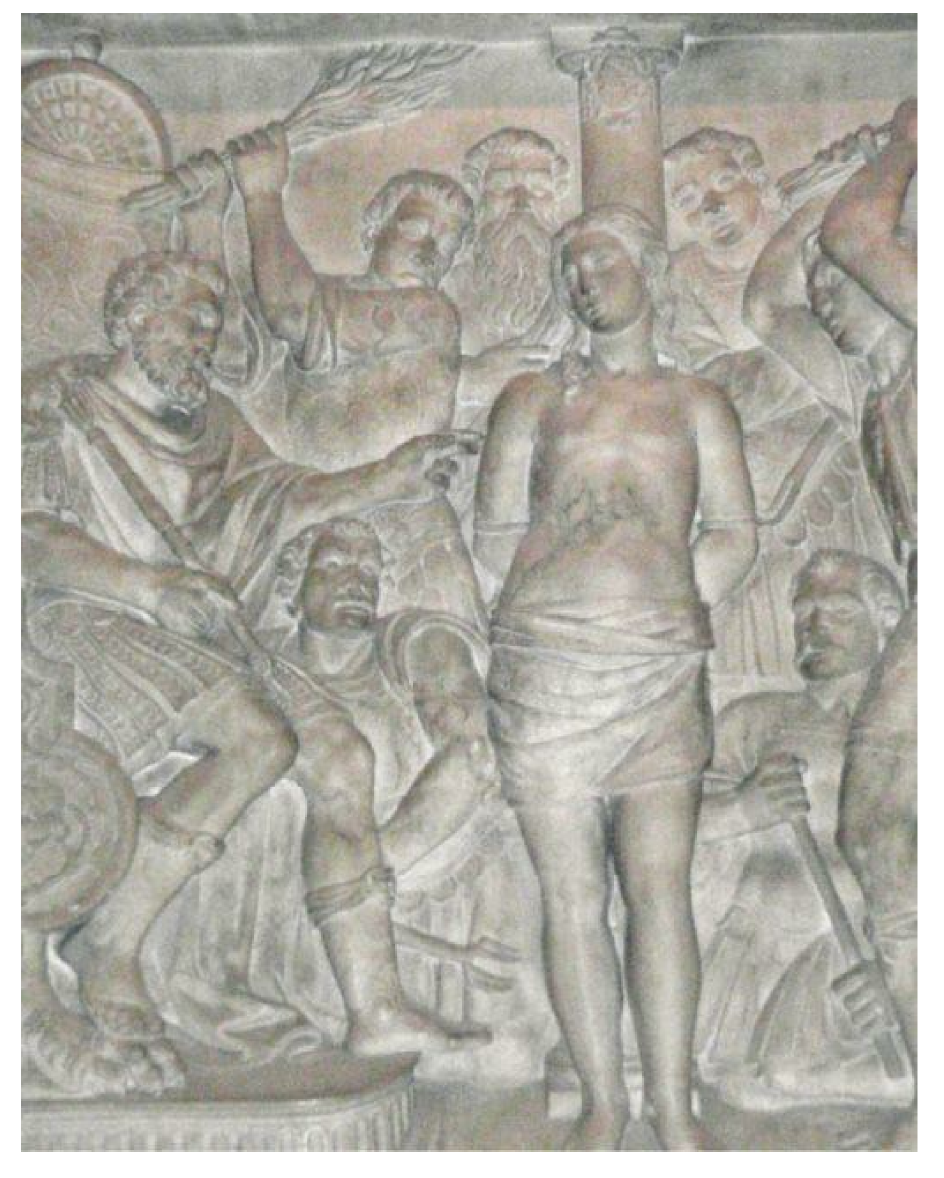
La recuperación del culto a los mártires iniciado en 633 con el IV Concilio de Toledo, favoreció que el culto a Santa Eulalia de Barcelona viviera su edad de oro. El obispo de Barcelona, Quirico, que ejerció aproximadamente entre 656 y 666, empezó a recoger en sus obras litúrgicas la tradición oral y compuso un himno y una misa alimentando un movimiento de devoción a la mártir. Más adelante, la dominación musulmana de la ciudad (715-801) y la presencia carolingia en el siglo IX

supusieron un duro golpe al culto de la santa barcelonesa, que casi desapareció.

Bajo el mandato de los emperadores Diocleciano y Maximiano, empezó una nueva persecución contra los cristianos que obtuvo cobertura legal con la aprobación de cuatro edictos entre febrero de 303 y febrero de 304. El último de ellos obligaba a todos los cristianos a hacer sacrificios a los dioses, y su incumplimiento era castigado con

la pena de muerte. Daciano era el brazo ejecutor de los edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiliano para erradicar las comunidades cristianas de Hispania. Al entrar en Barcino (la actual Barcelona), dio órdenes de buscar a todos los cristianos para obligarles a cumplir los edictos imperiales. Los presos eran torturados para conseguir que renegaran de su fe y, de mantenerse firmes en sus creencias, podían ver confiscados sus bienes, ser condenados a trabajos forzados o en el peor de los casos condenados a muerte. A continuación contamos la leyenda del martirio de Santa Eulalia de Barcelona tal y como la conocía la tradición cristiana del siglo VII.

Eulalia había nacido en una finca rústica cerca de la ciudad de Barcino a finales del siglo III, en



el seno de una familia de noble linaje, y fue educada en la religión cristiana. En el año 304 sus padres intentaron protegerla de la persecución de Daciano, pero un día Eulalia tomó el camino de Barcino y al llegar al foro de la ciudad se encaró con el gobernador diciéndole: Juez perverso, ¿por qué te atreves a derramar tan injustamente la sangre de los cristianos y obligarlos a que adoren falsas deidades? Uno es solo y verdadero Dios omnipotente, creador y señor de todas las cosas y a quien el emperador Diocleciano, Maximiliano, tú y todos los hombres tenéis obligación de adorar.

El gobernador, sorprendido, le respondió: «¿Y quién eres tú, que hollando la majestad imperial y el respeto debido a sus ministros, te atreves a proferir en público tales palabras?». A lo que Eulalia replicó: «Yo soy Eulalia, sirvienta de Jesucristo, hijo de Dios padre y de la Virgen María, único rey de reyes y señor de señores, a quien debe adorarse como Dios y no a los impostores ídolos».

Tras esta confesión de fe, la joven fue detenida y azotada sin compasión, y al ver que no renegaba de sus convicciones Daciano ordenó que sufriera tantas torturas como años tenía, un total de trece.

Relieve del martirio de Santa Eulalia, obra de 1519 del escultor renacentista español Bartolomé Ordóñez ubicada en el trascoro de la catedral de Barcelona. A principios del siglo IV, la persecución del cristianismo, llevada a cabo por los emperadores Diocleciano y Maximiano, golpeó con dureza algunas provincias de Hispania aportando nuevos mártires como Emeterio y Celedonio en Calagurris (Calahorra), Justa y Rufina en Hispalis (Sevilla), Félix en Gerunda (Girona) o Cucufate en la misma Barcino (Barcelona).

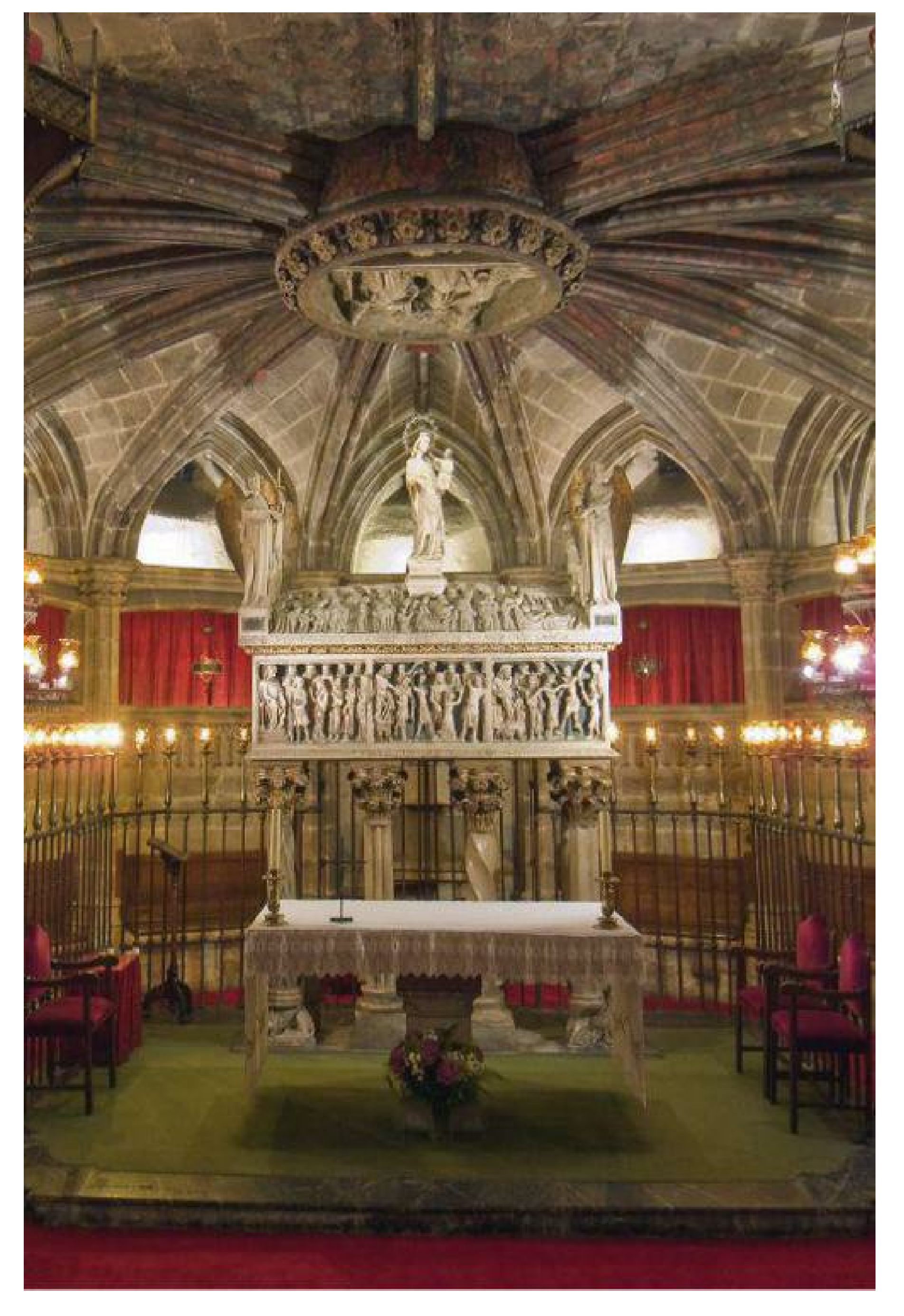
La joven cristiana, que tenía asumidas las consecuencias de sus actos y sabía el precio que tenía que pagar por mantener sus creencias, fue sometida a diferentes torturas que sufrió sin dejar de manifestar su fe en Jesús: la estiraron con un potro, le desgarraron las carnes con ganchos, le arrancaron las uñas, le quemaron los senos con antorchas, la tiraron por una calle cuesta bajo dentro de un tonel lleno de vidrios rotos, le introdujeron por la nariz vinagre mezclado con mostaza, le quemaron los ojos con cirios encendidos, sobre su cuerpo llagado untaron aceite hirviendo y lo revolcaron sobre cal viva, derramaron sobre el cuerpo plomo fundido... Finalmente, la clavaron en una cruz en forma de X hasta ser devorada por las aves de rapiña. Tras su muerte, una gran nevada cubrió la ciudad de Barcino, sus habitantes creyeron que sucedió para proteger el cuerpo de la mártir, y los guardias encargados de su vigilancia abandonaron sus puestos atemorizados. Los hechos causaron gran expectación en la ciudad y alrededores, y al tercer día de estar clavada en la cruz un grupo de cristianos la descolgó y embalsamó su cuerpo para enterrarlo en la iglesia de Santa María de las Arenas, actualmente la catedral barcelonesa de Santa María del Mar.

El relato del hallazgo en octubre de 877 y el posterior traslado de las reliquias de Santa Eulalia al interior de la ciudad de Barcelona lo conocemos gracias a tres manuscritos de los siglos XIV y XV

conservados en el Archivo Capitular de Barcelona. El obispo de Barcelona Frodoino localizó el sepulcro con los restos de la mártir en las afueras de la ciudad y los expuso al público por espacio de ocho días. En ese tiempo, uno de los clérigos que guardaba el cuerpo robó el hueso de un dedo, pues las reliquias de los santos estaban muy cotizadas y se pagaban a buen precio.

La ciudad organizó una procesión para recibir las reliquias de Santa Eulalia y trasladarlas a la catedral de Barcelona. Sus restos fueron depositados en una capilla hasta la construcción de la nueva catedral en el siglo XI. Durante el traslado, a medida que se acercaban a las murallas, las reliquias pesaban cada vez más. Al llegar a la puerta de entrada, un ángel bajó del cielo y señaló al clérigo que había robado el dedo, el cual no tuvo más remedio que confesar sus actos y devolver la reliquia.

Santa Eulalia no quería entrar mutilada a la ciudad de la que sería patrona. Actualmente, la plaza de Barcelona donde sucedieron los hechos es conocida como la plaza del Ángel, justo delante de una de las puertas de entrada a la antigua ciudad romana.



Cripta de Santa Eulalia en la actual catedral de Barcelona construida en el siglo XI. En el claustro viven 13 ocas blancas, el mismo número que los años que tenía Eulalia cuando fue martirizada.

Otra leyenda de finales del siglo IX atribuía al obispo Nicetas de Monembasia, en el Peloponeso, el hallazgo de las reliquias de Santa Eulalia de Barcelona dentro de un sarcófago en las playas de la isla de Creta. El texto de la leyenda fue encontrado en un manuscrito árabe del siglo X, conservado en la Biblioteca Nacional de París. Su contenido es falso, pero tiene vital importancia por ser un ejemplo de la expansión y culto a Santa Eulalia de Barcelona fuera de la península Ibérica.

Demostrar la existencia de Santa Eulalia de Barcelona y la veracidad histórica de los hechos de su vida es difícil debido a la falta de fuentes de información entre los siglos IV y VII. Lo que sí podemos constatar es la realidad de su culto como santa a partir del siglo VI y la celebración de su festividad el día 12 de febrero, fecha que actualmente aún se mantiene.

GALA PLACIDIA, LA REINA DE DOS MUNDOS

Las persecuciones y el martirio de los cristianos como el de Santa Eulalia habían finalizado con la conversión al cristianismo del emperador Constantino en 313, pero otros problemas asolaban el Imperio. A finales del siglo IV, el Imperio romano era un gigante con pies de barro, sus vastas extensiones territoriales con más de 2.000 ciudades y cincuenta millones de súbditos eran difíciles de defender de los ataques de los pueblos germánicos que vivían más allá del *limes* o frontera que marcaban los ríos Rin y Danubio.

La unidad política del Estado giraba alrededor del emperador, pero las intrigas cortesanas debilitaban su autoridad y permitieron a las mujeres de la familia imperial ejercer una influencia política sin precedentes como regentes o consejeras.

Aelia Gala Placidia fue una princesa de inmejorable linaje, era hija del emperador romano Teodosio y de su segunda esposa, Gala. Sus hermanastros eran Arcadio y Honorio, herederos respectivamente de la parte oriental y occidental del Imperio tras la muerte de su padre en el año 390. Por su rango familiar estaba destinada a convertirse en una pieza clave de la política de estrategias matrimoniales del Imperio.

La princesa en poco tiempo había perdido a su madre, que murió de parto, y a su padre, por enfermedad. Gala tenía la temprana edad de tres años y sus hermanastros eran demasiado jóvenes e inexpertos para gobernar. De ello se aprovecharían los favoritos y consejeros que

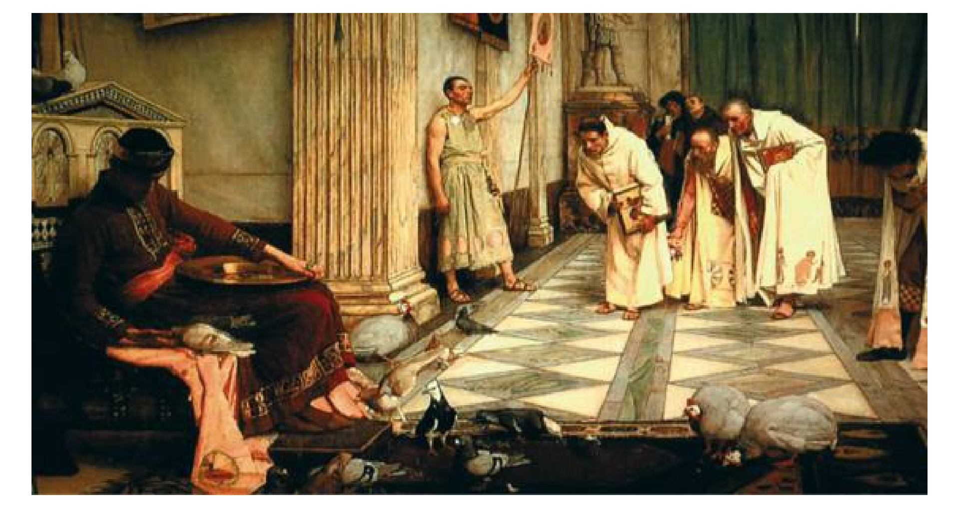
mantuvieron a los nuevos emperadores bajo su influencia. A finales del siglo IV el lujo y la corrupción se habían apoderado de Roma y las intrigas de las cortes de los nuevos emperadores acusaron de traición a Flavio Estilicón Magno, tutor de Honorio y el único general capaz de mantener el orden dentro del Imperio en aquellas fechas.

La situación de debilidad fue aprovechada por el rey visigodo Alarico, que cruzó el río Rubicón en 410 y saqueó la ciudad de Roma por espacio de tres días. Entre el botín del pillaje de la Ciudad Eterna había multitud de prisioneros y entre ellos figuraba la propia Gala Placidia, que contaba con 20 años de edad. La custodia de la princesa fue confiada a Ataulfo, cuñado de Alarico, de quien se dice que la llevaba atada por el pelo a la cola de su caballo. La noticia consternó a todos los habitantes del Imperio, menos al emperador Honorio que solo vivía pendiente de la cría de gallos para la lucha. Cuenta la leyenda que, después de la noticia del saqueo, Honorio respiró tranquilo al saber que solo se había perdido la ciudad de Roma y no su pollito preferido, que llevaba el mismo nombre.

El 27 de agosto de 410, Alarico abandonó Roma ya que los graneros de la ciudad estaban vacíos y necesitaba alimentar a su pueblo. El rey visigodo se dirigió apresuradamente hacia el sur de Italia para encontrar víveres antes del invierno. Su objetivo era llegar al norte de África y apoderarse de los graneros del Imperio: si las cosechas de maíz no llegaban a Italia, ciudades como Rávena caerían sin necesidad de asediar sus murallas. Para ello ordenó construir multitud de embarcaciones, pero una terrible tormenta hundió a la flota visigoda ocasionando graves pérdidas. A los pocos días

Alarico enfermaba y moría desconsolado cerca de Cosenza. Algunos atribuyeron la repentina muerte a una venganza de Gala Placidia.

El historiador romano del siglo VI Jordanes, en su *Gética,* cuenta cómo enterraron a Alarico con el valioso tesoro del saqueo de Roma bajo el río Busento, en la región italiana de Calabria. Para su sepultura se hizo una gran obra de ingeniería: se desvió el curso original del río para las exequias, y después el agua fue devuelta a su curso natural. Todos los campesinos y esclavos que intervinieron en la construcción de la tumba fueron asesinados para evitar su profanación y la revelación del secreto.



Los favoritos del emperador Honorio (1883), obra del pintor inglés John William Waterhouse, conservada en la Art Gallery of South Australia. Este lienzo refleja la leyenda transmitida por el historiador Procopio de Cesarea, en el siglo VI, según la cual el emperador Honorio se sobresaltó cuando le informaron de la caída de Roma pensando que se trataba de un accidente que habría sufrido su pollo preferido, que llevaba el mismo nombre.

Ataulfo sucedió a Alarico como rey de los visigodos. El nuevo caudillo tuvo las máximas atenciones hacia la princesa romana y esta se enamoró de él. Pero el emperador Honorio presionaba a Ataulfo para recuperar a su hermana haciéndole chantaje y exigiendo el retorno de la princesa a cambio de alimentos. El 1 de enero de 414 Gala Placidia se casó con Ataulfo en Olimpiadoro, en el sur de la actual Francia, cerca de Narbona, certificando el amor que sentían el uno por el otro en contra de la voluntad de Rávena y Constantinopla, centros del poder romano. En la ceremonia, Ataulfo iba vestido a la usanza romana y se sentó en un lugar más bajo que Gala Placidia. Esto demostraba el respeto del rey por la novia que dejaba de ser una prisionera para convertirse en reina y, a su vez, era símbolo de la voluntad de acercamiento al Imperio romano.

Cuando el general romano Constancio presionó a los visigodos dejándolos sin suministros al cerrar el puerto de Arles, también en el sur de Francia, Gala Placidia se había convertido en la esposa de un rey rebelde que se veía obligado a cruzar los Pirineos con todo su pueblo en busca de alimentos.

Ataulfo decidió instalarse en Hispania en el otoño de 414, estableciendo la capital en la ciudad romana de Barcino, a la que ya

conocemos a través de las vicisitudes de Santa Eulalia. Gala Placidia gozó de unos momentos de paz en la nueva ciudad disfrutando del amor del rey y de su avanzado embarazo. El 20 de noviembre de 414 nació Teodosio, en quien estaban puestas las esperanzas de la unión de dos linajes: el romano y el visigodo. Ese niño nacido en Barcino estaba llamado a dirigir el Imperio romano dado que Honorio no tenía hijos; algo que de suceder cambiaría el curso de la historia al llevar la corona de Roma un heredero con sangre bárbara.

El pequeño Teodosio tuvo una vida corta, el difícil embarazo de Gala Placidia en el viaje hacia Barcino había hecho que naciera un niño débil y enfermizo que murió con los primeros fríos del invierno, solo cuatro semanas después de haber venido al mundo. Las desgracias nunca vienen solas, y el 14 de agosto de 415 el rey Ataulfo era asesinado en las caballerizas de palacio por un grupo de traidores que le acusaba de un colaboracionismo excesivo con los romanos. En pocos meses, Gala Placidia había perdido a su amado esposo y a su hijo. La idea de sellar la paz entre visigodos y romanos con un nuevo emperador nacido en Barcino se había diluido. Algunos estudiosos vieron en la vida de Gala Placidia el cumplimiento de los augurios del profeta bíblico Daniel, que vaticinaban cómo el rey del norte (Ataulfo) se casaría con la hija del rey del sur (Gala) y no quedaría descendencia de aquella unión.

Sigerico, un noble visigodo enemigo de Ataulfo, se convirtió en el nuevo rey y lo primero que hizo fue matar a los otros seis hijos de Ataulfo, fruto de su primer matrimonio. Su rabia contra los romanos la expresaba con estas palabras: «Ataulfo humilló a mi linaje en las Galias. Llegada es la hora de cobrarme sanguinaria venganza en él y en esa romana que tiene por esposa». Gala Placidia fue privada de todos sus honores y Sigerico la obligó a marchar a pié 12 millas por las calles de Barcino delante de su caballo acompañada de otros cautivos, pero no se atrevió a ejecutarla. Estos desfiles eran una señal del poder de Sigerico y una humillación para el Imperio romano. Gala Placidia había pasado de reina y esposa querida a viuda y prisionera de un hombre con un odio sin límites.

Los nuevos métodos de Sigerico no gustaban a toda la nobleza visigoda y una semana después de haber tomado el poder fue asesinado por un grupo de notables. Inmediatamente el pueblo proclamó nuevo rey a Valia, que restituyó todos los honores a Gala Placidia como gesto de buena voluntad para poder negociar con Constancio el abastecimiento de grano para su pueblo. En 416 los visigodos dirigidos por Valia se comprometían a luchar contra los pueblos bárbaros instalados en Hispania y a liberar a los prisioneros

de alto rango, entre ellos Gala Placidia. A cambio se aseguraban el



abastecimiento de trigo por parte del Imperio y el estatus de pueblo federado a Roma.

En la etapa final de su vida, Gala Placidia mandó construir diversas iglesias como muestra de su fe cristiana. Entre ellas, el oratorio de San Lorenzo en Rávena, conocido como el mausoleo de Gala Placidia, que es donde se encuentra su tumba. En 1996 el mausoleo fue declarado Patrimonio Histórico de la Humanidad por la Unesco.

La princesa viajó de regreso a Italia con su séquito y tuvo un recibimiento multitudinario en Roma acompañada por su hermano Honorio y el general Constancio. Era el fin de un sueño, los meses que vivió en Barcino habían sido los más trágicos de su vida: el destino cruel le había privado de su amado esposo Ataulfo y de su primer hijo Teodosio, que estaba llamado a convertirse en emperador del Imperio romano de Occidente.

La agitada vida de Gala Placidia la convierte en una figura legendaria de la historia de la Antigüedad Tardía. Su existencia coincide con la desmembración del Imperio romano de Occidente y las invasiones bárbaras. Su secuestro tras el saqueo de Roma por Alarico, el matrimonio con Ataulfo y la difícil relación con su hermano Honorio han sido estudiados y novelados a lo largo de la historia.

Existe abundante documentación del siglo V que sirve a los historiadores para el estudio de los actos de su actividad pública, un ejemplo de ello son: la *Historia contra los paganos* de Paulo Orosio, las obras del filósofo Olimpiodoro de Tebas, los sermones del obispo de Rávena Pedro Crisólogo o las crónicas de Hidacio de Chaves o Próspero de Aquitania. Estas fuentes muestran su faceta como

gobernante y el acceso de la mujer al poder imperial. Por contra, la información disponible sobre su vida privada es una laguna que a menudo se ha llenado con tintes literarios.

ITIMAD LA ROMAIQUÍA

Seguimos en la península ibérica, pero nos vamos a los años finales del siglo XI en el reino musulmán de la taifa de Sevilla para conocer la leyenda del amor entre el rey Muhammad ibn ‘Abbad Al-Mu’tamid, en adelante Al-Mu’tamid, y la esclava Itimad. Su relación simboliza el triunfo del amor por encima de los intereses y la política de Estado de la sociedad medieval. Gracias a su belleza y sus virtudes como poetisa, Itimad conquistó el amor del rey y ascendió socialmente de las clases más bajas hasta convertirse en la mujer más importante de la corte sevillana. Sus orígenes humildes no fueron un obstáculo para adquirir la condición de reina. Itimad fue una reina virtuosa y caprichosa a la vez, sus extravagantes deseos pusieron a prueba el amor de Al-Mu’tamid y demostraron la influencia que ejercía sobre su esposo.

Al-Mu’tamid, tercer rey de la taifa de Sevilla entre 1069 y 1091, salía todas las tardes a pasear por las orillas del río Guadalquivir. Un día tomó el camino cerca del puente que unía la ciudad de Sevilla con Triana acompañado de su amigo y consejero Abenamar. La poesía era uno de los placeres del rey, al que le gustaba improvisar poemas observando a su alrededor, y en el apacible paseo Al-Mu’tamid se fijó en el brillo del agua al reflejar los rayos del sol que simulaban una cota de malla trenzada con hilos de oro.

La ribera del Guadalquivir despertó la inspiración de Al-Mu’tamid, que recitó unos versos («la brisa convierte al río en una cota de malla…») esperando que Abenamar encontrara la rima oportuna.

Pero su compañero no era un buen improvisador y se quedó pensativo. Entonces a sus espaldas sonaron unas dulces palabras que decían: «mejor cota no se halla como la congele el río». La sorpresa invadió a los dos hombres al descubrir que quien había completado la estrofa con tan fina inspiración era una joven de gran belleza que se encontraba tras ellos.

La misteriosa muchacha de nombre Itimad resultó ser una esclava propiedad del mercader Romaicq, por ello la llamaban la Romaiquía. El rey pidió al mercader que se la vendiese, pero este se la regaló gustosamente, pues se pasaba el día recitando versos y trabajaba poco. Al-Mu’tamid sorprendió a todos los cortesanos al casarse con Itimad

por amor a los pocos días, convirtiéndola en reina de Sevilla. Su presencia aumentó el talento literario en la corte de Sevilla y sus orígenes humildes se veían compensados por su ingenio y buena conversación.

La vida de palacio incomodaba a Itimad, que añoraba sus primeros años en Triana y la libertad de poder moverse por los campos y los barrios de la ciudad sin la atenta mirada de los cortesanos.

La reina se volvió caprichosa pidiendo deseos desmesurados a su esposo, que siempre intentaba complacerlos por amor. En cierta ocasión, Al-Mu'tamid la encontró llorando desconsoladamente y le prometió que haría cualquier cosa para devolverle la sonrisa. Itimad pidió al rey poder pisar el barro para hacer ladrillos como hacía en Triana antes de ir a palacio. Para satisfacer sus deseos se cubrió el patio del Alcázar de una capa de lodo perfumado con los mejores olores de las especierías del reino: canela, jengibre, azúcar y agua de rosas.

La excentricidad de Itimad cada vez era mayor y pasado algún tiempo pidió a Al-Mu'tamid poder

tener territorios en los que hubiera nieve en invierno al igual que el resto de reinas de la península ibérica. El rey sabía que esto era imposible de conseguir, pero una mañana al despertarse Itimad abrió la puerta del balcón de su alcoba y vio asombrada que todo el campo estaba nevado. Por amor Al-Mu'tamid había ordenado traer cientos de almendros en flor y durante la noche 10.000 hombres plantaron cien árboles cada uno. Los almendros floridos vistos desde las ventanas del palacio creaban la sensación de un monte blanco tal que si la nieve hubiera caído sobre los alrededores de la ciudad.

Los placeres y la voluptuosidad de los gustos de Itimad llegaron a su fin en 1091, cuando los almorávides dirigidos por el emir Yusuf de Marruecos se apoderaron de Sevilla. Al-Mu'tamid y su familia fueron encadenados y trasladados al norte de África. Ibn Al-Labbana, poeta árabe de la taifa de Denia, describe a principios del siglo XII los hechos en lo que será su composición poética más conocida:

Vencidos tras valiente resistencia fueron empujados hacia un navío que estaba anclado en el Guadalquivir. La multitud se apiñaba a orillas del río, las mujeres se habían quitado los velos y se arañaban el rostro en señal de dolor. En el momento de la despedida cuántos gritos, cuántas lágrimas. ¿Qué nos queda ya?.

Itimad y sus hijas fueron liberadas y vivieron miserablemente hilando y tejiendo para poder comer hasta su muerte en el año 1095. Al-Mu’tamid no pudo soportar su cautiverio y murió en el calabozo de la cárcel de Agmat, en Marruecos, el mismo año.

Al-Mu’tamid junto con Ibn Al-Labbana y Ibn Zaydún son los poetas árabigo-andalusís más importantes del siglo XI, considerado este el siglo de oro de la poesía en Al-Andalus. La admiración por la figura del rey de la taifa de Sevilla irá más allá de su propio tiempo, como lo demuestran los versos del poeta Ibn-al-Jatib en el siglo XIV al visitar la tumba de Al-Mu’tamid: Vengo a Agmat, y reverente miro y beso tu sepulcro. Sultán magnánimo, faro que dio clara luz al mundo. En tus rayos, si vivieras, me bañaría con júbilo, y mis poesías mejores fueran el encomio tuyo. Ora postrado de hinojos solo la tumba saludo.



Lápida de la tumba de Al-Mu'tamid en Marruecos. La taifa de Sevilla surgió en 1023 tras la descomposición del califato de Córdoba y fue conquistada por los almorávides en 1091.

EL SALTO DE LA REINA MORA

El entorno de los castillos en la Edad Media puede parecer un mundo de hombres que relega a la mujer a un papel secundario, pero esta afirmación no es del todo cierta, doncellas como Abdelazia o Juana de Arco (de la que hablaremos más adelante) demuestran que no siempre es así. Cuando los nobles y caballeros partían a la batalla, las mujeres tenían que estar preparadas para administrar, gobernar y defender sus dominios. La señora del castillo era una dama de la nobleza, y el matrimonio una arma política para sellar la paz o ascender social y económicamente.

La leyenda de Abdelazia, reina mora del castillo de Siurana, es la historia de una mujer fuerte, capaz de gobernar la corte y ocuparse de las funciones públicas de su castillo en ausencia de su marido. La protagonista rompe con el ideal de dama culta, caritativa y piadosa para asumir el rol masculino de un caballero que tiene en sus manos el destino de un reino; de un ser humano capaz de enfrentarse en solitario a los ejércitos cristianos del vizconde de Tarragona. Seguimos por tanto en la península ibérica.

El castillo de Siurana era una fortaleza musulmana de gran valor estratégico en la zona del Priorat, en lo que hoy es la provincia de Tarragona. Desde sus murallas se controlaba un extenso territorio de la zona fronteriza con los reinos cristianos. Entre 1152 y 1153, el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV culminó la expansión catalana en territorio musulmán con la conquista de las plazas fuertes de Miravet y Siurana. Este castillo fue la última posición islámica en ser ocupada.

El salto de la reina mora es una leyenda que forma parte de la cultura popular catalana recopilada por el folclorista catalán Joan Amades Gelats a mediados del siglo XX. La marca del caballo de Abdelazia es otro ejemplo de cómo el hombre ha visto en la forma de las rocas siluetas o señales que han servido para justificar leyendas que se han trasmitido de padres a hijos. En el caso que nos ocupa, la marca de una herradura en la piedra del castillo de Siurana sirve para recrear la historia ficticia de la resistencia de la última plaza musulmana en Cataluña.

Las inexpugnables murallas de Siurana formaban un mismo cuerpo con la montaña, pero tras la áspera fortaleza había un palacio donde vivía el rey Almemoniz con su esposa Abdelazia, una mujer de gran belleza. No sería exagerado afirmar que todos los hombres del castillo deseaban a la reina en secreto, por ello Almemoniz la agasajaba con los mejores tesoros cada vez que volvía de sus expediciones guerreras. Pero el mejor tesoro de Abdelazia era su regalo de bodas, un

magnífico caballo blanco que solo la obedecía a ella.

El principal enemigo del rey moro era Amat de Claramunt, vizconde de Tarragona. Ambos se habían enfrentado muchas veces y las escaramuzas entre sus ejércitos eran habituales, pero todavía ninguno se había podido proclamar vencedor de las disputas. Un atardecer las armas sonaban con fuerza en el valle al pie de la montaña, pero el ruido de la batalla no parecía molestar a Abdelazia, que se encargaba de los preparativos del banquete para festejar los éxitos de su esposo.

En uno de los salones del castillo una alargada mesa generosamente decorada estaba lista para celebrar la victoria. La reina mora presidía la escena rodeada por sus damas y galanes de la corte.



Los invitados intentaban disimular su preocupación por el desenlace de la batalla, pero las armas retumbaban cada vez más cerca de la puerta del castillo. La reina enojada preguntó: «¿Por qué no respondéis a mis saludos? ¿Por qué no osáis probar lo que yo pruebo?».

Una flecha perdida entró por la ventana y se clavó en el centro de la mesa. Los comensales se sobresaltaron, pero la reina permaneció inmóvil y mofándose de sus cortesanos dijo: «¿Un arma pone rojo a un caballero y amarilla a una dama? Sería la primera vez que mi corte tiene miedo». Entonces una intuición sobresaltó a la reina y enseguida se escuchó una voz entre las armas que clamaba:

«¡Viva Amat de Claramunt, viva Ramón Berenguer!», en ese momento se dio cuenta de que la batalla estaba perdida y había que huir. El castillo no se habría rendido si no fuera porque un traidor de origen judío mostró el camino de acceso a la fortaleza de Siurana a cambio de respetar las vidas y los bienes de la comunidad judía.

En pocos momentos los soldados del vizconde de Tarragona hundieron las puertas del castillo y degollaron a todos los hombres al servicio de Almemoniz. Solo quedaba una superviviente, que apareció ante las huestes cristianas montada en su elegante caballo blanco, era la reina mora Abdelazia, la cual avanzó entre las compañías de peones gritando: «Con mi caballo me basto».

Los caballeros de Amat de Claramunt ya la consideraban como un botín de la conquista y confiados por su superioridad empezaron a burlarse de la osada reina. Mientras la rodeaban clamaban frases como: «Hoy perderás la vida o la corona... ¡hoy perderás tus joyas y tu nombre!»

Abdelazia respondió con orgullo: «Pues no será si mi caballo quiere, antes de que vuestra sombra me alcance, he de salvarme yo de tal manera que no pueda olvidarse aquí mi nombre». Dichas estas palabras, la reina mora tomó su caballo al galope para saltar hacia el precipicio de 80 metros de altura, pero en este punto la leyenda nos da dos versiones distintas: la primera afirma que antes de saltar el caballo se dio cuenta del peligro y clavó sus patas delanteras en la piedra cayendo Abdelazia al vacío. Una segunda versión dice que las huellas de la piedra son el impulso hacia el infinito que tomó el caballo antes de hacer el salto mortal.

Su cuerpo fue recuperado días más tarde y enterrado con honores por los conquistadores. Pero la mezquita de Siurana se había reconvertido en una iglesia cristiana y decidieron enterrarla en el exterior en una sepultura especial acorde con su alto linaje; de forma que hoy todavía se puede visitar la tumba de Abdelazia. ¿Y qué pasó con el traidor que abrió el castillo a los cristianos? La leyenda dice que salvó la vida y asistió horrorizado a la matanza de los habitantes del castillo, los hechos lo dejaron petrificado y puede observarse cerca del castillo una piedra con sus rasgos.

El castillo de Siurana dominaba un vasto territorio en la sierra de Prades y el Priorato. El origen de Siurana es la palabra latina Severiana, que derivó al árabe como Xibrana tras la dominación musulmana. La fortaleza fue el último reducto de la

resistencia musulmana en la actual Cataluña.

La leyenda presenta contradicciones históricas. Atribuye a Siurana la categoría de reino cuando no fue más que un castillo fronterizo, aunque puede que la vasta extensión de territorio que controlaba

contribuyera a generar tal idea. El asedio final lo realizó el caballero Bertrán de Castellet y no Amat de Claramunt, vizconde de Tarragona. También se ha puesto en duda el sangriento final de la historia, la inaccesibilidad de la fortaleza hace pensar más en un prolongado asedio que acabó en rendición por la falta de alimentos. Seguramente el valí de Siurana Almira Almemoniz, de igual nombre que el rey legendario, se rindió tras conseguir la garantía de que los defensores conservarían la vida y los bienes que pudiesen llevar consigo. Actualmente en el castillo solo se conservan algunos muros de la época musulmana y el resto de construcciones son claramente posteriores, por ello es difícil imaginar su aspecto físico en la época de la leyenda.

El salto de la reina mora es una leyenda falsa fruto de la fantasía de algún juglar y contextualizada dentro de un marco histórico. Puede que la leyenda se creara para explicar la épica gesta de la conquista del último reducto musulmán en Cataluña y que, con el paso del tiempo, se fuera adornando de elementos fabulosos. Está documentado, no obstante, históricamente que en 1146

Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, donó el castillo de Siurana a Berenguer Arnau, pero la conquista no llegó hasta después de la capitulación de Lérida y Tortosa en 1148 y 1149, respectivamente. El asalto definitivo se produjo en 1153, tras un asedio dirigido por Bertrán de Castellet, señor de Reus. La conquista del castillo de Siurana y la frontera de la zona de Tarragona estuvo llena de dificultades, ello justificaría la aparición de leyendas épicas como esta.

Salgamos a continuación de la península Ibérica y lleguemos al corazón de Francia para asistir a lo que de legendario puede tener la vida de una de las más famosas e importantes mujeres de la Edad Media.

JUANA DE ARCO, LA DONCELLA DE ORLEANS

Algunas mujeres se diferenciaron por una especial vinculación con la vida religiosa sin llegar a ser monjas, pues no vivían en monasterios ni habitaban en el seno de comunidades religiosas. Era una nueva espiritualidad estrechamente relacionada con el movimiento franciscano donde la pobreza personal, la caridad y el ascetismo eran los ideales fundamentales. Santa Eulalia, protagonista de la primera leyenda del capítulo, fue una precursora de este estilo de vida.

Juana de Arco, conocida como la doncella de Orleans, es un personaje

histórico que forjó su leyenda en vida. Después de ser condenada a la hoguera, la rumorología popular incrementó más si cabe su popularidad. La principal fuente para estudiar su vida y su leyenda son las actas del juicio de Ruán, en 1431, que recogen con todo tipo de detalles las declaraciones de Juana de Arco en los interrogatorios, las deliberaciones del tribunal y toda la documentación relacionada con su vida.

Ante el interés que despertó el proceso judicial, su instructor Pierre Cauchon pidió al notario Guillaume de Manchon que tradujera las actas del francés al latín, de las cuales actualmente se conservan tres ejemplares. Este texto es la mejor fuente para explorar la personalidad y las motivaciones de nuestra protagonista. La vida de Juana fue breve, pero lo suficientemente intensa como para asegurar oír voces sagradas que le hablaban de un destino: liberar Francia de los ingleses.

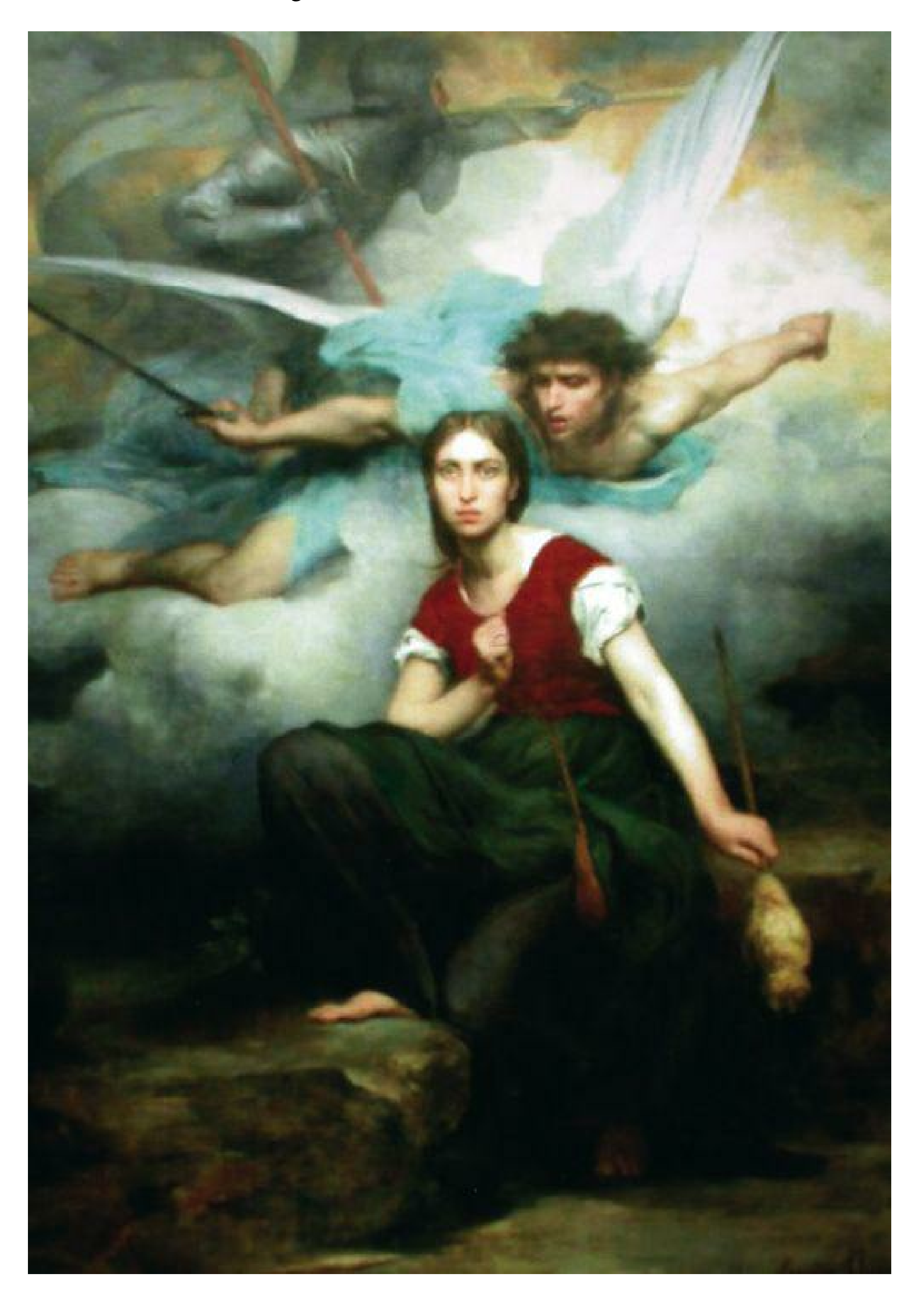
Juana nació el 6 de enero de 1412 en la localidad francesa de Domrémy, en la región de la Lorena, en el noreste de Francia. Era hija de Jacques d'Arc e Isabelle, unos campesinos de origen humilde. Por entonces, Francia era un país devastado por la guerra de los Cien Años, un conflicto armado que enfrentaba Francia e Inglaterra en una disputa sucesoria desde 1337. En 1425 Domrémy fue saqueado y su iglesia quemada. Ese mismo año Juana oyó las primeras voces, pero no fue hasta mayo de 1428 cuando abandonó su pueblo para buscar al delfín, o heredero regio, y coronarlo rey de Francia.

Carlos VII, hijo del rey de Francia Carlos VI el Bien Amado y de la princesa alemana Isabel de Baviera, era el delfín de las voces de Juana. Nacido en 1403, había tenido una infancia anormal debido a que su padre sufría crisis de locura y de furia, intercaladas con periodos de lucidez cada vez más escasos a medida que transcurría el tiempo; sus alucinaciones le hacían creer que era de cristal o que alguien le pinchaba el cuerpo con puntas de acero. Por su parte, su madre Isabel tenía fobia a los truenos y a los puentes, al final de su vida sufrió una obesidad desproporcionada que no le impidió ejercer una vida promiscua engañando al rey con su propio hermano, Luis de Orleans.

Ella misma sugirió que su hijo Carlos podía no ser un heredero legítimo al trono francés.

Mientras el delfín vivía en el lujo y la opulencia, su corte sufría una bancarrota financiera y una parálisis política. Francia estaba dividida entre los partidarios del duque de Borgoña o borgoñones, con el soporte de los ingleses, y los partidarios del duque de Orleans y el

delfín Carlos, o armagnacs.



Juana de Arco recibiendo el mensaje del arcángel Miguel. Obra de Eugene Thirion, de 1876. Las voces que escuchaba Juana se materializaron en las figuras de San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita.

El primer paso de Juana de Arco para conseguir su objetivo fue visitar a Robert de Baudricourt, señor de Vaucouleurs, un territorio situado al norte de Domrémy, para pedirle un ejército. La leyenda artúrica vuelve a aparecer en nuestro libro al resurgir una antigua profecía del siglo VI anunciada por el mago Merlín, que contaba cómo Francia sería llevada a la ruina por una mujer, la madre del delfín Isabel de Baviera, y la rescataría una doncella virgen del bosque de las hadas que muy bien podría ser aquella muchacha campesina de Domrémy.

El escritor irlandés Bernard Shaw, premio Nobel de literatura en 1925, con su obra *Santa Juana* de 1923 popularizó otra leyenda según la cual las gallinas dejaron de poner huevos y las vacas no dieron leche hasta que Baudricourt no quiso recibir a la muchacha. Ya en su presencia Juana se expresó con estas palabras:

He venido ante vos mandada por mi Señor para que podáis decirle al delfín que mantenga la moral alta y no desfallezca en la lucha contra sus enemigos. Antes de mediada la cuaresma, el Señor le ayudará. De hecho, el reino no pertenece al delfín, sino a mi Señor. Pero mi Señor desea que el delfín sea coronado rey y gobierne el reino. Yo soy quien lo conducirá a la coronación.

Lo que ocurrió realmente fue que Robert de Baudricourt, un guerrero veterano curtido en mil batallas, no podía salir de su incredulidad al escuchar las afirmaciones de una campesina analfabeta de 17 años que afirmaba que Dios se valdría de ella para expulsar a los ingleses de Francia.

Baudricourt decidió no acceder de inmediato a las peticiones, y mientras meditaba su decisión, Juana empezó a ganarse entre las tropas una reputación de persona con poderes mágicos, pues comenzaron a recordarse profecías que hablaban de la llegada de una doncella para salvar a Francia. El 23 de febrero de 1429 Juana partió de Vaucouleurs con una pequeña hueste rumbo al cuartel del delfín en Chinon, en el centro de Francia. Ella y sus seguidores cubrieron una distancia de 700 kilómetros en un tiempo record de 11 días.

La noticia de la venida de Juana de Arco a Chinon había llegado a oídos de la corte del delfín Carlos que dudaba si tenía que darle audiencia. Tras algunas deliberaciones decidieron recibirla al cabo de dos días. El monje Jean Paquerel declaró en el juicio de Ruan que cuando Juana cruzó el puente levadizo en dirección al Château de Milieu, donde el delfín tenía la costumbre de celebrar las audiencias, un guardia la increpó diciendo: «¿Esa es la doncella? Si fuera mía una noche dejaría de serlo»; a lo que ella contestó: «En nombre de Dios reniegas de Él cuando estás tan cerca de la muerte», una hora después el vigilante flotaba ahogado en el agua del foso.

Los consejeros decidieron que el cortesano Gilles de Rais tomara la identidad del delfín y este se ocultara entre la gran cantidad de público asistente al acto. Al entrar, la sala estaba abarrotada y fuertemente iluminada con antorchas, pero la joven no se dejó engañar y reconoció al delfín inmediatamente entre la multitud. Se arrodilló y se dirigió a él para decirle: «Muy honorable delfín, he venido enviada por Dios para socorreros a vos y a vuestro reino».

Carlos no estaba dispuesto a entregar a Juana de Arco un ejército para luchar contra los ingleses solo por su popularidad, y juzgó prudente someterla a un examen por un grupo de teólogos en Poitiers, cerca de Chinon, para probar que no tenía tratos con el demonio, aunque ella asegurase que tenía un origen divino. Superado el examen, la nombraron jefa de los ejércitos que deberían liberar la ciudad de Orleans, y, para ello, el delfín Carlos le pagó un estandarte y Juana pidió la espada que se encontraba detrás del altar de la iglesia de Santa Catalina de Fierbois, también cerca de Chinon.

Ella no había visto nunca la espada, pero las voces que escuchaba le habían revelado su existencia.

A finales de abril de 1429 un ejército de 10.000 hombres partió en dirección a Orleans con los principales capitanes de Francia: La Hire, Gilles de Rais, Xaintrailles y el duque de Alençon. Juana afrontaba la prueba decisiva que debía confirmar su misión. Si Orleans caía en manos inglesas sería un golpe decisivo a la moral de Francia, pues la ciudad tenía un valor estratégico añadido y su toma supondría abrir a los ejércitos ingleses el valle del Loira y los principales centros de poder de Carlos VII.

Los ingleses, dirigidos por John Talbot y el conde de Suffolk, que descartaban un ataque directo a la ciudad, prefirieron asediar la plaza para rendirla de hambre. Orleans oponía una encarnizada resistencia

liderada por Jean Dunois, conocido como «el Bastardo de Orleans» por ser hijo ilegítimo de Luis de Orleans.

Dunois convenció a Juana de no atacar directamente a los ingleses y de la necesidad de proteger

las provisiones que llegaban por el río para abastecer a una ciudad hambrienta. El viento impedía la llegada de las barcas, ante el nerviosismo de los caballeros franceses. Juana pidió paciencia prometiendo que todo se arreglaría y, de repente, la dirección del viento cambió y las barcas pudieron navegar hasta la ciudad. Los detalles de este espectacular acontecimiento los conocemos gracias a una crónica anónima y contemporánea a los hechos titulada *Diario del sitio de Orleans*.

Juana entró en la ciudad el 29 de abril de 1429 a lomos de un caballo blanco con su estandarte.

Entre el 4 y el 7 de mayo los franceses recuperaron de los ingleses las guarniciones del fuerte Saint-Loup y Saint-Agustin. Solo con su presencia atemorizaba a las tropas inglesas y era capaz de cambiar el rumbo de la batalla a favor del ejército francés. Era la primera vez en muchos años que los franceses conseguían apoderarse de un puesto inglés.

La gran batalla ultimaba sus preparativos. Conocemos sus detalles por el citado *Diario del sitio de Orleans* y los relatos de algunos de los presentes como Jean Dunois, Jean Paquerel, Jean d’Aulon y Louis de Contes. Sabemos que los capitanes franceses preferían esperar refuerzos para una batalla tan importante, pero Juana se negó sabiendo que sufriría por ello, ya que una profecía había predicho que levantaría el asedio de Orleans pero sería gravemente herida en el intento. La profecía fue divulgada antes de que sucediera y su veracidad parece fuera de dudas; una carta escrita por un flamenco de Lyon un mes antes de los hechos describe que Juana sabía lo que iba a suceder.

El 7 de mayo se inició el asalto contra la bastilla de Tourelles con una encarnizada resistencia inglesa. Juana fue herida como decía la profecía, pero se recuperó y volvió a la vanguardia del combate liderando a sus hombres hasta la toma de la fortaleza. Al día siguiente los ingleses de Talbot, desmoralizados, abandonaron el asedio de Orleans y se retiraron. La famosa profecía se cumplió y una flecha se hundió 15 centímetros en el cuerpo de Juana, que lloró de dolor pero acabó arrancándola con sus propias manos después de rezar y untar la

herida con grasa, rechazando amuletos sanadores que le ofrecían algunos soldados.

Estos sucesos fueron considerados como un milagro, los habitantes de Orleans le abrazaban las rodillas y le pedían que bendijese a sus hijos, y en adelante a Juana de Arco (la trascripción castellana del apellido paterno) se la conoció como la Doncella de Orleans. La pasividad inglesa desde la llegada de Juana, pese a su superioridad numérica, no tiene demasiada lógica. Esta actitud fue lo que hizo que la gente pensara que Juana practicaba algún tipo de brujería, ya que en solo una semana había conseguido lo que no hicieron los capitanes franceses en seis meses.

En 17 de julio de 1429 se produjo en la catedral de Reims la ceremonia de la coronación del delfín Carlos. Era el momento de máximo apogeo de la figura de Juana, que había cumplido las promesas de liberar Orleans y de convertir en rey a Carlos VII. Los franceses necesitaban algún personaje como Juana de Arco que les sacara de la parálisis política en que se encontraban. La doncella solo con su presencia arrastraba a los franceses a la lucha hasta el límite de sus posibilidades. La ilusión que despertó entre la población provocó que muchos se unieran a su ejército, que llegó a ser tan numeroso que la maltrecha economía de Carlos VII no lo podía pagar.

Por otro lado, ingleses y borgoñones habían aunado sus fuerzas para conquistar la ciudad de Compiègne, al nordeste de París. En mayo de 1430 la doncella con su infatigable carácter ordenó a las tropas francesas salir de la ciudad y lanzar un ataque contra un ejército enemigo superior en número. Juana fue hecha prisionera por Jean de Luxembourg, capitán de los borgoñones, durante la batalla. Tal y como era costumbre con los personajes importantes, Jean de Luxembourg esperó alguna oferta de rescate por parte de Carlos VII. Pero el ahora rey de Francia no movió un dedo para ayudar a Juana y finalmente fue vendida a los ingleses.



Juana de Arco asistiendo a la ceremonia de coronación de Carlos VII como rey de Francia, en la catedral de Reims. Obra del pintor neoclásico francés del siglo xix Jules Eugene Lenepveu y conservada en el Panteón de París. Lenepveu recibió el encargo de pintar una serie de frescos sobre la vida de la Doncella de Orleans para decorar el Panteón de París. Se le encargó ese trabajo tras la muerte en 1886 de Paul Baudry, a quien se había confiado primero dicho cometido. Otras pinturas murales de la colección son: La visión de Juana de Arco, Juana de Arco en el asedio de Orleans o Juana de Arco sobre la hoguera de Rouen.

El 9 de enero de 1431 empieza en Ruán un juicio eclesiástico irregular dirigido por Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, que acusaba a Juana

de Arco de hereje, apóstata, bruja, idólatra y travestida. El juicio de Ruán entendió su experiencia religiosa como un acto de brujería y la condenó a la hoguera a la temprana edad de 19 años. Tras su muerte la tradición popular empezó a forjar leyendas sobre la doncella de Orleans que aseguraban que su corazón no había sido consumido por la llamas, que tras la quema salió volando una paloma en dirección a París; otras hablaban de la repentina muerte de Pierre Cauchon mientras le afeitaban la barba o del final trágico de la mayoría de los jueces.

En 1449, Carlos VII entró en la ciudad de Ruán y ordenó una investigación para revisar el juicio de Juana de Arco. Las conclusiones sentenciaron que había sido un juicio parcial y debía ser anulado. En 1456, los legados pontificios consideraron que las voces de Juana eran auténticas y minimizaron su enfrentamiento con la institución eclesiástica.

Su figura rivaliza con la de otros grandes héroes medievales como el rey Arturo o Beowulf, pero

ella existió, sin duda, de verdad y su vida está bien documentada gracias a que se ha conservado el informe de su proceso judicial. Con el paso de los siglos, diferentes artistas han recuperado su figura para versionarla en sus obras, entre ellos, el ya citado Bernard Shaw, el cineasta danés Carl Theodor Dreyer con *La pasión de Juana de Arco*, de 1928, el mismísimo William Shakespeare y su obra *Enrique VI*, publicada en 1599, o el compositor italiano Giuseppe Verdi y su ópera *Giovanna d’Arco*, estrenada en el teatro La Scala de Milán en 1845.

4

Amor y honor

El modelo de las relaciones entre el hombre y la mujer cambia con la aparición en Francia del *fine amour* o amor cortés en el siglo XII. Los personajes femeninos asumen un papel central en las historias de amor. La *dama*, palabra derivada del latín *domina* que significa dominante, asume el rol principal frente a un joven caballero que se enamora de ella poseído por su belleza y un fuerte deseo carnal. Como en las artes militares, el hombre iniciará un asedio para la conquista de su amada, que a veces es la esposa de otro señor feudal, incluso el mismo señor al cual sirve el caballero enamorado.

La dama está socialmente por encima de su pretendiente y esto se demuestra en la estrategia de seducción del hombre, que muestra con

los gestos y las palabras su sumisión para conseguir el amor.

En la conquista, la mujer juega sus bazas, sabe que su cuerpo le pertenece a su marido y el adulterio supondría violar el honor del esposo, por ello dosifica sus gestos y la seducción se convierte en un ritual por etapas. El amor cortés es una aventura que pide discreción a la espera de una recompensa: el favor de la dama.

Pero, además, el amor cortés realza los valores de la virilidad del caballero y pone en jaque la figura del matrimonio. La Iglesia católica defendía los principios morales del sacramento y el respeto entre los cónyuges sin tener en cuenta los sentimientos de los comprometidos. Los sacerdotes en la Edad Media no hablaban del amor ni de la búsqueda del placer sexual en el matrimonio, ya que esto podía conducir al desorden. En cambio, el amor cortés cuestionaba el matrimonio nacido de la razón y del pacto por la defensa de los intereses familiares, y se entregaba al placer de lo desconocido en brazos de un amante. Los caballeros Lancelot y Tristán encarnan este amor adúltero y pasional frente a la monotonía del matrimonio.

Este modelo de comportamiento se conoce gracias a los poemas escritos para el divertimento de los cortesanos y es uno de los géneros literarios más importantes de la Edad Media en Europa.

Damas y caballeros de la nobleza se reunían y disfrutaban al escuchar las leyendas de jóvenes personajes heroicos cuyas hazañas y conquistas ensalzaban su honor y amor. Estas obras mostraban los valores y las estructuras de la sociedad feudal, una sociedad masculina fuertemente jerarquizada.

Los orígenes franceses del amor cortés nos conducen a la novela de caballerías desarrollada en Francia también a partir del siglo XII con el género literario del *roman*. Sus autores eran hombres cultos que inicialmente componían en versos pareados octosilábicos con rima consonante. En el último tercio del siglo XII los *romans* se expandieron por las grandes cortes europeas incorporando leyendas de origen celta difundidas por los juglares y por autores cultos como Geoffrey de Monmouth, autor de la *Historia Regum Britanniae*, que ya hemos visto en este libro cuando nos acercamos a la leyenda del rey Arturo.

Los *romans* marcaron el tránsito de las leyendas de transmisión oral a una nueva literatura escrita en lengua vulgar, diferente de la literatura eclesiástica en latín, y se convirtieron en un barómetro que marcó la evolución de los gustos de la sociedad de la época. La denominada *materia de Bretaña*, de

la que ya hemos hablado en la leyenda del rey Arturo, fue el punto de encuentro entre las leyendas de origen celta y la latinidad. Las migraciones britanas a la península francesa de Armórica y la presencia de los normandos en suelo bretón facilitó el encuentro entre las dos culturas.

Las leyendas del presente capítulo cuentan las aventuras de los amantes más conocidos de la historia medieval europea: amores adúlteros como el idilio protagonizado por el caballero Lancelot con la reina Ginebra, escrito por Chrétien de Troyes; clásicos de la literatura medieval como la venganza de la princesa Crimilda, en el *Cantar de los nibelungos;* e historias de amor con un final trágico como los Amantes de Teruel o Tristán e Isolda. Conozcamos sus argumentos y hasta qué punto fueron verídicas estas leyendas.

SIGFRIDO Y CRIMILDA. *EL CANTAR DE LOS NIBELUNGOS*

El *Cantar de los nibelungos,* o *Nibelungenlied* en alemán, es un poema épico de origen germano dividido en 39 cantos. Está considerado uno de los grandes clásicos anónimos de la literatura medieval junto al poema del *Cantar del Mío Cid* en España y la *Chanson de Roland* en Francia, ambos con una presencia significativa en este libro.

El filólogo y profesor suizo Johan Jakob Bodmer publicó en 1757 un fragmento del *Cantar de los nibelungos* después de su hallazgo entre los manuscritos antiguos de la biblioteca del conde de Hohenems, en Suiza. Desde entonces han aparecido tres docenas de manuscritos relacionados con la obra, fechados entre los siglos XIII y XVI. Esta proliferación de versiones hace suponer que el poema tuvo una gran aceptación y difusión a finales de la Edad Media. El poema original no se ha conservado y las copias difieren entre ellas en más de un detalle, por ello los estudiosos han discutido para determinar qué manuscritos estaban más cerca de la versión original. El resultado del debate fue que las copias más fieles eran las denominadas A, hallada en Hohenems y conservada en la Biblioteca Nacional de Múnich; B, conservada en el monasterio suizo de Saint Gall; y C, que está en el pueblo alemán de Donaueschingen.

El *Cantar de los nibelungos* es un poema anónimo, pero los especialistas en literatura no han renunciado a conocer su autoría. En las conjeturas para averiguar la identidad del autor juega un papel principal un poema de unos 4.000 versos titulado *Die Klage* o *El planto,* que aparece en casi todos los manuscritos como un complemento al *Cantar de los nibelungos*. En el poema *Die Klage* se afirma que el obispo

de Passau, mecenas de la obra, encargó una versión latina al maestro Konrad, un escribiente que trabajaba a su servicio. Es muy probable que el maestro Konrad también fuera el autor del *Cantar de los nibelungos* y que conociera bien las tierras del Danubio, por las detalladas descripciones que hace de la zona, siendo con toda seguridad allí donde redactó la obra.

Los dos protagonistas principales del cantar son Sigfrido y Crimilda. La princesa Crimilda era hija del difunto rey burgundio Dankrat y de la reina Ute. Crimilda vivía en la ciudad de Worms, en el país de los burgundios, cerca del río Rhin, con su madre y hermanos Gunther, Gernot y Geiselher, todos ellos poderosos caballeros. La muchacha destacaba por su belleza física y espiritual. Un día soñó que amaestraba un halcón, pero dos águilas lo mataban delante de sus ojos; Crimilda le contó el sueño a su madre Ute que le advirtió que el halcón sería su esposo, un hombre de noble linaje, que pronto moriría.

Sigfrido era hijo del rey Sigmund y de la reina Sigelinda, que vivían en la ciudad de Xanten, en las regiones bajas del Rhin. Era un audaz caballero que había matado a los príncipes Schilbung y Nibelung del legendario pueblo de los nibelungos tras discutir por el reparto de un tesoro. Después de aquello, Sigfrido se convirtió en un famoso héroe poseedor de la espada *Balmung*, que había pertenecido al rey nibelungo, y de un manto mágico capaz de hacer invisible a quien se lo ponía.

El protagonista del cantar había decidido partir hacia Worms para pedir la mano de Crimilda, seducido por su incomparable belleza. Después de un año junto a Gunther, nuevo rey de los

burgundios tras la muerte de su padre, conoció a la doncella y se casó con ella ofreciendo el tesoro de los nibelungos como regalo de bodas. Por otra parte, Gunther había decidido tomar por esposa a Brunilda, reina de Islandia, que se caracterizaba por su belleza y su fuerza física. Brunilda pedía superar tres pruebas a los que querían su amor, si los pretendientes fallaban en una sola perdían la vida. Sigfrido ayudó a Gunther y con el manto mágico superó las pruebas sin que Brunilda se diera cuenta de nada.

Pronto surgió un odio feroz entre Crimilda y Brunilda, que se disputaban el protagonismo en la corte de los burgundios. En una indiscreción, Crimilda confesó cómo su esposo Sigfrido había ayudado a Gunther a conseguir el amor de Brunilda. Esta última decidió vengarse de lo sucedido a través de Hagen, un caballero de la corte de Gunther que sabía cuál era el punto débil de Sigfrido y deseaba el

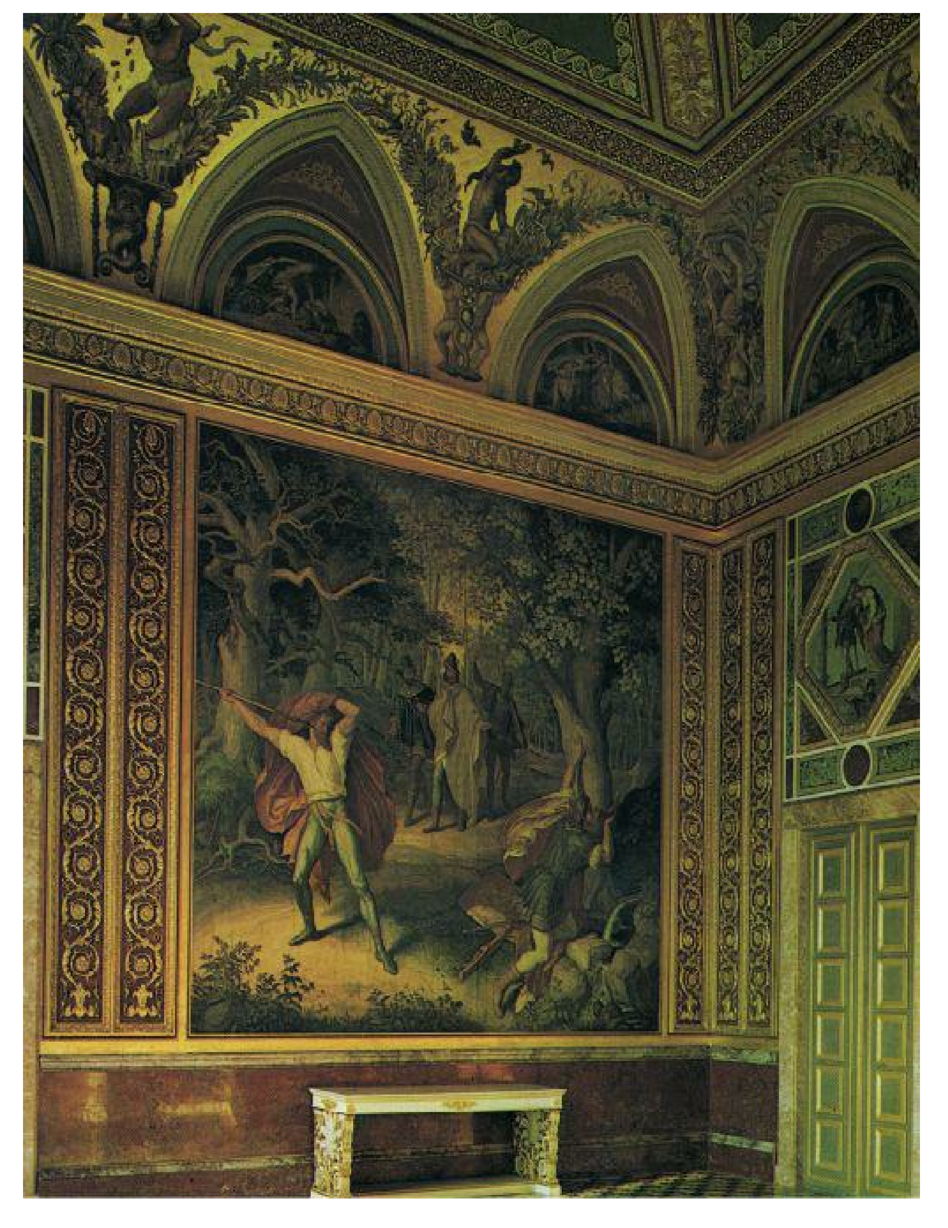
tesoro de los nibelungos. Crimilda le había confesado en secreto a Hagen que Sigfrido consiguió su fuerza sobrenatural bañándose con la sangre de un dragón, y que, mientras el héroe se bañaba, una hoja de tilo le había caído sobre su espalda, convirtiéndose este en su único punto débil.

Gunther y Hagen organizaron pérfidamente una gran cacería que acabó con la vida de Sigfrido y se apoderaron del tesoro de los nibelungos hundiéndolo en lo más profundo del río Rhin.

Los años pasaron y Atila, rey de los hunos, después de enviudar, quería tomar una nueva esposa.

A sus oídos había llegado que en el país de los burgundios vivía una orgullosa viuda de nombre Crimilda y envió mensajeros para pedir su mano. Crimilda accedió a la boda, y a los siete años de la unión la nueva reina dio a luz un hijo de nombre Ortlieb. Cuando estuvo segura que tenía la estima de todo su pueblo empezó a planificar la venganza de la muerte de Sigfrido. El rey Atila, aconsejado por Crimilda, invitó a su corte al rey Gunther, que aceptó pese a las advertencias de Hagen.

Los burgundios emprendieron un largo viaje hasta la corte del rey Atila. El odio que Crimilda sentía contra Hagen no se había consumido y la reina pidió a sus vasallos hunos que vengaran los agravios que había sufrido en los tiempos pasados. Después de sangrientas batallas Gunther y Hagen fueron capturados y llevados ante Crimilda, que los hizo encarcelar por separado. Crimilda exigía a Hagen que le revelara el paradero del tesoro de los nibelungos, pero este se negó y ello le costó la vida a él y al rey Gunther. El caballero Hildebrand, al ver como la reina Crimilda cortaba la cabeza de los dos héroes burgundios, lleno de cólera se precipitó contra ella y la mató de un golpe de espada. La venganza de Crimilda había terminado en luto, era el fin de la tragedia de los nibelungos.



Sala de los nibelungos en el palacio de Munich, decorada con un fresco obra de Julius Schnorr von Carolsfeld, de 1825.

En él se representa cómo el caballero Hagen mata a Sigfrido de una lanzada. La temática épica germánica, como la que recoge el Cantar de los nibelungos, despertó el interés de la corte bávara de Luis II (1845-1876), muy influenciado por su protegido el compositor musical Richard Wagner.

La mayoría de los personajes del *Cantar de los nibelungos* pertenece a la

esfera legendaria. Sin embargo, la *Lex Burgundiorum* del año 601 menciona que el rey burgundio Gundaharius (un nombre sospechosamente similar al Gunther del *Cantar*) reinó en la zona de Worms y en el año 436 fue vencido por los hunos. Por supuesto, el famosísimo jefe huno Atila es un personaje histórico. Sin embargo, hay que tomar con cautela esta relación de personajes verídicos con los legendarios en la obra. El Romanticismo creyó descubrir siglos después, en el siglo XIX, una base histórica en la leyenda, pero en la epopeya del *Cantar de los nibelungos* los visos de realidad son secundarios, porque lo importante no son los acontecimientos, sino los personajes: su actitud noble, la belleza, el dominio de sus instintos, la fidelidad y la generosidad. El autor reúne personajes históricos que no se conocieron en la vida real y los mezcla con argumentos fabulosos y legendarios.

En resumen, podemos afirmar que estamos ante un poema épico que mezcla elementos germánicos con elementos de la literatura caballeresca. Durante los siglos XVII y XVIII el *Cantar de*



los nibelungos permaneció en el más completo de los olvidos, y no es sino a partir del Romanticismo cuando se extiende el entusiasmo por el cantar con versiones teatrales, óperas, traducciones y obras en las diferentes artes plásticas. Entre sus grandes estudiosos encontramos algunos de los principales intelectuales del siglo XIX como el dramaturgo y científico Johann Wolfgang von Goethe; el compositor alemán Richard Wagner, que compuso el ciclo de cuatro óperas conocido como *Der Ring des Nibelungen* o el *Anillo del Nibelungo,* estrenado en 1876; el filólogo y escritor Wilhelm Grimm, que publicó en 1829 las *Leyendas heroicas alemanas;* o el dramaturgo y poeta Friedrich Hebbel, que creó en 1862 la trilogía *Die Nibelungen*.

Brunilda junto a su caballo Grane, interpretados por la soprano austríaca Amalia Materna y el semental negro Cocotte. En agosto de 1876 se estrenó

el ciclo operístico el Anillo del Nibelungo, obra del compositor alemán Richard Wagner, en un teatro construido ex profeso para la ocasión: el Bayreuther Festspielhaus, en la ciudad alemana de Bayreuth. Wagner trabajó más de 20 años en la obra y su primera representación se convirtió en un gran evento social: asistieron a su estreno miembros de la realeza, directores de ópera de todos los teatros de Alemania y más de sesenta críticos procedentes de rotativos tan prestigiosos como The New York Times o The Daily Telegraph.

TRISTÁN E ISOLDA

La leyenda de Tristán e Isolda, tal y como la conocemos actualmente, es una herencia del romanticismo difundida en el siglo XIX a través de la ópera homónima del compositor alemán Richard Wagner. El verdadero origen de la leyenda lo hallamos en la Edad Media, en la ya citada *materia de Bretaña*, que sintetiza la tradición de origen celta con la literatura medieval francesa. Las primeras referencias a la historia tristaniana las descubrimos en el siglo XII, en los versos de trovadores provenzales como Cercamon, Guerau de Cabrera o Bernat de Ventadorn, afianzando la hipótesis de que la leyenda ya era conocida en Francia antes de su fijación por escrito.

Las fábulas transmitidas oralmente por los bardos se fijaron en la literatura medieval francesa cambiando el centro de interés de los autores, que pasó de la recreación de escenas del mundo clásico griego y romano a las tradiciones del mundo céltico. Los orígenes literarios de la leyenda tristaniana los encontramos en las cortes señoriales del norte de Francia, en la segunda mitad del siglo XII. *Tristán e Isolda* es un poema escrito contemporáneamente a algunas obras de Chrétien de Troyes como la historia de Lancelot; ambas piezas clave de la literatura artúrica, tal y como veremos en este capítulo.

La primera versión escrita conservada es obra del autor anglonormando Tomás de Inglaterra, fechada entre 1172 y 1175. Más adelante, en el último tercio del siglo XII, el poeta normando Béroul compuso una nueva versión para alguna corte nobiliaria del norte de Francia de la que solo se han conservado 4.485 versos. Entre 1170 y 1185, el poeta alemán Eilhart von Oberge debió de escribir la primera versión de la leyenda fuera del ámbito francés, dedicada a Matilde, hija del rey inglés Enrique II Plantagenêt y de Leonor de Aquitania. Por último, cabe destacar otro poeta alemán, Gottfried von Strassburg, que retomó a principios del siglo XIII la leyenda de Tristán e Isolda con un poema del que se han conservado casi 20.000 versos. Es

posible que existiera un poema común anterior que sirvió de fuente de inspiración a todos estos autores, pero no se ha conservado, así que de momento no deja de ser una conjetura.

La historia de Tristán e Isolda es uno de los grandes mitos amorosos de la Edad Media que se difundió por todas las cortes europeas con gran rapidez a partir de la segunda mitad del siglo XII. La traducción a las principales lenguas literarias de la Europa medieval y las bellísimas miniaturas que ilustraban los ejemplares atestiguaban su fama internacional. En las primeras décadas del siglo XIII se prosificaron las aventuras de los caballeros de la mesa redonda y la leyenda tristaniana siguiendo la moda literaria de la época, cosa que contribuyó a perpetuar su éxito.

La prosificación de la leyenda de Tristán e Isolda convirtió la historia en un relato de aventuras de caballerías muy vinculado a la corte del rey Arturo. Tristán ocupó el lugar del caballero Morholt en la mesa redonda y participó en la búsqueda del santo grial.

El Tristán en prosa tuvo una gran influencia del *Lancelot en prosa,* ambos eran considerados un prototipo de caballero del *fine amour* o amor cortés y sus leyendas se desarrollaron en un mismo espacio tiempo: la Britania del rey Arturo. En la figura de Lancelot el amor era la fuente de sus

proezas, él era el modelo perfecto de amante y caballero. Pero en Tristán la figura del héroe estaba opuesta a la del amante, su amor por la reina Isolda le empujó a romper con sus obligaciones sociales y huir de Cornualles. Lancelot y Tristán fueron los héroes que más influyeron en la tradición literaria caballeresca española. Sobre todo en la figura de Amadís de Gaula, contribuyendo en la configuración del personaje y en algunos episodios de la obra.

Tristán era hijo de Rivalín, rey de Leonís, y de Blancaflor, hermana del rey Mark de Cornualles.

Su padre perdió la vida luchando en el campo de batalla contra el duque Morgan, y su madre murió al dar a luz. Debido a estas trágicas circunstancias el nombre del recién nacido fue *Tristán,* triste, en su lengua original. Tras la muerte de sus padres, se encargó de su educación el caballero Goverval, que se convirtió en su maestro y amigo. Pasados unos años, su tío, el rey Mark de Cornualles, ordenó a Tristán caballero en la corte de Tintagel. Recibió las armas y volvió a Leonís para derrotar al duque Morgan, al que mató en un duelo.

Tintagel, situado en la costa atlántica de Cornualles, en el suroeste de la actual Inglaterra, era sometido a un tributo deshonroso por el rey de Irlanda, que exigía el pago de trescientos jóvenes y trescientas doncellas cada cinco años. El encargado de recaudar el tributo era Morholt, un hombre de tamaño descomunal con una fuerza sobrehumana que ningún caballero se atrevía desafiar. Tristán retó y mató a Morholt, pero este antes de morir lo hirió con su espada. La muerte de Morholt conmocionó al reino de Irlanda y a su sobrina, la joven princesa llamada Isolda la Rubia, también conocida como Iseo o Yseult, que prometió odiar a su asesino.

La herida de Tristán empeoraba cada vez más y los médicos de la corte de Tintagel no la podían sanar. Pensó en buscar el remedio en un país lejano y partió en una barca a mar abierto sin rumbo.

Después de siete días, las olas lo empujaron a la costa, pero para su desgracia aquel país era Irlanda.

Oculto bajo el nombre de Tantris, sus heridas fueron curadas nada más y nada menos que por una princesa, Isolda la Rubia, que había aprendido de su madre cómo preparar pócimas y ungüentos. Al cabo de unos días la herida sanó, y Tristán decidió volver a Tintagel antes de ser descubierto.

En el reino de Cornualles el rey Mark había llegado a la edad de tomar esposa, pero anunció que solo convertiría en reina a la dueña de los cabellos rubios que le habían traído unas golondrinas. Al observarlos, Tristán identificó que pertenecían a la bella Isolda y se ofreció para ir a buscarla con un centenar de caballeros. Llegados de nuevo a Irlanda, liberó a sus habitantes del yugo de un dragón que atemorizaba el país, pero la lengua de la bestia infectó su sangre y cayó sin sentido. Por segunda vez, Isolda curó las heridas de Tristán con raíces y hierbas aromáticas; durante el proceso, descubrió que él era el asesino de su tío Morholt e intentó matarle, pero sus explicaciones la convencieron.

Tristán pidió al rey de Irlanda la mano de la princesa para el rey Mark de Cornualles.

Durante el viaje a Cornualles, la víspera de San Juan, Tristán e Isolda bebieron por accidente un brebaje preparado por la reina de Irlanda para que el amor entre Isolda y el rey Mark fuera eterno.

Aquel mismo día se hicieron amantes. Llegados a la corte de Tintagel, los barones del rey Mark empezaron a sospechar de los frecuentes encuentros entre Tristán y la reina en ausencia del monarca.

Presionado por sus caballeros, Mark decidió espiarlos sin descubrir inicialmente su historia de amor. Pero al final, en un descuido, Tristán manchó con la sangre de una herida las sábanas del lecho de Isolda y el rey descubrió el romance condenándolos a la hoguera.

Los amantes huyeron al bosque de Morois perseguidos por los barones del rey Mark. Allí se escondieron durante más de dos años hasta ser sorprendidos por el monarca una mañana mientras dormían. Mark, al verlos dormir vestidos, pensó que la relación era casta y les perdonó la vida, pero dejó objetos que descubrían su presencia allí. Finalmente, con la mediación del ermitaño Ogrín, el rey perdonó a Isolda, que volvió a Tintagel, y Tristán se exilió fuera de Cornualles.



Tristán corteja a Isolda bajo la atenta mirada del rey Mark de Cornualles. The end of the song es obra del pintor inglés Edmund Blair Leighton, fechada en 1907. Leighton centra su producción en los personajes históricos de la Edad Media, su obra muestra una clara nostalgia por el pasado caballeresco.

Después de servir a varios reyes con su espada, Tristán llegó a la Armórica, en la Bretaña continental. Allí conoció a Isolda de las Blancas Manos, hija del duque Hoel y hermana del caballero Kaherdín. Tristán se casó con Isolda de las Blancas Manos porque era bella y su nombre le recordaba a su amada, pero en realidad no era un hombre feliz y ocultaba su tristeza a los que le rodeaban. Viajó de incógnito varias veces a Cornualles para ver a la primera Isolda, acompañado por Kaherdín en alguna ocasión.

De regreso a la Armórica, Tristán y Kaherdín se enfrentaron al caballero Estolt el Orgulloso de Castel Fer y sus seis hermanos. La lucha fue dura y no cesó hasta la muerte de todos los hermanos.

Tristán recibió una herida de una espada envenenada que ningún médico sabía curar, por ello pidió a Kaherdín que volviera a Tintagel en busca de Isolda la Rubia, que con sus artes curativas era la única que podría impedir su muerte. Isolda de las Blancas Manos se enteró de los planes de su esposo y maquinó una venganza poseída por los celos. Cuando la nave de Kaherdín e Isolda la Rubia llegaba izó una vela blanca, pero Isolda de las Blancas Manos le dijo a Tristán que el barco llevaba una vela negra. Tristán pensó que su amada, Isolda la Rubia, no iba en la embarcación y murió. Isolda la Rubia saltó a tierra y tan rápido como pudo llegó al lado de Tristán, pero no encontró sino el cadáver de su amado, se acostó a su lado y murió junto a él.

La singularidad del amor de Tristán e Isolda no es el adulterio, que incluso era literariamente consentido por los trovadores de la época, sino el amor accidental pero inevitable que enfrenta a los dos amantes con la sociedad que los rodea. La obra está llena de dramatismo porque ninguno de los dos protagonistas puede luchar contra la pasión desatada por la poción mágica en forma de vino de hierbas que toman casualmente. El filtro mágico es una novedad que no tiene antecedentes en la literatura de caballerías, sirve para justificar el adulterio y la traición de los protagonistas. Su amor quebrantará las reglas del amor cortés, pues deja a la corte del rey Mark sin uno de sus mejores caballeros y la propia reina abandona su puesto para huir con su amado. El amor de Tristán e Isolda es un amor trágico nacido de una poción que será fuente de dolor y muerte. Esta fatalidad sirvió como ya dijimos a Richard Wagner para inspirar una de sus óperas más conocidas, estrenada en 1865

con gran éxito.

Pero ¿existieron históricamente las figuras de Tristán e Isolda? Un argumento favorable a esta hipótesis fue el hallazgo de un monumento funerario conocido como la *Piedra de Tristán* en el Castillo de Dore, cerca del pueblo de Fowey, en Cornualles. En la piedra hay una inscripción latina que dice: « *Drustanus hic iacit cunomori filius*» (Aquí yace Drustanus hijo de Cunomorus). Según esta hipótesis, la letra de Drustanus se transformó en una T y derivó en el nombre de Tristán.



Cunomorus era la forma latina del nombre Cynvawr, un rey de Cornualles en la primera mitad del siglo VI y contemporáneo del rey Arturo. Wromonoc, un monje bretón del siglo IX autor de *Life of Saint Paul Aurelian*, también cita al rey Cynvawr como Mark.

La Piedra de Tristán es un monolito funerario de la alta Edad Media que se encuentra al noroeste del pueblo de Fowey, en Cornualles (Inglaterra). Una placa colocada por la Fowey Old Cornwall Society informa a los visitantes de que en la cara sur del monumento se puede leer la inscripción «Drustanus hic iacit cunomori filius» (Aquí yace Drustanus hijo de Cunomorus). En el siglo IX la obra Life of Saint Paul Aurelian relacionó a

Cunomorus con el rey Mark de Cornualles, contemporáneo del rey Arturo.

Todas estas pruebas nos hacen pensar que tal vez existió en el siglo VI un caballero llamado Drustanus, hijo del rey Cynvawr de Cornualles. Los *romans* medievales transformaron Drustanus en Tristán y Cynvawr en el rey Mark, novelando la historia de sus vidas. Por lo que respecta a la historicidad de la figura de Isolda, el pueblo irlandés de Chapelizod (topónimo que significa capilla de Isolda) afirma albergar los restos de la princesa en un intento de demostrar la existencia de la hija del rey de Irlanda.

LANCELOT Y GINEBRA

Lancelot era uno de los caballeros más famosos de la mesa redonda y, a la vez, el hombre de confianza del rey Arturo. Su amor por la reina Ginebra le arrastró a una pasión adúltera que acabó por destruir la unidad de la corte de Camelot. En la segunda mitad del siglo XII, el escritor francés Chrétien de Troyes, de quien ya sabemos cuando analizamos la leyenda del rey Arturo, escribió sus novelas o *romans*, entre ellos el titulado *Lancelot o el caballero de la carreta*, génesis de esta leyenda.

Chrétien de Troyes nació hacia 1135 y estuvo como escritor bajo el servicio del conde de Champagne. Después también sirvió a Felipe de Alsacia, conde de Flandes y rival de su primer mecenas. Chrétien escribió cinco *romans* en versos octosílabos pareados: *Erec y Enide* (1170, aproximadamente), *Cligés* (1170-1176), *Ivain o el caballero del León* (1176-1181), *Lancelot o el caballero de la carreta* (1177-1181) y *Perceval o el cuento del grial* (1181-1190). Con estas obras Chrétien crea un modelo de novela de tema artúrico basado en la ya conocida *materia de Bretaña*.

Sus obras sintetizan las leyendas de raíces celtas transmitidas oralmente y la herencia de la cultura clásica grecorromana.

Lancelot o el caballero de la carreta fue escrita por Chrétien simultáneamente a *Ivain o el caballero del León*, cuando ya gozaba de la fama de sus anteriores novelas. La historia de Lancelot fue una obra por encargo escrita en honor de María, condesa de la Champagne. Chrétien había sido siempre un defensor de la compatibilidad del matrimonio con la tarea de caballero, y puede que las discrepancias con su mecenas, que prefería incorporar elementos del *fine amour* o amor cortés, fueran el motivo de algunas incongruencias en la obra, como el amor adúltero del caballero con la reina Ginebra. También es

posible que estas presiones fueran el motivo por el que no terminó su redacción y dejó el final en manos de su discípulo Godofredo de Leigni.

En el primer tercio del siglo XIII los poemas de la literatura artúrica fueron prosificados. Esto supuso la consolidación del género y la posibilidad de desarrollar de forma más extensa y detallada la acción. El *Lancelot en prosa* formaba parte de la denominada *Vulgata artúrica,* que recopilaba las aventuras del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda, fue compuesta entre 1215 y 1230

por un autor desconocido y estaba formada por tres partes: *Lancelot propre o Libro de Lancelot*, *Queste du Saint Graal* o *La demanda del santo grial* y *La Morte le Roi Artu* o *La muerte del rey Arturo*. Más adelante, entre 1469 y 1470, el escritor inglés Thomas Malory escribió durante su estancia en la prisión de Londres los 21 volúmenes de *La muerte de Arturo,* una nueva epopeya de los caballeros de la mesa redonda. La obra de Malory marcó la transición del *roman* a la novela moderna por su riqueza y sencillez de estilo. La pasión por este tipo de obras llegó a España de forma tardía en 1508 con la publicación de la novela de caballerías *Los cuatro libros del esforzado caballero Amadís de Gaula,* obra de Garci Rodríguez de Montalvo.

El relato de la obra de Chrétien empieza con una historia originaria de la mitología celta, el rapto de una reina, en este caso Ginebra, que tenía que ser rescatada del reino de los muertos por un héroe.

La originalidad de Chrétien estuvo en convertir a Lancelot en el amante de la reina Ginebra, pero el autor prefirió centrarse más en la historia romántica que ponía el amor por encima del honor y no profundizó tanto en el adulterio como hicieron los novelistas posteriores. Conozcamos, ahora sí, el argumento del relato de Chrétien.

Un altivo caballero procedente del reino de Gorre llamado Meleagante apareció un día en la corte del rey Arturo advirtiendo de que tenía prisioneros a muchos de sus vasallos. Lanzó un desafío al rey y a quien los quisiera liberar: para que sus hombres volvieran a Logres, situado en el actual sureste de Inglaterra como sabemos, la reina Ginebra tenía que ir hasta un bosque vecino acompañada por un caballero. Meleagante mediría sus fuerzas con el campeón de Logres y si salía vencedor la reina le acompañaría con el resto de cautivos; si era derrotado por el hombre de Arturo los prisioneros serían liberados. El escogido para vengar tal afrenta fue el caballero Keu, un fiel vasallo del rey, que fue derrotado por Meleagante.

Los caballeros de la tabla redonda Gawain, también llamado Gauvain o Galván, y Lancelot iniciaron la búsqueda de Ginebra por separado. Lancelot vivió diferentes hazañas hasta llegar al reino de Gorre, donde se batió en duelo con Meleagante por el rescate de Ginebra. Lancelot venció, bajo la atenta mirada de la reina prisionera en una torre del castillo. Junto con Ginebra fueron liberados el resto de cautivos, entre ellos el caballero Keu herido en el primer combate. Ginebra dispensó un frío recibimiento a su salvador que, decepcionado y después de pactar con Meleagante que el combate se volvería a repetir al cabo de un año en Logres, decidió ir en busca de Gawain mientras el resto del grupo se quedaba en Gorre preparando el viaje de retorno.

Una falsa noticia difundió que Lancelot había muerto a manos de los habitantes de Gorre después del combate. Al saberlo, Ginebra se llenó de dolor pensando que su cruel acogida había sido la causa de la muerte. Lancelot volvió al lado de la reina y se reconcilió con ella. El deseo se había apoderado de ambos y decidieron volver a verse aquella misma noche. Al oscurecer Lancelot entró en los aposentos de la reina rompiendo los barrotes de hierro de la ventana, pero se cortó con el filo de una reja. Después de una noche de amor, el caballero abandonó el lecho de su dama pero dejó una mancha de sangre en las sábanas. No podemos evitar observar en este punto de la historia las enormes similitudes entre las leyendas de Tristán y Lancelot, ambos entregados al amor adúltero de una reina. El personaje de Lancelot fue el modelo seguido para definir la figura de Tristán. Pero volvamos de nuevo a la narración.

Meleagante, furioso por su derrota, vio las manchas en la cama y las relacionó con las heridas de Keu que dormía en la misma sala. La lógica le llevó a acusar a Ginebra de adulterio con Keu, y como este estaba débil, Lancelot fue el encargado de lavar el honor de su dama volviendo de nuevo a ganar el combate. Después de la victoria, un enano traidor tendió una trampa a Lancelot y este cayó prisionero de Meleagante, que siguió conspirando: envió una carta a Ginebra y a los caballeros de la mesa redonda en nombre de Lancelot para que volvieran a Logres diciendo que él les esperaba allí.

Pero al llegar a la corte de Arturo todos quedaron desolados porque el héroe estaba desaparecido.

La corte de Arturo organizó un torneo tras la vuelta de Ginebra a Logres. Lancelot, al saberlo, suplicó a la mujer de Meleagante que le permitiera asistir con la promesa de que regresaría a su cautiverio al finalizar el certamen. Acudió como el caballero de las armas bermejas (*celui as armes vermoilles*) pasando desapercibido para todos menos

para Ginebra, que lo reconoció y como prueba de amor y sumisión le ordenó que combatiera como el mejor y el peor de los caballeros a lo largo de las jornadas que duró el torneo. Al final Lancelot venció, pero tuvo que regresar en cumplimiento de su promesa. A la vuelta, Meleagante fue informado de lo sucedido y para evitar otra huida lo encerró en una torre a la orilla del mar.



Al cabo de un año Meleagante llegó a Logres reclamando un nuevo combate con Lancelot, que apareció en el último instante gracias a la ayuda de una dama a la que había auxiliado en una de sus hazañas antes de rescatar a Ginebra. En el combate definitivo Meleagante fue derrotado por tercera vez y murió en la lucha. Aquí termina el relato de Chrétien y su discípulo Godofredo de Leigni.

El *Lancelot en prosa* relaciona el amor de Ginebra con el asunto del grial, del que hablaremos en otro capítulo; su búsqueda ya no es una tarea exclusiva de Perceval sino que afecta a todos los caballeros de la mesa redonda. La primera parte de la versión en prosa empieza, a diferencia de Chrétien, contando la historia de la infancia de Lancelot para justificar cómo llegó a convertirse en el mejor de los caballeros del rey Arturo. En *La demanda del santo grial* y *La muerte del rey Arturo* el ciclo continúa con la búsqueda del cáliz sagrado y el final del mundo artúrico. El *Lancelot en Prosa* transmite una sensación de veracidad diferente de las crónicas de Geoffrey de Monmouth, que hemos visto ya en un capítulo de este libro, o los *romans* en verso de Chrétien. La verdad de la versión prosificada se basa en la construcción de un relato estructurado y coherente aunque irremediablemente fuera de la Historia por tratarse de un argumento plenamente maravilloso. Pero

¿existieron realmente Lancelot y Ginebra?

Ginebra es coronada Reina de Mayo con una guirnalda de flores. Pintura

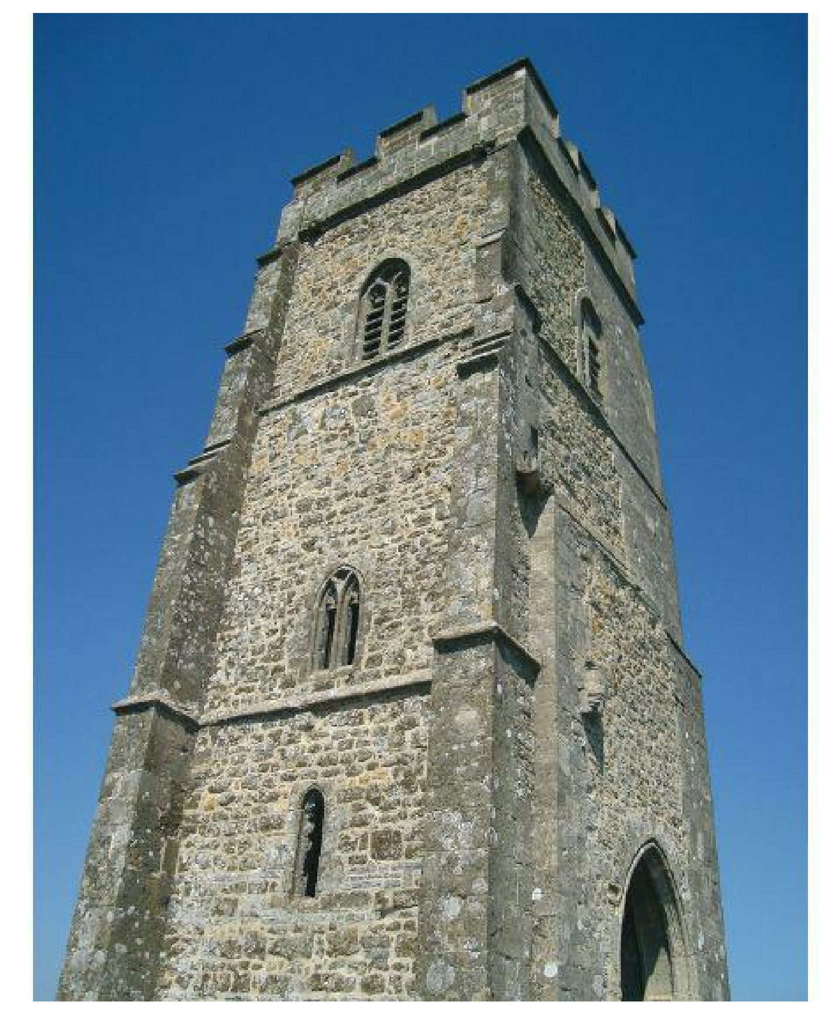
al óleo titulada Lancelot y Ginebra, obra del pintor inglés Herbert James Draper, de 1900. El siglo XIX resucitará el interés por el culto a las leyendas del rey Arturo y sus caballeros, destacando escritores como el poeta inglés Alfred Tennyson o el estadounidense Mark Twain.

En la abadía de Glastonbury, 45 kilómetros al sur de Bristol, en Inglaterra, sobresale una colina llamada Glastonbury Tor *,* que algunos cronistas medievales del siglo XII, como los ya conocidos Geoffrey de Monmouth o William de Malmesbury, habían identificado con la mítica isla de Ávalon.

En el año 1191 los monjes de la abadía afirmaron haber encontrado las tumbas de Arturo y de Ginebra. El secreto se descubrió porque un bardo galés reveló su ubicación al rey inglés Enrique II Plantagenêt y este informó al abad de Glastonbury. Los monjes hallaron a dos metros de profundidad una cruz de plomo con la inscripción: *«Hicfacet sepultus inclitus rex arturius in insula avalonia»*

(Aquí yace enterrado el ínclito rey Arturo, en la isla de Avalón). Dos metros más abajo de la inscripción había una tumba con los restos de un hombre de grandes dimensiones y unos huesos más pequeños con mechones de pelo rubio que se identificaron con la reina Ginebra. En 1248 los restos fueron trasladados a un sepulcro de mármol negro frente el altar mayor por orden del rey Eduardo III.

El arqueólogo inglés Ralegh Radford confirmó en 1962 la existencia de la tumba pero sin poder afirmar a quién había pertenecido. Otros investigadores como Baram Blackett y Alan Wilson han intentado localizar la tumba del Arturo histórico en la iglesia de Saint Peter Super Montem, cerca de Bridgend, en el sur de Gales.



La leyenda de Lancelot y Ginebra incluye los elementos clave de toda novela de caballerías: el espíritu aventurero, la búsqueda de la fama, y el comportamiento que se rige por las pautas del *fine amour* o amor cortés. La personalidad de las novelas artúricas procede de la mezcla entre el imaginario de las leyendas celtas y el universo del amor cortés creado por Chrétien de Troyes en sus novelas. El mito de Lancelot y Ginebra es un ejemplo de los libros de caballerías que tanto éxito tuvieron en todas las cortes europeas. Su argumento pivota sobre tres ejes: la aventura, el amor y el honor. Al final, los protagonistas del triángulo amoroso tendrán que escoger entre un amor imposible o la sujeción a la moralidad de la época. Estamos pues ante otra leyenda conservada por la literatura, como sucede con las de todos los protagonistas del ciclo artúrico.

Ruinas de la iglesia de San Miguel en la colina de Glastonbury Tor, en el

suroeste de Inglaterra. Existe una leyenda, tal y como veremos en otro capítulo de este libro, según la cual José de Arimatea fundó en Glastonbury la primera iglesia cristiana de Britania y en ella escondió el santo grial, 30 años después de la muerte de Jesucristo. A mediados del siglo XII, el monje Caradoc de Llancarfan en su obra Live of Gildas o Vida de Gildas conectó Glastonbury con la leyenda artúrica al narrar que el rey Melwas de Somerset había raptado a la reina Ginebra y la retuvo en Glastonbury. Los estudios arqueológicos apuntan a la posibilidad de que existiera un yacimiento perteneciente a este periodo cronológico.

JUAN MARTÍNEZ DE MARCILLA E ISABEL DE SEGURA: LOS AMANTES DE TERUEL

La historia de los Amantes de Teruel es un amor acabado en tragedia, al igual que lo fue el de Tristán e Isolda. La leyenda siempre ha estado rodeada de dudas y preguntas, los críticos que han cuestionado su veracidad a menudo han motivado avances en su estudio a la búsqueda de respuestas para preguntas como: ¿qué base real tiene la leyenda? ¿Los Amantes de Teruel existieron en realidad? ¿Es una creación de la Edad Moderna o refleja una tradición anterior?

La respuesta a la historicidad de los Amantes de Teruel no está resuelta al gusto de todos pero existen testimonios como la tradición oral, la exhumación de las supuestas momias de los amantes a mediados del siglo XVI, los documentos escritos que narran los hechos y menciones aisladas en la literatura que intentan demostrar su autenticidad.

El argumento de la leyenda narra cómo en 1217 vivía en Teruel un joven llamado Juan Martínez de Marcilla que se enamoró de Isabel de Segura, hija de uno de los hombres más ricos del pueblo. El amor de Marcilla se vio correspondido, pero el padre de la doncella se negó al matrimonio por la diferencia de fortunas. Entonces Marcilla decidió partir en busca de riquezas y pidió a su amada un plazo de cinco años para amasarlas y poder casarse con ella. Isabel de Segura se mantendría fiel a su compromiso pese a las presiones de su padre para que contrajera matrimonio con otro pretendiente.

Finalmente, pasado el plazo sin tener noticias de su amado, cedió a las presiones paternas y se casó con el elegido por su padre.

Al poco de la boda llegó Marcilla con la fortuna necesaria para reclamar a su amada. Al enterarse de lo sucedido intentó hablar con Isabel escondiéndose en la habitación de los recién casados. Aquella

noche Isabel entró en la habitación con su marido y le pidió que respetara un voto de castidad que había prometido. Cuando el esposo dormía, Marcilla salió de su escondite y pidió a Isabel un beso como premio y en recuerdo del amor que sentía por ella. La doncella se lo negó y Marcilla cayó muerto de amor en el suelo de la habitación.

Isabel despertó a su esposo y ambos trasladaron el cadáver a la puerta de la casa de los Marcilla por miedo a ser culpados de asesinato. Al día siguiente se hicieron los funerales por el difunto. El remordimiento torturaba a Isabel, que no podía parar de pensar que había sido la causa de la muerte de su amante. Decidió seguir el cortejo fúnebre hasta la iglesia de San Pedro y allí abrazó el cuerpo inanimado de Marcilla y le dio el beso que le había negado en vida. Después del beso cayó muerta abrazada al cadáver de su amado. Los habitantes de Teruel decidieron enterrar juntos a los difuntos ante tan extraordinarios acontecimientos.

Las primeras alusiones a los Amantes de Teruel las encontramos en una novela anónima de mediados del siglo XV titulada *Triste deleytaçión*. Otra referencia aparece en el *Cancionero navarro* de Herberay des Essarts, de 1463. Pero no fue hasta 1555 cuando se descubrieron en la iglesia turolense de San Pedro dos momias que supuestamente eran las de los Amantes, si bien su identificación era insegura y hacía falta una prueba documental que atestiguara la autenticidad de la leyenda. La voluntad de demostrar la veracidad de los hechos hizo que los restos de los amantes

fueran exhumados hasta tres veces: en 1555, 1586 y 1619.

El debate sobre la autenticidad de las momias tuvo un nuevo episodio recientemente cuando, en 2004, la Fundación de los Amantes de Teruel hizo público el hallazgo del acta de un proceso judicial eclesiástico contra el presbítero Juan Ortiz, los diáconos Miguel Sanz y Juan Mateo Pobo y el sacristán de la iglesia de San Pedro Francisco Hernández, acusados de desenterrar sin permiso los cadáveres de los Amantes la noche del 13 de abril de 1619. No fue un acto de pillaje, cometieron el delito impulsados por la necesidad de saber si la leyenda era cierta.

En 2005 se hicieron públicos unos estudios de tejido muscular y piel de las momias recogidos por un equipo de investigadores de Atapuerca y analizados por la Universidad Complutense de Madrid, el Instituto Carlos III de Madrid y el Instituto Evolución y Comportamientos Humanos de Atapuerca. Las siete muestras analizadas fueron sometidas a las pruebas del carbono 14 y

determinaron que se trataba de los restos de un hombre y una mujer de principios del siglo XIV. La datación de las momias sería un siglo posterior a los hechos de 1217, pero desmentía las teorías de que los cuerpos pertenecían a cadáveres recientes o de la Guerra Civil española.

Otra prueba decisiva apareció en 1619: un protocolo del notario y secretario turolense Juan Yagüe Salas copió de un documento anónimo el relato de la historia de los Amantes de Teruel, convirtiéndose en el documento escrito más valioso para demostrar la historicidad de la leyenda.

Realidad o ficción, la leyenda de los Amantes de Teruel reunió muchos elementos comunes en los argumentos de las obras de la literatura medieval: un amor prohibido, la separación del héroe de su dama o la tragedia final. Podemos encontrar paralelismos en otras leyendas de este libro, como *Tristán e Isolda,* o en el cuento de Girólamo y Salvestra del *Decamerón* de Boccaccio, como analizamos a continuación.

El italiano Giovanni Boccaccio, uno de los autores más importantes de la literatura medieval, escribió a mediados del siglo XIV el *Decamerón* que incluía el cuento de Girólamo y Salvestra, con una temática muy similar a la de los Amantes de Teruel. Esto plantea la pregunta: ¿cuál de las dos narraciones fue la primera, la de los Amantes de Teruel o la contenida en el cuento de Bocaccio?

¿Quién sirvió de inspiración a quién? Los detractores de la autenticidad de la leyenda turolense argumentan que el cuento de Bocaccio fue la primera narración de tema amantístico y que sirvió de inspiración a la tradición española.

La respuesta ha encendido acalorados debates, pero parece claro que primero fue la leyenda de los Amantes de Teruel. Una prueba de ello es que la historia anónima del protocolo de Yagüe Salas comienza con el párrafo diciendo: «Año 1217. Fue juez de Teruel D. Domingo Celada». La fecha de 1217 indica que la cronología del suceso turolense es anterior al *Decamerón* de Bocaccio. En la relación de jueces de Teruel está probada la existencia de Domingo Celada por estas fechas.

Actualmente, estudiosos como Carlos Luís de la Vega o el doctor en literatura Conrado Guardiola Alcover coinciden en señalar que Bocaccio con su cuento enriqueció un texto más primitivo.

La leyenda de los Amantes de Teruel siempre ha estado presente en la literatura española con versiones de algunos de sus mejores autores. Los dramaturgos Tirso de Molina y Juan Pérez de Montalbán escribieron en 1615 y 1638, respectivamente, una versión teatral. Otra célebre interpretación fue la obra del dramaturgo español Juan Eugenio Hartzenbusch titulada *Los Amantes de Teruel* que se estrenó en 1837 en el madrileño Teatro del Príncipe, convirtiéndose en una pieza clave del romanticismo español. El músico español Tomás Bretón, a su vez, compuso una ópera en cuatro actos sobre los Amantes y la estrenó en el Teatro Real de Madrid el 12 de febrero de 1889.

Podemos concluir afirmando que, aunque faltan pruebas definitivas, la figura de los Amantes de Teruel es verosímil y la conocemos gracias a la transmisión por la tradición oral y a un relato básico

que fue ampliado y deformado a lo largo del tiempo por escritores y poetas.

5

Grandes batallas

Las batallas campales fueron los acontecimientos que más impresionaron a los autores medievales.

Su aparatosidad, crueldad, resonancia o consecuencias dejaron una huella profunda en todos los contendientes. Las grandes batallas no fueron habituales en la Edad Media, pero sí eran la forma de resolver los litigios entre dos fuerzas enfrentadas. Sus protagonistas indiscutibles fueron los reyes que, con sus acciones, buscaban obtener prestigio y rivalizaban para adquirir el estatus de héroe en las crónicas y en la historia, conscientes de la fascinación que estos acontecimientos despertaban en cronistas, poetas o trovadores.

La excepcionalidad y espectacularidad de los combates marcaron a los narradores que las vivieron en directo. Frecuentemente, las fuentes contemporáneas a los hechos recordaron con fantasía y de forma distorsionada lo sucedido, relatando la batalla desde el punto de vista de su propio bando. Los autores posteriores que rememoraron la batalla presentaron otro problema diferente. El relato cobraba vida de una generación de cronistas a otra al enriquecerse con nuevos diálogos, personajes, estimaciones subjetivas de los ejércitos, etc. Hay que desconfiar del rigor histórico de algunas narraciones como por ejemplo los cantares de gesta, que tendían a novelar y rellenar los vacíos con invenciones dando una visión sesgada de los hechos.

Conviene aclarar la diferencia entre una leyenda y un cantar de gesta. La primera consiste en una idealización de la realidad, y en la mayoría de los casos es difícil saber cómo, cuándo y quién dio pie a esta deformación de los hechos. En cambio, el cantar de gesta nace cuando un autor decide componer un poema a partir de una leyenda; es una creación debida a la sensibilidad del autor, que convierte en verso una historia. El poeta del cantar de gesta no tiene vocación de historiador, no le importa que la leyenda sea breve o que falte a la verdad, solo busca culminar su obra poética y producir placer en el espectador, como veremos en la *Chanson de Roland*.

Todos los relatos de grandes batallas estaban cargados de un fuerte contenido ideológico. El conflicto entre el islam y la cristiandad encontró en ellas un perfecto marco de desarrollo. Dios o Alá se convirtieron en árbitros supremos que dictaban su veredicto entregando la victoria al contrincante más justo. Los ejércitos acudían a las batallas portando objetos sagrados y reliquias en un intento de atraer el favor divino para garantizar la victoria, tal y como sucede en la batalla de los Cuernos de Hattin. Tierra santa y la península ibérica fueron los escenarios de la lucha contra el infiel, y la reconquista de los territorios ocupados por los musulmanes se convirtió en uno de los temas preferidos y una fuente inagotable de recursos para las plumas de los autores medievales. En este capítulo, la historicidad de las batallas que contamos está fuera de toda duda, pero es necesario analizarlas con detenimiento y comparar las fuentes para poder separar la leyenda de la realidad.

LA BATALLA DE RONCESVALLES Y LA *CHANSON DE ROLAND*

Las disputas entre musulmanes y cristianos empezaron mucho antes de la primera Cruzada en el siglo XI. Tres siglos antes, la península ibérica se había convertido en escenario de esa lucha cuando el bereber Tariq Ibn Ziyad cruzó lo que se acabaría llamando Gibraltar y derrotó en julio de 711 al rey visigodo Rodrigo en la batalla de Guadalete, en la que también participó Pelayo, protagonista de otra leyenda de este libro. Las ansias expansionistas de los musulmanes les empujaron a intentar crear un estado más allá de los Pirineos, pero toparon con la resistencia del pueblo franco. El rey Carlos I el Grande (747-814), más conocido como Carlomagno, quiso reforzar sus fronteras con Al-Andalus creando un territorio intermedio o marca, como ya pudimos ver en la leyenda de Wifredo el Velloso.

La *Chanson de Roland* es un cantar de gesta que cuenta de forma legendaria y poética la batalla de Roncesvalles, acontecida

posiblemente en Valcarlos, en el Pirineo navarro, el 15 de agosto del 778. Está considerada una de las grandes narraciones medievales junto con el poema de *Beowulf* y *El Cantar del Mío Cid*. Pero hagamos una reconstrucción de los hechos históricos para después poder analizar mejor el poema y la leyenda.

Abd al-Rahman I era un príncipe de la dinastía árabe de los Omeyas. En el 750 consiguió escapar de la matanza de su familia en Abú Futrus, en Palestina, organizada por la facción rival de los Abasidas. Llegó a Ceuta procedente del norte de África y en 756 se proclamó emir independiente de Al-Andalus, si bien los gobernadores de las provincias fronterizas se opusieron a su gobierno. En 774 un ejército comandado por el general Thalaba intentó acabar con los rebeldes, pero fue derrotado y su líder hecho preso cerca de Zaragoza.

Pocos años después, en 777, Al-Arabí, gobernador de Gerona y Barcelona, y otros dirigentes opositores a Abd al-Rahman I visitaron en Paderborn, ciudad alemana del actual estado Westfalia, al rey franco Carlomagno con el objetivo de sellar una alianza. Como muestra de sus buenas intenciones le entregaron como rehén al general Thalaba. El gesto convenció sin duda al rey pues en la pascua de 778 partió desde Chasseneuil, en el centro de la actual Francia, un ejército franco con soldados venidos de todos los territorios del imperio. A finales de mayo llegaban frente a Zaragoza, que estaba previsto se rindiera a Carlomagno. Pero Hussayn Al-Ansarí, gobernador de la ciudad, se había pasado al bando de Abd al-Rahman I y cerró las puertas a los francos. Carlomagno pensó que Al-Arabí le había traicionado y lo arrestó. Receloso de un asedio largo en territorio hostil, decidió abandonar Zaragoza y regresar a Francia, si bien antes de llegar a Pamplona, los hijos de Al-Arabí consiguieron rescatar a su padre en una escaramuza. Ello enojó profundamente al rey, que al llegar a Pamplona ordenó destruir las murallas de la ciudad temiendo nuevos ataques.

Los francos cruzaron el pirineo navarro por el camino que va de Roncesvalles al puerto de Ibañeta el 15 de agosto de 778. Entonces la retaguardia del ejército fue atacada por los vascones desde lo alto de las montañas aprovechando una posición ventajosa en el terreno y la ligereza de su armamento. La *Vita Karoli Magni* o *Vida de Carlomagno*, escrita en 830 por su cronista y biógrafo

Eginhardo, relató cómo en la emboscada murieron los mejores caballeros de Carlomagno, incluido un tal Hruodlandus o Rodlando, prefecto de la marca de Bretaña. Los vencedores del ataque se desvanecieron en la noche, pero no hay duda de que fueron los vascos,

aunque se desconoce si fueron los vascos que habitaban al norte del Pirineo, denominados vascones, o los vascos del sur llamados *hispani vascones* por los anales carolingios.

La epopeya de Roncesvalles fue cantada por juglares de toda Europa que transmitieron oralmente lo sucedido en el pirineo navarro. El obispo de Amiens, Guy de Ponthieu, escribió en la segunda mitad del siglo XI el *Carmen de Hastingae proelio* o *Canción de la batalla de Hastings*, donde contaba cómo un juglar llamado Taillefer animó, haciendo uso de la historia del caballero Roldán, a las tropas normandas en la batalla de Hastings, que enfrentó a estos contra los sajones en el sur de Inglaterra el 14 de octubre de 1066. Este dato fue corroborado en 1125 por el historiador inglés William de Malmesbury, a quien vimos relacionado con la leyenda del rey Arturo. El juglar Taillefer habría trasladado el relato de Normandía al sur de Inglaterra. Seguramente su descripción de lo acontecido en Roncesvalles estaba llena de imprecisiones históricas y fabulaciones, pues el objetivo principal era captar la atención del público y no hacer historia. Pero ¿cuándo pasó la leyenda de Roncesvalles de la tradición oral para fijarse en los textos escritos?

El manuscrito más antiguo conservado de la *Chanson de Roland* está actualmente en la Biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford, consta de 4.002 versos decasílabos con rima asonante y lo podemos fechar entre 1130 y 1150. El poema presenta marcados rasgos lingüísticos anglonormandos, el francés hablado en Inglaterra después de la conquista normanda, por lo que suponemos que su autor fue un poeta culto del sur de Inglaterra. El polémico último verso del manuscrito de Oxford dice: « *Ci falt la geste que Turoldus declinet*» («aquí acaba la gesta que Turoldus declina») y dependiendo de la traducción que se dé a la palabra *declinet* veremos en el misterioso Turoldus al autor, al traductor, al copista o al juglar del poema. El texto del manuscrito de Oxford fue publicado por primera vez por el filólogo francés Francisque Michel en 1837.

La leyenda fijada en la *Chanson de Roland* relata cómo el rey Carlomagno había conquistado España en siete años excepto la ciudad de Zaragoza, gobernada por el rey moro Marsil. Sin duda una fantasía desde el punto de vista histórico porque Carlomagno solo estuvo tres meses en la península Ibérica llegando a las puertas de Zaragoza, ciudad que nunca pudo someter. La leyenda sigue contando cómo una embajada musulmana ofreció al rey franco tesoros y riquezas si se alejaba de Zaragoza y Carlomagno, aconsejado por su sobrino Roldán, escogió a Ganelón como emisario para concretar las condiciones del pacto.

Ganelón es un personaje ficticio que en la *Chanson de Roland* formaba parte de la corte de Carlomagno y era padrastro de Roldán. Enfurecido por haber sido elegido, convenció al rey Marsil de que nunca conseguiría la paz si antes no mataba al caballero Roldán. Ambos decidieron enviar a Carlomagno ricos presentes y la promesa del bautismo de Marsil antes de un año. El rey franco, confiado, aceptó regresar a Francia y a sugerencia de Ganelón encargó a Roldán la jefatura de la retaguardia con 20.000 caballeros a su mando. Junto a Roldán marcharon los 12 pares de Francia, los caballeros más valerosos del reino franco, entre los que destacaban el conde Oliveros y el arzobispo Turpín.

Entretanto, Marsil había armado un ejército de 400.000 hombres a la espera de atacar a Roldán en Roncesvalles. Al ver la emboscada, el caballero Oliveros pidió a Roldán que hiciera sonar el olifante, un instrumento de viento tallado sobre el colmillo de un elefante, para avisar a Carlomagno del ataque, pero el protagonista del cantar se negó al considerarlo un acto de cobardía. Durante el combate murieron miles de musulmanes a manos de los caballeros francos, pero la inferioridad



numérica obligó a Roldán a soplar el olifante, demasiado tarde, pues los 12 pares de Francia y el propio Roldán acabaron muertos en el campo de batalla.

El caballero Roldán tendido en la hierba con el olifante al lado durante la batalla de Roncesvalles. Ilustración de la muerte de Roldán en las Grandes Crónicas de Francia, obra del siglo XV del pintor francés Jean Fouquet, conservada en la Biblioteca Nacional de París, Francia.

Cuando Carlomagno llegó a Roncesvalles comprobó que todos sus

hombres habían muerto. A lo lejos vio que el ejército de Marsil se dirigía a Zaragoza y pidió a Dios que detuviera el Sol para darles caza y vengar a los suyos. Gracias al milagro divino, todo el ejército musulmán pereció junto al río Ebro por las armas de los francos o ahogado. No obstante, el rey Marsil consiguió escapar gravemente herido y regresó a Zaragoza. Ese mismo día, el emir Baligán de Babilonia llegó con un nuevo ejército en respuesta a la petición de ayuda que Marsil había hecho siete años antes, cuando empezó la invasión franca. Marsil puso a Baligán al corriente de todo lo sucedido y juntos se dispusieron a combatir de nuevo a Carlomagno.

En la batalla final, los musulmanes fueron nuevamente derrotados y Carlomagno mató a Baligán en un combate singular animado por la visión del ángel Gabriel. Por último, Zaragoza fue conquistada por los francos y todos los musulmanes que no aceptaron el bautismo fueron ahorcados.

Después del éxito, las huestes volvieron a Francia; era el momento de rendir culto a los muertos y hacer justicia. En Burdeos depositaron el olifante en el altar de san Severino y en el de san Román de Blaya los cuerpos de los caballeros Roldán, Oliveros y Turpín. El conspirador Ganelón fue juzgado y descuartizado como correspondía a los traidores. El relato de la *Chanson de Roland* acaba con el encargo del ángel Gabriel a Carlomagno de ir a las tierras de Sajonia para socorrer al rey Vivién en Imphe, una ciudad en el estuario de río Oder, en el mar Báltico.

La *Chanson de Roland* de Turoldus es una versión novelada de los hechos históricos. La existencia de la batalla de Roncesvalles y la historicidad del caballero Roldán, el Hruodlandus de la *Vida de Carlomagno* de Eginhardo, están atestiguados. Pero todo el poema está lleno de personajes ficticios y exageraciones que reducen el desastre de Roncesvalles a una rencilla personal entre Ganelón y Roldán. El parentesco entre Roldán y Carlomagno es un dato puramente legendario, como lo es la invención de la figura de Oliveros, Oliver en la tradición francesa, que no existió en tiempos de Carlomagno ni participó en la batalla de Roncesvalles. El arzobispo Turpín históricamente se ha identificado con Turpinus, arzobispo de Reims desde 774, que murió pacíficamente alrededor de 791

y nunca participó en la batalla de la *Chanson de Roland*.

Los tres siglos que transcurren entre la batalla y la redacción del manuscrito de Oxford sirven para gestar la leyenda y añadir nuevas fabulaciones. La historia de la muerte de Roldán en

Roncesvalles tuvo un gran éxito entre el público más diverso, una prueba de ello es la gran cantidad de testimonios documentales de los siglos X y XI que atestiguan cómo en toda Europa era una costumbre bautizar a los niños con los nombres de los dos héroes más famosos de la gesta: Roldán y Oliveros.

LOS CUERNOS DE HATTIN. SALADINO Y LA VERA CRUZ

Las Cruzadas fueron el escenario de algunas de las batallas más grandes de la Edad Media. Con las Cruzadas el papado quería facilitar a los peregrinos un camino seguro para llegar a los santos lugares no sin antes expulsar a los musulmanes de Tierra Santa. Este pretexto escondía la voluntad del papa de someter a su dominio a las monarquías y la Iglesia de Oriente. Algunos protagonistas de las leyendas de este libro como Ricardo I Corazón de León o János Hunyadi lucharon en las Cruzadas contra los musulmanes; otros como Jaime I el Conquistador planificaron participar en ellas al final de su reinado, aunque en su caso una tormenta cambió sus planes al ser interpretada como un mal augurio divino. Conozcamos ahora a los protagonistas y la leyenda de la batalla de los Cuernos de Hattin.

La muerte en marzo de 1185 del rey de Jerusalén Balduino IV el Leproso había dejado como heredero a un niño menor de edad llamado Balduino V, que murió a los siete meses de ser coronado.

Toda la nobleza prometió que si el muchacho moría antes de alcanzar los 10 años de edad, su regente el conde Raimundo III de Trípoli continuaría gobernando a la espera de una sentencia sobre quién tenía que seguir ostentando la corona. Pero Sibila, hermana de Balduino IV, conspiró hasta aglutinar los suficientes partidarios y junto con su marido, Guido de Lusignan, se hicieron coronar nuevos reyes de Jerusalén. Esta elección generó muchas tensiones ya que no tenía la aprobación de de destacados señores feudales como Roger Desmolins, gran maestre de la orden del Hospital, o el propio Raimundo III de Trípoli, entre otros.

Guido de Lusignan era un hombre despreciado por sus vasallos, su impopularidad quedó manifiesta en la ceremonia de investidura cuando Heraclio, patriarca de Jerusalén, proclamó reina a Sibila y dejó otra corona a su lado diciéndole que nombrase rey al hombre que ella considerase más digno. Otro ejemplo de descrédito fue la negativa de Desmolins a darle una de las tres llaves que abría el cofre donde se guardaban los atributos reales para la coronación. Ante las amenazas de muerte, Desmolins lanzó la llave por la ventana de su residencia y

no asistió a la ceremonia. Por si no fuera poca la tensión acumulada, Sibila tuvo la delicadeza de invitar a la investidura a todos sus enemigos, cosa que aumentó la división entre los cristianos.

Al otro lado de la frontera, los musulmanes se encontraban unidos en torno al líder de origen kurdo Yûsuf ibn Ayyûb Salah ad-Dîn, más conocido como Saladino. Una tregua firmada entre Saladino y Raimundo III de Trípoli, cuando este aún era regente de Jerusalén, había llevado temporalmente la prosperidad a Palestina y favorecido a los musulmanes, que aprovecharon para enriquecerse con el comercio de las caravanas. A finales de 1186, una enorme caravana había partido de la ciudad egipcia de El Cairo y durante el trayecto fue atacada por el caballero francés Reinaldo de Châtillon, señor del *krak* de Moab, una fortaleza al este del mar Muerto. Saladino al saber la noticia envió una embajada a Reinaldo y a Guido de Lusignan para pedir explicaciones.

La violación de la tregua firmada entre Saladino y Raimundo III de Trípoli hacía inevitable una guerra, y más cuando Reinaldo de Châtillon se negó a recibir a los embajadores de Saladino, y Guido de Lusignan era incapaz de imponer su autoridad sobre sus vasallos. La situación era desesperada, el reino de Jerusalén dividido en facciones no estaba en condiciones de afrontar este conflicto. El rey Guido de Lusignan lo sabía e intentó mediar para hacer un frente común con los caballeros templarios, hospitalarios y el conde Raimundo III de Trípoli.

En mayo de 1187 una hueste de 7.000 jinetes musulmanes cruzó los territorios del conde Raimundo III de Trípoli y saqueó el castillo de La Féve, al sur de Nazaret, matando a todos los templarios que lo habitaban. Las órdenes militares del Temple y el Hospital de los alrededores se movilizaron para dar caza a los asesinos y vengar a sus compañeros, pero su impetuosidad los llevó a un enfrentamiento desigual en las fuentes de Cresson, detrás de las colinas de Nazaret, donde murieron la mayoría de los caballeros cristianos. Estas derrotas facilitaron la pretendida unión de los nobles del reino de Jerusalén.

Las crónicas cristianas y musulmanas exageraron las fuerzas que se reunieron en San Juan de Acre a finales de junio de 1187. La *Historia Regni Hierosolymitani* o *Historia del reino de Jerusalén* hablaba de un ejército cristiano formado por 1.000 caballeros, 25.000 soldados de infantería, 4.000 turcoples o mercenarios musulmanes y 8.000 soldados más equipados con el dinero aportado por el rey Enrique II de Inglaterra, como contrapartida al incumplimiento del juramento de

participar en la cruzada. Todavía son más increíbles las cantidades aportadas por Imad el-Din, secretario de Saladino, que calcula en 50.000 las tropas cristianas. En la realidad, el ejército de Guido de Lusignan no debió superar los 1.000 caballeros y 10.000 infantes. Saladino, por su parte, reunió en la frontera de Galilea una milicia con 18.000 efectivos, entre tropas regulares y voluntarios. Con este baile de números las fuentes alimentaban conscientemente la leyenda de la batalla de los Cuernos de Hattin, un hecho histórico que sin duda puso en pie de guerra a los dos ejércitos más grandes jamás vistos hasta entonces.

Para garantizar la victoria sobre Saladino se pidió al patriarca Heraclio que acudiera a la cruzada con la vera cruz. Su presencia suponía un aliciente a la moral del ejército, la leyenda contaba que siempre que la reliquia había salido a la batalla, esta había acabado con victoria cristiana y su portador sin sufrir rasguño alguno. Pero el patriarca declinó la oferta en favor de las comodidades que tenía en la ciudad y la ofreció al obispo de San Juan de Acre.

La vera cruz está considerada la cruz donde murió Jesucristo, una de las reliquias más importantes del cristianismo. Su hallazgo se relaciona con la emperatriz romana Elena, canonizada por la Iglesia en el siglo IX y madre del emperador romano Constantino I el Grande que autorizó el culto del cristianismo dentro del Imperio. Según una leyenda difundida por Jacopo della Voragine, hagiógrafo dominico italiano del siglo XIII, Elena fue quien, en el siglo IV, localizó la vera cruz en el monte Gólgota, a las afueras de Jerusalén. Elena, junto con Macario, obispo de Jerusalén, había amenazado a los rabinos de la ciudad con quemarlos vivos si no desvelaban el paradero de la vera cruz. Tras ubicarla en las canteras del monte Gólgota la emperatriz hizo demoler el templo de Venus que el emperador Adriano había mandado construir doscientos años antes. Cuenta Eusebio de Cesarea, teólogo e historiador eclesiástico del siglo IV, que Macario y Elena localizaron tres cruces que podían ser la cruz de Jesucristo y ante la duda fueron a buscar un enfermo para acostarlo al lado de cada una de ellas hasta que al entrar en contacto con la vera cruz sanó. Elena dividió la reliquia en dos mitades: una fue a la iglesia de la Santa Cruz de Roma y la otra a la iglesia del santo sepulcro de Jerusalén.

Pero volvamos al siglo XII. El 2 de julio de 1187 las tropas de Saladino cruzaron el río Jordán y asediaron la ciudad de Tiberíades, que pertenecía a la princesa Echive, esposa de Raimundo III de Trípoli. El rey Guido de Lusignan convocó a sus caballeros para planificar la estrategia. Raimundo

III se opuso a liberar la ciudad por considerarlo una acción demasiado arriesgada a pesar de que su mujer y sus hijos estaban sitiados en el interior. Pero los barones sabían que Guido de Lusignan era débil y se dejaba convencer por el último que tomaba la palabra. Entonces Gerardo de Ridefort, maestre del Temple, después del consejo de caballeros se quedó en la tienda y convenció al rey para poner al ejército en marcha camino de Tiberíades.

El viernes 3 de julio Saladino sintió una gran satisfacción al ver que los cristianos avanzaban hacia él tal y como había previsto. Durante todo el día guerrillas de musulmanes atacaron con lluvias de flechas la retaguardia y la vanguardia del ejército cristiano. Era un verano muy caluroso, los caballeros ardían dentro de sus armaduras de hierro y en el camino hacia Tiberíades no había agua.

Sedientos y agotados llegaron a la explanada de Hattin frente a la cual había dos picos conocidos como *Qurun-hattun* o Cuernos de Hattin, donde acamparon para recuperar fuerzas. Saladino, aprovechando el viento que soplaba, mandó incendiar los matorrales, con lo que el humo y las llamas hacían la situación insoportable.

La madrugada del 4 de julio empezó la batalla final. El único objetivo de los cristianos era conseguir agua como fuera y lanzaron una carga desesperada, pero la mayoría de ellos murieron degollados o fueron presos, y los escasos supervivientes se refugiaron en la colina de Hattin donde resistieron heroicamente hasta que no les quedaron más fuerzas. Solo Raimundo III de Trípoli pudo escapar de la batalla tras una carga de caballería. Las fuentes de finales del siglo XII como *L'Estoire de la Guerre Sainte* o *Historia de la Guerra Santa*, obra del poeta anglonormando Ambrosio, y el *Itinerarium Regis Ricardi* o *Itinerario del rey Ricardo*, una narración sobre la participación del rey inglés Ricardo I Corazón de León en la tercera Cruzada atribuida al también normando Godofredo de Vinsauf, juzgaron la conducta de Raimundo III de Trípoli como una deserción en pleno combate pactada con Saladino y lo acusaron de informar a los musulmanes sobre la situación del ejército cristiano.

El obispo de Acre, portador de la vera cruz, murió de una lanzada durante la batalla, lo cual provocó la desazón de los caballeros cruzados. Saladino se apropió de la reliquia y la cristiandad quedó convencida de que la vera cruz se había perdido para siempre en los campos de Hattin. En 1190 Ricardo I Corazón de León intentó recuperarla sin éxito y pronto empezaron a circular todo tipo de leyendas sobre su paradero. Se dijo que los templarios la habían quemado y tres siglos más tarde los habitantes de Constantinopla

presumieron de poseerla en la defensa de la ciudad del ataque de los turcos. Con el paso del tiempo proliferaron los *lignum crucis* o fragmentos de la vera cruz, demasiados para ser todos auténticos, tal y como dijo el teólogo francés Juan Calvino en el siglo XVI:

«Si se juntasen todos los supuestos fragmentos se podría llenar un navío».

La batalla de los Cuernos de Hattin era la mayor victoria conseguida por Saladino gracias a la imprudencia de los líderes cristianos. El rey Guido de Lusignan, el caballero Reinaldo de Châtillon, el maestre del Temple Gerardo de Ridefort y otros nobles fueron hechos prisioneros.



El rey Guido de Lusignan preso por Saladino en la batalla de Hattin. Miniatura de la Estorie d'Eracles, una traducción francesa de mediados del siglo XIII, de la crónica latina Historia rerum in partibus transmarinis gestarum del obispo y cronista Guillermo de Tiro.

Al atardecer Saladino ordenó llevar a su tienda al rey Guido y a Reinaldo y se mostró condescendiente con ellos. Ofreció al rey una copa de agua enfriada con nieve del monte Hermón, una montaña de 2.800 metros de altura situada en la actual frontera entre Israel y Siria. Guido de Lusignan bebió hasta saciar su sed y ofreció la copa a Reinaldo de Châtillon. Saladino advirtió al rey cristiano de que era él «quien había dado de beber a este hombre y no yo», pues dar comida a un cautivo según las leyes islámicas era sinónimo de perdonarle la vida. Después de esto, Saladino golpeó con su espada a Reinaldo arrancándole de un cuajo la cabeza. Guido de Lusignan temblaba de miedo al ver la escena, pero Saladino le tranquilizó diciéndole «un rey no mata a otro rey». Lo que no sabían los presos es que Saladino sufrió un fuerte ataque de fiebres meses antes de la batalla, y prometió que

si sanaba mataría con sus manos a Reinaldo de Châtillon por sus crímenes y codicia.

La batalla de los Cuernos de Hattin fue un hecho histórico que ha pasado a la categoría de leyenda por el tratamiento dispar que hacen de ella las fuentes cristianas y musulmanas. Crónicas tardías de finales del siglo XII , como las ya citadas *Historia del reino de Jerusalén* o el *Itinerarium Regis Ricardo*, inflan las cifras del ejército cristiano; un hecho habitual y que hemos visto en otras leyendas de este libro como la exageración de la *crónica Alfonsina* al cuantificar los enemigos que se enfrentaron a Pelayo en Covadonga o la invención de un ejército de 400.000 musulmanes que atacaron la retaguardia franca en la *Chanson de Roland*. La descripción novelesca de algunas escenas también hace pensar que las fuentes daban un tratamiento tendencioso a la información.

Veamos sin ir más lejos la narración que Al-Imad, un miembro de la comitiva de Saladino, hace de Hattin después de la batalla:

He visto cabezas tiradas lejos de cadáveres inertes, ojos hundidos en las órbitas, cuerpos llenos de polvo cuya belleza había desaparecido bajo la garra de las aves de presa... ¡Qué dulce perfume de victoria se desprendía de este montón de cadáveres! ¡Cómo alegra el corazón este horrible espectáculo!

La derrota de Hattin había dejado desguarnecido el reino de Jerusalén. Saladino conquistó en pocas semanas toda Galilea, la fortaleza de San Juan de Acre y la ciudad de Jerusalén tras un breve asedio. Los estados de la Europa occidental quedaron en estado de *shock* y organizaron la Tercera Cruzada, en la que participaron grandes monarcas como el emperador germano Federico I Barbarroja, Felipe II Augusto de Francia o el rey inglés Ricardo I Corazón de León, al que hemos

conocido en una leyenda del capítulo *Héroes y villanos*.

LAS NAVAS DE TOLOSA. EL PRINCIPIO DEL FIN DE LOS ALMOHADES

El espíritu de las cruzadas había sufrido un golpe muy duro después de la derrota de las tropas cristianas en la batalla de los Cuernos de Hattin y la rendición de Jerusalén a manos de Saladino en 1187. En la segunda mitad del siglo XII el frente occidental de la península Ibérica

tampoco era muy prometedor para los intereses de la cristiandad. El territorio estaba fragmentado en manos de los reinos de Aragón, Castilla, León, Navarra y Portugal, todos con una clara vocación expansiva que provocaba tensiones fronterizas entre ellos.

Las circunstancias se volvieron especialmente graves en julio de 1195, después de la derrota cristiana en la batalla de Alarcos, a los pies del río Guadiana y cerca de la actual Ciudad Real. Los almohades, un movimiento religioso de origen bereber procedente del norte de África que gobernaba Al-Andalus desde hacía aproximadamente medio siglo, liderados por el califa Yusuf II, derrotaron a las huestes castellanas del rey Alfonso VIII. Después de la derrota el alférez real Diego López de Haro escapó por el camino de Villadiego, siendo acusado de cobarde por los nobles castellanos. De su acción viene al parecer la expresión «tomar las de Villadiego» como sinónimo de huir de mala manera.

Los papas Celestino III (1191-1198) e Inocencio III (1198-1216) decidieron tomar cartas en el asunto para evitar un desastre mayor y reclamaron la unidad de los reinos cristianos peninsulares bajo la bandera de una cruzada internacional. En febrero de 1209 Inocencio III firmó una bula convocando la cruzada contra los musulmanes y forzando la reconciliación de los reyes Alfonso VIII de Castilla, Sancho VII de Navarra y Alfonso IX de León.

El 20 de junio de 1212, una multitud de cruzados partió de Toledo al encuentro del califa almohade Muhammad Al-Nasir. Los ejércitos movilizados por ambos bandos eran impresionantes.

Los cristianos reunían tropas castellanas, navarras, aragonesas y caballeros cruzados venidos del norte de Europa. Las fuentes, como siempre, hablan de cifras exageradas, cuantificando los contingentes cristianos en 70.000 combatientes y las tropas almohades en más de 250.000 hombres, de los cuales 160.000 eran voluntarios dispuestos a morir por la *yihad* o guerra santa. Los últimos y muy recientes estudios históricos del especialista español Martín Alvira Cabrer reducen a 25.000 o 30.000 combatientes las huestes almohades y entre 12.000 y 14.000 los caballeros y peones cristianos. En cualquier caso, estamos ante una de las batallas más grandes libradas jamás en la península ibérica.

El califa Al-Nasir apostó por una batalla posicional con el terreno a su favor y distribuyó sus tropas en los desfiladeros de Sierra Morena, cerrando todos los pasos. Su estrategia era desgastar a los cristianos con la sed y el cansancio tras una larga marcha, para acabar escogiendo un escenario propicio y tenderles una emboscada, una

táctica parecida a la de Saladino en la batalla de Hattin.

El 12 y 13 de julio de 1212 el grueso del ejército feudal coronó el puerto del Muradal y acampó en la cima con un calor asfixiante, no podrían aguantar mucho sin deshidratarse. Entonces se produjo un hecho de vital trascendencia para el desarrollo final de la batalla, según cuenta el arzobispo de



Toledo Rodrigo Jiménez de Rada en la *Historia de rebus Hispaniae* o *Historia de los hechos de España* (1243-1247), un pastor «muy desaliñado en su ropa y persona, que tiempo atrás había guardado ganado en aquellas montañas y se había dedicado allí mismo a la caza de conejos y liebres» entró en la tienda del rey de Castilla y le mostró un camino poco transitado para cruzar la sierra y sorprender a los almohades en el campo de batalla. El rey castellano Alfonso VIII apuntó la idea de una actuación celestial al enviar una carta al papa Inocencio III explicándole los detalles de la batalla con estas palabras: «Por la guía de cierto rústico que nos envió Dios sin esperarlo, hallaron nuestros magnates en el mismo sitio otro paraje bastante más fácil». Más adelante, la *Crónica latina de los reyes de Castilla*, una obra anónima de aproximadamente 1236, atribuyó directamente a una intervención divina la aparición del pastor: «Entonces envió Dios a uno con aspecto de pastor, que habló en secreto al rey glorioso» . El nombre del pastor lo conocemos desde que en el siglo XVI el historiador Gonzalo Argote de Molina nos dice que se llamaba Martín Halaja y novela su diálogo con el rey Alfonso VIII, un ejemplo más de cómo los hechos históricos se van deformando con el tiempo.

La figura del pastor Martín Halaja ha sido y es tremendamente polémica. Su apellido hace pensar en unos orígenes mozárabes, la palabra *Halaja* vendría de la voz árabe *al-yawhar*, que significa piedra

preciosa. A veces es citado como Martín Malo, coincidiendo con el nombre de una aldea de lo que hoy constituye el municipio de Guarromán, en la provincia de Jaén y muy cercano al área en que tuvo lugar la batalla, donde recibió una parcela de tierra por sus servicios. La figura del pastor también se ha asociado a san Isidro Labrador, patrón de Madrid, porque el rey Alfonso VIII al ver el cuerpo del santo cuando lo trasladaron a la iglesia de San Andrés dijo: «Este fue el pastor que me guió en las Navas de Tolosa». La disputa sobre la autenticidad de la aparición del santo encendió acalorados debates a finales del siglo XVIII entre los eruditos Manuel Rosell y Juan Antonio Pellicer; un indicador más de que posiblemente el relato de la batalla fue enriqueciéndose e incorporando nuevos elementos a posteriori.

Pintura al óleo de la batalla de las Navas de Tolosa expuesta en el palacio del Senado de Madrid, obra del pintor español Francisco de Paula Van Halen, de 1864. La pintura histórica del siglo XIX trata con asiduidad el tema de la batalla de las Navas de Tolosa, destacando pintores como Inocencio García Asarta, Ricardo Balaca o Ramón Vallespín.

Los testigos más directos de la batalla, como el rey de Castilla Alfonso VIII o el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada guardaron silencio o hablaron escuetamente de la leyenda del pastor de las Navas de Tolosa. Pero con el paso del tiempo aparecieron nuevas interpretaciones y recreaciones de la historia, como la *Nobleza de Andalucía*, del ya citado Gonzalo Argote de Molina.

Lo mismo sucedió con la multiplicación de las listas de nombres de los nobles que afirmaban haber participado en la contienda y que solo buscaban glorificar su linaje, o la identificación de los caballeros que en el tramo final de la batalla tuvieron la gloria de asaltar la empalizada donde se refugiaba Al-Nasir. Ningún otro hecho de la historia medieval de España suscitó tanto interés por parte de cronistas, poetas o juglares como la batalla de las Navas de Tolosa, documentándose hasta 172 menciones en las fuentes medievales entre los siglos XIII y XV.

La batalla de las Navas de Tolosa, también llamada batalla del Muradal o de Úbeda, tuvo lugar el lunes 16 de julio de 1212. El ejército almohade fue totalmente derrotado cerca de la población de Santa Elena, en la actual provincia de Jaén. En la batalla tuvo un papel destacado el rey navarro Sancho VII el Fuerte que, según estudios forenses y la descripción de las crónicas, medía alrededor de 2,20 metros de altura. La leyenda navarra dice que Sancho VII

participó en el asalto final de la empalizada que protegía a Al-Nasir. El campamento estaba defendido por los *imesebelen* o guardia negra, unos fanáticos religiosos procedentes de Senegal que se encadenaban entre ellos para evitar la deserción. El gigante navarro rompió durante la lucha con su maza las cadenas y se las apropió como trofeo de la derrota almohade. Su leyenda creció cuando años más tarde las cadenas de las Navas de Tolosa fueron escogidas como símbolo de la nueva bandera de Navarra.

Al-Nasir huyó en dirección a Baeza y pudo escapar con vida hasta Marrakech pero según las crónicas árabes del siglo XIII: «Se entregó completamente a los placeres, emborrachándose noche y día hasta la muerte. Fue envenenado por sus ministros, a quienes tenía la intención de ejecutar». Al-Nasir siempre fue un hombre débil y acomplejado por su tartamudez que vivió a la sombra de las victorias de su padre, Yusuf II. La derrota de las Navas de Tolosa fue la prueba definitiva de que carecía de la energía necesaria para liderar a sus súbditos.

La victoria sobre el ejército musulmán fue el marco ideal para difundir los valores del cristianismo y demostrar cómo gracias a la intervención de Dios se pudo derrotar a un enemigo tan poderoso. El noble Diego López II de Haro, señor de Vizcaya, regaló a su hermana Urraca, abadesa del monasterio de Cañas, en la actual comunidad autónoma de La Rioja, una reliquia con las herraduras del caballo del apóstol Santiago que, según la tradición, había liderado las tropas cristianas en el ataque final de la batalla de las Navas de Tolosa. La presencia del apóstol dirigiendo la lucha contra el islam lo convirtió en un símbolo de la reconquista y es un ejemplo más del providencialismo histórico que pretendía reivindicar el carácter sagrado de la guerra contra el infiel.

Apariciones de santos luchando contra los musulmanes también las veremos en otras leyendas como la batalla de Porto Pi, en la conquista de Mallorca.

Los soldados cristianos no tuvieron piedad de los vencidos, igual que veremos en la conquista de Medina Mayurca a cargo de Jaime I el Conquistador. El cronista marroquí Ibn Abí Zar lo relata con estas palabras en su obra *Rawd al-Qirtas* o *Jardín de las Páginas* a principio del siglo XIV: El degüello de musulmanes duró hasta la noche, y las espadas de los infieles se cebaron en ellos y los exterminaron completamente, tanto que no se salvó uno de mil. Los heraldos de Alfonso gritaban: «Matad y no apresad, el que traiga un prisionero será muerto con él». Así que no hizo el enemigo un solo cautivo este

día.

Los cruzados conquistaron Baeza el 20 de julio y Úbeda el día 23 pasando de nuevo a toda la población a cuchillo y juntando un gran botín. Después, el agotamiento y una epidemia de disentería aceleraron el final de la campaña.

La batalla de las Navas de Tolosa contribuyó a la decadencia del imperio almohade y abrió el

corazón de Al-Andalus a la conquista de los reinos cristianos, un hecho reconocido por los propios musulmanes, como Ibn Abi Zar, que prosigue su relato diciendo: «Comenzó a decaer el poder de los musulmanes en Al-Andalus, desde esta derrota, y no alcanzaron ya victorias sus banderas; el enemigo se extendió por ella y se apoderó de sus castillos y de la mayoría de sus tierras».

La aparición de leyendas asociadas a batallas campales empezó con los propios contemporáneos a los sucesos en un intento de mostrar el valor, esfuerzo y sufrimiento de los actos de los caballeros.

Cronistas, juglares y poetas aprovecharon el interés que despertaba su narración para dar una visión heroica de los hechos introduciendo elementos divinos, diálogos ficticios o exageraciones. Todo ello está presente en el relato de la batalla de las Navas de Tolosa y en el resto de leyendas de este capítulo. En julio de 2009 se inauguró el Museo de las Navas de Tolosa, cerca del pueblo Santa Elena, ubicado en el escenario de aquella batalla decisiva en la historia de España.

LA CONQUISTA DE MALLORCA Y LA BATALLA DE PORTO PI La conquista de la isla de Mallorca es la primera gran gesta de Jaime I el Conquistador, rey de la Corona de Aragón, y sin duda uno de los actores principales de este libro. Después de su nacimiento

«milagroso», cuya leyenda hemos visto en un capítulo anterior , fue educado en el castillo de Monzón por los templarios tras la muerte de su padre Pedro I el Católico. Los nobles catalanes y aragoneses aprovecharon su minoría de edad para ganar privilegios creando un clima de tensión en el país que culminó con la coronación del infante Jaime como rey a los 17 años de edad, el 8 de septiembre de 1218.

El nuevo rey decidió canalizar la belicosidad de sus nobles hacia el exterior buscando un motivo por el que luchar y un enemigo común que batir. La expedición a Mallorca era una buena oportunidad para plantear a sus vasallos un objetivo común aprovechando el momento

de debilidad que vivía Al-Andalus, pues todavía se recordaba la aplastante victoria de las Navas de Tolosa contra los almohades. También existía el antecedente de una campaña de castigo contra la piratería mallorquina organizada por el conde de Barcelona Ramón Berenguer III en 1114.



El rey Jaime I el Conquistador reunido con los representantes de la Iglesia y la burguesía catalana. En las Cortes, el monarca conseguía la colaboración de amplios sectores de las clases sociales más poderosas para financiar sus campañas a cambio de la concesión de privilegios. Miniatura

del Libro Verde de Barcelona (siglo XIV) que es el libro de privilegios más importante del Consell de Cent, la institución medieval para el gobierno de la ciudad condal.

Las crónicas de Bernat Desclot y el *Llibre dels feits*, dictado por el propio rey Jaime I, son las mejores fuentes cristianas para conocer la expedición de Mallorca: ambas las conocemos desde que vimos la leyenda del nacimiento de Jaime I. Entre las fuentes musulmanas destaca la crónica del siglo XIII *Kitab Tarih Mayurca*, obra del historiador y poeta Ibn Amira Al-Mahzumi. A través de ellas veremos cómo la conquista de Mallorca esconde varias leyendas asociadas a los hechos que empañan la prestigiosa actuación de los soldados cristianos y que contamos a continuación.

El 5 de septiembre de 1229 una flota de 150 naves partió de los puertos catalanes de Salou, Cambrils y Tarragona con el objetivo de arrebatar Mallorca a los musulmanes. Las primeras dificultades de navegación surgieron con el viento de levante y las olas que atemorizaron a una tripulación inexperta. El rey, que no era un buen patrón, rezó para salir de aquel aprieto, como él mismo cuenta en el *Llibre dels feits*. Al llegar a la costa de Santa Ponça, cerca de la bahía de Medina Mayurca, actual Palma de Mallorca, un joven musulmán llamado Alí se acercó nadando para

entrevistarse con el Jaime I. Alí se mostró amable con el monarca y le informó sobre los puntos débiles del gobernador almohade Abû Yahya, que administraba la isla atemorizando a sus vasallos con la fuerza de la armas. Según el cronista Bernat Desclot, la madre de Alí había visto en los astros que aquel rey venido del mar sería el nuevo amo de Mallorca.

Unos días más tarde, el 11 de septiembre, el ejército andalusí se desplegó en la sierra de Porto Pi, tomando una situación ventajosa en un lugar por el que habían de pasar forzosamente las tropas cristianas si querían ir hacia Medina Mayurca. La batalla de Porto Pi tuvo lugar al día siguiente, y pocas horas antes los nobles Guillermo de Montcada y Nuño Sánchez discutieron para decidir quién de los dos lideraba la vanguardia de las tropas, ya que ninguno quería asumir un honor tan peligroso.

La batalla se desarrolló en un gran desorden, la caballería de la vanguardia, liderada por Guillermo de Montcada, se internó excesivamente entre las fuerzas musulmanas y quedó rodeada, encontrando la muerte sus integrantes. De las crónicas de Bernat

Desclot y el *Llibre dels feits* se deduce que el valor de los soldados cristianos dejó mucho que desear, el rey tuvo que insistir varias veces a sus hombres que avanzaran y ante la pasividad de sus tropas por entrar en combate dijo varias veces:

«¡Vergüenza, caballeros, vergüenza!». El *Llibre dels feits* describe cómo el mismo Jaime I recriminó a uno de sus mejores caballeros, Guillermo de Mediona, que «por tan poca cosa un caballero no abandona», después de que se retirara de la batalla porque una pedrada le había hecho sangre en el labio.

La superioridad militar de los catalano-aragoneses les proporcionó la victoria, pero era evidente el desorden y la falta de disciplina en las tropas de Jaime I. Cuando el ejército musulmán se batió en retirada el rey quiso perseguirlo, pero sus caballeros le pidieron que se detuviera para rendir un homenaje a los nobles muertos en combate, un dudoso alarde de respeto por los difuntos.



El asedio de Medina Mayurca se convirtió en un auténtico duelo de ingeniería con la utilización de armas de artillería que lanzaban piedras con gran precisión y la construcción de minas subterráneas para hundir las murallas de la ciudad. Fresco del siglo XIII conservado en el Museo Nacional de Arte de Cataluña.

El asedio de la capital Medina Mayurca se preveía largo debido a las

fuertes murallas que protegían la ciudad. La guerra psicológica tuvo un peso específico en ambos bandos y el honor de las leyes de caballería quedó para mejores tiempos: los musulmanes colocaron prisioneros sobre la muralla para evitar su bombardeo y los soldados del rey Jaime arrojaron 400 cabezas de cautivos decapitados para aterrorizar a los asediados. El gobernador Abû Yahya vio que la rendición era cuestión de días y negoció una salida pacífica al conflicto, pero los nobles catalano-aragoneses no estaban dispuestos a renunciar al suculento botín que prometía el saqueo y presionaron al rey para que no aceptara las condiciones propuestas por los musulmanes.

Pasaron las semanas, y a finales de diciembre los cristianos preparaban el último asalto. Jaime I reunió a sus soldados y les hizo jurar que no retrocederían si no estaban heridos de muerte. En la misa antes del combate, los soldados se abrazaron y lloraron seguros de que morirían al día

siguiente. El 31 de diciembre empezó la lucha final y los actos de cobardía se repitieron de nuevo.

Al pasar por la puerta de la ciudad los peones no sacaban el brazo por encima de su escudo por miedo a que los asediados les cortasen la mano, pero finalmente Medina Mayurca fue tomada por los cristianos.

El *Llibre del feits* cuenta cómo los defensores musulmanes de la ciudad que sobrevivieron al asedio aseguraban haber visto a san Jorge a caballo con una armadura blanca resplandeciente liderando el ataque de los caballeros cristianos. La aparición provocó el desconcierto y la retirada en masa de los musulmanes de sus puestos de combate, facilitando la toma de la ciudad al ejército de Jaime I. Seguramente, lo que sucedió fue que el pánico se desató por la visión de la caballería pesada, con sus enormes lanzas, dirigida por un caballero con una armadura blanca, pues entonces era un color que distinguía a quien lo llevaba como miembro de la alta sociedad. De ser así, la leyenda de la aparición de san Jorge podría atribuirse al caballero aragonés Juan Martínez de Eslava, que fue el primero en cruzar la puerta de entrada de la ciudad. Otras apariciones similares habían sucedido por entonces, como la visión del apóstol san Jaime por la caballería cristiana en la batalla de las Navas de Tolosa, cuyas leyendas asociadas acabamos de ver en este capítulo.

La furia y la venganza de los soldados catalano-aragoneses cayeron sobre Medina Mayurca. La ciudad fue saqueada por espacio de siete días sin respetar a nada ni a nadie, la masacre fue horrorosa y unas

20.000 personas fueron pasadas a cuchillo. Los episodios de codicia entre la nobleza se sucedían, y el rey tuvo que comprar al gobernador Abû Yahya, como si fuera un esclavo, a unos caballeros regateando el precio hasta las mil libras. Según la crónica musulmana de Ibn Amira Al-Mahzumi, Jaime I no respetó la promesa de conservar la vida al gobernador Abû Yahya ni la de su hijo, que fueron torturados y ajusticiados.

Los peones y los caballeros más modestos se rebelaron al ver cómo las clases más poderosas subastaban los tesoros del botín sin que ellos pudieran llegar a pujar por ellos. Por si este caos fuera poco, como no todos los muertos pudieron ser enterrados, una epidemia de peste asoló la hueste catalano-aragonesa causando muchas muertes entre los soldados. Pero entre tanto, el conde Nuño Sánchez prefirió armar unas galeras y dedicarse al corso antes que ayudar al monarca a asegurar la conquista de la isla, desmontando la diplomática justificación de que la expedición se hacía para castigar a la piratería musulmana.

Jaime I es uno de los reyes más mitificados de la Corona de Aragón, sus hazañas en la conquista de la isla de Mallorca han recibido un amplio reconocimiento por parte de la tradición popular y los historiadores han elevado al rey a la categoría de héroe nacional hasta incluso presentarlo como un modelo de los valores de la caballería medieval. Pero sus acciones le definieron como un monarca violento y cruel, no muy diferente de la mayoría de los reyes feudales europeos, que exterminó a los musulmanes de Mallorca aceptando que su nobleza, ávida de riqueza, se lanzara al expolio de la isla.

Sobre la supuesta heroicidad y valentía de Jaime I, las crónicas que hemos visto lo presentan siempre mirando los combates a lo lejos y sin participar de forma directa en ellos.

Actualmente todavía se celebra en Palma de Mallorca cada 31 de diciembre la fiesta del Estandarte, recordando la victoria de Jaime I sobre el valí de la ciudad de Medina Mayurca en 1229.

La localidad mallorquina de Santa Ponça también conmemora el desembarco de las huestes del rey Jaime I con una fiesta de moros y cristianos. Pero estas festividades contrastan con la actitud poco decorosa que acabamos de ver de las tropas del rey Jaime I durante toda la campaña. Por último no está de más reseñar que las leyendas sobre las visiones astrológicas de la madre de Alí o los sucesos sobrenaturales como la aparición de san Jorge, vinculados todos ellos a la conquista de Mallorca, carecen de toda verosimilitud.

CONSTANTINOPLA. AGONÍA Y FIN DE UN IMPERIO

Dejemos los reinos cristianos de la península Ibérica para trasladarnos a la decadente capital del imperio Bizantino, la ciudad de Constantinopla, que el 29 de mayo de 1453 fue conquistada por el sultán turco otomano Mehmed II. La derrota fue un golpe muy duro para los reinos de la cristiandad, que acogieron la noticia con desesperación y se reprocharon mutuamente no haber intervenido para salvar los despojos de un estado bizantino en declive desde hacía más de dos siglos. No podían ser más hipócritas, porque los monarcas europeos se habían subastado sus pedazos en 1204 en la cuarta Cruzada, reduciendo el imperio a la capital y a poca cosa más. Según la periodización clásica de la historia este suceso puso fin a la Edad Media y también supuso el fin del Imperio romano de Oriente.

La ciudad de Constantinopla hacía mucho tiempo que tenía los días contados, sus habitantes y dirigentes lo sabían y solo era cuestión de tiempo que la presión de los turcos tuviera sus frutos. Ante un futuro tan funesto empezaron a aparecer profecías y leyendas para descargar el miedo o la impotencia de quienes sabían el porvenir que les esperaba.

El fraile franciscano Alfonso de Espina, confesor del rey castellano Enrique IV, escribió hacia 1464 su obra *Fortaleza de fe,* donde recogía el testimonio de un griego que vivió el asedio y contaba tres milagros que se produjeron durante el sitio a la capital bizantina. El primero de ellos decía que en la iglesia de San Demetrio de Constantinopla había una columna de mármol que simulaba un tablero de ajedrez. Cada casilla del tablero se rellenaba con el nombre de un emperador y el patriarca de la Iglesia ortodoxa que ejercía durante su mandato. La profecía había vaticinado que cuando se rellenaran todas las piezas del tablero la capital del imperio sería conquistada, y así sucedió. Leonardo de Quíos, arzobispo de Lesbos y contemporáneo a los hechos, discrepó de la ubicación de la columna situándola en el monasterio de San Jorge.

Alfonso de Espina cita una segunda profecía asociada a la anterior columna. En ella había una inscripción que decía: «Un Constantino me hizo, un Constantino me destruirá». La ciudad que fue fundada por el emperador romano Constantino I el Grande ahora era gobernada por Constantino XI Paleólogo, también coincidían los nombres de sus madres (Elena) y de sus patriarcas (Gregorio).

Otros autores como el teólogo Isidoro de Kiev o el médico veneciano

Nicolo Barbaro, ambos contemporáneos al asedio, se hicieron eco de la fatídica casualidad.

La tercera de las profecías recogida por Alfonso Espina anunciaba que la caída de Constantinopla vendría precedida de señales en el cielo. Una noche los turcos vieron brillar gran cantidad de luces en las murallas y torres de defensa de la capital bizantina, pero la noche siguiente las luces se elevaron al cielo, señal que fue interpretada como que Dios había dejado de proteger a los bizantinos. Un testimonio directo del asedio, el funcionario de la cancillería otomana de origen ruso Néstor Iskánder, cuenta cómo el 21 de mayo de 1453 un fuerte resplandor salió de las ventanas de la iglesia de Santa Sofía y la luz se convirtió en una columna de fuego que fue tragada por el cielo, y el patriarca de Constantinopla lo interpretó como una señal de que el Espíritu Santo había abandonado la ciudad. Según Iskánder pocos días después el cielo ennegreció y los turcos vieron en



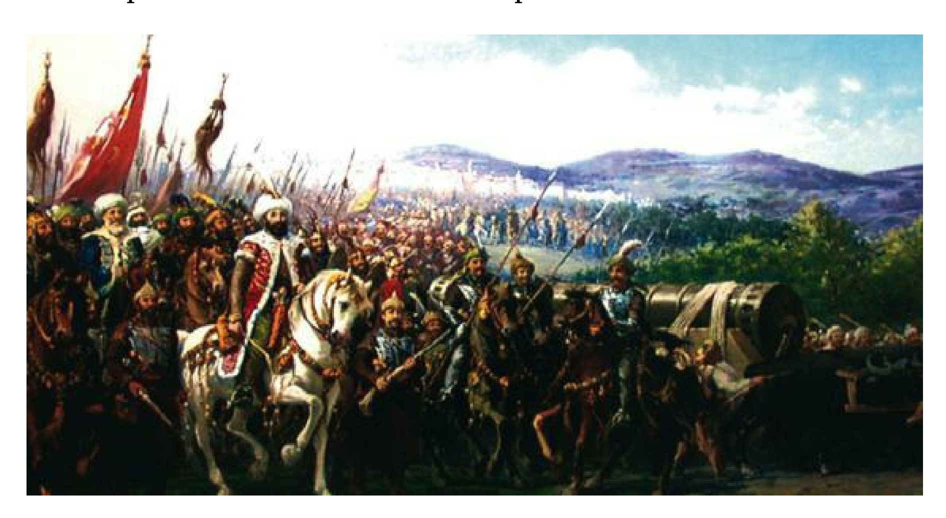
ello una señal del abandono de la protección divina a la ciudad.

Los bizantinos tenían motivos para estar preocupados y buscar en las profecías la explicación de lo que sucedía. Al otro lado de las murallas el sultán Mehmed II ponía todo su empeño en los preparativos del asedio y contrataba los servicios de un fundidor de cañones llamado Urbano para derruir unas murallas consideradas las más inexpugnables del mundo conocido. Los turcos fabricaron piezas de artillería de gran calibre, increíbles para su tiempo. La joya de la corona era un cañón que disparaba balas de 400 kilos y tenía un diámetro de 2,5 metros, cuyo transporte hasta Constantinopla requirió dos meses y 60 bueyes. Durante el asedio no podía disparar más de ocho veces al día con el objeto de evitar el sobrecalentamiento y necesitaba doscientos hombres para funcionar. Los turcos advirtieron a la población que el ruido de la detonación «no os haga perder el habla ni abortar a las mujeres embarazadas».

La iglesia de Santa Sofía fue el refugio de muchos bizantinos durante el ataque final a la ciudad. Mehmed II la convirtió en mezquita después de la conquista. Las imágenes religiosas, los altares y las campanas fueron sustituidas por unos medallones con frases del Corán y se construyeron cuatro minaretes. En 1935 fue transformada en un museo dejando sus funciones religiosas.

La superioridad turca no estaba solo en la artillería, Mehmed II reclutó un ejército de «guerreros numerosos como estrellas» como nos dice Sahabeddin, historiador turco del siglo XV. Las cifras varían mucho en función de las fuentes contemporáneas analizadas, pero los efectivos turcos podrían oscilar entre los 160.000 hombres, como recoge el ya mencionado Nicolo Barbaro, hasta los 400.000

nombrados por el estudioso griego Laonikos Chalcocondylas. Seguramente lo cierto era que el ejército del sultán estaba integrado por unos 150.000 soldados con una tropa de élite formada por los cuerpos de infantería de los jenízaros y la caballería de los *sipahi,* una cifra nunca vista en la Edad Media. Dentro de las murallas Jorge Sphrantzés, *gran logoteta* o ministro de Finanzas bizantino, hizo un recuento de los combatientes disponibles: 4.774 bizantinos, 500 o 600 genoveses liderados por el aguerrido líder Giovanni Giustiniani, 200 hombres de Quíos llegados con Isidoro de Kiev y unos centenares de voluntarios, en total no más de 8.000 defensores para tan gran afrenta. El emperador bizantino Constantino XI mantuvo la cifra en secreto para no desmoralizar a las tropas.



El sultán turco Mehmed II transportando la gran bombarda en el asedio de la capital bizantina. Esta enorme pieza de artillería disparaba proyectiles de 80 centímetros de diámetro. Por contra, los defensores solo tenían

cañones de escasa potencia que no podían utilizar porque su vibración agrietaba los muros de la ciudad. Jamás la artillería había sido tan decisiva en una batalla como lo fue en el sitio de Constantinopla. Óleo sobre lienzo, obra de 1903 del pintor italiano Fausto Zonaro.

Una leyenda, difundida por el humanista húngaro Johannes Cuspinian (1473-1529), atribuyó la rendición de la ciudad a la traición de un noble griego. El traidor pactó con Mehmed II que abriría las puertas de la ciudad a los soldados turcos a cambio de poder casarse con una hija del sultán y una rica dote. Cuando el noble griego fue a reclamar su botín, Mehmed II dijo: «Ya que pides a una hija mía como esposa es necesario, puesto que eres cristiano, que dejes esta vida». El sultán ordenó que despellejaran al traidor y que untaran su carne con cenizas y sal, así cuando le creciese la nueva piel sería un musulmán digno de recibir aquella esposa. Esta leyenda es totalmente falsa porque entonces Mehmed II solo tenía dos hijos, Bayaceto y Mustafá, nacidos en 1447 y 1450, respectivamente. Otra versión, esta vez del monje alemán Werner Rolevinck, atribuye la traición a un genovés: el sultán cumplió su palabra y cedió su trono tres días al renegado pero lo mandó decapitar al cuarto. Lo que sí que es cierto es que los jenízaros entraron por una puerta entreabierta en la muralla noreste llamada la *Kerkoporta*, nunca sabremos si estaba abierta por descuido o si hubo alevosía. Las leyendas que achacan el fin de la resistencia de ciudades o fortalezas a un Judas que abrió las puertas de la ciudad al enemigo son habituales; y un ejemplo de ello lo hemos visto en este libro con la leyenda del *salto de la reina mora*.

En realidad, la ciudad vivió su último asalto la madrugada del 29 de mayo de 1453, se luchó en todos los sectores de la muralla y el mismo Mehmed II lideraba el ataque de los turcos. Entonces sucedió un hecho decisivo: el *protostrator* o comandante de las tropas terrestres bizantinas, Giovanni Giustiniani, uno de los caudillos más célebres de la resistencia, fue herido en el brazo. Al ver su propia sangre el héroe genovés se hundió y abandonó el puesto de combate, la noticia corrió entre los defensores que se desmoralizaron y huyeron intentando salvar sus vidas. El emperador Constantino XI Paleólogo murió combatiendo, lo derribaron de su caballo y le cortaron la cabeza mientras intentaba huir de la ciudad, según la versión de historiadores turcos de la época como Tursun Bey o el mencionado Sahabeddin.

El sultán Mehmed II había ganado, Constantinopla era turca y, como había prometido a sus soldados, por espacio de tres días «la ciudad y las casas son mías, pero las personas y los bienes son vuestros». Numerosos testimonios describen que las bibliotecas no escaparon del saqueo, un ejemplo de ello es el testimonio del noble veneciano Lauro

Quirini, que cifró las pérdidas ocasionadas por el pillaje en 120.000 manuscritos.

Mehmed II, después de la aplastante victoria, tomó el sobrenombre de *el Faith* o el Conquistador.

La toma de Constantinopla había dejado huérfanos tanto el título de heredero del Imperio romano como la mismísima idea de crear un imperio universal. El sultán tenía la convicción de que Alá le había concedido este destino y se consideró el sucesor natural de los emperadores romanos. Esta idea también la capitalizaron otras figuras de la época como el emperador del Sacro Imperio Federico III o los zares de Rusia que veían en Moscú la tercera Roma. Siempre hubo alguien dispuesto a recoger el legado de un imperio enfermo desde hacía mucho tiempo pero al que muy pocos estuvieron dispuestos a ayudar.

6

Objetos sagrados y lugares mágicos

Montañas sagradas, ciudades malditas, tesoros perdidos, piedras veneradas, reliquias ancestrales y un sinfín más de objetos mágicos o lugares increíbles coexistieron en la Edad Media. La imaginación alimentó la gestación de leyendas que fueron creciendo y transformándose con el paso del tiempo. No obstante, el oscurantismo de la época hizo que muchas de las leyendas fueran olvidadas hasta que algunos escritores eruditos las recuperaron con éxito, como sucedió en el siglo XIX con Théodore Hersart de la Villemarqué y la leyenda de la ciudad sumergida de Ker Is.

La Iglesia católica utilizó los objetos y lugares mágicos como herramientas para alimentar la moral de sus ejércitos o atemorizar a sus fieles. En el capítulo anterior vimos cómo la vera cruz aumentaba la confianza de los caballeros cruzados en Tierra Santa con la creencia de que su presencia era sinónimo de victoria en todas las batallas. Pero a veces no había mejor arma que el miedo para controlar la moral de los fieles, la desobediencia y la lujuria tenían un precio muy alto que pagaron ciudades como Ker Is o Trencanous.

La Alemania nazi de Adolf Hitler, en pleno siglo XX, también se interesó por las propiedades sobrenaturales de algunos objetos. Las investigaciones del arqueólogo alemán Otto Rahn fascinaron a Heinrich Himmler, jefe de las SS, que invirtió mucho dinero en la búsqueda del santo grial convencido de que poseía un poder mágico

que le ayudaría a dominar a la humanidad. Montserrat o Montsegur fueron algunos de sus destinos en busca del preciado cáliz.

Pero ¿qué propiedades mágicas tenían los objetos sagrados? Algunos como a la mesa del rey Salomón se les atribuía la posesión de todo el conocimiento del universo y la fórmula de la creación.

Otros como la Piedra de Destino daban el don de la elocuencia, salud y sabiduría a quien los poseyera.

Inmediatamente surgieron multitud de monasterios e iglesias que afirmaban poseer las preciadas reliquias. Que algunos lugares se jactaran de guardar fragmentos de la vera cruz no generaba rivalidades, aunque pudiéramos llenar un barco si los reuníamos todos como dijo el teólogo Juan Calvino en el siglo XVI, mientras que la disputa por la posesión del santo grial o la mesa del rey Salomón ponía en entredicho la legitimidad de todos los hallazgos similares. Actualmente el paradero o la autenticidad de muchos de ellos está en tela de juicio, pero el interés mediático que generan alienta a los investigadores a aportar nuevos datos para ir disipando las posibles dudas.

LA MESA DEL REY SALOMÓN Y EL TESORO DE TOLEDO

Salomón, tercer soberano del bíblico pueblo de Israel, construyó en el siglo X a.C. el fastuoso Templo de Jerusalén para albergar los objetos sagrados más preciados por los judíos. Los principales tesoros que custodiaba eran el arca de la alianza, con las tablas de la ley entregadas por Yahvé a Moisés en el monte Sinaí, el candelabro de los siete brazos o *menorah* y una mesa que según la Biblia estaba hecha de madera cubierta de oro puro. El rey Salomón escribió en la mesa todo el conocimiento del universo, la fórmula de la creación y el auténtico nombre de Dios.

En el milenio que separa la muerte del rey Salomón, acontecida en 922 a.C., del nacimiento del Mesías, el Templo fue destruido por el rey babilonio Nabucodonosor II en el 586 a.C. Es posible que algunos objetos sagrados, como la Mesa de Salomón, sobrevivieran a la destrucción y fueran escondidos hasta la reconstrucción autorizada por los persas en el siglo VI a.C., cosa que permitió que los tesoros escondidos volvieran a Jerusalén.

Jesús profetizó en los evangelios una nueva destrucción del templo. Su vaticinio se cumplió cuando las legiones romanas de Tito, hijo del emperador Vespasiano, saquearon Jerusalén en el año 70. El

historiador judío Flavio Josefo, testigo presencial de los hechos, relató cómo los romanos se apoderaron de la mesa: «Entre la gran cantidad de despojos, los más notables eran los que habían sido hallados en el Templo de Jerusalén, la mesa de oro que pesaba varios talentos y el candelabro de oro». Tito regresó a Roma con el tesoro de Salomón y lo depositó primero en el templo de Júpiter Capitolino y después en el Palacio de los Césares.

Años más tarde, el rey visigodo Alarico, que ya ha protagonizado páginas de este libro en la leyenda de Gala Placidia, saqueó Roma en 410 y se apoderó del tesoro del Templo de Jerusalén, incluyendo la mesa del rey Salomón. Los visigodos se establecieron con el tesoro en la localidad francesa de Toulouse (la Tolosa de las fuentes hispanas) hasta 507, cuando el rey Alarico II fue vencido y muerto por los francos en la batalla de Vouillé. La derrota obligó al éxodo visigodo hacia posiciones más seguras en sus dominios de la península ibérica. Pero los visigodos todavía conservaban dos plazas fuertes en territorio franco, las fortalezas de Rhedae, posiblemente la actual Rennes-le-Château, y Carcasona.

El rey ostrogodo Teodorico I el Grande, suegro de Alarico II, regentó la corona visigoda durante la minoría de edad de Amalarico y defendió la fortaleza de Carcasona del ataque franco. Tal y como informa el historiador bizantino del siglo VI Procopio de Cesarea: Dominaron y asediaron Carcasona con gran entusiasmo, porque sabían que estaba allí el tesoro real que había tomado Alarico (el Viejo) en los primeros tiempos como botín cuando asaltó Roma. En este tesoro estaba el de Salomón, el rey hebreo, que tenía el más extraordinario aspecto: la mayor parte estaba adornado con esmeraldas y había sido tomado en Jerusalén por los romanos en tiempos antiguos.

Teodorico I se llevó «el tesoro de los godos» a la ciudad italiana de Rávena por motivos de seguridad hasta que, en 526, el nuevo rey visigodo Amalarico lo reclamó para trasladarlo primero a Barcelona, donde el monarca de los visigodos fue asesinado, para recalar finalmente en Toledo.

La rápida ocupación musulmana de la península ibérica a partir de 711, de la que hemos hablado en más de un capítulo de este libro, dejó numerosos testimonios escritos de la presencia de la mesa del rey Salomón en España. El historiador egipcio Ibn Abd al-Hakam escribió en el siglo IX: Cuando España fue conquistada por Muza, este tomó la mesa de Salomón, hijo de David y la corona. Dijeron a Tariq que la mesa estaba en un castillo llamado Faras, a dos jornadas de Toledo, y

que su gobernador era un hijo de la hermana de Rodrigo.

Tariq Ibn Ziyad, lugarteniente bereber de Muza, se dirigió apresuradamente hacia la fortaleza de Farás o Firas (debe interpretarse que el cronista se refería a Madinat al-Faray, nombre con el que se conocía la ciudad y alrededores de Guadalajara) para asediarla y accedió a la rendición del bastión a cambio de la mesa de Salomón. Abd al-Hakam prosiguió su relato con una gráfica descripción de la preciada mesa: «Tenía tanto oro y aljófar como no se había visto cosa igual. Tariq le arrancó un pie con el oro y perlas que tenía y le mandó poner otro semejante».

El gobernador del norte de África, Musa ibn Nusair, celoso de los éxitos conseguidos por su lugarteniente decidió trasladarse a la península con un numeroso ejército. Otro cronista del siglo IX, Ibn Qutaybah, describió con estas palabras lo que Musa encontró al llegar a Toledo: Existía un palacio llamado mansión de los monarcas, en la que encontró Musa una mesa en la que estaba el nombre de Salomón. Inmediatamente puso estos objetos bajo la custodia de sus hombres de confianza, ocultándolos a los ojos de los suyos, pues tal era el valor de éstos y otros preciosos objetos encontrados al tiempo de la invasión de España por los musulmanes, que no hubo un solo hombre en el ejército que pudiera (ni aun aproximadamente) apreciar su valor.

Musa y Tariq discutieron por la posesión de la valiosa reliquia. En 714 el califa Al-Walid resolvió convocarles a su corte de Damasco y ordenó que la mesa del rey Salomón le fuera enviada de inmediato, pero misteriosamente el tesoro se extravió por el camino entre Toledo y el puerto donde había de embarcar. Después de su desaparición, la leyenda se ha encargado de fabular sobre los posibles lugares que custodiaron el popular «tesoro de los godos» que incluía la deseada mesa del rey Salomón. Conozcamos pues, según la leyenda, qué localidades pudieron albergarla en su seno.

La versión más extendida por las fuentes árabes es que la localización de la mesa de Salomón se encuentra en la conocida como la cueva de Hércules, ubicada en los terrenos subterráneos de la desaparecida iglesia de San Ginés, en Toledo. La llamada *Crónica del moro Rasis*, en el siglo X, empezó a difundir la leyenda de que la cueva fue construida por Hércules, el héroe de la mitología romana, que ocultó en su interior todos los males que amenazaban a España. La curiosidad del último rey visigodo, Rodrigo, le llevó a abrir la puerta que sus antecesores habían protegido añadiendo cada rey un cerrojo para

asegurarse de que el secreto seguía a salvo. Lo que Rodrigo vio no le debió gustar, encontró un lienzo donde se veían guerreros con espadas curvadas, supuestamente musulmanas, derrotando a sus tropas; en la sala contigua se hallaba la mesa del rey Salomón. Mucho más recientemente, en los últimos años, buscadores de tesoros e investigadores han explorado sin éxito las grutas subterráneas de Toledo convencidos de que el tesoro de los godos jamás abandonó su

capital, pero también hay otras pruebas que indican que quizás la mesa del rey Salomón tuvo un destino final que no fue Toledo.

La actual población francesa de Rennes-le-Château, la probable Rhedae visigoda, siempre ha estado vinculada a leyendas asociadas al catarismo y los templarios, movimientos de los que por cierto hablaremos con detalle más adelante. Existe una hipótesis apoyada por una amplia literatura que defiende que el tesoro de los godos fue trasladado de Tolosa a Rhedae. La leyenda cobró fuerza cuándo el párroco del pueblo, Berenguer Saunière, amasó una enorme riqueza entre los años 1891 y 1917. Saunière descubrió unos documentos en un balaustre ahuecado de la iglesia de Rennes que según la leyenda le indicaron dónde estaba el tesoro de los godos, desde entonces llevó una vida lujosa en una cómoda mansión con amistades influyentes y una amante llamada Marie de Denarnaud que se convirtió en su confidente. En 1901, el obispo de Carcasona Félix Arsène Billard inició una investigación para descubrir de dónde procedían los inagotables ingresos del párroco, pero el proceso concluyó oficialmente que se trataba de un tráfico de misas (misas pagadas por la familia de un difunto y jamás celebradas). Años más tarde, la fiel amante Marie de Denarnaud afirmaría en su vejez que «la gente de este pueblo camina sobre oro sin saberlo», pero murió sin desvelar su secreto.

Otra hipótesis, contraria a todo lo visto hasta ahora, defiende que los musulmanes nunca se apoderaron de la mesa del rey Salomón debido a que los visigodos la ocultaron en una de las muchas cuevas que existen entre los montes que rodeaban la ciudad romana de Complutum, la actual Alcalá de Henares en la comunidad de Madrid.

Una variante sería la teoría basada en los textos de la *Historia de rebus Hispaniae* o *Historia de los hechos de España* (1243-1247), obra del arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada, mencionado en la leyenda de las Navas de Tolosa, que contaba cómo Tariq atravesó, cerca de Alcalá de Henares, la cadena montañosa entre los cerros de Viso y Ecce Homo, también llamada Yabal Sulayman o montaña de Salomón por los musulmanes. Allí, en una cueva, permanecía escondida por los visigodos la mesa del rey Salomón hasta que la encontró Tariq.

Por último, existen ecos legendarios de la presencia de la mesa regia en lo que hoy es la provincia de Jaén, en la Peña de Martos. Parece ser que desde el siglo XVI destacados personajes locales se habían dedicado en cuerpo y alma a buscar la codiciada mesa. Curiosamente, algunos de ellos vieron aumentadas considerablemente sus riquezas de una forma incierta. Entre ellos cabe destacar al obispo Alfonso Suárez, en el siglo XVI, o el canónigo Manuel Muñoz Garnica a mediados del siglo XIX. El hallazgo en 1926 del tesoro visigodo de Torredonjimeno, cerca de la Peña de Martos, contribuyó a afianzar tal creencia.

Como ya sabemos, la mayoría de los relatos legendarios tienen una base histórica, y la mesa del rey Salomón no es una excepción, pero su actual paradero desconocido la ha convertido en un objeto especialmente escurridizo. Hay diversos lugares que se disputan su supuesta ubicación sin pruebas irrefutables, por lo que estamos sin lugar a dudas ante una leyenda que todavía hará correr muchos ríos de tinta.

EL SANTO GRIAL, UNA LEYENDA VIVA

El objeto sagrado que ha suscitado más interrogantes sobre su naturaleza, propiedades o localización a lo largo de la historia es el santo grial. En los últimos años, una gran cantidad de bibliografía ha inundado las librerías hablando de la búsqueda del grial, los templarios, los cátaros y otros misterios medievales, pero en muchos casos sus argumentos han estado más cerca del sensacionalismo que de la investigación histórica.

No hay ninguna otra leyenda medieval tan rica en simbolismo ni capaz de cautivar nuestra imaginación con sus secretos como la historia del santo grial. Conozcamos a continuación las leyendas asociadas a él y si existe alguna base histórica que ratifique su existencia y posible ubicación.

La aparición del término *santo grial* tiene lugar en la Edad Media. El primer autor en mencionarlo es el poeta francés Chrétien de Troyes □de quien ya sabemos por otros capítulos de este libro□, en su obra póstuma *Li contes del Graal* o *El cuento del Grial*. Este *roman* artúrico inacabado es una larga narración en versos pareados octosílabos, escrita entre 1177 y 1186 y protagonizada por los caballeros de la mesa redonda Perceval y Gauvain.

Chrétien reconoce en la dedicatoria de *El cuento del grial* que redactó la obra por encargo de Felipe de Flandes, conde de Alsacia, cuando ya era un escritor con una vasta trayectoria. La novela establece claros paralelismos entre los personajes de Perceval y Felipe de Flandes de un lado y el castillo del grial con el lejano reino de Jerusalén de otro. Por entonces, la ciudad santa de Jerusalén estaba gobernada por Balduino IV, un rey enfermo de lepra que se veía incapaz de contener los ataques de Saladino y que había puesto en su primo hermano Felipe de Flandes todas las esperanzas de salvar Tierra Santa. Entre septiembre de 1177 y abril de 1178 el conde de Alsacia estuvo en Palestina pero decepcionó a los cruzados al declinar la regencia del reino de Jerusalén; como había decepcionado Perceval con su silencio a los moradores del castillo del grial que habían visto en él a su salvador. Las semejanzas entre realidad y ficción se acentúan al analizar los lazos de parentesco: Perceval era primo hermano del rey tullido o rey pescador, al igual que Felipe de Flandes lo era de Balduino IV, el rey leproso de Jerusalén. Si las similitudes de Chrétien son intencionadas, parece como si el autor instara a su mecenas a volver al reino de Jerusalén para reparar su error, cosa que Perceval no pudo hacer en la novela. Finalmente, Felipe de Flandes, avergonzado por su primera expedición, partió de nuevo hacia Oriente en septiembre de 1190, pero murió de peste el 1 de junio de 1191 en la fortaleza de San Juan de Acre, un posible motivo de la interrupción del relato.

Perceval, en el episodio principal que daba título a la novela de Chrétien, llegó a un fabuloso castillo en busca de albergue guiado por las indicaciones de dos pescadores. El anfitrión resultó ser uno de los hombres que lo había guiado, llamado el rey pescador. Durante la cena desfilaron ante ellos varios pajes que llevaban consigo una lanza de cuya punta de hierro manaba una gota de sangre, candelabros de oro y una doncella que sostenía entre sus manos un grial de oro puro con piedras preciosas cuya claridad hizo palidecer la luz de los cirios de la sala. Perceval reprimió su

curiosidad por no parecer indiscreto y se abstuvo de formular las preguntas que habrían resuelto el misterio: ¿por qué sangraba la

lanza? y sobre todo ¿a quién servía el grial? Al amanecer, Perceval despertó pero el castillo estaba desierto.

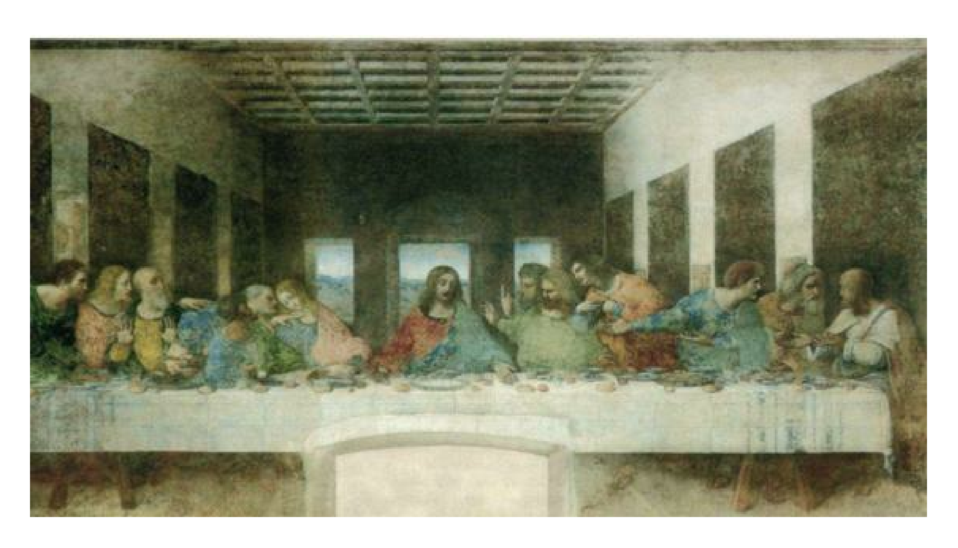
Es preciso aclarar que Perceval sabía muy bien lo que era el grial, en todo el episodio del castillo no se pronunció la palabra en su presencia, pero al día siguiente cuando una doncella le preguntó si lo había visto él respondió afirmativamente sin dudarlo. El grial de Chrétien era un plato que la doncella sostenía entre sus dos manos por los flancos y se caracterizaba por ser más ancho que profundo. El poeta francés del siglo XIII Robert de Boron fue quien difundió la leyenda del grial como el cáliz que contenía la sangre de Jesucristo.

En efecto, el objeto más comúnmente empleado para representar el grial ha sido el cáliz con el que supuestamente Jesucristo hizo la misa de la última cena. Según el relato de la *Estoire dou graal* o *La historia del grial,* escrita por Robert de Boron entre 1205 y 1212, fue José de Arimatea quien en ese mismo cáliz también recogió la sangre que manaba de las heridas de Jesús clavado en la cruz.

Tras la resurrección del maestro, José de Arimatea fue encarcelado acusado de haber robado su cuerpo. Entonces, Jesucristo se le apareció en la cárcel iluminando la estancia y entregándole el preciado vaso. Después de años de reclusión, José de Arimatea fue liberado y embarcó en una nave rumbo a un lugar desconocido con el cáliz y acompañado por su hermana Enygeus y su cuñado llamado Bron o Hebrón. Una revelación divina anunció a José de Arimatea que su sobrino Alein sería el futuro guardián del vaso y encomendó el sagrado cáliz a Bron, que fue llamado *le Riche Pescheeur* o el Rico Pescador.

Una polémica teoría, defendida entre otros por el controvertido escritor inglés *sir* Laurence Gardner, argumenta que los descendientes de Jesucristo son un linaje dinástico que sobrevive hoy en día y que el término *santo grial* alude a la descendencia directa de Jesús o *Sangreal.* Según Gardner, María Magdalena habría sido la esposa terrenal de Jesucristo dando a luz a dos hijos llamados Jesús Justo y Josefes. Después de la crucifixión, María Magdalena se habría exiliado al sur de Francia, donde murió a los 60 años de edad, en el 63 d.C. José de Arimatea, hermano de Jesucristo, habría sido el tutor de Jesús Justo y ambos habrían viajado a Britania en el 49 d.C. El primer hijo de Jesús Justo recibió el nombre de Galains, el Alein de la leyenda artúrica del grial según Gardner. Pero Galains guardó celibato y murió sin descendencia por lo que la herencia del grial pasó al linaje de Josefes, continuador del legado del rey pescador. Esta teoría defiende la interesante dicotomía entre una Iglesia pública, representada por el

apóstol Pedro y el papado, y una iglesia secreta, representada por José de Arimatea y María Magdalena, portadores de la sangre real de Jesucristo.



Pintura mural de La última cena, obra del polifacético Leonardo da Vinci entre 1494 y 1497. Jesús compartió con los apóstoles el pan y el vino antes de la crucifixión, instituyendo el sacramento de la eucaristía. Actualmente, diferentes ciudades europeas se disputan la titularidad del auténtico cáliz, entre ellas la española Valencia, las italianas Génova y Lucca, así como las francesas Lyon y Reims.

Otra leyenda difundida a finales del siglo XII divulgó que san Felipe envió a José de Arimatea con 12 discípulos a Britania para predicar la palabra de Jesucristo después de la muerte y resurrección de este último. José de Arimatea se estableció con el grial en Glastonbury, en el actual sureste de Inglaterra, edificando una iglesia para albergar el preciado cáliz. En 1184 un desastroso incendio arrasó el monasterio pero el rey inglés Enrique II concedió un privilegio para restaurarlo convirtiéndose con los años en una poderosa abadía benedictina solo superada por Westminster. En la leyenda de Lancelot y Ginebra ya mencionamos la posible correspondencia entre Glastonbury con el mítico Avalon artúrico.

Una figura clave en la configuración simbólica del grial fue el poeta alemán Wolfram von Eschenbach, que escribió entre 1205 y 1215 la obra *Parzival*, inspiradora, quinientos años después, de la ópera titulada *Parsifal*, compuesta entre 1857 y 1882 por otro alemán, Richard Wagner, al que ya conocimos como autor del ciclo de las cuatro óperas *Der Ring des Nibelungen* o el *Anillo del Nibelungo*.

Para Eschenbach, el grial era una piedra preciosa con poderes sobrenaturales que tenía sus orígenes en una esmeralda caída de la corona de Lucifer después de ser derrotado por el arcángel Miguel. Según el poema *Parzival*, la prodigiosa piedra estaría en el castillo de *Munsalvaesche* o Monte de la Salvación. Se ha especulado mucho sobre su localización y los investigadores han presentado alternativas tan diferentes como la montaña de Montserrat, al noroeste de la ciudad de Barcelona, el monasterio de San Juan de la Peña, en la actual provincia española de Huesca; Mont Saint Michel, en el norte de Francia; o el bastión cátaro de Montsegur, del que hablaremos en la próxima leyenda.

La leyenda del grial también fascinó a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. La Ahnenerbe, la oficina del ocultismo nazi, gastaba millones de marcos en buscar pruebas históricas de la supremacía de la raza aria, y el grial podía ser el argumento definitivo. El 23 de octubre de 1940, Heinrich Himmler, el Reichsführer o jefe de las SS, aterrizó en Barcelona. Seducido por la ópera *Parsifal*, representada en Barcelona por primera vez la Nochevieja de 1913, Himmler estaba convencido de que el castillo de Montsalvat wagneriano era ni más ni menos que el monasterio de Montserrat. Aquella mañana visitó con su séquito la abadía, interrogó a los monjes benedictinos convencido de que escondían el santo grial y, tras no encontrar lo que buscaba, regresó a Alemania.

España es tierra de griales, y puede que el más conocido sea el cáliz de ágata conservado en la catedral de Valencia. La tradición valenciana afirma que san Pedro llevó el vaso sagrado de Jerusalén a Roma. En el siglo III, el papa Sixto II lo entregó a su diácono Lorenzo, que lo envió a su Huesca natal. Durante la invasión musulmana la reliquia fue protegida en las montañas del monasterio de San Juan de la Peña, hasta que en 1399 el rey de la Corona de Aragón Martín el Humano reclamó el cáliz y lo depositó en el palacio de la Aljafería de Zaragoza. Finalmente, en 1437 su custodia fue a parar a la catedral de Valencia gracias a la donación del rey Alfonso IV el Magnánimo para corresponder a la colaboración de las instituciones valencianas en la conquista de Nápoles.

El grial valenciano permaneció oculto, por temor a los saqueos, durante la Guerra de la Independencia (1808-1813) y la Guerra Civil (1936-1939). Hoy se custodia en la capilla del Santo Cáliz de la catedral de Valencia desde 1916 y los dos últimos pontífices de la curia romana han celebrado la eucaristía con él: Juan Pablo II el 8 de noviembre de 1982 y Benedicto XVI el 8 julio de 2006.



Maqueta del Templo de Jerusalén expuesta en el monasterio de Montserrat. Heinrich Himmler, jefe nazi de las SS, al verla durante su visita a Montserrat exclamó: «la primera banca», en un claro acto de desprecio al pueblo judío.

El padre Andreu Ripol fue el monje benedictino que lo atendió y en varias entrevistas recordó que «Himmler era un maleducado».

El interés por la leyenda del grial actualmente sigue viva, inspirando producciones de la industria cinematográfica como *Indiana Jones y la última cruzada* de Steven Spielberg en 1989, o *El código Da Vinci* en 2006, basada en el bestseller del estadounidense Dan Brown. La literatura también ha cosechado grandes éxitos como *El péndulo de Foucault* del italiano Umberto Eco, de 1988, o *El círculo mágico* de la estadounidense Katherine Neville, 10 años posterior.



Santo Cáliz de la catedral de Valencia. La reliquia es una taza de ágata de colores cálidos que según los arqueólogos está datada entre el 100 y el 50 a.C. Las asas, el pie de oro y las joyas que lo adornan son aportaciones medievales.

La tradición sostiene que esta fue la copa que utilizó Jesucristo en la última cena.

EL CASTILLO DE MONTSEGUR Y EL TESORO DE LOS CÁTAROS

Hablar de los cátaros y del castillo de Montsegur es trasladarnos en un viaje hacia atrás en el tiempo donde inevitablemente mezclaremos historia y leyenda. *Montsegur* (monte Seguro, en castellano) fue una fortaleza que sirvió de baluarte a uno de los últimos grupos de resistencia del catarismo en el sur de Francia. Construida sobre una escarpada cima de 1.207 metros de altura, la inaccesibilidad de las caras norte, sur y oeste de la montaña lo convirtieron en una plaza prácticamente inexpugnable en el siglo XIII.

Los cátaros, a los que conoceremos con más detalle en el próximo capítulo, eran un movimiento religioso que floreció en la zona del Languedoc, actual sur de Francia. Sus críticas a la acumulación de riquezas en manos de las jerarquías eclesiásticas y a las injerencias del papado en los asuntos de Estado despertaron las simpatías de diferentes capas sociales, pero a cambió la Iglesia romana les excomulgó y persiguió hasta su exterminio.

En 1204, el castillo de Montsegur estaba en ruinas, pero los prefectos cátaros pidieron al noble local Ramón de Perella que lo reconstruyera. Sus nuevas murallas se adaptaron perfectamente a la silueta de las rocas naturales y una tupida red de cuevas y galerías subterráneas secretas comunicaron a sus habitantes con el exterior. En 1232 se construyeron nuevas cabañas adosadas a los muros del castillo para incrementar su capacidad residencial, llegando a albergar unas 400 o 500 personas.

Entre 1232 y 1243 Montsegur se convirtió en un refugio para la Iglesia cátara, acusada de herejía y perseguida por el rey francés Luis IX, cuyo linaje lideraba desde 1226 una nueva cruzada para acabar con los infieles y aspiraba a apoderarse definitivamente de la zona del Languedoc.

En mayo de 1243, Hugues des Arcis, senescal de Carcasona, asedió la popular fortaleza con un ejército de 10.000 caballeros dispuestos a poner fin a los rumores que designaban Montsegur como el cuartel general de la resistencia cátara. Dado que era prácticamente imposible tomarla por la fuerza de las armas, el objetivo de los asaltantes fue cortar los suministros y esperar a su rendición a finales de verano por falta de agua. Pero los defensores cátaros disponían de provisiones y además recibían continuos refuerzos de víveres gracias a simpatizantes locales que burlaban la vigilancia de un terreno abrupto muy difícil de controlar.

La llegada de las lluvias de otoño y los primeros fríos empujaron a los soldados franceses a actuar. En octubre de 1243, un grupo de escaladores vascos comenzaron un temerario ascenso aprovechando la oscuridad de la noche y tras degollar a los centinelas construyeron, en una pequeña meseta, catapultas lo suficientemente cercanas para bombardear las murallas de Montsegur. El cerco se estrechaba, los caminos cada vez estaban mejor vigilados y las catapultas castigaban el interior de un castillo densamente poblado que había dejado de recibir refuerzos. La rendición parecía inevitable, sobre todo cuando, pocos días antes de Navidad, los franceses ocuparon la torre este del castillo con la colaboración de algún traidor.

El fin de la resistencia estaba cerca y los altos dignatarios de la fortaleza decidieron poner a salvo lo que se ha conocido como «el tesoro de los cátaros» o «tesoro de Montsegur». Los cátaros

Mateus y Pièrre Bonet «salieron de la fortaleza llevando consigo oro, plata y monedas en cantidad infinita» , y lograron escapar gracias a la complicidad de algunos soldados franceses, tal y como reveló el hereje Imbert Salas en un interrogatorio de la Inquisición.

El tesoro de los cátaros desapareció sin que actualmente tengamos una idea exacta de su paradero. La falta de claridad en las fuentes ha alimentado la creación de todo tipo de leyendas y especulaciones sobre su destino final. En 1933, el alemán Otto Rahn publicó el libro *Cruzada contra el grial,* donde defendía la teoría de que el tesoro custodiado por los cátaros en Montsegur era la preciosa reliquia del santo grial. Según Otto Rahn, existían pruebas para pensar que el castillo de Montsegur era el castillo de Montsalvat de la ópera wagneriana *Parsifal,* donde los templarios habían escondido el legendario cáliz. Esta teoría fascinó a Adolf Hitler, que durante la Segunda Guerra Mundial invirtió muchas energías en intentar localizar el grial. Otto Rahn era un apasionado de los estudios relacionados con las herejías de sur de Francia y el misterio del santo grial, su obra suscitó mucha polémica durante los años de la posguerra, pero, como sucede con muchos otros autores que alimentan nuevas leyendas mezclando nombres y otras ya existentes, carece de una base histórica sólida.

Montsegur se rindió el 16 de marzo de 1244; el senescal Hugues des Arcis quería acabar con el impopular asedio y ofreció a los defensores unas condiciones bastante razonables si las comparamos con las matanzas acontecidas en las ciudades de Béziers o Carcasona en 1209, hechos que analizaremos con más detalle en el próximo capítulo. El castillo sería restituido al rey de Francia y a cambio los defensores

solo serían condenados a penitencias ligeras. Los herejes cátaros también podían beneficiarse del indulto si renegaban de su fe y abrazaban de nuevo el catolicismo. Los 215

cátaros que se negaron a renunciar a sus creencias fueron quemados en una hoguera encendida frente al castillo, actualmente conocido como *el Prat dels cremats* o campo de los quemados.

Según una leyenda muy extendida, la noche antes de la capitulación, los cátaros Amiel Aicart, Huc Poitevî, y un tercero del que desconocemos el nombre, escaparon de la fortaleza descendiendo por el acantilado y se escondieron en una galería subterránea. Con ellos llevaban el resto del tesoro de Montsegur y los pergaminos de la Iglesia cátara que contenían los evangelios apócrifos, no aceptados por la Iglesia católica. Los fugitivos llegaron a la cima de la montaña de San Bartolomé y encendieron un fuego como señal de que el tesoro estaba salvado. A partir de aquí empieza el misterio nunca aclarado sobre el destino final del maravilloso tesoro.

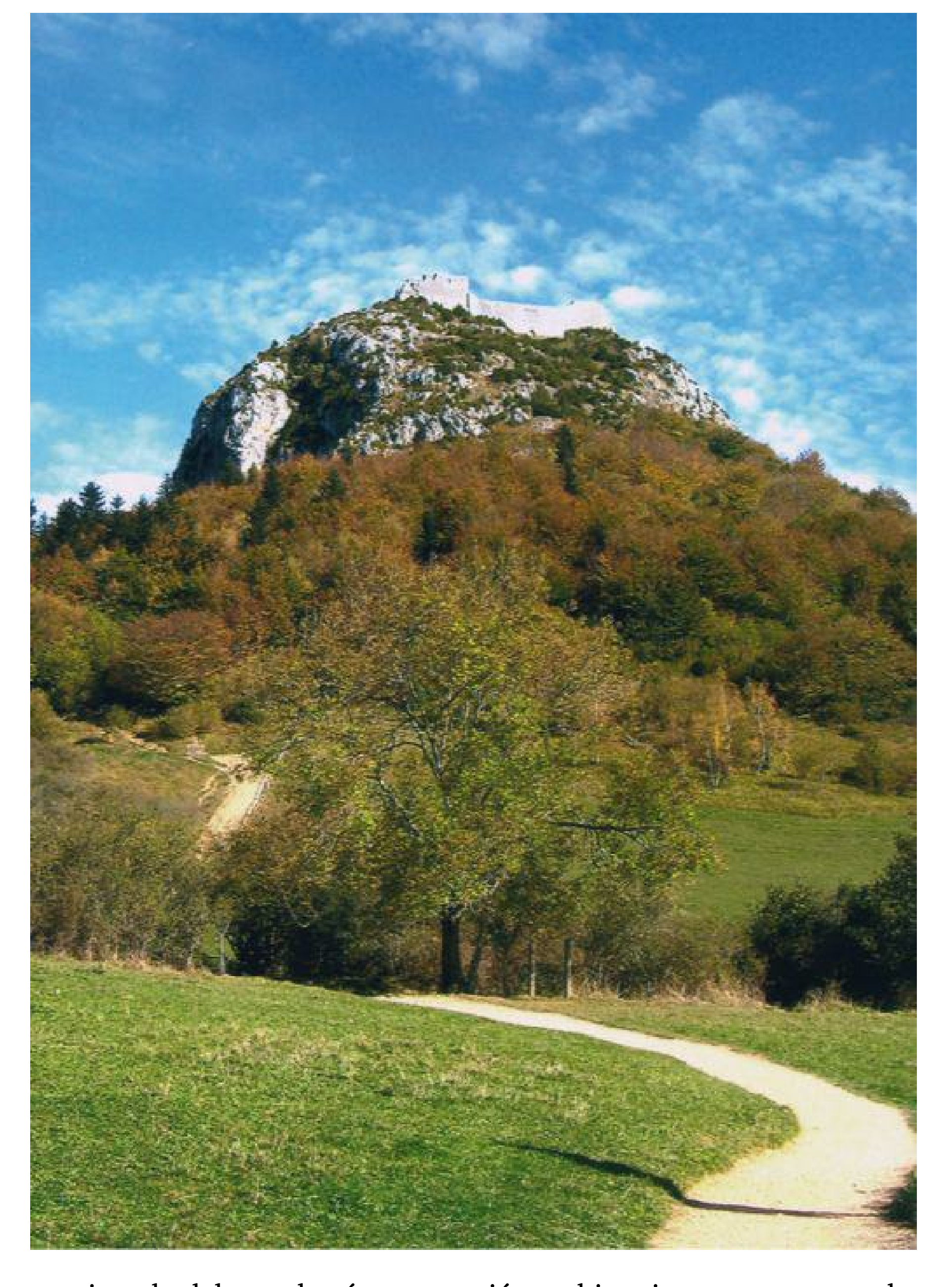


Estela discoidal del campo de los quemados en el castillo de Montsegur. Estos símbolos del catarismo abundan en cementerios, encrucijadas y accesos a puentes. Pero no estamos ante la representación de cruces cristianas, ya que los cátaros las consideraban un instrumento del suplicio de Jesucristo y no las veneraban. En las estelas cátaras aparece un círculo evocando el disco solar cuyos rayos lo dividen en cuatro.

Otra fábula, alimentada por el historiador francés Fernand Niel después de la Segunda Guerra Mundial, defiende el valor religioso del

castillo de Montsegur fabulando que en realidad era un templo del catarismo. Niel argumentaba que la Iglesia cátara construyó en el año 1204, en pleno apogeo de sus ideas, un templo solar con forma de castillo que ejercía de condensador de las energías telúricas de la montaña. Actualmente, cada año en el solsticio de verano, ríos de turistas y aficionados al esoterismo se reúnen en Montsegur para ver cómo los primeros rayos del Sol se alinean con los muros del castillo y cruzan la torre del homenaje. Lo cierto es que la teoría del templo solar de Niel perdió toda credibilidad al descubrirse que los restos actuales del castillo de Montsegur fueron edificados después de la derrota de los cátaros, a finales del siglo XIII, por el noble francés Guy de Levis, propietario del castillo.

Finalmente, puede que la leyenda más exótica, estrafalaria y poco creíble de todas las relacionadas con Montsegur sea la contada por otro historiador francés del siglo XX, René Nelli. Este



apasionado del mundo cátaro recogió una historia que cuenta que los inquisidores persiguieron a los cátaros hasta el Tíbet. Una prueba de ello, según Nelli, la encontramos en la década de 1930, cuando en unas excavaciones hechas en Montsegur buscando el famoso tesoro un ingeniero invocó en una sesión de espiritismo a varios maestros tibetanos. Poco después, un reputado intelectual de la región inspeccionó los túneles y vio a tres monjes tibetanos sin poder explicar nunca el porqué. También se encontró, en las ruinas del castillo, un

libro escrito con caracteres orientales que desapareció misteriosamente.

Historiadores como Otto Rahn, Fernand Niel, René Nelli y otros folcloristas locales han conseguido con sus leyendas mantener vivo hasta hoy el interés de los historiadores y atraer la atención de multitud de visitantes, convirtiendo el midí francés en una rentable zona turística. Una profecía cátara que circulaba por la región francesa del Languedoc vaticinó que «en siete siglos el laurel reverdecerá», quedamos pues a la espera de nuevos acontecimientos.

Castillo de Montsegur, en el departamento francés de Ariège, en el sur de Francia. Las ruinas actuales del castillo, que no

pertenecen a la legendaria fortaleza cátara, fueron edificadas por Guy de Levis pocos años después de la rendición gracias a la donación que le hizo el rey de Francia.

MONTSERRAT, LA MONTAÑA SANTA

La silueta de la montaña de Montserrat siempre ha estimulado la imaginación popular, que la ha rodeado de un aura legendaria para explicar sus formas geométricas redondeadas que constituyen un caso único en la morfología del territorio catalán. La intervención divina es la baza principal para explicar su caprichosa geografía, reforzando el pretendido carácter sagrado de la montaña.

El folclorista catalán Joan Amades Gelats, citado anteriormente en la leyenda del salto de la reina mora, relataba a mediados del siglo XX la existencia de una ciudad fantástica llamada Trencanous emplazada donde hoy hallamos la montaña de Montserrat. Según la leyenda recopilada por Amades, el día que Jesucristo fue clavado en la cruz un terremoto sacudió el mundo y la ciudad de Trencanous, como castigo divino por su vida pecaminosa, quedó sepultada bajo tierra, de modo que las formas redondeadas que hoy podemos ver son los cimientos de la ciudad enterrada boca abajo. Cuenta la tradición que solo sobrevivieron siete sacerdotes que todavía vagan errantes por la montaña y los días de viento los pueblos vecinos aún pueden oír sus gemidos lamentándose de tal desgracia. Esta leyenda, al igual que la de la ciudad sumergida de Ker Is (que veremos más adelante), presenta muchos paralelismos con el castigo bíblico que sufrieron las ciudades de Sodoma y Gomorra. Tampoco es casualidad la utilización redundante del número siete para designar los sacerdotes que se salvaron del desastre, pues la teología católica contiene numerosas

referencias a este número. Solo por citar algunos ejemplos, recordemos los siete pecados capitales, los siete sacramentos o las menciones apocalípticas a la siete iglesias, siete ángeles, siete sellos, siete plagas, etc.

El hallazgo de la Virgen de Montserrat, popularmente conocida como *La Moreneta* por el color negro de su cara y manos, ha convertido a la montaña en un centro de espiritualidad. La tradición popular gestó una leyenda sobre los orígenes de la Virgen que fue ampliamente recogida por el ya citado Joan Amades. Según la leyenda, la muerte de Jesucristo consternó a los cristianos de Barcelona que enviaron a Palestina una nave con una delegación para arropar y consolar a la Virgen María. Esta agradeció el gesto y prometió que uno de los discípulos de Jesús viajaría a la península ibérica para predicar su doctrina. El escogido fue el apóstol Pedro, que llevó consigo un retrato de María como muestra de gratitud a los fieles barceloneses.

La imagen fue tallada por san Lucas en Jerusalén con las herramientas de carpintero de san José que le había prestado la Virgen María y la inspiración en sueños de Jesús. El retrato tuvo mucha devoción en la ciudad de Barcelona, pero la invasión musulmana en 718 aconsejó trasladarlo a un lugar más seguro. El obispo de la ciudad y algunos fieles la llevaron al interior de una cueva en las montañas más abruptas que había cerca de Barcelona, en el macizo de Montserrat. Los cristianos que escondieron la talla fueron sorprendidos durante el camino de regreso por los soldados musulmanes que no dejaron ningún superviviente.

El paso del tiempo cubrió la cueva de vegetación borrando cualquier rastro de su existencia. En 801, el rey franco Luis el Piadoso recuperó la ciudad de Barcelona a los musulmanes, pero el

paradero de la imagen de la Virgen había desaparecido de la memoria de los ciudadanos. Según la leyenda, no fue hasta el año 880 que siete pastores durante siete sábados seguidos escucharon cantos celestiales y vieron una luz misteriosa que descendía del cielo posándose sobre la montaña de Montserrat. El obispo Gotmar de Vic fue informado de los extraños sucesos y decidió organizar una procesión guiada por los pastores. Al llegar a la cueva encontraron la talla de la Virgen con el niño en brazos esculpida en madera y con la piel negra. El obispo decidió que una imagen de tal belleza había que trasladarla a la cercana ciudad de Manresa para poder venerarla como se merecía, pero durante el recorrido, al pasar frente a la sede del actual monasterio de Montserrat, el tabernáculo que transportaba la Virgen pesaba tanto que era imposible desplazarlo. Este gesto fue

interpretado como una señal de la voluntad de la Virgen de permanecer para siempre en aquel lugar y el obispo ordenó construir una capilla en su honor que actualmente es el monasterio de Montserrat. Es inevitable recordar las similitudes que presenta esta leyenda con la procesión para trasladar los restos de santa Eulalia de Barcelona al interior de la ciudad, leyenda reseñada en un capítulo anterior de este libro.

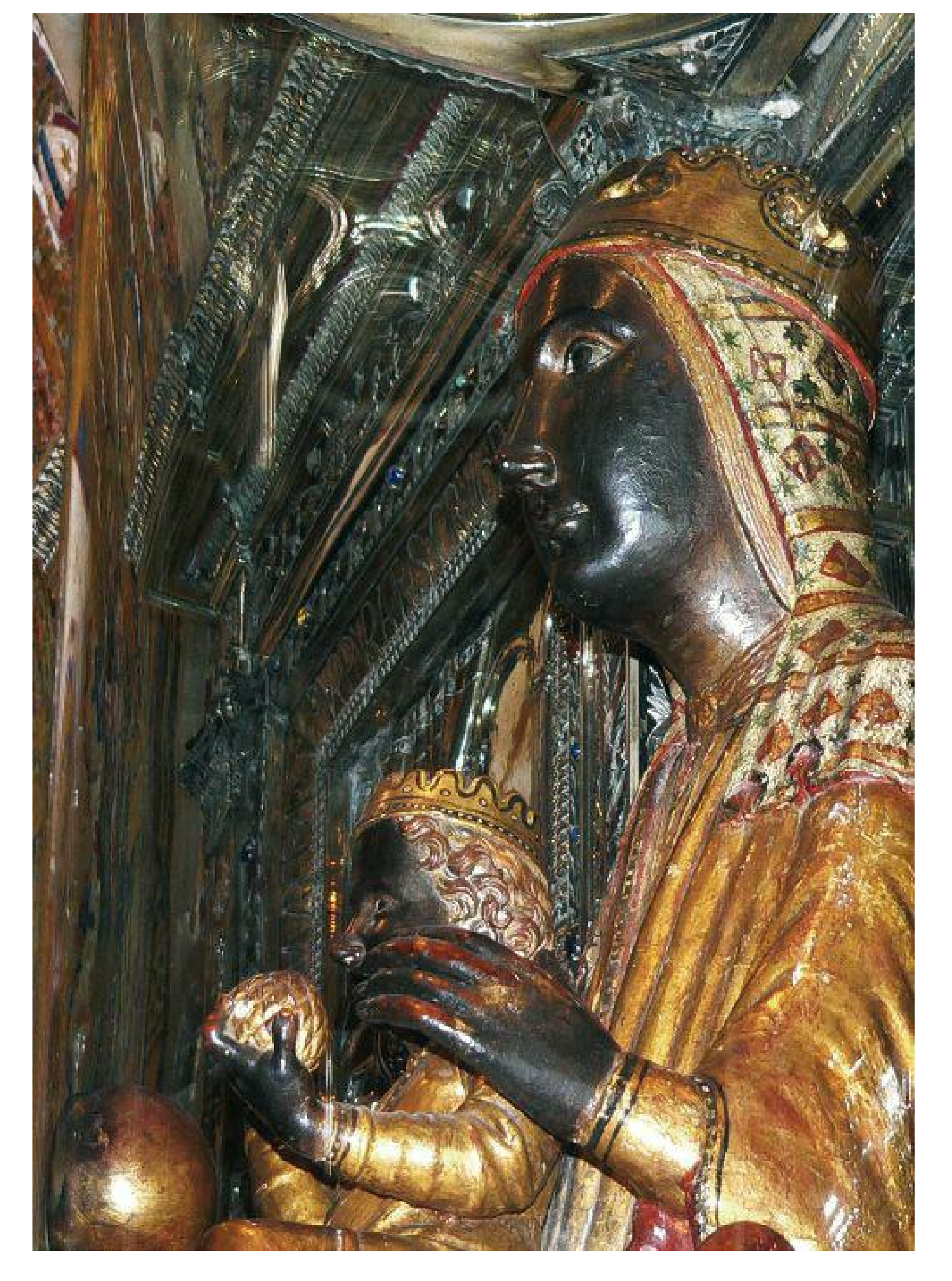
La leyenda del hallazgo de la Virgen de Montserrat es pura ficción, pertenece a un grupo de leyendas de tradición católica favorecidas por el auge de la devoción mariana en la Edad Media que siempre tienen el mismo denominador común: unos pastores mientras guardaban sus rebaños vieron unas luces que les indicaban el punto donde se encontraba la imagen de una Virgen; gracias a la manifestación sobrenatural, la imagen era rescatada del olvido. Estas leyendas favorecieron el culto y la popularidad de las vírgenes halladas en cuevas y lugares inhóspitos. La mayoría de ellas se hicieron rápidamente célebres por sus milagros, aumentando el fervor popular.

La escultura de la Virgen de Montserrat es una talla románica del siglo XII de 92 centímetros de altura y 17 kilos de peso. La proliferación de imágenes de vírgenes negras en los siglos XII y XIII es común en toda la geografía española, varios ejemplos de ello son la Virgen de Guadalupe en Cáceres, la de la Candelaria en Tenerife, la Virgen de Lluc en Mallorca, la de la Cabeza en Andújar o la Virgen de la Luz en Cuenca, entre otras.

En abril de 2001 trascendió a la luz pública un estudio del Centro de Restauración de Bienes Muebles de la Generalitat de Cataluña afirmando que el color negro de la Virgen de Montserrat no provenía de la madera ni de la pintura. Según el informe, la talla de madera de álamo se pintó originariamente con blanco de plomo, un carbonato básico de plomo también conocido como albayalde. El plomo con el tiempo ennegreció y «el aliento de las personas, el humo de las velas y cirios que han encarnado la devoción del pueblo» hicieron el resto. En el primer tercio del siglo XVI la imagen sufrió una remodelación y se le añadió una capa de color castaño, por ello en 1536 el abad Pedro de Burgos ya nos dice que la belleza de sus ojos contrastaba con la piel morena de su cara.

La primera mención documental a Montserrat la encontramos en un manuscrito del monasterio de Santa María de Ripoll, en el 888, que hace referencia a cuatro capillas presentes en la montaña: Santa María, San Pedro, San Martín y San Iscle. La existencia en Montserrat de iglesias prerrománicas o románicas dedicadas a la Virgen María en

absoluto puede llevarnos a pensar en la existencia de una imagen venerada, esto sucedió más tarde. Fue en el 1025 cuando Oliba, obispo de Vic, fundó el monasterio de Montserrat y a partir del siglo XII hay constancia de los primeros milagros atribuidos a *la Moreneta*. Concretamente, en 1223, el rey castellano Alfonso X el Sabio incluyó en el cancionero religioso de las *Cantigas* algunos milagros de la Virgen de Montserrat. La devoción y las peregrinaciones empezaron a tener muchos adeptos hasta el punto de que el rey de la Corona de Aragón Jaime I el Conquistador, protagonista de varias de las leyendas de este libro, decretó en 1218 la inmunidad al monasterio y los peregrinos que lo visitaban «por los continuos milagros con los que Dios adorna e ilustra esta casa de Santa María».



Talla románica de la Moreneta en el monasterio de Santa María de Montserrat. En origen, la cara de la Virgen estaba pintada de blanco de plomo, pero en el siglo XVI al rostro se le dio una capa de pintura de color castaño y en el siglo XIX se la recubrió con una finísima capa de negro intenso.

En suma, Montserrat reúne dos ingredientes que la hacen diferente al

resto de la geografía que la rodea. Por un lado, su espectacularidad geológica, que ha generado un enorme poder de atracción en sus visitantes alimentando la fantasía y la aparición de leyendas sobre sus orígenes; por otro, el hallazgo de una talla románica del grupo de las vírgenes negras, extendido en la península ibérica y el resto de Europa, que ha dotado a la montaña de espiritualidad y una gran capacidad de captación de la devoción popular.

LA TUMBA DE SANTIAGO «EL MAYOR»

Santiago, hijo de Zedebeo y de María Salomé, formaba parte del grupo de los 12 apóstoles y era uno de los hombres de confianza de Jesucristo. Según los hagiógrafos, nuestro protagonista recibió el calificativo de «el Mayor» para diferenciarlo de otro apóstol llamado Jacobo o Santiago el de Alfeo o «el Menor». El hallazgo de su tumba siempre ha estado rodeado de misterio y sobre el contenido del sarcófago planean varias preguntas: ¿realmente los huesos del apóstol se encuentran en el cofre de la ciudad compostelana? Y, ¿cómo es posible y por qué sus restos fueron trasladados de Palestina a la lejana Galicia?

Jacopo della Voragine, un hagiógrafo dominico italiano del siglo XIII al que hemos mencionado en la leyenda de los Cuernos de Hattin, relató en su obra *La Leyenda Aurea* la llegada del apóstol Santiago a la península ibérica. En el 33 d.C., tras la muerte de Jesucristo los apóstoles decidieron dispersarse para predicar el Evangelio por todo el mundo. Santiago empezó predicando en Samaria y Judea pero luego cruzó el Mediterráneo para llegar a Gallaecia, actual Galicia, con el objetivo de cristianizar el país.

Al principio sus palabras tuvieron una escasa aceptación entre los paganos y por lo que parece su seguidor más fiel era un perro que le acompañaba allá donde fuese. Según la tradición cristiana, al final consiguió reclutar siete discípulos conocidos como los varones apostólicos, que completaron la tarea de evangelizar la península ibérica. Una leyenda recogida en un manuscrito del siglo XIII titulado *Moralia in Job,* del pontífice Gregorio Magno, afirma que la Virgen María se apareció, rodeada por un coro de ángeles, al apóstol Santiago y sus discípulos mientras rezaban en el río Ebro, cerca de la ciudad de Cesaraugusta, la actual Zaragoza. Como testimonio de la visita quedó una columna o pilar de jaspe sobre el que se había posado la Virgen y que da nombre a la basílica construida para su advocación. Para desazón de sus seguidores, de la leyenda pilarista no se conserva ninguna crónica contemporánea al suceso. La referencia más antigua

data del siglo IV y se encuentra en un bajorrelieve del sarcófago de Santa Engracia, conservado en la basílica de Santa Engracia de Zaragoza, que representa la aparición mariana al apóstol Santiago.

El descenso de la Virgen se produjo la noche del 2 de enero del año 40 y por increíble que parezca, María todavía vivía en Palestina y tenía unos cincuenta y cinco años de edad. No hay rastros arqueológicos de la considerada primera aparición mariana del cristianismo ni de la evangelización de Hispania por Santiago; a estos hechos hay que sumarle que la presencia de los primeros cristianos en Galicia no está documentada antes del siglo III. Por todo ello, la veracidad de los hechos antes relatados es más que discutible y su aceptación seguramente se debe a la necesidad estratégica de afianzar la expansión del cristianismo por Europa tras la muerte de Jesucristo.

Según el antes citado Jacopo della Voragine, el apóstol regresó a Judea donde siguió predicando hasta ser decapitado por el rey Herodes Agripa I el 25 de marzo del 41 d.C. Tras su muerte, algunos discípulos robaron su cuerpo durante la noche y lo depositaron en un barco que navegó a la deriva, guiado por un ángel, llegando de nuevo a las costas de Galicia. Los discípulos descargaron el cuerpo

dejándolo sobre una enorme piedra que se fundió transformándose en un sarcófago. Después, la localización de su sepultura fue olvidada durante siglos.

La *Historia Compostelana*, una crónica del siglo XII, nos da la siguiente pista para localizar la tumba del apóstol. Al parecer, un eremita llamado Pelayo advirtió al obispo Teodomiro de Iria Flavia de que había visto unas luces sobrenaturales encima de un monte deshabitado. El obispo descubrió que las luces indicaban el lugar exacto donde los discípulos habían enterrado el cuerpo del decapitado Santiago el Mayor, oculto tras una densa vegetación. Esto sucedió en el 813, siendo rey de Asturias Alfonso II el Casto, quien, en un intento de romper la hegemonía de la iglesia de Toledo, pactó con el rey franco Carlomagno que este presionaría al papado para certificar la autenticidad del descubrimiento a cambio de una reliquia. Muy pronto la noticia del hallazgo se extendió por toda Europa y multitudes de peregrinos empezaron a llegar al sepulcro.

El culto a los huesos de Santiago el Mayor culmina con la creencia en que el apóstol participó de la reconquista contra la ocupación musulmana en las decisivas batallas de Clavijo (844) y las Navas de Tolosa (1212), esta última ampliamente analizada en el capítulo anterior. Este resurgir de las cenizas como caballero armado en

defensa de la cristiandad le valió para convertirse en patrón de España.

Muchos siglos más tarde, en 1884, el papa León XIII autentificó las reliquias de Santiago el Mayor con la bula *Deus Omnipotens*, pero diversas investigaciones han reabierto la polémica sobre la autenticidad de los restos del apóstol. Una pregunta sin respuesta es la identidad de quién yace en la catedral compostelana: ¿es Santiago el Mayor o un hereje llamado Prisciliano? Estudiosos como el hagiógrafo francés Louis Duchesne, autor del artículo *Saint Jacques en Galice* publicado en 1900

por la revista *Annales du Midi*, o el teólogo inglés Henry Chadwick, autor en 1976 de *Prisciliano de Ávila*, afirman que la urna de la catedral de Santiago de Compostela contiene los restos de Prisciliano, un hereje del siglo IV ajusticiado por promover una escuela ascética y una actitud crítica con la opulencia de la jerarquía eclesiástica, el primer cristiano ejecutado por otros cristianos. Esta teoría ha sido secundada por prestigiosos historiadores españoles como Claudio Sánchez Albornoz.

La controversia continúa ante la imposibilidad de realizar pruebas de ADN para determinar a quién pertenece el cuerpo enterrado, debido a una bula papal que impide abrir las reliquias. Según muchos historiadores, la aparición del sepulcro en Galicia fue una invención de la Iglesia católica para luchar contra la invasión musulmana. De ser falso el hallazgo, incluso el nombre de la ciudad de Santiago de Compostela que alberga la tumba del apóstol y que anualmente recibe miles de peregrinos estaría en tela de juicio. El Vaticano guarda silencio mientras la leyenda sobrevive.

Puede que el mundo necesite creencias y posiblemente lo más importante no sea si Santiago el Mayor está en Santiago de Compostela sino la construcción y evolución de una leyenda que ha movido millones de peregrinos desde la Edad Media. El botafumeiro de la catedral compostelana volverá a volar a diario cada vez que sea año santo jacobeo, en una muestra de que la leyenda continúa.



Fachada de la catedral de Santiago de Compostela, en la provincia de La Coruña, que acoge la tumba del apóstol Santiago el Mayor. Es uno de los mayores centros de peregrinación europeos a través del Camino de Santiago.

LA PIEDRA DEL DESTINO

El Génesis relata cómo Jacob, patriarca del pueblo de Israel, se durmió en un paraje entre Beersheva y Harán, ciudades situadas en el actual sur del Estado israelí. Jacob soñó con una escalera que unía el cielo con la tierra por la que se trasladaban los ángeles y en lo alto de ella estaba Jehová, que le dijo:

Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho.

Al despertarse entendió que su sueño era una revelación divina y conservó la piedra sobre la que había acostado la cabeza como un símbolo de lo sucedido.

El pueblo de Israel conservó la piedra consigo hasta el éxodo de Egipto en busca de la tierra prometida y el paso bíblico por medio de las aguas del mar Rojo. Haythekes, un general casado con Scota, hija del faraón Merneptah, lideró las tropas egipcias que no habían muerto ahogadas al cerrarse el mar y se apoderó del objeto sagrado. En lugar de regresar a Egipto, Haythekes emprendió una larga travesía por el norte de África hasta llegar a la península ibérica y fundó un reino en la actual Galicia con capital en Brigantium, hoy La Coruña.

La piedra de Jacob sirvió de trono a Haythekes y sus sucesores, siendo conocida a partir de entonces como la piedra del destino. En una ocasión, Simón Brec, hijo de uno de los reyes brigantinos, emprendió una expedición a la isla de Irlanda con la valiosa piedra y la colocó en la ciudad de Tara, por entonces capital irlandesa. Actualmente, en la cima del *Hill of Tara* o colina de Tara se conservan los restos de una fortificación de la Edad del Hierro. En el centro del yacimiento se halla la *Lia Fáil* o piedra del destino sobre la que eran coronados los reyes de Irlanda. La mitología dice que la piedra tenía poderes sobrenaturales y que cuando el legítimo rey de Irlanda ponía el pie sobre ella esta rugía de satisfacción además de otorgar el poder de rejuvenecer al soberano.



Fragmento del lienzo titulado El Sueño de Jacob, obra del pintor español José de Ribera de 1639 y actualmente conservado en el Museo del Prado de Madrid. Jacob era el hijo menor del patriarca Isaac y compró la primogenitura a su hermano Esaú a cambio de un plato de lentejas. Camino de Harán, escondiéndose de las iras de su hermano, Jacob tuvo un sueño acostado sobre la futura piedra del destino.

En el siglo V, la tribu gaélica de los escotos encabezados por el rey

Fergus I trasladó la piedra del destino al reino de Dalriada, que comprendía los territorios del norte de Irlanda y la costa oeste de Escocia. Concretamente, la piedra se custodió en la isla de Iona, al nordeste de la actual Escocia.

Kenneth MacAlpin, último rey de Dalriada, consiguió unificar sus territorios con la vecina tribu de los pictos convirtiéndose en primer rey de Escocia. La piedra del destino se desplazó de nuevo, esta vez al monasterio escocés de Scone, donde ejerció las funciones de trono para la coronación de los monarcas escoceses durante 400 años, desde Kenneth MacAlpin (847) hasta John Balliol (1292).

En 1296 el rey inglés Eduardo I, uno de los protagonistas de la leyenda de William Wallace que ya conocemos, se apoderó de ella y la trasladó a la londinense abadía de Westminster en un intento de desposeer a los escoceses de sus símbolos de identidad y demostrar su poder absoluto. Algunas leyendas escocesas afirman que los monjes de Scone ocultaron la piedra del destino y entregaron al

rey inglés una falsificación. La supuesta piedra del destino fue colocada debajo del trono inglés y ha presidido la ceremonia de coronación de los reyes ingleses desde entonces hasta la actual reina Isabel II.

La muerte sorprendió a Eduardo I en julio de 1307 y alentó a los partidarios del autoproclamado rey escocés Robert Bruce, que consiguieron varias victorias contra los ingleses en las batallas de Bannockburn (1314) y Old Byland (1322). En las negociaciones de paz el rey inglés Eduardo III se comprometió a devolver la piedra del destino, pero esta promesa no se vio reflejada en el tratado de Edimburgo-Northampton, firmado el 1 de mayo de 1328, que reconocía la independencia de los escoceses y ponía fin a la guerra.

Una leyenda escocesa afirma que tras la victoria de Bannockburn, en 1314, el rey escocés Robert Bruce regaló un fragmento de la piedra del destino al rey de Munster, Cormac McCarthy, por haber colaborado con 5.000 soldados a la batalla. El fragmento de piedra fue colocado en la torre del homenaje del castillo irlandés de Blarney donde, siempre según la leyenda, los visitantes que la besen obtendrán el don de la elocuencia. Actualmente la piedra de Blarney está incrustada en el muro por debajo de las almenas y los visitantes que quieren besarla tienen que tumbarse en el suelo y aferrarse a una baranda de hierro inclinando el cuerpo hacia atrás, colgando de la muralla, el premio un don que escasea cada vez más.

El día de Navidad de 1950 un grupo de estudiantes de Glasgow, inspirados por sentimientos nacionalistas, robaron la piedra del destino de la abadía de Westminster. Los ingleses consideraron la acción un acto de sacrilegio, atemorizados por no disponer de la piedra para la coronación de Isabel II, lo que hacía presagiar el fin de la dinastía. Al cabo de cuatro meses la piedra fue devuelta y las autoridades hicieron la vista gorda y no aplicaron ninguna sanción.

Finalmente, el venerado símbolo del nacionalismo escocés fue devuelto, a finales de 1996, por el gobierno del primer ministro británico John Major en una solemne ceremonia celebrada en la catedral escocesa de Edimburgo. El príncipe Andrés, duque de York y segundo hijo de la reina Isabel II, presidió los actos en representación de la monarquía inglesa.

Podemos preguntarnos ¿por qué una piedra arenisca ha despertado tantas pasiones a lo largo de la historia?, ¿la piedra devuelta al Palacio de Edimburgo es la verdadera o con el tiempo aparecerán tantas piedras del destino como astillas de la vera cruz? Es probable que los monjes de Scone entregaran una copia al rey Eduardo I o que los estudiantes de Glasgow tuvieran tiempo de hacer una réplica antes de devolverla; pero nadie puede negar que la piedra del destino es un objeto que ha sido reverenciado por diversas naciones y constituye un símbolo de poder desde hace más de mil años.

LA CIUDAD SUMERGIDA DE KER IS

En las gélidas aguas del mar del Norte existió, a finales del siglo V, una de las construcciones más hermosas jamás levantadas por el hombre, la ciudad de Ker Is. Tal era su belleza que una leyenda bretona cuenta cómo la ciudad romana de Lutecia, la actual París, intentó imitar su encanto cambiando su nombre por el de *Par-Is* que en bretón significa igual a Is. En realidad, es poco probable que el nombre de *París* estuviera vinculado a la leyenda de la ciudad sumergida de Ker Is, la teoría comúnmente aceptada sostiene que al final del bajo imperio romano la actual capital francesa tomó el nombre del pueblo galo que la habitaba: los parisios.

El primer texto en recoger la tradición oral bretona y mencionar la ciudad de Ker Is es la *Historia de Bretaña*, un manuscrito de 1505 obra del historiador francés Pierre Le Baud. Pero este documento estuvo inédito hasta su publicación en 1638 por Hozier. Poco después, el humanista parisino Josse Bade imprimió en 1526 un texto que relacionaba Ker Is con la Bretaña armoricana y narraba cómo la

ciudad fue engullida por el mar. Es muy probable que Josse Bade obtuviera la información de los monjes bretones establecidos en París como copistas de manuscritos. Pero conozcamos el argumento de la leyenda de Ker Is.

Esta leyenda cuenta cómo Gradlon el Grande, primer rey del Cornualles francés, en el extremo más occidental de la Bretaña, edificó una ciudad en medio del mar para satisfacer los deseos de su hija Dahut. Ker Is estaba por debajo del nivel del mar y unas inmensas murallas de piedra la protegían del oleaje y las mareas. La única forma de acceder a su interior era una gigantesca puerta de bronce que solo permitía la entrada de los barcos cuando la marea estaba baja. El rey Gradlon guardaba colgada en su cuello la única llave de acceso.

Dahut había nacido en alta mar, era hija de Gradlon y de Malgven, una reina del norte de extrema belleza que falleció durante el parto. La princesa creció muy unida al mar y cada tarde los pescadores que pasaban delante de Ker Is la podían ver acostada en las murallas jugueteando con su pelo rubio y observando las olas. Pero por la noche Dahut se entregaba a los excesos de la bebida, las fiestas y las orgías para desespero de su padre.

Gwennolé, un santo y fiel amigo del rey Gradlon, predijo que la princesa Dahut llevaría a la ruina a la ciudad de Ker Is. La profecía se cumplió cuando una tarde apareció un extraño caballero vestido de color rojo que no tardó en seducir a Dahut y conseguir que se entregara por completo a sus deseos. El amante pidió a la princesa una prueba de amor, quería la llave de la ciudad que Gradlon guardaba con tanta cautela alrededor de su cuello.

Aquella noche, mientras el rey dormía, su hija entró en la alcoba y sigilosamente robó la llave.

Al tenerla en sus manos, el misterioso caballero corrió hacia las murallas y al cabo de poco la puerta de bronce estaba abierta y el agua sumergía todas las calles. Un criado despertó al rey advirtiendo del peligro que acechaba Ker Is y este pudo huir a lomos de su mágico caballo de nombre Morbarch.

Gradlon cabalgaba sin tregua con su hija en la grupa de Morbarch, entonces una voz gritó por tres veces: «¡Arroja al demonio que está sentado detrás de ti!». Al ver que el agua les estaba dando

alcance el rey obedeció y gracias a ello Morbarch pudo dar un impulso final para llegar a tierra firme mientras Ker Is desaparecía bajo las

aguas. Las leyendas difundidas por los bardos dicen que Dahut fue engullida por el mar convirtiéndose en una sirena que a menudo fue vista por los pescadores de la zona peinando sus rubios cabellos. El rey Gradlon fundó una nueva capital en Quimper, en la Bretaña francesa, donde actualmente se conserva una estatua en su honor entre las dos torres de la catedral.

La leyenda de la ciudad sumergida de Ker Is permaneció en el olvido del folclore bretón hasta 1839 cuando el erudito francés Théodore Hersart de la Villemarqué publicó una compilación de canciones de la tradición oral bretona tituladas *Barzaz Breizh* o *Cantos de Bretaña.* La publicación de Villemarqué tuvo un gran éxito y exportó la leyenda de Ker Is más allá de las fronteras bretonas, convirtiéndola en una referencia para otros artistas europeos como el pintor francés Evariste Luminais, autor en 1884 del cuadro titulado *Vuelo del rey Gradlon*, conservado en el Museo de Bellas Artes de Quimper; el compositor francés Edouard Lalo, que escribió la ópera *Le Roy d'Ys* (*El rey de Is*), estrenada en París en 1888; o la novelista inglesa Antonia Susan Byatt, ganadora en 1990

del prestigioso premio literario Booker, con su obra *Possession*, que hace constantes alusiones a la leyenda de Ker Is.

La localización de Ker Is difiere según el origen de las fuentes celtas que analicemos. Los poetas bretones ubicaron la ciudad en la bahía de Douarnenez, en la baja Bretaña. La poetisa María de Francia escribió en el siglo XII un poema narrativo corto titulado *Lai de Gadlon Meur,* donde narraba las aventuras de Gradlon presentándolo como el primer rey del Cornualles francés. Más adelante, a principios del siglo XVII, un canónigo llamado Moreau recogió el testimonio de ancianos de la región que aseguraban haber visto las ruinas de Ker Is con la marea baja. Según la tradición popular, con la marea del mes de marzo, conocida como la marea de Gwennolé, el mar se retiraba tan lejos que se podían ver los restos de una antigua ciudad con calzadas empedradas que llevaban a la isla de Sein, en el actual canal de La Mancha.

Los bardos galeses e irlandeses crearon diferentes versiones de la leyenda ubicando Ker Is en la bahía de Cardigan, en la costa galesa, y en Lough Neagh, el mayor lago de Irlanda, respectivamente.

La versión galesa de la leyenda se conservó en un poema del siglo XII titulado la *Sumersión de Is,* obra del bardo Gwyddno. En la misma centuria, el clérigo galés Giraud de Barri contaba cómo los pescadores irlandeses creían ver brillar las torres de Ker Is bajo la aguas del lago

Neagh.

La leyenda de la ciudad sumergida de Ker Is es una metáfora del pecado: los excesos de la princesa Dahut convirtieron a la ciudad en un centro de depravación que mereció un castigo divino.

La inundación de Ker Is era un ejemplo de lo que podía pasar a las ciudades que siguieran su camino si se desviaban de la moral cristiana. El relato de ciudades destruidas por el mar fue un tema recurrente en la tradición céltica, pero las fuentes, aun siendo célticas, estuvieron empapadas por el cristianismo. Una muestra de ello son los paralelismos que presenta el relato de la maldición divina de Ker Is con las bíblicas Sodoma y Gomorra o la legendaria isla de la Atlántida.

7

Sociedades secretas y sectas

La palabra *secreto* aparece en el siglo XV y deriva de la expresión latina *secretus*, participio pasado del verbo *secerno*, que significa ‘separar’ o ‘cribar’. En origen, se utilizaba para designar la operación de separar el grano comestible de la paja, pero la polisemia le ha otorgado la capacidad de expresar la pasión humana de esconder y revelar confidencialmente el significado de las cosas. El estudio de las sociedades secretas ha sido un campo de cultivo abonado a la aparición de impostores y charlatanes; la falta de pruebas concluyentes ha alimentado sus teorías ocultistas y deformadoras de la verdad que asociaban los ritos iniciáticos con prácticas parapsicológicas y ceremonias mágicas.

Pero ¿quién formaba parte de esas sociedades secretas?, ¿por qué fueron perseguidas?, ¿de qué se las acusaba?

La Iglesia católica se convirtió en el canal de transmisión del conocimiento en la Edad Media. Su supremacía espiritual en toda Europa le otorgaba una posición de poder e influencia sobre la sociedad que no estaba dispuesta a perder. Pero su mensaje espiritual no siempre coincidía con sus actos, la vida liviana de las altas jerarquías contrastaba con la miseria de las clases populares que veían con recelo la opulencia de la santa sede y las continuas injerencias políticas en los asuntos de Estado. Las sociedades secretas y las sectas fueron un contrapoder de la sociedad laica y de una parte de la misma Iglesia con el objetivo de reformular los postulados de Roma o simplemente defender los intereses de una clase social.

El papado adoptó una postura inflexible, como veremos más adelante, ante todos los movimientos revisionistas. No estaba dispuesto a ceder un ápice de terreno en favor de otras doctrinas que criticaban la lujosa vida de sus ministros. Para frenar las críticas voraces, que cada vez calaban más profundamente en las diferentes capas de la sociedad, generó una enorme máquina de propaganda orientada a acabar con esta molesta competencia.

La principal arma de la Iglesia romana contra sus enemigos doctrinales era acusar a aquellas iniciativas de ser herejías en connivencia con el diablo e impulsoras de rituales secretos. Los poderosos engranajes ideológicos del catolicismo inculparon a los cátaros, protagonistas de la leyenda del castillo de Montsegur en el capítulo anterior, de adorar al diablo en forma de gato negro.

En 1203, el asesinato del legado pontifico Pedro de Castelnau brindó la excusa perfecta al Papado para organizar una cruzada contra los cátaros, que fueron depurados, interrogados y ejecutados hasta el exterminio por los tribunales de fe católicos.

La religión se convirtió en un instrumento al servicio del poder. Un poder que no toleraba la competencia en el terreno espiritual que suscitaban los cátaros o la enorme influencia y riquezas acumuladas por los templarios. El rey francés Felipe IV el Hermoso intentó someter a los templarios a su voluntad con el beneplácito del papado; el enfrentamiento derivó en la supresión de la orden, así como en interminables interrogatorios que acusaban de adoradores del diablo a aquellos que recientemente habían protegido a los peregrinos viajeros a Tierra Santa.

La Iglesia católica condenaba como hereje cualquier interpretación del mundo que no fuera

parecida a la suya. El temor a la persecución y la tortura hizo que algunas organizaciones se constituyeran en sociedades secretas. Los masones utilizaron la construcción de catedrales para expresar sus conocimientos y transmitirlos codificados a través de símbolos. El secretismo de sus rituales a menudo se ha asociado a ceremonias ocultistas y misteriosas. Actualmente muchas organizaciones se consideran herederas de los masones o rosacruces medievales en un intento de legitimar sus acciones y autojustificar su propia existencia.

Cátaros, templarios y masones; un magnífico elenco para un libro dedicado a las leyendas, o mejor dicho, dedicado a desentrañar qué hay de legendario y qué hay de histórico en el imaginario medieval.

Veamos cada uno de esos grupos tan peculiares y misteriosos.

LOS CÁTAROS. LA IGLESIA DE LOS BUENOS HOMBRES

Los cristianos consolidaron su presencia dentro del Imperio romano a partir de 313 con la declaración de tolerancia religiosa del Edicto de Milán, aprobado por el emperador Constantino I el Grande. Más adelante, a finales del siglo IV, el emperador Teodosio declaró el cristianismo religión oficial del Imperio y desde entonces el Papado tuvo muy claro que debía defender esta posición privilegiada erradicando los brotes de herejía a cualquier precio. La primera víctima por desafiar los dogmas de la Iglesia fue el obispo hispanorromano Prisciliano, del que ya sabemos por la leyenda de la tumba de Santiago el Mayor, condenado por hereje y decapitado tras confesar bajo tortura que practicaba rituales mágicos y maleficios en el 385.

La vida lujuriosa de las altas jerarquías de la Iglesia católica alimentó un sentimiento de desafección de las diferentes capas sociales. El pueblo observaba cómo continuamente se le exigía el pago de los impuestos eclesiásticos, pero en cambio algunos sacerdotes olvidaban sus obligaciones pastorales. En este escenario, las herejías medievales dejaron de ser un debate teológico entre clérigos estudiosos para convertirse en un movimiento popular que cuestionaba la opulencia de los ministros de la Iglesia.

En el siglo XII, aparecieron unos misioneros en la zona del Languedoc, en el actual sur de Francia, que predicaban una nueva corriente religiosa de inspiración evangélica y se presentaban como los herederos de los apóstoles. Su vida austera criticaba la corrupción del clero y pronto les valió el calificativo de «buenos hombres». La Iglesia católica empezó a preocuparse por la popularidad que la nueva doctrina alcanzaba a ambos lados de los Pirineos y no tardó a calificarla de herejía activando toda su maquinaria propagandística para crear una leyenda negra.

El papado no dudó en calificar a sus adversarios de adoradores del diablo en forma de gato negro y difundir la leyenda de que la palabra *cátaro* derivaba del latín *cattus,* gato, animal que adoraban en sus supuestas ceremonias satánicas. En el primer tercio del siglo XIII, el teólogo francés y obispo de París Guillermo d'Auvergne asegurará que en las ceremonias cátaras «se le consiente a Lucifer la aparición bajo la forma de gato negro o sapo y les exige ser besado en señal de pleitesía.

Si es gato debajo del rabo, si sapo horriblemente en la boca». Es evidente que todas estas afirmaciones formaban parte de una campaña de la Iglesia romana para desacreditar a sus adversarios religiosos. En realidad, la palabra *cátaro* derivaba del griego y significaba puro.

Los seguidores del catarismo practicaban una doctrina basada en dos principios: el del bien y el del mal. Desde su punto de vista, el principio del mal tenía sus orígenes en la materia, de este modo el mundo y el universo, tal y como nosotros lo percibimos, eran el reino de Satanás. Por otro lado, el principio del bien era todo aquello que emanaba del espíritu, como el alma humana, la cual estaba prisionera dentro de nuestro cuerpo. De esta doctrina dualista derivaron la crítica a la riqueza terrenal y la tolerancia a las debilidades del cuerpo humano, factores clave del éxito social del movimiento cátaro. Los procesos inquisitoriales conservados y obras como el *Libro de los dos principios*, de mediados del siglo XIII y atribuido al filósofo Juan de Lugio, dejaban clara la



simplicidad de su *corpus* doctrinal que tanto éxito tuvo entre las gentes del Languedoc.

Los pontífices empezaron a preocuparse por la rápida aceptación del catarismo y decidieron erradicarlo por la fuerza si era necesario. Primero enviaron misioneros cistercienses y dominicos que se enzarzaron en interminables disputas teológicas con los seguidores cátaros. Entre los prelados papales se encontraba el canónigo español

Domingo de Guzmán, fundador de la orden mendicante de los dominicos, que en 1206 se trasladó al Languedoc para predicar los postulados católicos. En uno de los coloquios, el futuro santo Domingo de Guzmán decidió someter al juicio de Dios dos libros, uno cátaro y el otro católico, provocando la sorpresa de los espectadores cuando el libro católico se salvó, elevándose milagrosamente en el aire, mientras que el cátaro ardió en llamas. Pero sus acciones no lograron quebrantar el espíritu de la Iglesia cátara y en 1208 sentenció: «He suplicado, he llorado, pero como se dice vulgarmente en España, donde no vale bendición prevalecerá el palo».

Quema de libros heréticos durante una disputa teológica entre Santo Domingo de Guzmán y los cátaros, también llamados

albigenses. Óleo sobre tabla titulado Santo Domingo y los albigenses, obra del pintor renacentista español del siglo xv Pedro de Berruguete, conservado en el Museo del Prado de Madrid.

El fracaso de la diplomacia solo dejaba un camino a ojos de la Iglesia católica: organizar una cruzada, la primera en tierras cristianas, dirigida y amparada por el papa Inocencio III con el único objetivo de acabar con los herejes por la fuerza de las armas. Sus participantes recibieron la promesa de un trato de favor por parte de la Iglesia, que les concedió la absolución de las faltas cometidas con anterioridad, el aplazamiento de las deudas sin intereses y la garantía del saqueo y botín de las ciudades sitiadas. Lo que para nosotros puede parecer una atrocidad, a ojos de los integrantes de la cruzada era una auténtica ganga.

El 22 de julio de 1209, día de santa Elena, el grueso del ejército cruzado asedió la ciudad suroriental francesa de Béziers. La respuesta de los defensores ante la petición de entregar a 222 de sus miembros fue tajante «preferimos morir ahogados en la mar salada antes que consentir estas proposiciones, preferimos morir heréticos que vivir cristianos» . Entonces sucedió un hecho insólito o milagroso, según la *Historia Albigensis*, escrita por el monje cisterciense Pedro de Vaux de Cernai entre 1213 y 1218, una puerta de las murallas quedó abierta a los asaltantes. La supuesta intervención divina era un castigo por el asesinato del vizconde de la ciudad en la iglesia de Santa Elena justo un año antes. Situaciones parecidas donde las puertas eran abiertas sin una explicación aparente ya las hemos visto en otras leyendas de este libro, como en el asedio de Constantinopla por los turcos otomanos o en la leyenda del salto de la reina mora.



La ciudad de Béziers, atravesada por el río Orb. Después de la carnicería de los cruzados, el legado pontifico Arnaldo Amalarico envío una carta al papa Inocencio III donde no mostraba ningún arrepentimiento por la matanza de 20.000

personas y daba gracias al cielo por un éxito tan inesperado.

La brutalidad del ataque cruzado hizo perder los ánimos a los defensores de Béziers que huyeron en desbandada. Cesáreo de Heisterbach, en su obra *Dialogus miraculorum* o *El diálogo de los milagros,* escrita entre 1219 y 1223, recreó una conversación en la que un soldado cruzado preguntaba al legado pontificio Arnaldo Amarlic: «Cuando entremos en la ciudad ¿cómo lo hacemos para distinguir a los católicos de los herejes?» a lo que el representante del papa respondió:

«Matadlos a todos que Dios reconocerá a los suyos». En una carta que envió Arnaldo Amarlic a Inocencio III cifró en 20.000 las personas asesinadas a golpe de espada «sin distinción de sexo ni edad». Después de Béziers todas las fortalezas cátaras grandes o pequeñas capitularon sin combate, excepto la *cité* de Carcasona que se rindió tras un asedio a mediados de agosto de 1209.

Los conflictos para erradicar la herejía del catarismo en el Languedoc tuvieron nuevos episodios clave con la muerte del rey de la Corona de Aragón Pedro I el Católico en la batalla de Muret, en 1213, o el asedio y rendición del baluarte cátaro de Montsegur en 1243. Escenas, todas ellas, contadas con detalle en otros episodios de este libro.

El último prefecto cátaro, Guillaume de Bélibaste, murió quemado en

la hoguera del castillo francés de Villerouge-Termenes el 24 de octubre de 1321. El arzobispo de Narbona Bernard de Farges no pudo evitar escuchar desde la almena del castillo las últimas palabras del condenado, que con los ojos destapados profetizó que «al cabo de setecientos años reverdecerá el laurel».

Actualmente, el país de los cátaros es una productiva ruta turística de empinadas fortalezas como Montsegur, Queribus, Lastours o Peyrepertus acompañada por una suculenta gastronomía que recuerda a los visitantes que el catarismo coincidió con la época de mayor esplendor de la región.

EL LEGADO LEGENDARIO DE LA ORDEN DEL TEMPLE

En el siglo XI mareas de peregrinos cruzaban Europa para visitar los santos lugares, aquellos donde se había desarrollado la vida y muerte de Jesucristo. Después de la primera Cruzada (1095-1099), los fieles podían visitarlos sin necesidad de abandonar tierra cristiana, pero nadie les garantizaba su seguridad. La orden de los Pobres Soldados de Cristo se fundó en 1119 para proteger a los peregrinos en su travesía y el rey de Jerusalén, Balduino II, le concedió los terrenos sobre el antiguo solar del Templo de Salomón para que edificara su fortaleza, motivo por el que también a sus miembros se les conocería como los templarios y a ella misma como orden del Temple. Su historia corrió de forma paralela a la historia de las cruzadas y a la presencia de los caballeros cruzados en los santos lugares.

En su inicio, la nueva orden de monjes guerreros suscitó muchas simpatías, acumulando donativos, y contó con poderosos mecenas dispuestos a sufragar sus gastos en Tierra Santa. La orden del Temple se enriqueció rápidamente y edificó una poderosa red de fortalezas para proteger las rutas de peregrinación. Su influencia llevó a sus miembros a codearse con los hombres más poderosos de Europa, muestra de lo cual será que el tesorero del Temple se convirtiera en consejero financiero del rey de Francia.

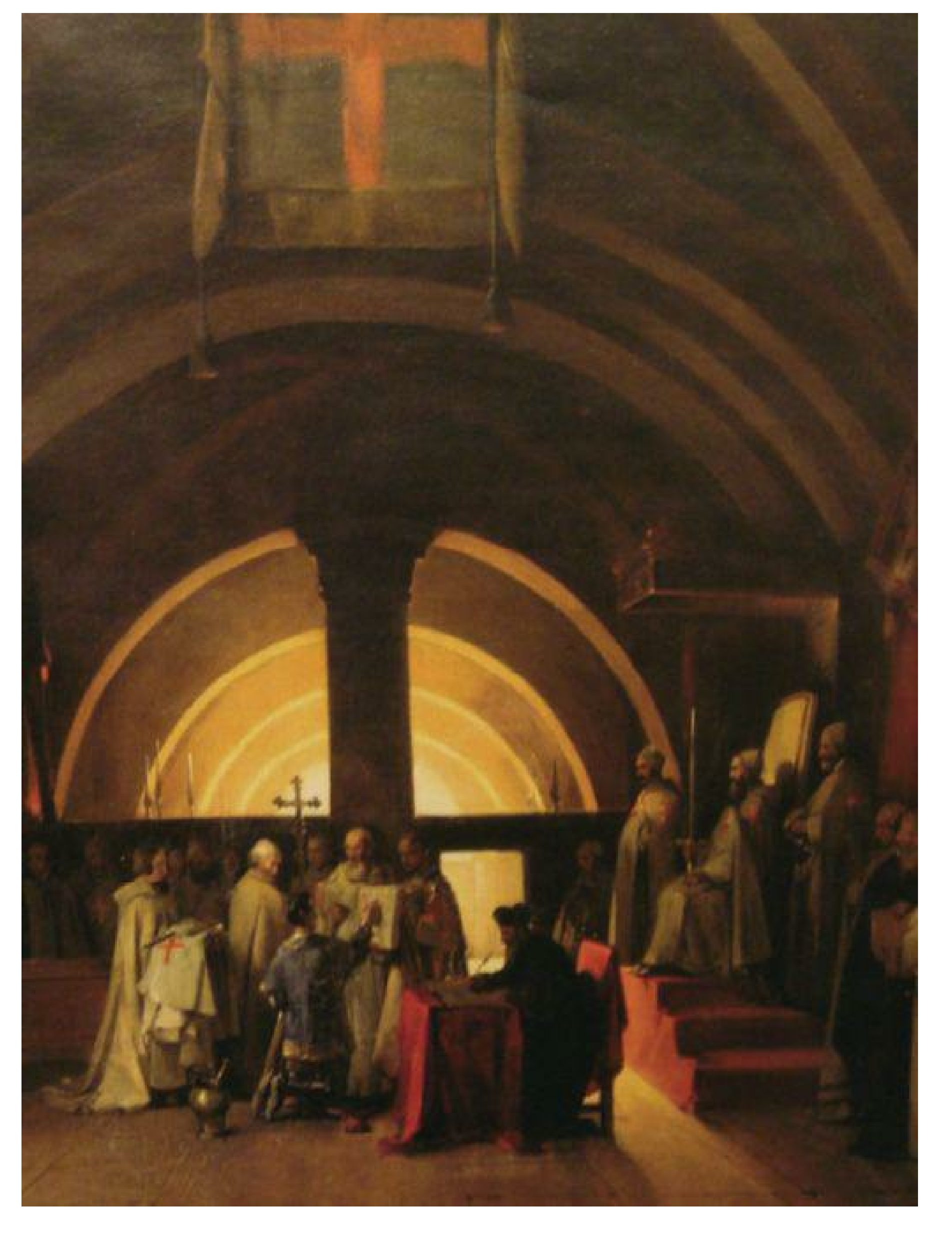
En agosto de 1291 la fortaleza de San Juan de Acre fue conquistada por los musulmanes y con ella caía la última ciudad cristiana en Tierra Santa. Esta derrota produjo un desprestigio de la orden del Temple, pues si su principal misión era proteger a los peregrinos que viajaban para visitar los santos lugares ¿cómo se seguía justificando la existencia de una organización tan poderosa? El rey de Francia Felipe IV el Hermoso lo tenía claro, tras someter al pontífice Clemente V a su voluntad, pensaba que había que fusionar las órdenes del Temple y el

Hospital bajo el mando de uno de sus hijos. Los templarios descartaron la propuesta y se negaron a aceptar a Felipe IV como miembro honorífico de la orden, de forma que estos actos fueron considerados como una ofensa que el rey no estaba dispuesta a olvidar.

Felipe IV encontró el pretexto para acabar con los templarios en las calumnias difamadas por Esquin de Floyran, antiguo prior de Montfaucon, en el sur de Francia. El 14 de septiembre de 1307

circuló la orden real de que todos los caballeros del Temple del reino de Francia tenían que ser arrestados y sus bienes confiscados. El fatídico viernes 13 de octubre el gran maestre Jacques de Molay fue detenido en París y se calcula que en total fueron apresados unos 20.000 integrantes de la orden. Los templarios fueron acusados de renegar de Jesucristo y escupir sobre la cruz en la ceremonia de admisión, de intercambiarse besos obscenos, practicar la sodomía, adorar ídolos en forma de gato y cabeza humana, celebrar ceremonias con ritos secretos y confesarse mutuamente confiriéndose la facultad de perdonar los pecados.

En los interrogatorios, algunos templarios confesaron haber adorado a una cabeza barbada con cabellos rizados hecha de madera u oro y escondida tras los altares de las iglesias del Temple. En palabras del caballero Rodolfo de Grisú «era un demonio y me horrorizó cuando la vi». El trovador



del siglo XIII Ricardo Bonomel le dedicó algunos poemas refiriéndose a ella como el *bafomet* que etimológicamente podría proceder de las palabras de origen griego *baph* y *metis*, cuyo significado es

«bautismo de sabiduría». En torno al bafomet se han creado leyendas de dudosa credibilidad como la que afirma que era un recuerdo de la cabeza del decapitado Juan Bautista o una reproducción del sudario de la sábana santa encontrada, en 1204, por el templario Robert Cari en la iglesia Blanquerna de Constantinopla. No podemos pasar por alto las similitudes entre el bafomet de los templarios y la cabeza parlante

del papa Silvestre II que hemos visto en otro capítulo de este libro.

Fragmento del óleo sobre lienzo titulado La inauguración de Jacques de Molay en el orden de los caballeros templarios en 1295, obra del pintor francés del siglo XIX François Marius Granet. Durante los interrogatorios efectuados en París, 134 de los 138 caballeros de la orden del Temple confesaron, bajo tortura, que durante los ritos de iniciación los templarios escupían sobre la cruz, renegaban de Jesucristo y practicaban la sodomía.

En 1309, desbordado por los acontecimientos y tras dos años de prisión, torturas e interrogatorios, un ya anciano maestro Jacques de Molay sucumbió a la presión de los oficiales del rey francés confesando que los templarios renegaban de la cruz de Jesucristo en las ceremonias de

recepción de nuevos miembros. Esta declaración fue un extraordinario trofeo para Felipe IV que, a partir de entonces, ordenó enjuiciar a centenares de caballeros que fueron torturados y quemados en la hoguera acusados de herejía. El 12 de marzo de 1312 el Concilio de Vienne aprobó la disolución del Temple y, finalmente, el 18 de marzo de 1314, el atrio de la catedral de París fue el escenario de la ejecución del último gran maestre junto a otros 36 templarios. En sus últimos suspiros en la hoguera, Jacques de Molay lanzó una maldición sobre sus verdugos y esta no tardó en cumplirse: el 29 de noviembre de ese año pereció el rey de Francia Felipe IV el Hermoso a consecuencia de una caída de caballo, el traidor Esquin de Froylan murió apuñalado, el papa Clemente V falleció el 20 de abril de 1315 y el canciller real Guillermo de Nogaret, ejecutor de toda la trama, les siguió poco después. Coincidencia o no, Europa sufrió una cadena de calamidades enlazando malas cosechas, epidemias y hambrunas a lo largo del siglo XIV en lo que se ha conocido como la crisis bajomedieval. Desde entonces, bien por su trágico final o por las extrañas acusaciones de las que fueron víctimas, siempre ha rodeado a los templarios un halo de misterio que ha dado lugar a multitud de especulaciones y leyendas a menudo sin ningún tipo de fundamento.

La Edad Media es el periodo por excelencia de la simbología, un lenguaje utilizado habitualmente para comunicar a una población, en su mayoría analfabeta, los mensajes del poder. Los aficionados al esoterismo templario han desarrollado teorías sobre el significado de los símbolos de la orden del Temple. La cruz griega con los cuatro brazos iguales ha sido interpretada como un jeroglífico alquímico que simbolizaba el crisol, un recipiente donde los alquimistas mezclaban los ingredientes para transformar sus propiedades, demostrando el

hecho que los templarios eran unos expertos en la alquimia y eran capaces de fabricar oro, fuente principal del origen de sus enormes riquezas.

La falta de documentación sobre los primeros años de la orden del Temple ha alimentado conjeturas acerca de cuáles fueron sus intenciones reales al viajar a los santos lugares. Considerados unos expertos buscadores de reliquias, se ha especulado con la posibilidad de que excavaran el subsuelo del Templo de Jerusalén en búsqueda de los principales tesoros del cristianismo.

Conozcamos a continuación las apasionantes leyendas que se han generado alrededor de los templarios y las reliquias más famosas de la cristiandad.

La vera cruz, una de las reliquias más importantes de las cruzadas y cuya historia conocimos en la leyenda de los Cuernos de Hattin, era considerada un talismán que protegía a los cristianos durante el combate, y los templarios la custodiaban durante la batalla. Una leyenda asegura que un caballero templario la escondió enterrándola en la arena para evitar que cayera en manos musulmanas, pero sabemos que es falsa, pues en realidad la derrota de Hattin, en 1187, acabó con el mito y Saladino se apoderó de ella.

Por otro lado, el escritor inglés Ian Wilson y la historiadora italiana de los Archivos Secretos del Vaticano Bárbara Frale defienden que los templarios escondieron durante más de un siglo la sábana santa, el sudario que envolvió el cuerpo de Jesucristo después de la crucifixión y en el que quedó impresa su imagen. Según Frale, los templarios se habrían apoderado de ella en 1204 durante el saqueo de la ciudad de Constantinopla, ocultándola para evitar el castigo de la excomunión que el pontífice Inocencio III daba a todos aquellos que habían participado del expolio. En 1988, la Santa Sede permitió a la Universidad de Oxford, la Universidad de Arizona y el Instituto Federal de Tecnología de Suiza realizar análisis de carbono 14 sobre un fragmento del sudario. La conclusión determinó que era una tela datada entre los siglos XIII y XIV, afirmación que ha dado alas a la teoría de que fueron los templarios quienes la trajeron de Oriente.

Otra reliquia, ampliamente tratada en el capítulo anterior, es el santo grial, que según falsas

leyendas también fue hallado por los templarios en las excavaciones del Templo de Jerusalén convirtiéndose en sus custodios. El poeta alemán Wolfram von Eschenbach, al que hemos conocido

precisamente en la leyenda del grial, escribió en el siglo XII su obra *Parzival*, donde como sabemos ubicaba el cáliz sagrado en un antiguo castillo templario llamado *Munsalvaesche* identificado con los monasterios de San Juan de la Peña, Montserrat o la fortaleza cátara de Montsegur.

Por último, entre los tesoros del Templo de Jerusalén se hallaba uno de los objetos más buscados de todos los tiempos: la misteriosa arca de la alianza construida por Moisés para albergar los mandamientos o tablas de la ley del pueblo hebreo. En el siglo XVIII, el rabino portugués Menasseh Ben Israel aseguraba que el rey Salomón ordenó construir una cámara secreta bajo el templo para ocultar la preciada arca y los templarios, al excavar el subsuelo, la habrían encontrado, convirtiéndose en sus guardianes hasta nuestros días.

Otra leyenda, sin ningún tipo de base histórica, sostiene que en el interior del arca encontraron unos manuscritos antiguos, obra de arquitectos egipcios, que explicaban la técnica para construir catedrales. Según esta falsa hipótesis, los templarios fueron los impulsores de la construcción de las catedrales góticas por toda Europa. Los albañiles que recibieron los conocimientos de la orden del Temple se agruparon en gremios de constructores de catedrales convirtiéndose en la génesis de la masonería (en francés, *maçon* significa albañil). Según estas especulaciones, el gran maestre Jacques de Molay fundó una sociedad secreta antes de morir para perpetuar la labor de los templarios y esta habría dado origen a la masonería.

Puestos a ser el perejil de todas las salsas, investigadores como el antropólogo francés Jacques de Mahieu defienden que los templarios mantuvieron en secreto la existencia del continente americano hasta el descubrimiento de Cristóbal Colon. Incluso disponían de una flota con base en el puerto francés de La Rochelle que transportaba plata americana para financiar la construcción de sus imponentes catedrales. Prueba muy discutible de ello podría ser la presencia de cruces templarias en la cerámica indígena de varias culturas precolombinas o la representación en la capilla escocesa de Rosslyn, uno de los centros de culto de los amantes del ocultismo templario, de maíz, aloe vera y otras plantas antes de su hallazgo en América.



El pergamino de Chinon contiene la absolución del papa Clemente V a los templarios en 1308. Actualmente está conservado en los Archivos Secretos del Vaticano con la signatura Archivum Arcis, Armarium D 218. La presión del rey francés Felipe IV el Hermoso obligó al pontífice a suprimir la orden templaria en 1312, pero Clemente V especificó en la bula Vox in excelso que esta decisión no constituía un acto de condena por herejía.

Recientemente, Bárbara Frale, citada pocos párrafos atrás, dio a

conocer un pergamino de grandes dimensiones (700 x 580 mm.) que contenía la absolución del pontífice Clemente V al gran maestre Jacques de Molay y otros templarios. El documento conocido como pergamino de Chinon

—que fue el resultado de los interrogatorios realizados a los caballeros del Temple por los legados apostólicos en el castillo francés de ese nombre—, fechado entre el 17 y el 20 de agosto de 1308, ha servido para limpiar la imagen de la orden del Temple de las infames acusaciones que recibieron y demuestra que no hay motivo para relacionarlos con prácticas esotéricas y ocultismo. Aun así, actualmente francmasones y rosacruces se siguen considerando herederos de la tradición y secretos de los templarios: conozcamos en las próximas leyendas qué hay de verdad en ello.

LA HERMANDAD DE LA ROSACRUZ

La Iglesia católica a lo largo de la Edad Media supo concentrar buena parte de la sabiduría de la época, cribando todos aquellos conocimientos que consideraba nocivos para sus fieles y mostrándose inflexible sobre cualquier desviación de sus principios dogmáticos. El papado, en defensa de sus credos y rituales, ejerció un férreo control sobre las sociedades europeas que proponían formas alternativas de conocimiento, bajo amenaza de herejía y pena de excomunión. Por ello, secretamente fueron apareciendo sociedades como la Rosacruz o la masonería, que con sigilo y discreción se postulaban como un contrapoder a los principios de la Iglesia de Roma.

La hermandad de la Rosacruz era una legendaria orden secreta formada por hombres cultos con una trayectoria irreprochable que creían en la cooperación entre los seres humanos para hacer un mundo más sabio, mejor y más feliz. La vía para conseguir estos objetivos era superar el velo de la ignorancia haciendo hincapié en las leyes naturales, físicas y cósmicas. Una de sus máximas era «la tolerancia dentro de la más estricta independencia», enseñanza que difería diametralmente del carácter cerrado de las doctrinas de la Iglesia.

El punto de partida de la sociedad secreta de los rosacruces lo encontramos en la legendaria figura de Christian Rosenkreutz, considerado por muchos el fundador de la orden. Según el escritor francés del primer tercio del siglo XX Maurice Magre, Christian Rosenkreutz nació en 1378 en el seno de un poderoso linaje alemán que profesaba el catarismo: los Germelshausen. Su familia fue

ejecutada por el conde Conrado de Turingia cuando él solo tenía cinco años de edad.

Christian Rosenkreutz salvó la vida gracias a un monje que, impresionado por su increíble inteligencia, lo sacó del castillo en llamas para esconderlo en un monasterio cercano. En su nuevo hogar aprendió griego y latín y conoció a cuatro monjes con los que más tarde se asociaría en la hermandad de la Rosacruz. A los 15 años decidió viajar a Tierra Santa con el objetivo de visitar los santos lugares acompañado por uno de los monjes del monasterio. Pero, durante el trayecto, su acompañante murió en Chipre y poco después Christian Rosenkreutz enfermó en Damasco viéndose obligado a permanecer varios años en la ciudad. Su próximo destino fue la simbólica metrópoli de Damcar, situada en Arabia según el mapa *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius (1570) y que podría coincidir con la actual ciudad de Damar en Yemen. Allí, los sabios locales le transmitieron sus secretos y tradujo al latín el *Libro del mundo*, una misteriosa obra que le permitió desentrañar los misterios más profundos de la naturaleza.

Las siguientes paradas de su periplo por Oriente fueron Jerusalén, Egipto y la ciudad norteafricana de Fez. En todos estos parajes aprovechó el tiempo para enriquecerse con nuevos conocimientos sobre ritos secretos y cabalísticos. En su regreso a Europa, alrededor de 1402, Christian Rosenkreutz esperaba que sus estudios fueran valorados y pudiera enseñar todo lo que había aprendido en sus viajes. Pero no sucedió así y decepcionado decidió regresar a Germania para transmitir sus enseñanzas en secreto solo a quienes fueran merecedoras de ellas: así nació la sociedad secreta de la Rosacruz. Según el médico alemán del siglo XVII Michel Maïer, Germania no

era el país europeo conocido con este nombre, sino una tierra simbólica que contenía «los gérmenes de las rosas y los lirios».

Christian Rosenkreutz murió en 1484 y dejó órdenes estrictas a sus discípulos de no revelar la existencia de la orden hasta el momento adecuado. Tuvieron que pasar 120 años de la muerte del maestro hasta que un novicio encontró de forma milagrosa una puerta secreta con una inscripción en latín que rezaba: *«Post centum viginti anos patebo»*; o sea: «Después de ciento veinte años me revelaré». Tras ella había un santuario con la sepultura de Christian Rosenkreutz y al abrir la tumba el cuerpo estaba fresco y completamente incorrupto a pesar de los años. Pero eso no era todo, al lado se hallaba un pequeño altar con el *Minutus Mundus*, un libro de cristal con imágenes y voces que permitía ver lo que pasaba en cualquier lugar del mundo. Los

aventurados investigadores del movimiento rosacruz se preguntan si tras esta leyenda no se hallaría el conocimiento primitivo de los futuros teléfonos, ordenadores o antenas parabólicas.

El debate sobre la falta de fundamento de estas leyendas y la existencia o no de su maestro ha dividido profundamente a los rosacruces. Según estos ocultistas, la apertura de la tumba de Christian Rosenkreutz podría ser una metáfora que se refiere a los ciclos de la naturaleza y las nuevas oportunidades de la humanidad ante los avances técnicos del siglo XVII.

En 1614 y 1615 se publicaron respectivamente, en la ciudad alemana de Kassel, dos pequeños opúsculos titulados *Fama Fraternitas Rosae Crucis* y el *Confession Fraternitatis*, ambos considerados manifiestos fundacionales rosacruces que contenían las enseñanzas internas de la sociedad y datos biográficos de Christian Rosenkreutz sobre los cuales se edificó toda la legendaria historia de la orden. El propio nombre de Christian Rosenkreutz era una alegoría que había dado nombre a la fraternidad y significaba Cristiano Rosacruz.



Óleo sobre lienzo titulado Hombre con armadura, obra del pintor holandés Rembrandt, actualmente conservado en el escocés Museo de Glasgow. En el siglo XIX, el escritor ocultista de origen austríaco Rudolf Steiner identificó el retrato con el conde de Saint Germain, un enigmático personaje del siglo XVIII que, según la tradición, fue una encarnación de Christian Rosenkreutz. Pero en realidad, es comúnmente aceptado que se trata de un retrato de Alejandro Magno.

Una tercera publicación que aumentó el misterio fue *Las bodas químicas de Christian Rosenkreutz* (1616), un romance escrito por el

teólogo y matemático alemán Johann Valentín Andreae. Su obra es considerada un texto fundamental del movimiento secreto que en su época alcanzó un éxito inesperado e incrementó el interés por el misterio rosacruz influenciando otras sociedades como la masonería. Los vínculos entre rosacruces y masones eran fuertes, como lo atestigua un opúsculo masónico de 1676 donde se anunciaba que «la Antigua Hermandad Rosa Cruz de los Adeptos Herméticos y de los Masones Aceptados tienen la intención de cenar todos juntos el próximo 31 de noviembre». Más adelante, el doctor en medicina Albert Gallatin Mackey, un prestigioso erudito masón del siglo XIX autor de la *Encyclopedia of Freemasonry*, también daba por sentado el parentesco entre masonería y rosacruces al admitir que «en la filosofía hermética encontramos símbolos gnósticos, al igual que en el sistema de los rosacruces; por último, gran parte de los símbolos usados por la francmasonería también tienen un origen gnóstico».

La sociedad secreta de los rosacruces consideraba como atributos esenciales de sus miembros la

ausencia de orgullo, el anonimato en sus acciones, la modestia y la falta de vanidad. Algunos de los hombres que más han contribuido al avance de la humanidad fueron considerados rosacruces, entre los más conocidos se hallan el filósofo francés René Descartes (1596-1650), impulsor del método racionalista; el físico inglés Isaac Newton (1643-1727), uno de los más grandes científicos de la historia y descubridor de la ley de la gravedad; el escritor francés Víctor Hugo (1802-1885); o el poeta alemán ya mencionado en otros capítulos Johann Wolfang von Goethe (1749-1832).

LA MASONERÍA Y LOS CONSTRUCTORES DE CATEDRALES

La historia de la masonería es una avalancha de datos muchas veces contradictorios entre ellos.

Se ha escrito mucho sobre el hermetismo que ha rodeado a esta sociedad secreta y sus relaciones con otras sociedades medievales como los templarios o los rosacruces. Las hipótesis sobre sus orígenes, a menudo indemostrables, siempre han estado más cerca de la leyenda o la fantasía que de la realidad. El resultado final es que los lectores ven la masonería no como algo desconocido, sino más bien como algo sombrío y enigmático. Por ello intentaremos responder aquí a preguntas como ¿qué es la masonería?, ¿cuáles fueron sus orígenes?, ¿qué relaciones había entre los constructores de catedrales de la Edad Media y los masones? o, y esto es lo verdaderamente esencial de

nuestra búsqueda, ¿qué hay de legendario en todo ello?

Albert Gallatin Mackey entendía la masonería como «una ciencia comprometida en la búsqueda de la verdad divina». Los masones fomentan el desarrollo intelectual y moral del ser humano mediante una vía iniciática. Sus ritos admiten la existencia de un ser supremo al que denominan Gran Arquitecto del Universo y una enseñanza cargada de símbolos y alegorías.

Los orígenes de la masonería hay que buscarlos en la construcción del mítico Templo de Salomón en Jerusalén, presente en varios capítulos de este libro. Según el *Segundo Libro de las Crónicas* de la Biblia, el rey Salomón mandó llevar de la ciudad de Tiro un maestro experto en la fundición y el trabajo del metal llamado Hiram Abiff, «hijo de una viuda de la tribu de Neftalí» *,* para la construcción del templo. Por ello los masones se autodenominan descendientes o hijos de la viuda y se consideran herederos de los constructores del Templo de Salomón, siendo esta una de sus principales señas de identidad. Pero lo cierto es que no existen pruebas tangibles que den validez a estas especulaciones basadas en argumentos que rozan la pseudohistoria y la fantasía.

El *Manuscrito Grand Lodge nº. 1,* considerado el tercer documento masónico auténtico de mayor antigüedad (1583) y conservado en la Gran Logia Unida de Inglaterra, relaciona la masonería con el oficio de la construcción y justifica asombrosamente en el capítulo XIV cómo los conocimientos de la construcción del Templo de Jerusalén llegaron a Francia en el siglo VIII cuando: Un masón de nombre Naymus Grecus, que había estado en la construcción del Templo de Salomón, llegó a Francia y allí enseñó el arte de la masonería a los hombres de Francia. (...) Carlos Martel se juntó con ese Naymus Grecus, aprendió de él el oficio y se encargó de los deberes y costumbres. Después de esto, por la gracia de Dios, fue elegido para ser rey de Francia.

Es comúnmente aceptado por la mayoría de historiadores que los inicios de la masonería estuvieron estrechamente ligados a la construcción de catedrales y la arquitectura en la Edad Media.

Entre 1050 y 1350 se construyeron en Francia 80 catedrales y 500 iglesias parroquiales. Los masones, organizados en torno a los gremios de constructores, uno de los oficios más rentables de la



época, poseían los conocimientos arquitectónicos necesarios para erigir unos edificios tan espectaculares con cimientos que a veces alcanzaban más de 10 metros de profundidad y paredes de cien metros de altura. Pero ¿dónde aprendieron los masones los secretos para levantar unas edificaciones tan sensacionales?

Los masones aprovecharon el fervor religioso desatado por la primera Cruzada (1096-1099) para viajar a Tierra Santa y acceder a los ancestrales conocimientos de la construcción del Templo de Salomón. El rey Balduino I de Jerusalén, tras la conquista de la capital hebrea en 1099, entregó a los templarios la mezquita de Al-Aqsa que estaba construida sobre el solar del antiguo templo hebreo. Algunas leyendas aseguraban que durante los primeros años los nueve caballeros fundadores de los templarios no ampliaron sus efectivos porque estaban buscando las reliquias más sagradas del cristianismo, las cuales estaban escondidas bajo el misterioso Templo de Jerusalén, uno de los principales símbolos de identidad de la masonería.

Ante tal perspectiva, cabe preguntarse ¿qué relación existió entre la masonería y los templarios?

No hay respuestas certeras de tales relaciones por la falta de referencias documentales. Esto ha dado lugar a todo tipo de fabulaciones como la sospechosa coincidencia entre el auge constructor de catedrales en Francia y el origen francés de los primeros caballeros templarios. Algunos especuladores también han afirmado que el último maestre templario, Jacques de Molay, ordenó, antes de morir quemado en la hoguera, la creación de una sociedad secreta para mantener viva la herencia de los templarios que habría dado origen a la masonería.

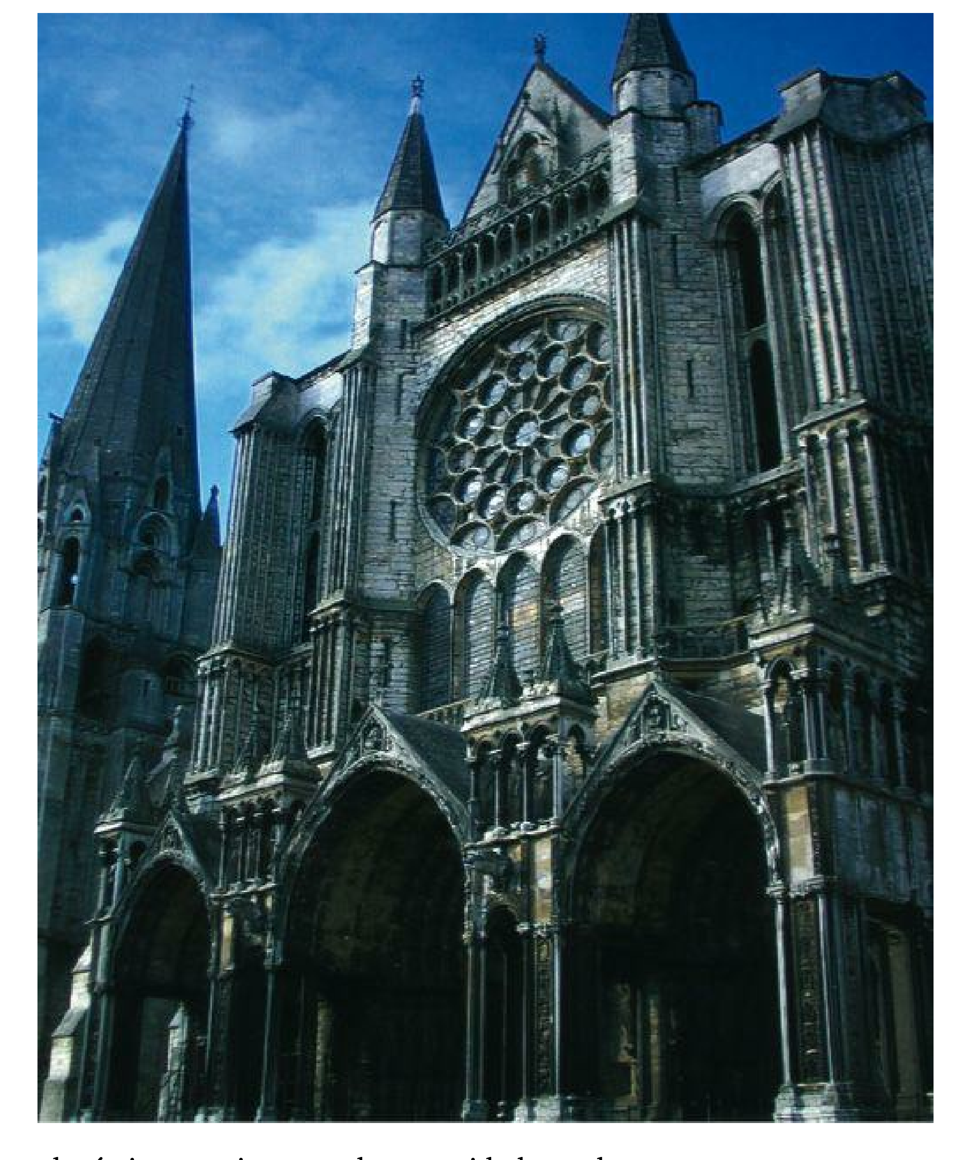
Gárgola de la catedral de Barcelona, un símbolo habitual en las catedrales medievales. Su apariencia diabólica recordaba a los fieles que el mal estaba fuera del templo y nada tan funesto podía entrar en él. Toda una alegoría para los iniciados a la masonería, aludiendo el lado oscuro que

todo hombre tiene en su interior, pero al que se puede vencer con la perseverancia y la búsqueda de la sabiduría.

Los historiadores aceptan la hipótesis de que los primeros masones ya existían en el siglo XI agrupados, como hemos dicho anteriormente, alrededor de los gremios de constructores de catedrales medievales y organizados jerárquicamente en tres niveles: maestros, oficiales y aprendices.

Funcionaban bajo unas estrictas reglas para evitar el intrusismo laboral, pero sus afiliados disfrutaban de una cobertura familiar en caso de accidente y tenían el trabajo garantizado. Los amantes del ocultismo sostienen que en las reuniones de trabajo del gremio los maestros masones se transmitían las distintas técnicas secretas de construcción, pero también compartían sus conocimientos sobre símbolos y anagramas que no pertenecían al cristianismo.

En las catedrales góticas encontramos una iconografía que nada tiene que ver con la religión cristiana. En la década de 1920 un enigmático estudioso de la simbología alquímica y la masonería, apodado Fulcanelli, advirtió que en los templos góticos nada estaba dejado al azar. Las gárgolas con forma de águilas, dragones, leones y demás animales mitológicos en realidad eran fórmulas



alquímicas escritas para la posteridad creadas por masones con conocimientos de alquimia. Las vidrieras y rosetones que impresionaban a los visitantes con sensacionales juegos de luz y color eran codificaciones para trasmitir a los masones expertos advertencias o símbolos arcanos. Y la orientación de los templos era un camino ritual que seguía el recorrrido del Sol desde la oscuridad a la luz, en una alegoría de las sensaciones que debían tener los feligreses al cruzar el umbral de la iglesia. Los masones aprovecharon los recintos construidos para perpetuar en el tiempo sus conocimientos y espiritualidad dentro de edificios inicialmente pensados para el culto cristiano.

La catedral gótica de Chartres, en el noroeste de Francia, fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1979. Esta construcción del siglo XIII está repleta de misterios, como la técnica utilizada para edificarla, que en teoría no se conoció con exactitud hasta un siglo después, o el tiempo record de 30 años empleado por los constructores para su levantamiento. Los masones que la erigieron sabían que bajo sus cimientos habían existido otros templos creados por druidas de la tradición celta que vieron en aquellos terrenos una conjunción de fuerzas telúricas.

No obstante, la masonería, tal y como la conocemos actualmente, se perfiló en junio de 1717 con la fundación en Londres de la Gran Logia de Inglaterra. Este hecho supuso un cambio en la orientación de la hermandad que conservaba sus principios y simbología tradicional, pero dejó de estar vinculada al gremio de constructores. Se convirtió en una institución con una finalidad ética que

destacaba por su espíritu tolerante agrupando hombres sin atender a las creencias u opiniones que pudieran tener. La masonería moderna es un producto del siglo XVIII y en los años que siguieron sus afiliados participaron en los movimientos revolucionarios más destacados como la independencia de Estados Unidos, la separación de las colonias españolas de America o la Revolución Francesa.

Bibliografía

ÁVILA GRANADOS, Jesús. *Mitología cátara. Símbolos y pilares del catarismo occitano*. Planeta De Agostini. Barcelona, 2005.

BÁDENAS DE LA PE—A, Pedro; PÉREZ MARTÍN, Inmaculada.

Constantinopla 1453, mitos y realidades. CSIC. Madrid, 2003.

BOUZAS, Pemón y DOMELO, Xosé A. *Mitos, ritos y leyendas de*

Galicia: La magia del legado celta. Martínez Roca. Barcelona, 2000.

BROWN, Chris. *William Wallace: the true story of Braveheart*.

Tempus. Stroud, 2005.

CALLEJO CABO, Jesús. *Secretos medievales. De la mesa de Salomón a las*

máquinas de Leonardo. Ediciones Temas de Hoy.

Madrid, 2006.

CIRLOT, Victoria. *La novela artúrica. Orígenes de la ficción en la cultura europea*. Montesinos. Barcelona, 1995.

CLOT, André. *Mehmed II, el conquistador de Bizancio*. Planeta.

Barcelona, 2003.

CORRAL LAFUENTE, José Luis. *Breve Historia de la Orden del Temple*. Edhasa. Barcelona, 2006.

ESLAVA GALÁN, Juan. *Los templarios y otros enigmas*

medievales. Planeta De Agostini. Barcelona, 1996.

FLORI, Jean. *Ricardo Corazón de León: el rey cruzado*. Edhasa.

Barcelona, 2008.

FUENTES HINOJO, Pablo. *Gala Placidia: una soberana del imperio cristiano*. Nerea. San Sebastián, 2004.

GARDNER, Laurence. *La herencia del santo grial: la historia secreta de los hijos de Jesús*. Grijalbo Mondadori. Barcelona, 2001.

GARCÍA FITZ, Francisco. *Las Navas de Tolosa*. Ariel. Barcelona, 2005.

GODWIN, Malcom. *El Santo grial. Origen, significado y*

revelaciones de una leyenda. Emecé. Barcelona, 1995.

GORDON, Mary. *Juana de Arco*. Mondadori. Barcelona, 2001.

GRACIA NORIEGA, José Ignacio. *Don Pelayo. El rey de las montañas*. La Esfera de los Libros. Madrid, 2006.

GUARDIOLA ALCOVER, Conrado. *La verdad actual sobre los Amantes de Teruel: orientación crítica de los estudios amantísticos.* Instituto de Estudios Turolenses, Diputación Provincial de Teruel. Teruel, 2004.

MARTÍNEZ DIEZ, Gonzalo. *El Cid Histórico. Un estudio exhaustivo sobre el verdadero Rodrigo Díaz de Vivar*. Planeta. Barcelona, 2000.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón; VALLCORBA PLANA, Jaume; JANÉS NADAL, Josefina (estudio preliminar). *Anónimos medievales: Cantar de Mío Cid, Cantar de Roldan, Cantar de los Nibelungos*. Carroggio. Barcelona, 1985.

OLDENBOURG, Zoé. *La hoguera de Montsegur. Los cátaros en la historia*. Edhasa. Barcelona, 2002.

PALAO PONS, Pedro. *Los misterios de la masonería: historia, jerarquía, simbología, secretos, masones ilustres*. De Vecchi. Barcelona, 2009.

REAL, Elena. *Épica medieval francesa*. Síntesis. Madrid, 2002.

RICHÉ, Pierre. *Gerberto, el Papa del año mil*. Nerea. Madrid, 1990.

RIQUER, Martín de. *Chanson de Roland. Cantar de Roldán y el Roncesvalles navarro*. Acantilado. Barcelona, 2003.

RIQUER, Martín de. *Chrétien de Troyes. Li contes del graal (el cuento del grial)*. Acantilado. Barcelona, 2003.

RUNCIMAN, Steven. *Historia de las Cruzadas II*. Alianza Editorial. Madrid, 2002.

TORRES ASENSIO, Gloria. *Los orígenes de la literatura artúrica*.

Edicions Universitat de Barcelona. Barcelona, 2003.



David González Ruiz

Beowulf, el rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda, William Wallace, Gala Placidia, el Cid, Almanzor el Victorioso, Grendel el Ogro, el papa Silvestre II, la ciudad de Ker Is, Ricardo I Corazón de León… la verdadera historia de los héroes, las princesas y los lugares sagrados más increíbles de la Edad Media.

Acércate a la mejor selección de las leyendas medievales más atractivas recogidas en las crónicas, los poemas y la tradición oral de toda Europa. Sumérgete en la verdadera historia de Beowulf, el Cid, el rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda, Gala Placidia, William Wallace, Carlomagno, Juana de Arco, Saladino, el gran maestre Jacques de Molay, los amantes de Teruel, el obispo Maeloc… y de otros grandes personajes que lograron destacar en un periodo inestable, donde los ideales, unidos al honor y al amor, movían ejércitos y sellaban destinos.

David González Ruiz presenta en esta obra de manera sencilla y ágil un fascinante recorrido por la Edad Media siguiendo los pasos de sus más destacados y legendarios protagonistas. Aquí se encuentran los principales héroes y villanos, las reinas y las doncellas, las grandes batallas como las de Roncesvalles, la de los cuernos de Hattin o la de las Navas de la Tolosa así como el nacimiento de las sectas y sociedades secretas como la hermandad de la Rosacruz, los Templarios, el catarismo… Esta obra es, sin duda, un repaso totalmente entretenido y ameno a la parte más fascinante de la Edad Media, esa época oscura llena de sucesos tan enigmáticos como fantásticos, cuyas huellas han llegado hasta la actualidad.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Visita la web y descarga fragmentos gratuitos de los libros, participa en los foros de debate temático y mucho más.





BREVE HISTORIA de las...

LEYENDAS MEDIEVALES

David González Ruiz

La verdadera historia de los más fascinantes héroes, princesas, lugares sagrados y leyendas recogidas por las crónicas, poemas y tradición oral de toda la Europa medieval.



Document Outline